
Jack X. Faber
La Lujuria de
Veronika

El Lujuría de Verónika



La seducción de Verónica
Jane seduce a Jack
Fotos íntimas
Señor Pedro
El médico
Aprendizaje
Cambios
El final de Sam Barker
Una despedida
El niño sordomudo
Interludio español

Puede contactar con el autor en JackFaber@gmx.net

La seducción de Verónica

von Jack Faber © 2022

A mediados de la década de 1950, en 1954, Jack le preguntó repetidamente a su madre sobre su padre. Ella hizo muecas y murmuró, y un día le dijo que había sido un espía británico ejecutado en 1941. Su matrimonio era inválido; había dejado a su esposa e hijo en Inglaterra, como ella supo más tarde. Ella, como todos los demás, había sido engañada por él, concluyó con amargura. Nunca volvió a hablar de su padre hasta su muerte.

Veronika era una niña ingenua, sin educación formal y huérfana que ingresó en el convento como novicia a los doce años. Trabajaba principalmente en la despensa y la cocina del convento, y una vez por semana limpiaba los lavaderos y las cinco bañeras. Estaba contenta con su situación y nunca sintió que le faltara nada. Era muy obediente y realizaba todas sus tareas satisfactoriamente. Las monjas apreciaban a la tranquila niña y le enseñaron todo lo que una cocinera necesitaba saber. No recibió educación formal más allá de unas pocas horas de instrucción religiosa en la escuela primaria.

Veronika desconocía por completo la sexualidad. La hermana Mathilda, su cuidadora y compañera de habitación, era unos veinte años mayor que ella. Tras su primera menstruación, le había dado a Veronika una explicación básica sobre la higiene menstrual, pero nunca fue más allá de los aspectos puramente técnicos. Veronika jamás había visto a otra persona desnuda, ni a una mujer ni a un hombre.

Eso no era del todo correcto, pero Veronika lo había borrado todo de su memoria. Primero, estaba el padre Anselmo. El sacerdote católico venía dos veces por semana del monasterio cercano para escuchar las confesiones de las monjas pecadoras. Después de las confesiones, si el tiempo lo permitía, Anselmo iba al arroyo cercano a lavarse el pene. Todas las monjas pegaban la nariz a las ventanas para observarlo. La hermana Matilde y Veronika también lo hacían; tenía que explicarle a la miope Matilde exactamente lo que el sacerdote hacía, dos veces por semana. Él iba al arroyo, se quitaba las sandalias con torpeza y se subía la sotana, metiéndola

en el cinturón. «Hay algo que sobresale ahí», dijo Veronika con incertidumbre, y Matilde entrecerró los ojos y dijo que era su pene. «Ahora se lo está lavando muy rápido, de un lado a otro», aclaró Matilde, «se está masturbando». Veronika usó las palabras imitándolas, sin saber su significado. —Sigue masturbándose —respondió Veronika a la impaciente Mathilda—. Ahora también, pero mucho más rápido —añadió Veronika—. Y ahora está eyaculando en el arroyo —dijo con entusiasmo—, sigue masturbándose y su pene está eyaculando en el agua. Mathilda asintió significativamente, y Veronika supuso que a Mathilda no le importaba. —Ahora solo gotea un poco, el sacerdote está moviendo el pene ligeramente —dijo Veronika. Entonces el sacerdote se metió en el agua hasta las pantorrillas y se lavó el pene. Mathilda apartó a Veronika de la ventana; el trabajo la llamaba. Pero Veronika nunca había visto al padre Anselmo completamente desnudo, a pesar de que lo veían masturbarse dos veces por semana.

La otra cosa era bañarse los viernes por la mañana. Los viernes, porque por la noche Mathilda tenía que ir al monasterio de hombres a limpiar la capilla y estar a disposición de los monjes. «Cuando crezca, me encantaría limpiar la capilla y estar a su disposición», repetía la niña tontamente, y Mathilda, furiosa, la regañó: «¡No sabes de lo que hablas!». Se sentaron juntas en la bañera, una frente a la otra. Mathilda era muy alta, con una figura de Rubens y los pechos más grandes que Veronika jamás había visto. En aquellos tiempos de guerra no había jabón; el agua tibia era completamente transparente, y Veronika podía ver perfectamente la profunda abertura de la vulva de Mathilda. Se lavaban mutuamente, y Mathilda comprobaba cada vez si Veronika seguía siendo virgen. Veronika no sabía qué era ni qué buscaba Mathilda en su hendidura, pero la explicación de que, por suerte, seguía siendo inocente, le bastaba. Por suerte era inocente, y eso le producía una sensación maravillosa. Le encantaba lavar los grandes pechos de Mathilda, y cuando creciera, también quería tener unos pechos tan grandes y delicados. Mathilda se rió; a los monjes también les encantaban esos pechos. Disfrutaba haciéndolo, y Mathilda cerró los ojos: ¡se sentía tan bien! Veronika estaba segura de que algún día tendría pechos y un clítoris como los de Mathilda. Desde que Mathilda le había mostrado el clítoris, lo buscaba bajo el agua y lo frotaba exactamente como Mathilda le había indicado. Primero despacio, hasta que se puso duro, y luego muy rápido, hasta que Mathilda tembló, suspiró, se estremeció y detuvo la mano.

Mathilda abrió los ojos. Con una mano, se introdujo en su interior y se masturbó durante un buen rato con movimientos rápidos hasta quedar satisfecha. No le importaba que las demás monjas la observaran desde sus bañeras, negando con la cabeza. «Hipócritas», murmuró, «¡malditas hipócritas!». A Veronika no le gustaba oírla maldecir, pero por una vez Mathilda tenía razón. A menudo había visto a las hipócritas masturbándose el clítoris con la misma intensidad y durante el mismo tiempo que Mathilda cuando creían que nadie las veía. Veronika, por supuesto, siempre las observaba desde su escondite; todas se masturbaban en el agua de la bañera, algunas rápida y brevemente, otras durante mucho tiempo. Las pocas novicias jóvenes como ella no se masturbaban; aún no habían desarrollado pechos ni clítoris. Algunas de las monjas más jóvenes tenían barrigas grandes y feas y un bebé en el vientre; se masturbaban en el agua de la bañera todo el tiempo. Una vez que nacía el bebé, lo llevaban al orfanato, y las madres volvían a estar delgadas y hermosas, pudiendo regresar sigilosamente al convento de hombres. Por las noches, siempre le contaba a Mathilda qué monjas se habían bañado y masturbado. Mathilda siempre quería saber hasta el último detalle.

Después de secarse, ambas se sentaron desnudas en su celda compartida. A Veronika se le permitió sentarse a horcajadas sobre el regazo desnudo de Mathilda y acariciar sus pechos desnudos, su profunda vulva y, especialmente, su clítoris durante el tiempo que quisiera. Mathilda disfrutaba particularmente de que le acariciaran el clítoris y le susurró a Veronika lo que había confesado. Solo eran dos cosas, pero Veronika nunca entendió ninguna de ellas. La primera era que lo hacía todas las noches, y la segunda, que antes de limpiar la capilla, se quedaba desnuda en la cama toda la noche del viernes, a disposición de la docena de monjes. El padre Anselmo también estaba siempre allí. Se reía entre dientes durante cada confesión. Fue él quien, desde el principio, había descubierto durante la confesión que Mathilda sentía una gran afición por el sexo. Así que le ordenó que fuera a ver a los sacerdotes todos los viernes por la noche. Veronika no entendía ni una palabra, pero notaba cuánto excitaba a Mathilda que le acariciaran el clítoris. Mathilda gimió mientras recitaba los nombres de los monjes a su confesor invisible. Al final de la confesión, Mathilda tuvo que descubrirse los pechos. El padre Anselmo abrió la reja de madera y acarició sus grandes pechos mientras repetía el Ego-Te-Absolvo una docena de veces. Su mano también acarició sus genitales ex-

tensamente hasta el clímax, si no había monjas esperando para confesarse. A veces incluso más: Mathilda tuvo que estirarse y masturbar al padre Anselmo. ¡En el confesionario! Mathilda se estremeció, ¡en el confesionario!

Mathilda ya estaba muy excitada cuando le confesó a Veronika que el padre Anselmo era un excelente amante. ¡Aaah! Ante este "¡Aaah!", Veronika tuvo que bajarse del regazo desnudo de Mathilda y sentarse acurrucada junto a ella, pero se le permitió apoyar su rostro sobre el cuerpo desnudo de Mathilda o sus pechos desnudos. Sin embargo, la mayor parte del tiempo, Veronika se sentaba en cuclillas en el suelo, justo frente a la vulva de Mathilda, y observaba cómo Mathilda se frotaba rápida y firmemente el clítoris y la vulva. El clítoris de Mathilda siempre era muy pequeño al principio, luego crecía un poco y se ponía bastante rígido. Veronika siempre examinaba el clítoris muy de cerca; solo sobresalía medio centímetro y al principio era discretamente pequeño, pero a medida que los dedos de Mathilda lo estimulaban repetidamente, se ponía rígido y puntiagudo. Veronika observaba con mucha atención cómo los dedos de Mathilda frotaban el clítoris de lado a lado, y luego de arriba abajo. Se excitaba mucho cuando el dedo de Mathilda se movía cada vez más rápido, y Mathilda levantaba sus nalgas cada vez más alto. Emitía un fuerte siseo con los labios y se desplomaba. Eso siempre era muy excitante. Cuando terminó, Mathilda se dejó caer sobre la cama y atrajo a Veronika hacia ella. A Veronika le gustaba eso más que nada; Mathilda presionaba sus cuerpos desnudos firmemente, los frotaba y abrazaba con mucho cariño, y frotaba sus vulvas con fuerza y durante un buen rato. Presionaba su clítoris contra la vulva de Veronika y buscaba si Veronika también tenía uno, luego frotaba clítoris contra clítoris hasta que había muchos destellos de placer, docenas. Mathilda le había exigido que gimiera de placer cuando sus clítoris se frotaran agradablemente y que gritara "¡Ahora!" cuando tuviera un destello de placer. Veronika gimió repetidamente cuando Mathilda presionó sus nalgas contra las suyas y gritó "¡Ahora!" varias veces. Habían pasado una tarde maravillosa y excitante frotándose desnudas, experimentando innumerables escalofríos. A Veronika le encantaban estas tardes de viernes, y el roce duraba al menos una hora. Luego, el viernes terminó, se vistieron y Mathilda se aplicó unas gotas de perfume bajo la barbilla y las axilas. El perfume siempre estaba bien escondido debajo del colchón, y Veronika no tenía permitido contárselo a nadie. Después, con un aroma mara-

villoso, Mathilda fue al baño de hombres y Veronika comenzó a fregar las bañeras. El viernes era la única noche que dormía sola, presionando una mano contra su vulva y apretando las piernas con fuerza. Como todas las noches antes de dormirse, se revolvía hasta que los pequeños escalofríos recorrían su vulva y bajaban por sus piernas; le encantaba eso, y a Mathilda no le importaba.

Cuando Veronika vio por primera vez el gran agujero de Mathilda, esta la animó a mirar más de cerca. Curiosa, Veronika separó el agujero y miró dentro. Parecía húmedo y muy profundo. Mathilda estaba muy orgullosa de su agujero, y Veronika se quejó de que ella no tenía uno igual. Mathilda se rió y dijo que eso era bueno; había tenido que prometerle a la abadesa que la niña permanecería inocente. “Espera a que tengas mi edad”, dijo la mujer de 36 años. “Cuando hayas tenido unos 400 penes en tu coño como yo, entonces tendrás un coño grande y bonito como el mío”. La joven de 14 años no entendió ni una palabra. ¿Era a esto a lo que se refería con ser sumisa? “Sí, fueron 400 o más”, repitió Mathilda. “Los viernes por la noche, sin duda hay una docena de monjes esperando para hurgar en mi coño con sus penes”. Hizo una pausa, y Veronika, con la mirada baja, dijo que también quería ir el viernes y dejar que los monjes usaran sus penes en su coño. “¡De ninguna manera!” replicó Mathilda indignada. “¡Pierdes tu virginidad cuando un pene entra en tu coño, y puedes quedar embarazada por la eyaculación!” “¡Ugh!” “¿Eyaculación?” preguntó Veronika, tratando de atar cabos, “¿Eyaculación como la del padre Anselmo en el arroyo?” Mathilde asintió con la cabeza, y Veronika se estremeció. “¡Eso debe ser asqueroso!” Por supuesto, Veronika siempre preguntaba qué había pasado el viernes, y Mathilda le contaba todo con sinceridad, aunque Veronika no entendía ni una palabra, excepto que los monjes metían sus penes en el coño de Mathilda, dentro y fuera, y ¡bam!, luego eyaculaban dentro de ella. Veronika quería saber exactamente cómo era para ella, cómo los penes penetraban en su coño. Mathilda estaba en su salsa y contó su historia largamente y de una manera obscena, cómo los monjes esperaban pacientemente, uno tras otro, su turno para follar. La mayoría follaban rápido como conejos y eyaculaban con fuertes jadeos. “Qué asco”, dijo Veronika, poniendo los ojos en blanco, entonces Mathilda continuó su historia. La mayoría volvía a hacer fila después de follar para tener otro turno. Veronika quería saber adónde iba el chorro. Mathilda se rió, “simplemente sale corriendo de nuevo”. “Qué asco”, dijo Veronika, “los penes se sumergían en el cho-

rro del otro, ¡puaj!" Cada vez, Veronika quería ir al monasterio de hombres con él y meterle el pene en la vagina y dejar que eyaculara dentro de ella, pero Mathilda estaba furiosa y lo regañaba, diciendo que todavía era demasiado joven para eso, ¡que llegaría pronto! A Veronika le gustaba mucho la picardía de Mathilda y seguía sacando a relucir la idea de meterle el pene en la vagina. Mathilda quiso responder, pero permaneció en silencio; pensó que ya había tenido suficiente educación sexual.

Mathilda le había explicado a Veronika con gran detalle cómo funcionaba la confesión. Con el corazón latiéndole con fuerza, entró en el confesionario, un lugar terriblemente claustrofóbico al principio. El padre Anselmo la miró a través de la reja hasta que se calmó. "¿Y bien, qué tienes que confesar, hija mía?", balbuceó Veronika, insistiendo en que él no era su padre. El sacerdote sonrió y dijo que así se dirigía a todos durante la confesión, que todas eran hijas en la fe. Veronika asintió, aunque no estaba de acuerdo. "¿Y bien, qué pecados tienes que confesar?", preguntó, y ella balbuceó: "¡Ninguno, padre, ninguno!". Después de un rato, le preguntó si alguna vez se tocaba ahí abajo. "No, nunca, solo antes de dormirme". "¿Y cómo?". Ella le explicó con detalle cómo presionaba su mano contra su vulva y la encajaba entre sus muslos. Luego se movía y daba vueltas hasta sentir pequeños destellos de placer, y entonces se dormía. Antes de que él pudiera presionarla más, ella añadió que la hermana Mathilda lo sabía y lo había aprobado. Él se quedó sin palabras, y el tiempo se esfumó. ¿Qué podía hacer?, reflexionó en voz alta, y Veronika soltó: «¡Todavía falta la Oración del Ego!». Se ajustó el hábito y dejó al descubierto sus jóvenes pechos. El padre Anselmo sonrió y murmuró: «¡Oh, hermana Mathilda!», y abrió la reja. Le acarició suavemente los pechos y murmuró el Ego-Te-Absolvo varias veces, y Veronika pudo ver claramente que él se agarraba el pene erecto con el otro puño. Entonces terminó la confesión; ella se ajustó el hábito y se marchó. Esa noche, le contó la confesión a la hermana Mathilda con todo detalle y se asombró de que Mathilda riera tan fuerte que las lágrimas le corrían por las mejillas. Veronika murmuró amargamente que los adultos no entendían nada y nunca más volvió a confesarse.

También fue emocionante cuando a Mathilda le salió un grano grande y lleno de pus en los labios vaginales. Estaba demasiado pesada para ver el horrible grano. Se quitó la bata y se tumbó desnuda en la cama. Le explicó a Veronika cómo apretar el grano. Te-

nía que introducir cuatro dedos profundamente en la abertura húmeda y cálida de Mathilda y empujar el grano desde abajo para apretarlo con la otra mano. Veronika jadeaba por el esfuerzo y Mathilda por la excitación. Finalmente, el grano empezó a reventar, y Veronika limpió bien el pus y la sangre con una toalla. Vio otro y quiso apretarlo también, pero Mathilda se rió y susurró: "¡No, ese es mi clítoris!". Veronika no entendió ni una palabra y no se movió. "Necesito mi clítoris para masturbarme", dijo Mathilda, pero Veronika negó con la cabeza; no entendía. Hubo silencio durante unos instantes, luego Mathilda tocó la cosa con un dedo y la movió de un lado a otro. Al principio, muy, muy despacio, para que Veronika pudiera ver exactamente lo que hacía. Cada vez más rápido. Mathilda jadeaba por el esfuerzo. Aún más rápido. El bajo vientre de Mathilda se contraía como si estuviera dando a luz. Solo se detuvo cuando su abertura se abrió y cerró de golpe como la boca de un pez moribundo. Solo cuando dejó de abrirse y cerrarse de golpe y la abertura permaneció completamente abierta, Mathilda terminó. ¿Entendía?, preguntó Mathilda, y Veronika negó con la cabeza. Mientras se vestía, Mathilda murmuró para sí misma sobre por qué la niña no entendía absolutamente nada. Veronika olvidó inmediatamente este episodio. Nunca volvió a pensar en el padre Anselmo y la hermana Mathilda cuando tuvo que abandonar el convento.

Durante la guerra, la cocina del convento proporcionó comidas al asilo de ancianos y a dos orfanatos hasta que se agotaron los fondos y ya no pudieron obtener préstamos. El convento tuvo que cerrar, las monjas se trasladaron a otros conventos, las novicias fueron liberadas de sus votos y tuvieron que valerse por sí mismas. Veronika, que tenía casi 22 años, fue muy afortunada. Una tía, con la que solo tenía un parentesco muy lejano, la acogió como cuidadora. La anciana poseía una gran casa en el elegante barrio de Unterhaching, y Veronika la cuidó hasta su muerte un año después. La tía no tenía hijos ni otros parientes y le había legado la casa y una considerable suma de dinero en sus cuentas bancarias.

La gran suma de dinero en el banco pertenecía al difunto esposo de la tía, un ferviente nazi que la había extorsionado a los judíos. Él y sus tres matones robaban a los judíos, les estafaban todo su dinero y se lo embolsaban. Su banda se llevaba todos los objetos de valor y joyas, y luego violaba a las esposas e hijas a su antojo. También obtenía grandes ganancias vendiendo los apartamentos y

casas de los judíos que había deportado a Polonia. La tía nunca había sido nazi; simplemente quería que el vecino la violara una vez por semana y enviaba a Veronika a dar un paseo mientras él lo hacía.

A Veronika le encantaba salir a caminar una vez por semana cuando el querido vecino venía de visita. Siempre venía el mismo día a la misma hora, porque era cuando su celosa esposa iba al pueblo a hacer las compras. Tan pronto como se acostaba en la cama con su querida tía, ella se quedaba allí de pie hasta que el querido vecino se acostaba encima de ella bajo las sábanas, introducía su pene en su vagina y ambos temblaban vigorosamente. Veronika levantaba las sábanas hasta las nalgas del vecino para comprobar que realmente había introducido su pene en su vagina y no solo estaba fingiendo. Al vecino le encantaba que Veronika lo viera frotarse el pene y le guiñaba un ojo con picardía. A veces era su tía quien lo frotaba hasta que se ponía duro. Veronika observaba muy atentamente cómo su pene entraba y salía del gran orificio lampiño de su tía, exactamente como Mathilda se lo había descrito. El vecino exhibía su pene con orgullo y hacía un ritual de insertarlo lentamente para que Veronika pudiera verlo todo con claridad. Durante los primeros meses, se quedó con ellos, subiendo la manta hasta la espalda de su tía e inclinándose hacia adelante para observar atentamente cómo su pene entraba y salía lenta y firmemente de la vagina de su tía. Esto solía durar 20 o 30 minutos, luego el vecino comenzó a jadear y gemir. “¡Ya vengo, Ilse, ya vengo!”, jadeó, y se corrió con gran dificultad. A Veronika le encantaba observarlos, pero después de un año, cuando su tía enfermó cada vez más, ya no quería que Veronika estuviera presente, aunque el querido vecino aún la deseaba. Veronika asintió cuando su tía jadeó, asegurándole que estaba bien, que él lo estaba haciendo bien, y que simplemente se fuera, por el amor de Dios. Les deseó que tuvieran una buena follada, se fue y alimentó a los pobres gorriones del parque.

Ella habló con los pájaros y les dijo que solo estaba allí porque su tía insistía absolutamente en que la follaran una vez por semana. Los gorriones no entendieron, así que Veronika tuvo que explicarles que él metió su pene en el coño de la tía y ellos temblaron. “No”, contradijo a los gorriones, “yo misma lo he visto muchas veces”. Ella siempre estuvo presente durante el primer año porque aún no conocía muy bien al vecino y siempre miraba debajo de las

sábanas para asegurarse de que estuviera haciendo bien su trabajo. También estaba preparada para intervenir si él lastimaba a la tía enferma. Pero siempre sentía lástima por él porque tenía que esforzarse terriblemente para eyacular en su coño. Él gemía como un viejo leñador y jadeaba de agonía, "¡Ya vengo, Ilse!" y eyaculaba con gran esfuerzo.

La tía le contó poco a poco a Veronika la historia de su vida. El querido vecino llevaba mucho tiempo acostándose con la tía, incluso cuando el marido de esta aún vivía, pero él pasaba mucho tiempo en el cuartel general del partido observando la guerra y solo se acostaba con Ilse de vez en cuando. Ella había perdido la virginidad con el vecino, Heinz, a los 15 años y desde entonces se acostaban juntos. A los 17, querían casarse porque ella estaba embarazada. Pero sufrió un aborto espontáneo en el cuarto mes y casi muere. Por lo tanto, nunca pudo tener hijos propios, y la relación con Heinz se complicó. A los 18, conquistó el corazón de su futuro marido, un hombre corpulento, miembro veterano del partido, un hombre imponente con un uniforme elegante. Pero su pene era aún más corto y delgado que el de Heinz. Cuando vio por primera vez desnudo al hombre imponente con el pene demasiado pequeño, se echó a reír histéricamente. Sus primeras veces fueron casi como una violación; él se impuso, y se casaron diez días después. Quería follar y eyacular por la noche, rápido y sin prisas, eso era todo. Tenía que eyacular, pero si ella necesitaba algo le era irrelevante. Por esa época, ella se convirtió en una masturbadora adicta y obsesiva. En aquel entonces, Ilse y su vecino Heinz eran más jóvenes y follaban tan a menudo como podían. Su marido de entonces no tenía un papel importante; Ilse dejaba que sus breves encuentros resbalaran como la lluvia, y él nunca supo que su corazón siempre perteneció a su vecino. Sus votos matrimoniales no valían el papel en el que estaban escritos; su marido malgastó su semen violando a mujeres judías. Ilse despreciaba a su marido, que robaba a los judíos, violaba a sus esposas e hijas, y vendía sus casas después de enviarlos a la muerte. Ella sabía lo que estaba pasando desde el primer día, de primera mano. No lloró por él ni un segundo cuando se suicidó de un disparo en la cabeza al día siguiente del amado Führer. Sus camaradas del partido lo elogiaron por la valentía con la que había seguido al Führer hasta la muerte. Más tarde, Ilse supo por un testigo presencial que él gimió, aulló y lloró de miedo durante horas. Una de sus empleadas, a quien había violado brutalmente en repetidas ocasiones, no pudo soportar más sus co-

bardes gemidos, así que, con determinación, le puso el arma en la sien y apretó el gatillo. «¡Vaya, no fue tan difícil después de todo, miserable cobarde!», gritó antes de dispararse en la boca.

Ahora el vecino siempre se marchaba apresuradamente, leyendo inocentemente el periódico, para esperar a su celosa esposa. Ella tenía motivos de sobra para estar celosa, pues visitaba a su peluquero jubilado en el pueblo para tener sexo y recibir mensajes subidos de tono, y hasta entonces había logrado mantenerlo en secreto. A menudo quedaba poco tiempo para ir de compras; el peluquero recibía el dinero por sus servicios. Después de que el vecino se marchara, Veronika lavaba la vulva de su tía hasta que no quedaba rastro del semen y la secaba. La tía le estaba muy agradecida, pero aun así la mandaba fuera, porque no quería que Veronika estuviera presente mientras se masturbaba después del sexo. Solo cuando terminaba, y Veronika la oía espiando en la puerta, le permitía volver a entrar y secarle la vulva y el clítoris enrojecido.

Veronika estaba molesta porque los gorriones se fueron volando y no la escucharon. Esparció un puñado de semillas, y los gorriones regresaron, picotearon y volvieron a escuchar. Así que, la tía solía masturbarse por la mañana y otra vez por la tarde, todos los días, a menudo durante horas. Desde que había estado confinada a la cama, solo había dos cosas para ella: fumar, tomar té y masturbarse. Si Veronika permanecía en silencio y no se movía, la tía no la notaba y podía observarla masturbarse. La tía se destapaba hasta quedar completamente desnuda, subía las rodillas y las separaba. Su vulva era mucho más pequeña que la de Mathilda, se le había caído todo el vello púbico y su cuerpo estaba muy arrugado. Su vulva, sus genitales, eran simplemente feos. Su clítoris solía estar erecto y de un rojo oscuro, sobresaliendo de su vulva; estaba visiblemente muy excitado y bastante dolorido por toda la masturbación. Se masturbaba igual que Mathilda, solo que mucho más despacio y le llevaba muchísimo tiempo. Al final, apenas se retorcía un poco y agradecía enormemente que Veronika estuviera allí para secarle la vulva y el clítoris enrojecido. Con el tiempo, dejó de importarle la presencia de Veronika. La tía ahora necesitaba dos botellas de aguardiente al día para tomar su té. El amable vecino, que hacía todo por la tía, le traía aguardiente en grandes cantidades y se deshacía de las botellas vacías. También conseguía la pomada de flor de heno que Veronika le aplicaba en la vulva dolorida y el clítoris irritado. Cuando la tía estaba borracha, Veronika tenía que

frotarle el clítoris con mucha fuerza con la pomada y no se le permitía parar hasta que sus piernas se hubieran retorcido vigorosamente durante un buen rato. «¡Ah, qué bien!», balbuceó la tía y siguió bebiendo.

Durante los últimos cuatro meses de su vida, la tía ya no podía tener relaciones sexuales; tosía terriblemente cada vez que el querido vecino se acostaba encima de ella y eyaculaba dentro. Gradualmente, se dio cuenta de que el sexo ya no era posible, pero el vecino seguía viniendo y manoseando la vulva de Veronika mientras se masturbaba. La segunda vez, no llevaba ropa interior y estaba desnuda bajo su falda. Esperaba que el querido vecino finalmente la penetrara. ¡Pero se equivocó! Aunque Veronika se acostó junto a su tía, lista para el sexo, con la falda subida y las piernas abiertas, el querido hombre no pudo tener una erección. Bajo la atenta mirada de la mujer terminal, se frotó y eyaculó a distancia sobre la vulva de Veronika. Después de algunos intentos, logró introducir su glande blando en la abertura vaginal, frotarse y eyacular a través del pequeño orificio de su himen en la vulva de Veronika. La tía le gritó que Veronika seguía siendo virgen y que jamás, bajo ninguna circunstancia, debía deshonrarla, ¡jamás! El vecino temía la mirada furiosa y penetrante de la tía y protegía ansiosamente la virginidad de Veronika. Por suerte, la tía intervino; le acarició la vulva mientras Heinz se masturbaba dentro de su himen. La tía le hizo temblar las piernas y sintió pequeñas oleadas de placer. Ilse dejó de masturbar a Veronika cuando él empezó a eyacular y sujetó su pene con firmeza. Esa era la verdadera razón por la que Veronika se lo permitía, porque las caricias de la tía la excitaban intensamente. Disgustada, Veronika se limpió el repugnante semen con el dobladillo de su falda. Pronto aprendió a introducir su glande puntiagudo y delgado completamente a través de la abertura de su himen y a eyacular dentro de su vagina. La tía le sujetó el pene con mucha firmeza mientras eyaculaba. Para él y su tía era muy importante que su semen llegara a la vagina de ella y que nada se desviara. Ella le dijo a Veronika que la eyaculación era muy buena para su vagina. Él lo hizo durante cuatro meses, una vez por semana, a veces con más frecuencia, hasta que su tía murió. Era repugnante y excitante a la vez; Veronika fantaseaba con ello todas las noches mientras daba vueltas en la cama. Los pajaritos, por supuesto, no entendían ni una palabra.

Veronika les contó a los pobres, hambrientos y picoteantes gorriones lo enferma que estaba su tía, porque fumaba como una chimenea y sus pulmones ya no lo soportaban. En su último día, murió en un instante mientras se masturbaba. Se retorció durante un buen rato mientras se masturbaba, tosiendo como loca y continuando frotándose el clítoris obsesivamente incluso después del orgasmo. Dejó de toser y respirar. Permaneció tendida en su posición impúdica, su clítoris rojo apuntando hacia adelante como un obús y se quedó así. Veronika se frotó la vulva y el clítoris irritado hasta secarlos, pero su tía no se movió y miró al futuro con una sonrisa dichosa. El primer pensamiento de Veronika fue lo fea que se veía, lo estúpida e impúdica que era su clítoris erecto apuntando hacia el techo entre sus rodillas dobladas. Veronika se frotó el clítoris con todas sus fuerzas durante un buen rato, apretando para sacar la sangre acumulada. Su tía no emitió ningún sonido, y Veronika solo se detuvo cuando el clítoris quedó flácido y arrugado. Veronika colocó bien las piernas, cruzó los brazos con reverencia y se acomodó. Desde la casa de la vecina, llamó al médico de cabecera. No lloró, porque su tía había muerto mientras se masturbaba, experimentando sensaciones placenteras.

El vecino Heinz cuidaba mucho de Veronika. Organizó el funeral, la acompañó al notario cuando se leyó el testamento. Fue con ella al ayuntamiento para poner la casa a su nombre y al banco para que Veronika pudiera tener las cuentas de su tía. Simplemente se lo debía a Ilse; era un hombre verdaderamente decente. Por supuesto, venía todas las semanas a eyacular dentro de Veronika. Pero ella no solo quería estar allí para la eyaculación y le exigía que le frotara la vulva con un dedo. Sus piernas se contraían y se movían maravillosamente, y sentía pequeñas chispas. Le encantaba. Antes de eyacular, soltaba su vulva. Mientras su pene aún era delgado y no estaba completamente erecto, Veronika no le impedía penetrar un poco más profundamente a través de la abertura de su himen y fingir tener sexo. Pero siempre tenía que sacar el pene por completo, hasta el glande, una vez que crecía. Ambos seguían escuchando la voz de su tía; él no debía deshonrarla. Solo una cosa le preocupaba a Veronika: cada vez que el viejo Heinz eyaculaba con dificultad y esfuerzo, seguía gritando: “¡Ilse, estoy a punto de eyacular!” y “¡Ilse, estoy eyaculando ahora!”, aunque ella ya no era Ilse, porque Ilse había muerto.

Aprendió a introducir su viejo y delgado pene en el pequeño agujero y a permanecer quieto dentro de su vagina para eyacular. Frotaba la vulva de Veronika, y el temblor de sus piernas y los destellos de placer en su vulva temblorosa eran suficientes para que el viejo eyaculara sin coito. Veronika siempre le permitía eyacular mientras él frotara su vulva vigorosamente y la hiciera temblar las piernas. Él disfrutaba enormemente de esto y esperaba obedientemente hasta que su pene se calmara antes de retirar cuidadosamente su miembro flácido. Después, Veronika siempre revisaba con su pequeño espejo de bolsillo para asegurarse de que el agujero seguía ahí y no se había roto. Esto continuó durante casi un año hasta que su esposa se enteró. Gritos fuertes. Porcelana hecha añicos. Heinz sentado en los escalones de cemento bajo la lluvia. En ropa interior. Temblando. Maldiciendo porque su cigarrillo y su encendedor estaban mojados. Nunca regresó después de eso. Ella se sentía muy sola y se quejaba a los pájaros en el parque.

Veronika cocinaba una docena de comidas al día para uno de los orfanatos, y Jack siempre la ayudaba con la distribución. Pronto se forjó un vínculo entre Veronika y el brillante Jack, que acababa de cumplir 14 años. A menudo hablaba con el director del orfanato sobre su cocina y su vida diaria, buscando un sentido a su existencia. El sabio director le aseguró lo valiosas y significativas que eran sus comidas del mediodía. Veronika prometió seguir cocinando mientras tuviera dinero para la comida. El director no le preguntó cuánto dinero tenía, solo si podría cocinar durante todo el año. Veronika lo pensó brevemente, porque ella misma no sabía cuánto dinero tenía, y asintió; estaba segura de que podría arreglárselas. Pero pronto se hizo evidente que Veronika quería lograr más en la vida. Un día, el director le sugirió que podría adoptar a uno de los niños.

Veronika reflexionó sobre el asunto durante semanas, pidiéndole consejo a la directora a diario sobre cómo proceder. También le preguntó a Jack qué opinaba. Y así fue como, junto con Jack y la directora, fue al ayuntamiento y adoptó a Jack.

Jack estaba feliz de dejar el orfanato, de tener su propia habitación y de asistir a la escuela con regularidad. Había juzgado correctamente a Veronika. La mujer era ingenua y sin educación, tenía una casa espaciosa, dinero en el banco y quería ser una buena

madre para él. Incluso antes de la adopción, pasaron tiempo juntos y compartieron sus historias de vida.

Jack ni siquiera tuvo que regatear para convencerla de que lo sacara de la escuela y lo inscribiera en el Gymnasium (instituto de bachillerato). Siempre había querido ser médico y necesitaba un diploma de Gymnasium, latín y griego para sus estudios. «Sí», dijo ella con entusiasmo, «¡es un buen plan!». Él era muy listo y había anotado cada paso necesario, pero cuando le entregó la hoja a Veronika, ella se sonrojó y dijo que no sabía leer. Jack reaccionó con mucha calma y no dejó que su sorpresa se notara. «Está bien», dijo, «¡no hay problema! Iremos a todas partes juntos y haremos todo juntos. Te lo leeré todo y lo anotaré». Pero primero, ella tenía que aprender a firmar. Le llevó todo el día hasta que pudo escribir su firma a la perfección. Jack dijo que pronto le enseñaría a leer y escribir; no era muy difícil.

Fueron juntos a la escuela, donde él rápidamente rellenó los formularios y los hizo firmar. Hizo lo mismo en el instituto, rellenando toda la documentación y haciéndola firmar. Y entonces todo terminó; debía presentarse al examen de ingreso en tres días. Recibió unos folletos con instrucciones sobre cómo prepararse. Finalmente, el director preguntó si Veronika era la madre de Jack. Ella respondió que no, pero Jack la corrigió rápidamente, diciendo que era su madre adoptiva. Rebuscó en su mochila y le presentó el certificado al director. Este asintió tras leerlo atentamente y tomar notas.

Jack estudió durante tres días y dos noches, presentó el examen y lo aprobó con honores. Fue admitido en cuarto grado y le aseguraron que el temario de quinto grado ya era demasiado avanzado. Solo se sintió un poco decepcionado, pero, en primer lugar, había sido admitido en el instituto (Gymnasium) y, en segundo lugar, estaba en un nivel con un temario que le resultaba bastante familiar. Quizás ese era un buen comienzo.

Él había ayudado con las compras y la cocina por la mañana, acompañó a Veronika al orfanato y ayudó con la distribución. Por la tarde, la instruyó diligentemente, y ella aprendió rápido y muy bien. Pronto pudo calcular el cambio al hacer la compra y leer rápidamente el periódico. Después de cenar, él era el primero en ir al baño, bañándose todos los días: ¡qué lujo! Después de lavarse, se

levantó y se masturbó. Veronika ya estaba de pie bajo la puerta del baño, desnuda excepto por su ropa interior, observándolo como hacía todas las noches. Después de la primera eyaculación, continuó frotándose y, después de un rato, eyaculó una segunda vez. Cuando terminó, se acercó a ella para darle un beso de buenas noches, algo que la directora la había animado expresamente a hacer. Ella lo abrazó, presionó brevemente sus labios contra los de él y le deseó buenas noches. Él comprendió de inmediato que ella no podía besar. También notó que ella no parecía percatarse de su desnudez durante el beso de buenas noches. Él había sugerido dejar la puerta del baño abierta, porque si alguien pedía ayuda, no podrían oírlo. Veronika lo pensó un instante y asintió; era cierto. Luego se metió en la bañera. Jack había sugerido bañarse a diario, y le pareció más apropiado que bañarse solo los fines de semana, como era costumbre en el convento. Entró en la bañera, sin saber que un vigía estaba agazapado afuera en la oscuridad, observándola. Jack examinaba el cuerpo de Veronika con mucho cuidado todas las noches.

No era una mujer particularmente hermosa, pero aun así era bonita. Era delgada, aproximadamente una cabeza más alta que él. Sus pechos eran de tamaño mediano y muy firmes, con pezones puntiagudos de color rosa claro. El vello púbico sobre su hendidura era escaso y oscuro, más o menos del mismo color que su cabello oscuro. Desde lejos, no podía ver bien su hendidura. También se veía un poco de vello bajo sus axilas. No tenía vientre, y sus costillas eran casi visibles bajo sus pechos; en general, era delgada y esbelta. Su espalda, de elegantes curvas, terminaba en un trasero pequeño y plano, y luego se extendía en piernas largas y muy delgadas. A Jack le pareció atractivo su rostro amable con su pequeña nariz, pero era un rostro muy amable. Sus ojos oscuros combinaban con el color de su cabello, castaño oscuro o negro. Notó que la piel de su cuerpo era sorprendentemente blanca; solo su rostro y sus delgadas manos eran un poco más oscuras. Recordó que había sido monja y había pasado toda su vida envuelta en largas túnicas, de ahí su piel impecablemente blanca. Jack se sentía culpable por ello, pero la observaba compulsivamente una y otra vez, especialmente mientras se bañaba.

Incluso en las primeras horas, se dio cuenta de que ella tenía un carácter amable, bondadoso y muy cariñoso. Si bien era ingenua, sin educación formal y poco familiarizada con los asuntos cotidia-

nos, era curiosa, aprendía rápido y poseía una inteligencia natural. Jack decidió brindarle la educación formal necesaria con el tiempo. En secreto, le sorprendía mucho que el convento no se hubiera preocupado por la educación de las novicias. En la escuela, siempre le habían dicho que los conventos en la Edad Media eran excelentes, de hecho, los únicos lugares de aprendizaje. Fue una constatación decepcionante y confusa.

¡Era imposible que no se hubiera dado cuenta de su desnudez! Todas las noches se quedaba en la puerta del baño, observándolo con curiosidad mientras se masturbaba. Durante esas sesiones nocturnas de masturbación en el baño, él decidió seducir a Veronika de verdad. Gradualmente y con mucho cuidado. Al día siguiente, dio el primer paso y no se masturbó en la bañera. Ella se quedó como siempre en la puerta del baño, bastante sorprendida, porque él solía masturbarse todas las noches y eyacular dos veces. Una extraña sensación la invadió; de alguna manera presentía lo que estaba a punto de suceder. Se había frotado el pene hasta que se puso rígido, pero no continuó. Salió de la bañera y la abrazó, prolongando su beso de buenas noches. Como siempre, ella se había desvestido hasta quedarse en ropa interior, ya que iba a entrar en la bañera justo después. Sintió su erección, que él presionó contra su vulva. Instintivamente, la tocó y la soltó de inmediato. Por primera vez, pareció mirar conscientemente su cuerpo desnudo, sus ojos fijos en su pene erecto, que no había logrado eyacular ese día. “¿Está todo bien?”, preguntó hipócritamente, mirando fijamente su pene erecto. “Todo está bien”, dijo Jack provocativamente, “¿nunca has visto a un hombre desnudo?”. Ella negó con la cabeza y mintió, no, nunca, y ni siquiera había tocado un pene desnudo. Se sonrojó tímidamente, pues no le gustaba mentir, pero el pastor Anselmo aparecía en imágenes vagas, y por supuesto, su vecino Heinz, que frecuentemente necesitaba que lo acariciaran. Él reprimió una risa y la miró con amabilidad. “Sí, así es como me veo, y ese es mi pene”.

Tomó su mano y rodeó su pene con ella. “El pene es para orinar y para follar”. No entendió, mintió Veronika, sintiendo con curiosidad su pene. “¿Qué es follar?” Jack nunca había tenido sexo y solo conocía la teoría. Resumió brevemente los aspectos técnicos de follar y los demostró frotando su pene de un lado a otro en su mano. Veronika sabía exactamente lo que estaba pasando y no se inmutó. Había decidido hacerse la tonta; era excelente en eso.

¡Mejor una santa ingenua que una cerda sucia! Mantuvo su mano en su agarre y formó un túnel con ella, en el que frotó de un lado a otro. Con su otra mano, se deslizó bajo sus bragas, presionó sus nalgas contra él y acarició con avidez sus nalgas y la hendidura de su ano. Sus dedos recorrieron la parte posterior de su ano hasta sus genitales y los exploraron suavemente. Veronika guió su glande palpitante hacia su hendidura y maldijo para sus adentros que todavía llevaba ropa interior. Se bajó las bragas discretamente, dejando al descubierto sus genitales. Abrió ligeramente las piernas y su vulva se abrió automáticamente. ¿Quizás él podría introducir su pene con la misma delicadeza que su vecino Heinz? Pero claro, el pene de su hijo era demasiado grande para caber por su pequeña abertura.

Su glande golpeaba repetidamente contra sus labios. Jack casi se volvía loco por las embestidas rítmicas de su glande contra su vulva desnuda. Ella guiaba su glande con la mano, dejándolo penetrar entre sus labios. Él lo frotaba en su mano hasta que eyaculó dentro de ella. Ella ya sospechaba que estaba a punto de eyacular y sujetó el glande firmemente entre sus labios. El semen salpicó su muñeca y sus labios. Veronika sostuvo su pene entre sus labios porque el chico dejó de frotar cuando comenzó a eyacular. "¡Solo eyacula, eyacula!" susurró, frotándolo con fuerza. Presionó el glande firmemente entre sus labios y lo dejó terminar de eyacular allí. Él miró, asombrado y desconcertado, su glande, que estaba atascado entre sus labios y eyaculando dentro. ¡Aparentemente, ella había forzado accidentalmente su glande entre sus labios, y él estaba eyaculando dentro! ¡Increíble! Esperó a que terminara de eyacular y le apretó el pene varias veces. Veronika se limpió el semen y la mano mojada en la ropa interior y la dejó caer descuidadamente al suelo.

Ella volvió a agarrar su pene, su mano imitando el movimiento de frotamiento. ¿Quería frotar de nuevo? Jack negó con la cabeza con tristeza. La ingenua santa preguntó por qué la gente tenía sexo, y simplemente continuó frotando, unas gotas más se escurrieron mientras lo hacía. Él respondió, primero, para tener hijos, y segundo, por el placer físico que uno siente. Las parejas adultas lo hacían todas las noches, todos los días. El sexo era simplemente parte de la convivencia. Veronika pensó por un momento. "¿Pero eso no era sexo antes?", preguntó el sucio cerdo inocentemente, continuando obstinadamente frotando, una y otra vez. Jack negó

con la cabeza. Veronika apoyó la cabeza en su pecho y bajó la mirada. Frotó su glande en el mismo lugar donde el vecino Heinz lo había frotado, sobre su vulva. Sus piernas comenzaron a temblar mientras se frotaba con fuerza contra la cabeza de su pene. Sintió pequeñas chispas en su vulva y se retorció. Después de unas cuantas chispas más grandes, terminó. Se enderezó y frotó su pene con vigor. Presionó la punta entre sus labios y lo acarició en silencio. Pasó mucho tiempo, hasta que se dio cuenta de que estaba a punto de eyacular. Forzó la obstinada punta hacia su abertura vaginal y la frotó con intensidad. De nuevo le susurró que debía eyacular. Él eyaculó al instante, y ella acarició su punta con la mano libre. Lo dejó terminar y de repente dejó de frotar su pene. Lo abrazó con fuerza. Durante minutos, presionó sus genitales empapados de semen firmemente contra su pene, que aún sostenía. Lo había dejado eyacular dos veces, y eso solía ser suficiente para él, pensó. Muy lentamente soltó su pene, le dio otro beso de buenas noches y le deseó buenas noches.

Dejaban la puerta entre sus habitaciones completamente abierta por la noche, para poder oír los gritos de auxilio; Veronika lo entendía. Él la observaba en la penumbra mientras yacía desnuda en la cama cada noche. Ella presionaba una mano contra su entrepierna y la atrapaba entre sus muslos. Permanecía despierta durante un buen rato, dando vueltas en la cama, hasta que su bajo vientre y sus piernas se contraían brevemente. Solo entonces se cubría y se dormía al instante.

La noche siguiente, él seguía sin masturbarse y la llevó de la mano al baño. Tomó su mano y la colocó alrededor de su pene. “Frótame”, dijo, guiando su mano hasta que ella entendió. “Límpiate”, preguntó ella inocentemente, “¿límpiate como ayer?” Jack asintió. “¿Hazme eyacular?” preguntó la ingenua santa, y él asintió impacientemente. Ella le preguntó cuál creía que era el propósito de todo esto. Él explicó pacientemente que así era como uno tenía que eyacular si uno no tenía novia y, por lo tanto, no podía tener sexo. Un hombre necesitaba esto a diario; uno tenía que eyacular, ya fuera a través del sexo o frotándose. Ella escuchó atentamente y asintió; ahora entendía. “Sexo o frotamiento, lo entiendo, así que tengo que frotarme”, dijo con resignación. Se quitó la ropa interior y se puso de pie con las piernas aún más separadas que ayer. Apretó su glande firmemente entre sus labios y lo frotó. “¡No, no empujes!” advirtió suavemente, y continuó frotando. Su glande tocó su

vestíbulo vaginal; Ella permitió que llegara tan lejos. Él se aferró a sus hombros y pechos y eyaculó. Ella susurró suavemente que debía eyacular sin más. Lo dejó terminar y le preguntó si quería hacerlo de nuevo, simplemente continuando acariciándolo. De nuevo frotó su glande en el punto exacto y experimentó pequeñas sensaciones, y finalmente una poderosa sacudida que recorrió su vulva. Durante la sacudida, se había doblado en un movimiento espasmódico, y después de la última sacudida, se enderezó de nuevo. Acarició su pene una vez más y disfrutó de la forma en que sus dedos acariciaban suavemente su vulva. Él había tanteado a lo largo de la hendidura de sus nalgas hasta llegar a sus genitales. Los exploró con placer y eyaculó cuando sus dedos tocaron su vulva. Su pene se volvió flácido, le dio un beso de buenas noches y se fue a su habitación.

Se repetía noche tras noche; ella lo frotaba dos veces y lo dejaba eyacular. Sentía placer al frotar su glande contra su vulva. Mantenía la vulva bien abierta; su glande ni siquiera entraba un centímetro. Su pene era definitivamente demasiado grueso para penetrarla. Se daba cuenta de esto cada vez que forzaba su glande en la abertura vaginal. Veía desvanecerse su fantasía de pene en la vagina. Con el pene de Heinz, había sido tan fácil; con el grueso pene de Jack, sin duda no funcionaría. Sintió con claridad cómo su semen salía a chorros a través de la abertura y corría caliente hacia su vagina. ¡Esto era algo completamente diferente a la delgada fuente de su vecino Heinz!

Por las noches hablaban a menudo de caricias y sexo; ella no se cansaba. Le encantaba hablar de las sensaciones de las caricias y los orgasmos, y le contaba lo maravilloso que era el brillo de su vulva. Siempre era ella quien sacaba el tema del sexo y quería saber hasta el último detalle. Le encantaba cómo hablaba de sexo, aprendió de él todas las palabras vulgares e imaginaba todo con gran viveza. Constantemente conseguía que hablara sucio y dijera cosas obscenas. Solían reírse hasta que les saltaban las lágrimas. Veronika estaba muy orgullosa de lo bien que interpretaba el papel de chica ingenua e inocente.

A través de la puerta abierta del dormitorio, podía oírla y verla moverse inquieta antes de quedarse dormida, pero aún no tenía idea de cómo continuar el juego. Después, ella se retorcía sin cesar en la cama, suspirando y gimiendo hasta estremecerse. Las farolas

iluminaban ambos dormitorios, y ella también lo observaba masturbarse, acariciándose los labios vaginales con ternura. Dejó las sábanas destapadas a propósito para que ella pudiera verlo con claridad.

Jack decidió dar el siguiente paso. La llamó al baño y le pidió que le enjabonara y lavara la espalda. Ella se quitó las bragas con naturalidad y se metió en la bañera con él. Fue extraño para ambos cuando sus cuerpos desnudos se tocaron. Ella lo lavó con cuidado, y él le devolvió el favor, enjabonándole la espalda y lavándola por completo. La tensión de Veronika solo disminuyó después de un rato, porque la inquietaba verlo de pie desnudo junto a la bañera, lavándole la espalda. Su pene erecto se balanceaba junto a su cara, lo cual era a la vez extraño y excitante. Ella se sentó en la bañera, y él se inclinó sobre ella desde el frente, lavándole la espalda. Se colocó de manera que pudiera presionar su pene tembloroso contra su cara, contra sus labios, una y otra vez. Al principio, ella se estremeció cuando su pene tocó sus labios al balancearse. Más tarde, le pareció divertido y excitante mordisquear su glande con los labios; este juego de persecución la atraía cada vez más con cada minuto que pasaba. Ella le mordisqueaba el glande con los labios, y ambos reían cuando lo conseguía. Al principio, ella se apartaba en la bañera cuando Jack se paraba frente a ella y se masturbaba. Pero él, en tono de broma, le empujaba el glande entre los labios y lo movía justo dentro de su boca. Pronto ella reía con deleite y volvía a mordisquearlo con los labios. Lo conseguía una y otra vez, y reía con alegría.

Ella, juguetonamente, sostuvo la cabeza de su pene entre sus labios mientras él eyaculaba justo en el momento en que ella lo atrapó. Hizo una breve pausa, sus ojos se abrieron de par en par mientras el semen goteaba por las comisuras de sus labios. Se limpió la boca con el dorso de la mano; el semen hacía tiempo que había perdido su desagradable sabor. Ambos rieron alegremente y continuaron su juego de atrapar labios durante un buen rato. Él eyaculó de nuevo más tarde, y ella dejó que el semen se derramara de su boca, goteando sobre sus pechos puntiagudos. La ingenua sirena emergió de las olas del lago y chasqueó los labios contra el glande.

A ella le encantaba este juego, ya que rara vez lo había jugado de niña. No parecía molestarle que su glande todavía estuviera húmedo de semen y goteando. Estaba realmente emocionada por el

juego de la persecución, y fruncía los labios cada vez que él eyaculaba. Ambos hacían una pausa, y ella apretaba sus labios con fuerza alrededor de su glande. Él se frotaba el pene y eyaculaba. Ella dejaba que el semen goteara de su boca y lo escupía todo, limpiándose el semen de la lengua y la boca con una toalla. Jugaban al juego de la persecución una y otra vez, y él siempre eyaculaba entre sus labios. Para ella, ahora era parte de su rutina, aunque ella lo estuviera frotando y acariciando. Para terminar, siempre tomaba su glande entre sus labios y lo dejaba eyacular. Siempre dejaba que el semen goteara de su boca. Jugó a esto durante varios días o más, generalmente dos o tres veces por noche, mientras él pudiera eyacular. Hablaban de ello después, pero ella veía todo aquello solo como un juego; El pequeño y sucio cerdito ignoró persistentemente el componente sexual.

En una de sus siguientes conversaciones, afirmó con descaro que casi todas las mujeres, al eyacular, dejan que el semen les entre en la boca y lo tragan, o lo escupen si no les gusta el sabor. Luego, se pasó lo que pareció media hora explicando cómo practicar una felación. Los ojos de Veronika se abrieron de par en par, lo interrumpió repetidamente y él tuvo que repetir y explicarlo todo de nuevo. Pero ella seguía sin atreverse a tomar su pene completamente en la boca ni a dejar que eyaculara profundamente en su garganta. Ella lo acarició con los labios, algo que a él le encantó, y él solo eyaculó justo en la punta de su boca.

Pronto se atrevió a intentarlo. Abrió la boca de par en par mientras lo frotaba, y esto lo excitó tanto que casi al instante eyaculó. El jugoso chorro entró en su boca, el resto cayó sobre sus pechos. Cerró la boca con cuidado y saboreó el semen con la lengua. Él la miró con curiosidad, y ella dijo que era un poco salado, pero que sabía bien. Se limpió el semen del pecho con un dedo y lo lamió. “¡Sí, sabe muy bien!”, exclamó. Las noches siguientes, dejó que todo el semen saliera a chorros en su boca abierta. Después de eyacular, se volvió un poco más atrevida y lamió el resto de su pene. Él la elogió por la delicadeza con la que sus labios lamían el glande. “¡Tan, tan delicado!”

Mientras lo acariciaba, ella tomó su glande entre sus labios y los abrió ligeramente cuando él eyaculó. Él a menudo colocaba su mano sobre su cabeza y hacía movimientos de empuje muy suaves, que ella permitía. Ella fruncía los labios, los apretaba firmemente

alrededor de su glande y dejaba que él la penetrara y eyaculara entre sus labios. Ella sonreía amablemente y estaba orgullosa, porque esto era algo que obviamente él disfrutaba mucho. A partir de entonces, ella voluntariamente dejaba que él la penetrara en la boca y tragaba su semen, pero se aseguraba de que él no penetrara demasiado profundamente durante el sexo oral. Hablaban de sexo oral por las noches, así que sabían bastante sobre los deseos y fantasías del otro. A menudo hablaban de cómo el sexo oral era como el coito. Ella siempre quería saber exactamente cómo se sentía para él. Pero ignoraba sus insinuaciones de que podrían intentarlo alguna vez. Ella siempre se excitaba increíblemente durante el sexo oral y no sabía qué hacer con su excitación. Por la noche, él contenía la respiración para escuchar los sonidos de la habitación de Veronika y para observarla. Se había metido una mano entre los muslos y se revolvía en la cama. Sus jadeos, apenas ahogados, se aceleraban cada vez más, y sus piernas se sacudían violentamente hasta que se detuvo. De repente, reinó el silencio, un silencio sepulcral. Temblorosa, respiró hondo hasta calmarse, se tapó con la manta y se durmió.

Finalmente, consiguió que una amiga del colegio le explicara lo que se estaba perdiendo. Era muy arrogante y orgullosa, pero actuaba con una sensualidad y frivolidad inigualables. No, no quería enseñárselo, solo explicárselo teóricamente. Le contó todo sobre la masturbación femenina: que las chicas rara vez lo hacían, que solo unas pocas lo hacían a diario, y que los hombres y los chicos no podían hacerlo con las chicas porque eran demasiado impacientes y bruscos. No quiso decir cómo lo sabía, pero que ella era una excepción, porque lo hacía todos los días antes de dormirse y a menudo varias veces al día. Él la interrogó hasta que le contó todos sus secretos. A cambio de su sinceridad, ella quería ver y tocar su pene. Allí, detrás del gimnasio, no había nadie alrededor. Examinó su pene y lo palpó a fondo, luego lo frotó. Parecía saber exactamente cómo hacer una paja. Él la dejó y eyaculó en el césped. Ella estaba tan excitada que se apartó las bragas y se masturbó sin pudor delante de él. Él la observó atentamente y comprendió la teoría en la práctica. Después de su orgasmo, ella le mostró triunfalmente su clítoris, que según ella era la parte más importante de la masturbación femenina. No le dijo por qué ya no tenía himen, por mucho que él la presionara con preguntas. Pero con gusto le mostró cómo se masturbaba por segunda vez y accedió a que se acostara frente a ella y la observara de cerca. Ahora él sabía cómo podía

ayudar a Veronika. Observarla le dio una erección adecuada, y la acarició entre las piernas hasta que ella cedió y le permitió penetrarla. Cuando él eyaculó, ella sacó su pene tan tarde que él ya había eyaculado la mayor parte dentro de ella. Después de que él eyaculó, ella se quitó las bragas por completo y generosamente le permitió penetrarla de nuevo. Esta vez duró mucho tiempo, y ella estaba muy excitada antes de que él eyaculara. Ella se masturbó muy rápido, y él eyaculó dentro de ella de nuevo. Después de su orgasmo, ella sacó inmediatamente su pene y lo masturbó vigorosamente, pero él ya no pudo eyacular.

Decidió enseñarle a Veronika cómo masturbarse. Sus caricias en su pecho mientras la frotaba la tenían en un estado de excitación intensa; su corazón latía con fuerza en su pecho y su rostro estaba sonrojado por la excitación. Después de que ella le lamiera el glande con los labios, él dijo que quería mostrarle algo nuevo. Tenía que acostarse boca arriba en el agua. Él separó suavemente sus piernas y palpó sus labios vaginales. Ella jadeó asustada y miró fijamente sus dedos. Sus jadeos se hicieron más fuertes a medida que sus dedos acariciaban sus labios vaginales, buscando su clítoris. Era increíblemente difícil de encontrar, pero lo encontró. Lo presionó suavemente varias veces y observó su reacción. Ella jadeó y respiró con excitación, la imagen de Mathilda pasó fugazmente por su mente. “Ahora, pon tu dedo justo ahí”, le indicó, “¡justo ahí!” y presionó suavemente su clítoris. Ella colocó su mano sobre su vulva, su dedo índice buscando su clítoris y encontrándolo de inmediato. ¡Ah, por fin! Por fin tenía un clítoris, aunque diminuto, igual que le habían crecido los pechos, que también habían sido pequeños al principio. Se imaginó el clítoris de Mathilda frente a ella y supo instintivamente qué hacer.

Ella, obedientemente, siguió sus instrucciones. Rodea suavemente el clítoris, luego tócalo. Suavemente, no apresuradamente. Después de unos minutos, Veronika dijo que tenía una sensación extraña en la parte baja del abdomen, algo que normalmente solo experimentaba cuando se movía mucho en la cama por la noche hasta que su abdomen se contraía con fuerza y sus piernas se contraían. Sí, dijo él, ¡eso es bueno! Entonces debía frotarse el clítoris muy suavemente, primero despacio y luego más rápido, como su clítoris lo deseara. Ella obedeció y de repente se detuvo. “¡Tengo que hacer pis!”, gritó, corrió a la habitación de al lado y soltó un largo y fuerte chapoteo. Él le hizo un gesto para que volviera a la

bañera; “¡Aún no hemos terminado!” Ella vino y continuó donde lo había dejado. Jadeó de nuevo, su dedo frotándose cada vez más rápido, y dejó escapar un suave gemido mientras se acurrucaba temblando y tenía un orgasmo. Le tomó un minuto calmarse. Él dijo que esto era lo nuevo que quería mostrarle. Ella sonrió feliz y dijo que nunca había sido tan intenso como cuando simplemente se revolcaba en la cama. “Esa era tu manera de liberar tu tensión sexual”, le sermoneó Jack, que ahora estaba terminando quinto grado y había estado prestando mucha atención a las bromas de sus compañeros. “Eso se llama masturbación”, añadió, y ella repitió la palabra varias veces. “Cuando estás acostado en la cama por la noche y estás sexualmente excitado, la masturbación es mucho más intensa que simplemente revolcarse”. Veronika asintió y dijo: “¡Mucho mejor!”. Y como no hay agua en la cama, recordó cómo se masturbaba su amigo de la escuela: “Tienes que mojarte el dedo y el clítoris con saliva”.

Esa noche, la oyó con total claridad. Aguzó la vista para distinguir algo en la penumbra. Estaba desnuda en la cama, con las piernas bien abiertas. Se frotó la vulva y el clítoris varias veces con saliva. Su dedo húmedo vibró dentro de ella durante lo que pareció una eternidad, luego suspiró profundamente, sus piernas se agitaron frenéticamente como las de los pájaros, y él oyó su grito ahogado. Había aprendido a hacerlo, y eso lo llenó de orgullo. A partir de entonces, lo hacía después de frotarlo y tragarse su semen. Él también lo intentó, y lo consiguió; la había imitado a la perfección. Algún día le diría a su amigo del colegio que los chicos también podían hacerlo muy bien. Veronika le dejaba masturbarla una y otra vez; era maravilloso no hacer nada, no pensar en nada, y solo sentir la creciente excitación. Pronto dejó de sentir vergüenza cuando orinaba durante el orgasmo y el líquido corría cálido sobre su mano. Jack sonrió, diciendo que era perfectamente natural y que no debía avergonzarse. Con éxtasis, ella eyaculó sobre su mano, estremeciéndose y temblando de placer. Él separó sus labios vaginales y observó atentamente cómo el líquido salía a chorros de su pequeña abertura. Salía al ritmo perfecto de su orgasmo, y él lo dejaba salpicar su mano. Sonriendo, le aseguró que no pasaba nada y que podía lavarse con agua. Y así siguió siendo: cada vez que la masturbaba en la bañera, ella eyaculaba a borbotones durante el orgasmo, dejando que el líquido fluyera con total naturalidad. Él la observaba con atención y luego la lavaba con cuidado.

Para Veronika, todo esto era nuevo, y lo encontraba maravilloso, emocionante y excitante. En la cena, hablaron principalmente de sexo, caricias, tragar semen y masturbación. Veronika se golpeó la frente con la palma de la mano. Se quedó en silencio, mirando pensativamente la mesa; hubiera sido mejor si hubiera sabido de la masturbación entonces y no hubiera tenido que dar vueltas en la cama hasta quedarse dormida. Claro que dar vueltas en la cama siempre terminaba con un fuerte espasmo en la parte baja del abdomen, pero no era ni de lejos tan intenso y liberador como un orgasmo de verdad. Jack dijo que casi todas las mujeres y casi todos los hombres se masturbaban a diario, que era un hecho. La hermana Mathilda y el sacerdote que celebraba misa también, por supuesto. Veronika lo miró, estupefacta, y Jack asintió en señal de confirmación: ¡sí, todos ellos! Cómo Jack había llegado a la conclusión de que esos dos eran en particular era como magia misteriosa para ella. Sentía aún más respeto por Jack que antes.

Veronika le contó entonces todo sobre el convento. El padre Anselmo, que se paraba en el arroyo dos veces por semana, masturbándose y eyaculando en el agua. Bañarse con Matilda, que iba al monasterio de hombres todos los viernes para que los monjes pudieran meter sus penes en su vagina y eyacular. Espiar a las mujeres hipócritas mientras se masturbaban en el baño. El hermoso roce de sus hendiduras cuando ella yacía desnuda sobre Matilda, los muchos pequeños destellos de placer. Confesarse y mostrar sus pechos. La pústula y el clítoris de Matilda. Su tía y el vecino que gemía lastimosamente cuando él eyaculaba dentro de ella. Observarlos de principio a fin, hasta que su tía no la dejó estar allí más. Echarla porque se masturbaba al menos dos veces al día y no la dejaba mirar. Que luego se secaba la vulva y el clítoris después de masturbarse. Cómo el vecino eyaculó sobre ella y luego dentro de ella. Jack escuchó atentamente y persistió hasta que ella le describió todos sus secretos en términos naturales, a menudo obscenos.

Jack cumplió 16 años, era uno de los mejores estudiantes de la escuela y estaba entrando en la pubertad. Su voz se hizo más grave, su pene se engrosó y su escaso vello púbico se convirtió en una espesa mata. Ahora examinaba la vulva y el himen de Veronika con más frecuencia. Era muy delgado, casi transparente, y tenía una gran abertura. Hablaban de sexo todos los días, aunque ambos ya lo sabían todo al respecto. Veronika solía contar historias con los ojos brillantes sobre el pene del vecino, cómo entraba y sa-

lía del pequeño y feo coño de su tía y eyaculaba con un esfuerzo indescriptible. Esa era una de sus historias favoritas, porque era la única vez que había visto sexo en persona y había sentido la repugnante eyaculación del vecino dentro de ella. Pero Veronika aún no estaba preparada para el sexo; se resistía cada vez que él lo mencionaba directamente. Él sentía un deseo intenso y podría haberse acostado con ella incontables veces, pero sabía que no habría estado bien, que habría sido como una violación. Era plenamente consciente de la importancia de la confianza mutua y de que tenía que esperar hasta que Veronika estuviera preparada.

Todos los días, Jack hablaba de lo agradable que era el sexo oral, pero que el sexo real era aún mejor. Como antes, ella se cerraba en banda sobre el tema y dirigía la conversación hacia los estudios. El año pasado, con la ayuda de Jack, había aprobado los exámenes externos de primaria y se estaba preparando para el certificado de fin de secundaria. El año pasado, el orfanato también había sido nacionalizado y ya no necesitaban su ayuda en la cocina. Pero su resistencia a pensar en sexo disminuyó gradualmente. Él hablaba constantemente de concepción y anticoncepción. Dibujó un calendario lunar circular de 28 días, marcando los días de su menstruación y, en el reverso, los días fértiles. Veronika asentía, porque entendía perfectamente el significado de ese calendario. Ambos estaban contentos de que su ciclo menstrual fuera regular y completamente fiable. Él irradiaba una gran confianza en que podrían evitar un embarazo no deseado.

En los días siguientes, permaneció en silencio cuando él le hablaba en voz baja sobre sexo. Comprendió instintivamente que su insistencia era inofensiva. Él nunca lo dijo, pero ella sentía su amor como cálido y confuso a la vez. Cuando le devolvía los besos franceses, la excitación la invadía con fuerza en la parte baja del abdomen, desconcertándola cada vez más; sentía un impulso inmediato de masturbarse, aunque siempre lo posponía. Él era quien la había sacado de la ignorancia. Él era quien había insistido en que hiciera el examen y se sintiera orgullosa de su certificado. Él era quien la había iniciado en los secretos de la sexualidad y le había brindado éxtasis físicos diarios. Estaba abrumada por la gratitud y se liberó de sus inhibiciones. No le importó que la bañera se desbordara mientras se incorporaba rápidamente contra él. Le devolvió el beso francés con gran fervor y apretó su cuerpo contra el suyo. Negó con la cabeza con firmeza; no quería practicar sexo oral

en ese momento. Otro beso francés apasionado selló su decisión. “Vamos”, dijo en voz baja, “¡tengamos sexo!”

No dijo nada y tragó saliva varias veces. Se secaron rápidamente y él llevó la toalla a su habitación. La extendió sin decir palabra antes de que ella se acostara. No se acostó encima de ella de inmediato, aunque ella abrió las piernas con facilidad. Se acostó a su lado; tenía que empezar despacio, lo sabía perfectamente. La besó en la boca y por todo el cuerpo. Al mismo tiempo, sus manos acariciaban todo su cuerpo, y ella contuvo la respiración sorprendida cuando su boca se cerró alrededor de sus labios y su lengua tocó y lamió suavemente su clítoris. Nunca la había lamido antes, pero continuó y continuó, su lengua convirtiéndose en un dedo que la masturbaba. Escuchó su respiración y sus jadeos excitados y se adaptó a su ritmo. Incluso durante su orgasmo, continuó lamiéndola, aunque sus muslos se apretaban con fuerza contra su cabeza. Su orgasmo duró una eternidad, y la parte inferior de su cuerpo seguía ardiendo intensamente porque él seguía lamiéndola con tanta suavidad. Sintió lo caliente que ardía su cuerpo, lo excitada que estaba, y dejó de lamer.

—¿Ahora? —susurró, y ella asintió con su sonrisa más dulce de niña. Él se arrodilló entre sus muslos y le susurró que guiara su pene. Ella lo agarró y lo guió hacia su abertura vaginal, luego lo soltó cuando tocó su himen. Se miraron fijamente a los ojos, ambos escuchando sus voces interiores, sus sensaciones físicas y sus sentimientos. Él empujó hacia adelante con infinita lentitud, el himen estirándose por un largo momento antes de romperse. Sus ojos se abrieron de par en par y balbuceó: —¡Sí, sí! Cerró los ojos y sonrió mientras él introducía su pene profundamente en su vagina. Comenzó a follarla muy lentamente, aumentando gradualmente el ritmo. Su cuerpo se balanceaba a su ritmo. Él acarició su rostro y se miraron a los ojos. —Estoy a punto de correr —dijo con la voz entrecortada, y luego corrió. —Sí —dijo ella—, ¡corre ya! Pasaron largos segundos hasta que el chorro rítmico cesó. El orgasmo de Veronika estalló en el instante en que él dijo que estaba a punto de eyacular. Presionó sus dedos contra su clítoris, todo su cuerpo se retorcía y se agitaba mientras él la penetraba y eyaculaba. Su orgasmo persistió incluso cuando él retiró su pene y se quedó exhausto a su lado. Con la boca abierta en un grito silencioso, su cabeza se sacudía de un lado a otro, su dedo frotando su clítoris

con fuerza y brusquedad, porque su orgasmo continuó durante dos minutos más.

Él la escuchó durante dos minutos, y ella le contó cómo se había sentido, pero él se quedó dormido. Ella guardó silencio cuando lo notó y le acarició el pecho. Todas las historias de terror sobre lo increíblemente doloroso que era perder la virginidad eran falsas. Estaba tensa como una cuerda de arco, esperando ansiosamente el dolor mientras su pene entraba lentamente en ella. Sintió claramente cómo el himen se estiraba y se estiraba, durante lo que pareció una eternidad. Pero no le dolió en absoluto, y cuando se rompió, sintió solo un pequeño pinchazo. La tensión disminuyó de inmediato y se sintió muy aliviada. "¡Sí, sí!", balbuceó, porque ahora se había convertido en una mujer de verdad, y Jack finalmente podía tener sexo con ella. No sabía nada sobre estar enamorada ni sobre el amor en sí, pero amaba a Jack más que nunca. Estaba confundida por este sentimiento, pero al mismo tiempo, sabía que era hermoso y satisfactorio. Solo había una pequeña mancha de sangre en la toalla, del tamaño de una moneda.

La época del sexo oral, las caricias y la masturbación prácticamente había terminado. Tenían relaciones sexuales a diario, y el sexo oral y la masturbación solo ocurrían durante su menstruación y sus días fértiles. Con el paso de los meses, los preliminares se acortaron, y a ella le daba pena que el coito no durara mucho. Hablaron abiertamente del tema, y él le dijo que no podía hacer nada con respecto a la duración de su eyaculación y que su pene se quedaba flácido después. No podía retrasar la eyaculación y quedaba completamente agotado después. Lo que sí podía hacer era llevarla al orgasmo con sexo oral antes del coito cada vez. Y pensaba que era correcto que ella se masturbara después de la eyaculación si aún lo necesitaba. Él se esforzaba mucho por llevarla al orgasmo con sexo oral, y ella solía masturbarse después de la eyaculación porque ya casi nunca alcanzaba el clímax durante el coito. Ambos se sentían equilibrados y satisfechos con su sexualidad.

El conserje reparó el desagüe de la cocina y, después, tumbó a Veronika boca abajo sobre la mesa y tuvo relaciones sexuales con ella. Veronika no se resistió; al contrario, disfrutó muchísimo de su grueso pene. Esa noche, se lo contó a Jack, quien se enfureció y quiso ir a la policía. Pero Veronika no quiso y le rogó que no hiciera nada. Jack se calmó y ella le contó todo, incluyendo lo mucho

que lo había disfrutado. Tras eyacular, el conserje dejó su pene dentro de ella y le acarició las nalgas. Al cabo de un rato, sintió que su pene volvía a endurecerse y entonces tuvo relaciones sexuales con ella por segunda vez. Esta vez, su excitación se disparó y culminó en un orgasmo maravilloso. Él le dio unas palmaditas suaves en el trasero y se subió los pantalones. Jack estaba enfadado y avergonzado de su envidia. Sin embargo, la sermoneó de forma pedante sobre lo incorrecto de la violación. Ella comprendió que lo que el conserje había hecho estaba mal; no se podía simplemente tener relaciones sexuales con una mujer así. Prometió que en el futuro no dejaría que nadie se acostara con ella si eso le molestaba tanto. Jack se sentía muy culpable e incómodo porque a veces tenía relaciones sexuales con sus novias a escondidas de la escuela y nunca se lo había contado a Veronika.

Jane seduce a Jack

von Jack Faber © 2022

Jack quería esperar a que terminaran sus exámenes finales para leer la carta de Inglaterra, pero una semana después, la curiosidad lo venció. Sin duda era algo importante, algo oficial. El escudo de armas del sobre era deslumbrantemente ornamentado, y los dos leones con sus colas entrelazadas parecían burlarse de él a diario. ¡Ábrela ya, cobarde! Veronika, que había aprobado sus exámenes de bachillerato seis meses antes y solo había tenido dificultades con el inglés, sentía tanta curiosidad como él, pero él insistió en esperar. El nombre completo del destinatario figuraba: Jacob N. Crawley. Muy extraño.

Los exámenes finales duraron dos semanas más. Jack y Veronika solo dormían juntos cada dos o tres días; ambos estudiaban muchísimo, así que rara vez tenían tiempo para el sexo. Para Veronika, esto no era un problema. Se masturbaba todas las noches antes de dormirse, independientemente de si tenían sexo o no. Jack normalmente solo se daba cuenta medio dormido. Si se sentía excitado y la masturbación de Veronika le provocaba una buena erección, tenía sexo con ella mientras se masturbaba, algo que a ella le encantaba. A menudo, simplemente se quedaba dormido; estudiar lo dejaba muy cansado. Había entregado excelentes trabajos durante la primera semana de exámenes y quería seguir así. El domingo por la noche, cerró sus libros y cogió el grueso sobre. "¡Veronika!", gritó. "¡Ven!". Ella entró corriendo, desnuda y sudorosa, con la cara enrojecida. Jack se disculpó de inmediato, avergonzado, porque su grito aparentemente había interrumpido su masturbación. Pero habían acordado abrir la misteriosa carta juntos. Ella trajo una silla y se sentó a su lado. Podía oler su excitación, trucha y vainilla como cuando la lamía.

Jack leyó en voz alta y tradujo, ya que el inglés de Verónica no era muy bueno. El bufete de abogados Figgs, Ferguson & Willis había sido contratado por el Ministerio del Interior británico para investigarlo y representarlo en el tribunal en el asunto del testamento como hijo de Nicholas J. Crawley. Lo habían localizado a través de las autoridades escolares; se adjunta una copia. Meses antes de que se descubriera su identidad, poco después del nacimiento de

Jack, su padre había enviado por telégrafo un testamento a su empleador, el Ministerio del Interior británico; se adjunta una copia, en el que declaraba que legaba todas sus posesiones a sus hijos biológicos, Janet y Jacob, a partes iguales. Su esposa recibió una herencia de 25.000 libras esterlinas anuales hasta su muerte y 20.000 libras esterlinas para el niño. Dado que su viuda, Naomi Crawley, había fallecido unos cuatro meses antes, el Ministerio del Interior había iniciado estos procedimientos.

Jack interrumpió y le dijo a Verónica que era extraño que el Ministerio del Interior estuviera involucrado; los espías seguramente estarían bajo la jurisdicción del Ministerio de Asuntos Exteriores o del Ministerio de Guerra. Simplemente no lo entendía. Jack besó a Verónica y dijo que la tensión había desaparecido, al igual que su temor por el contenido. Se alegró de tener una hermana y de que su padre lo hubiera reconocido como su hijo por escrito. Guardó silencio un momento, y Verónica dijo que eso era bueno y tranquilizador. Le mordisqueó el lóbulo de la oreja, algo que solía hacer cuando se sentía sexy, y acarició lentamente sus labios vaginales y su clítoris, que él pudo ver por el rabillo del ojo. Se aclaró la garganta antes de continuar.

Tras su fallecimiento, se examinaron las cuentas de la difunta, revelando que había vendido todas las propiedades de su marido y transferido el dinero a su propia cuenta. Además, había retirado más de 25.000 libras esterlinas anuales, con un promedio superior a las 45.000 libras. También retiraba otras 20.000 libras esterlinas anuales para las necesidades de Janet, lo cual se consideró aceptable. El bufete de abogados Figgs y otros llevó el caso a los tribunales, ya que la madre, Naomi, debía a Janet y Jack casi 300.000 libras esterlinas, que supuestamente había malversado. Asimismo, el tribunal dictaminó que toda su herencia pertenecía a los dos hijos, puesto que procedía íntegramente de la venta de las propiedades. La madre de Janet no tenía ni bienes ni ingresos propios. Janet, a su vez, apeló la reclamación de 300.000 libras esterlinas y amenazó con emprender acciones legales si no ganaba el caso. El bufete de abogados Figgs y otros solicitó una o dos fechas sugeridas para que Jack viajara a Londres a resolver sus asuntos personalmente. Sería conveniente que se mudara a la casa de Nicholas J. Crawley para dar una imagen más clara. A continuación, se indicaba la dirección en Hampton, Londres. Atentamente, Figgs y otros.

Jack se secó las gotas de sudor de la frente. ¡Eso sí que era fuerte, caballeros! Miró de reojo a Veronika. Necesitaba un pasaporte, un billete de tren y algo de dinero. Mañana enviaría una carta a su nueva hermana y otra al bufete de abogados. Miró a Veronika a los ojos y decidió que ya no había nada más que discutir; ella ya estaba increíblemente cachonda. “Vamos”, dijo, “¡vamos a la cama!”. Veronika lo miró, con la mirada vidriosa y lujuriosa. “¿Quieres follar?”, preguntó con picardía, y él asintió, aunque sus pensamientos iban a mil por hora. Dejó la luz en la mesita de noche y observó a Veronika masturbarse con creciente placer. Era otra de esas noches en las que, tras un descanso de cinco minutos y de observar, volvía a tener una erección. Veronika estaba muy contenta con la segunda ronda de sexo, como siempre, y alcanzó su enésimo orgasmo poco después de que él eyaculara. Se durmió inmediatamente, profundamente y sin soñar. Veronika siguió masturbándose hasta que se durmió.

A la mañana siguiente, se apresuró al banco para preguntar por el tipo de cambio de la libra y luego al ayuntamiento para tramitar un pasaporte. Tardaría unas tres semanas; necesitaría dos buenas fotos de pasaporte tomadas por un fotógrafo, y su madre tendría que acompañarlo, ya que aún era menor de edad. Después, volvió a casa para estudiar. Por la tarde, había redactado la carta, bastante breve, al bufete de abogados, dejando solo los plazos sin especificar. La carta a Janet era más larga; solo mencionó el tema de la herencia de pasada. Estaba feliz de tener una hermana y de conocerla. Le contó la historia de su vida con honestidad y franqueza, omitiendo únicamente el tema de la sexualidad. Le anunció cuándo estaría aproximadamente en Londres y que le enviaría un telegrama en cuanto supiera las fechas exactas. Estaba muy feliz de tener una hermana, le aseguró varias veces, y ella también estaría encantada de conocerlo.

Las siguientes dos semanas pasaron volando. Estudió hasta altas horas de la noche y sacó excelentes notas en los exámenes. Hizo lo que le había inculcado a Veronika meses atrás. Dejó de lado todo lo demás y se concentró por completo en el examen. Le fue bastante bien. Él y dos chicas aprobaron con honores y lo celebró con Veronika en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Se dieron el gusto de una deliciosa cena con aperitivo, plato principal y postre. Bebieron dos botellas de vino y volvieron a casa en taxi. Había aprobado sus exámenes de acceso a la universidad, había

madurado de la noche a la mañana y estaba sentado en un coche por primera vez. Esa noche, tuvieron relaciones sexuales tan a menudo como pudieron. Claro que no podía competir con los orgasmos de Veronika, pero hacia el final, sorprendentemente, tuvo una tercera erección y tuvieron sexo, riendo y jadeando. Se abrazaron hasta quedarse dormidos.

En resumen: todo salió a la perfección. Recibió el pasaporte, la declaración notariada de Veronika para viajar a Inglaterra, el billete de tren y el horario detallado. Envió los telegramas al bufete de abogados y a Janet. Veronika le había conseguido una gran suma de libras esterlinas y le había abierto una cuenta bancaria; él viviría de eso hasta recibir su herencia. Dormían juntos día y noche hasta su partida, fantaseando con lo que él podría hacer con la herencia. Cuanto más grande era la fantasía, más reían y más fantaseaban. Discutían todos los detalles; él llamaría al Golden Stag Inn todos los viernes a las 7 de la tarde para informarle. Le insistió a Veronika en que no se acostara con desconocidos y que siguiera al pie de la letra el calendario anticonceptivo. No, no estaba celoso en absoluto; ella podía acostarse con cualquiera que no fuera un desconocido. Claro, solo si ella quería. A ella le gustaba que él le hablara de sexo y usara un lenguaje vulgar. Durante horas, repasaban mentalmente a todos sus conocidos e imaginaban tener relaciones sexuales con cada uno de ellos.

Tardó más de dos días en llegar a Londres. La travesía en ferry fue una experiencia inolvidable: un amanecer maravilloso en cubierta con aguas perfectamente tranquilas. El tren de vapor llegó a la estación Victoria con más de una hora y media de retraso. Se apresuró al punto de encuentro acordado en la parada de taxis junto a la salida sur; por supuesto, Janet ya no estaba allí. La llamó y ella le aconsejó que tomara un taxi. No debería costar más de 6 libras. Tomó el taxi hasta su casa.

Era una casa hermosa y antigua, con un jardín bien cuidado al frente y un gran parque detrás. Tocó el timbre y oyó el taconeo de unos zapatos de tacón; ella abrió. «Hola, Jack», dijo, extendiendo la mano. Se estrecharon la mano, él dio un paso adelante y la abrazó. Ella dudó un momento, pero luego le devolvió el largo abrazo. Lo invitó a pasar y lo condujo por la majestuosa escalera. Le mostró su habitación y le sugirió que se vieran abajo en unos minutos. Mientras él dejaba su maleta y colgaba su nuevo traje en el arma-

rio, como Verónica le había indicado, Janet, con la ayuda de la ama de llaves Rose, preparó una comida ligera abajo y esperó a Jack.

Bajó enseguida y se sentó frente a Janet en la mesa. Ella pensó que probablemente tenía hambre después del largo viaje, lo cual él confirmó. Rechazó la bebida y pidió un vaso de agua. Janet llamó a Rose y pidió limonada. Comieron y bebieron, hablando muy poco. Janet encendió un cigarrillo y esperó pacientemente hasta que terminó. Se sirvió otro vaso de limonada y se recostó, luego le agradeció su hospitalidad. Janet quiso saber cuánto tiempo se quedaría. Él dijo que aún no lo sabía, pero que quería finalizar los asuntos con el bufete de abogados y el juzgado. Con una sonrisa, añadió que sus estudios de medicina comenzaban el 1 de octubre, y que todo debería estar resuelto para entonces. Esto los llevó inmediatamente al tema principal: el testamento de su padre. Ella dijo que estaba de acuerdo con lo que su padre había decidido. Que se dividieran la herencia a partes iguales estaba perfectamente bien. El hecho de que heredaran la casa, esta casa, juntos también estaba bien para ella. ¿Había pensado en venderla? Jack se quedó un poco desconcertado y dijo que aún no había visto la casa, y que no, no tenía ni idea. Venderla era solo el último recurso. Al fin y al cabo, ella vivía allí, ¿no? Se quedaron en silencio un momento, y luego él le preguntó si quería contarle más sobre sí misma, la casa y su padre.

Ella asintió y sugirió que se pusieran cómodos en el sofá. Quería contarle todo y se puso de pie. Él la miró fijamente; era alta, como él, muy delgada y tenía unas piernas increíblemente largas, las más largas que jamás había visto. Bajo su blusa blanca transparente, no se veía ningún rastro de sujetador, así que todo lo que veía era natural. Tenía un trasero pequeño y delgado bajo su minifalda, que estaba de moda en aquel entonces. Solo su torso era extrañamente corto, y solo ahora se dio cuenta de que tenía una joroba. Ya la había visto encoger los hombros al ponerse de pie; ahora lo entendía. Ella había notado su mirada y se puso una mano en la joroba. «Lo llamo Robert», dijo, sonriendo con tristeza, y luego se sentó en el sofá. Él se sentó en el sillón frente a ella y se relajó. Ella encendió un cigarrillo y comenzó a contar su historia.

La casa tenía más de 200 años, construida por la familia Crawley, y había estado habitada por ellos desde entonces. Diez años

atrás, su madre había cambiado el tejado, las ventanas y las puertas, y también había renovado la fontanería. No había vivido para ver terminada la instalación eléctrica. Lo miró fijamente. Por eso había apelado las 300.000 libras. Su padre no había dicho nada sobre conservar la casa familiar, pero su madre había gastado el dinero precisamente en eso. Lo miró con curiosidad. Él se rascó la cabeza y dijo que no tenía ni idea de cuánto podría costar esta reforma. Ella hizo ademán de levantarse para buscar los papeles, pero él la detuvo con un gesto. "¿Mañana, de acuerdo?". Ella asintió y continuó su relato.

Sus padres se habían casado en 1935 y ella había nacido en 1939. «Así que, dos años antes que él», añadió, y él asintió; ya lo sabía. El matrimonio —lo miró fijamente a los ojos, refiriéndose al aspecto sexual— simplemente nunca había funcionado. Su madre no tenía ningún deseo sexual, y él jamás lo habría aceptado. Invirtió su fortuna en bienes raíces, apostaba y ganaba enormes sumas en el casino. Compró terrenos y casas en el campo y llevaba un registro meticuloso de todo. Nunca hablaba de su trabajo en el ministerio; su madre solo mencionaba que viajaba con frecuencia durante semanas seguidas. Incluso en su vejez, Naomi, su madre, solo hablaba bien de él y lamentaba profundamente la separación. Fue culpa suya, le dijo Naomi a Janet; estaba muy embarazada y agresiva en aquel entonces. Durante una discusión muy desagradable sobre la falta de sexo, lo amenazó con dejarlo. Él se quedó tranquilamente en el umbral y le dijo que tenía que quedarse en casa y criar a su hijo. Dijo que se iría y se aseguraría de que ella y el niño tuvieran una buena vida. Nunca regresó.

Janet le preguntó si podía contarle sobre sus padres. Jack respondió que apenas sabía nada. Se quedó mirando entre los muslos de Janet, donde brillaban sus bragas blancas. Su padre había conocido a su madre, Hermine, cuando ella trabajaba como mecanógrafa en un ministerio nazi, pero no era nazi. Cuando quedó embarazada en 1940, se casó con ella inmediatamente. Cuando tenía cinco meses, su padre fue arrestado y, pocos días después, fusilado como espía; no hubo tumba. Su madre lo pasó mal siendo la esposa de un espía y, naturalmente, perdió su trabajo. Empezó a trabajar a tiempo parcial limpiando y no volvió a encontrar trabajo como mecanógrafa hasta 1943. El caos del final de la guerra la salvó en gran medida, y murió cuando él tenía 13 años. Solo habló de su padre una vez, poco antes de morir; estaba amargada y nunca lo

perdonó. Pero fue una buena madre, cariñosa, y le dio una infancia feliz y despreocupada, por la que siempre le estuvo agradecido. Jamás le dejó entrever que era hijo de un padre al que despreciaba. Siempre fue su hijo, nunca el de él. Tras unos minutos de silencio, Janet lamentó que no supieran más sobre lo que su padre había hecho realmente. Era posible, dijo, mirando a Jack a los ojos, que no hubiera sido espía y que lo hubieran acusado falsamente. Jack lo pensó. Era posible, dijo, pero dudaba que los ingleses o los alemanes publicaran algún documento al respecto.

Jack se sorprendió de que Janet no intentara ocultar sus bragas y se quedara mirando los pechos claramente visibles bajo su blusa. No quería que ella pensara que la miraba constantemente, así que echó un vistazo por las ventanas oscuras. Quizás algún día, dijo, podrían averiguar más sobre su padre. Estaba dispuesto, pero primero tenían que resolver el asunto de la herencia. Janet asintió y le preguntó si quería cenar. Él asintió y ella fue a la cocina. Le tomó un minuto, luego la siguió. La ama de llaves aparentemente ya se había ido, dijo con curiosidad, y Janet confirmó que Rose venía todos los días a las 7 y se iba a las 4 de la tarde, puntualmente. Prepararon la comida juntos y la llevaron de vuelta a la sala grande, donde comieron y charlaron. Llevaron las cosas a la cocina, y Janet lo detuvo cuando estaba a punto de lavar los platos. “Rose hace eso”, dijo, y regresó a la habitación, al sofá. —Siempre bebo por las noches —dijo ella, y él negó con la cabeza. Se sirvió un vaso de limonada y se sentó frente a ella.

Ella mencionó el baño. Estaba justo al lado de su habitación, y la suya estaba al otro lado. Así, ambos podrían usar el baño por la noche, cada uno desde su lado. Él preguntó si podía bañarse antes de acostarse; estaba acostumbrado a hacerlo. Y después del largo viaje, ya era hora. Ella se rió y dijo que siempre se duchaba o se bañaba por la mañana antes de que llegara Rose. Él sonrió; eso funcionaba bien, él solía levantarse entre las 7 y las 7:30. “Rose prepara el desayuno a las 7:30, ¡así que sé puntual!”. Janet se rió, y él asintió; lo entendió.

Jack dijo estar muy contento de haber encontrado una hermana tan amable y guapa; después de leer la correspondencia del bufete, esperaba una amargada y enfadada. “¿Guapa, dices? ¿Y qué hay de Robert?”, preguntó ella, con expresión seria. “Oh, hace siglos que no lo veo”, dijo rápidamente. “Ese tipo siempre se hace el invisi-

ble". Ella se rió, pensando que intentaba halagarla, pero su expresión le indicó que había dado la respuesta correcta. "Y", preguntó, "hablas un inglés perfecto. ¿Cómo es eso?". Él explicó que se acababa de graduar con honores y que había aprendido inglés bastante bien en seis años. Tuvo que explicarle lo de "cum laude", y ella escuchó con la boca abierta. Ella solo había sacado notas buenas y medias y se estaba preparando para la universidad, estudiando moda y textiles. Con Robert cerca, probablemente no tendría muchas oportunidades laborales. Actualmente, trabajaba dos días a la semana para la BBC en el departamento de ciencia. Él quería estudiar medicina, dijo Jack; no sabía casi nada de moda y textiles. Charlaron durante una hora más o menos, Jack deleitándose con sus pechos, sus largos muslos y sus bragas. Ella no intentó escapar de su mirada lujuriosa, ¡todo lo contrario! A medida que aumentaba su embriaguez, Janet se tocaba cada vez con más frecuencia, acariciando distraídamente un pecho o deslizando un dedo bajo sus bragas y jugando despreocupadamente con el borde. A veces, él creía ver su hendidura. Janet dio por terminada la velada tras la quinta o sexta copa de vino, y subieron a la planta de arriba. Él deshizo rápidamente la maleta y la bolsa de viaje mientras se llenaba el agua del baño. Se desnudó rápidamente y se sentó en la bañera. Realmente lo necesitaba, desesperadamente.

Dio un respingo al oír el pomo de la puerta y ver entrar a Janet. Estaba desnuda y se sentó en el inodoro sin inmutarse. Lo miró con curiosidad y amabilidad, y chapoteó. Tras unos instantes admirando su desnudez y a Robert, intentó esconder su pene erecto en el agua, pero el nivel del agua no lo ocultó. Ella se limpió con papel higiénico, se levantó y fue a la bañera. No pasó por alto ni un centímetro de su cuerpo desnudo mientras la miraba. Ella miró brevemente su cuerpo musculoso y luego se detuvo en su pene, que no pudo ocultar. Asintió con aprecio y dijo muy amablemente, con una mirada a su pene, que ella también lo hacía por las noches antes de dormirse y a veces por la mañana mientras se duchaba. Le dedicó una sonrisa pícara y se marchó. ¿Había oído mal, o le había dicho que podía mirar mientras se iba? *«Puedes mirar* », había susurrado. ¿O era solo su imaginación? Completamente desconcertado, esperó unos minutos y terminó. Durmió profundamente y soñó, sin sentido alguno, con Veronika y Janet.

Se despertó en la noche. Janet era realmente una chica guapa; su rostro era encantador y parecía aristocrático y muy refinado,

con una nariz afilada que se parecía mucho a la suya. Su cabello negro contrastaba con sus ojos brillantes y misteriosos, que resplandecían de un gris claro o azul claro. Su torso era claramente demasiado pequeño; Robert le estaba deformando los omóplatos a ambos lados. Tenía unos pechos hermosos de tamaño mediano con pezones pequeños y rosados, y un cuerpo esbelto y bien formado. Sus nalgas eran pequeñas y se unían a unas piernas largas y delgadas. Solo tenía un pequeño vello negro sobre la vulva. Su vulva no era tan llena y carnosa como la de Veronika; no había podido verla con más claridad. Su piel clara era impecable, sin un solo lunar ni grano; parecía aterciopelada y sedosa. No parecía tener ningún problema en mostrarse desnuda. Se reprendió a sí mismo; ¡era su media hermana! Volvió a dormirse.

Jane, o Janet como prefería que la llamaran, le enseñó la casa, el parque y la bien surtida bodega. Luego le mostró los documentos de su madre sobre las reformas. Él lo comprobó dos veces; el coste rondaba las 285.000 libras. Le confirmó a Jane que esa era aproximadamente la cantidad en disputa. Jane lo miró expectante. Él confirmó su opinión de que su madre había gastado el dinero en la casa, en su casa. La apoyaría en la apelación, dijo Jack, pero no de inmediato. Quería escuchar los argumentos del bufete de abogados; eso le daría una idea más clara. En los días siguientes, le escribió una larga carta a Veronika y habló con ella por teléfono el viernes.

La semana transcurrió tranquilamente y sin incidentes. Jane bebió sus cuatro o cinco copas de vino por la noche, y charlaron de esto y aquello. Jack le contó con detalle cómo habían ido las cosas con el bufete de abogados Figgs. Él la miró como un tonto, por supuesto. Su blusa era aún más transparente que el día anterior, y ella seguía encorvando los hombros mientras forcejeaba con Robert. Sus pechos juveniles se veían maravillosos. Podía ver hasta donde le era posible la parte interna de sus muslos. Jadeó: ¡Janet no llevaba bragas! Solo podía intuir su hendidura, pero la miró fijamente, y ella sonrió porque era tan fácil de ver a través de él. Su mirada la llenó de un extraño orgullo. Lo dejó mirar su hendidura; de alguna manera se sentía bien. Levantó una pierna y se agarró la rodilla. Por supuesto, sabía que esto exponía completamente sus genitales. Sus ojos se detuvieron en sus labios, su prominente clítoris y la abertura claramente visible. Durante su conversación, él solo miró sus joyas, absorbiendo cada detalle. Absorta en sus pen-

samientos, se acariciaba los labios vaginales y, distraídamente, retraía el pequeño pliegue de piel sobre el clítoris una y otra vez, hasta que este se excitó visiblemente. Mojó el dedo índice en el vino y luego en su vulva. Completamente desinhibida, acarició la abertura y el capuchón del clítoris. Lo miró con ojos brillantes; ¡tenía que tener a ese chico! Después de una hora, dejó caer la pierna al suelo y subieron las escaleras sin decir palabra.

El bufete de abogados era de buena reputación y el asesoramiento, de primera categoría. Creían que Jane se había opuesto injustamente y que el tribunal pronto lo reconocería. Además, se desconocía el monto de la herencia; ni el tribunal ni el banco revelarían la suma. Jack firmó un poder notarial y un acuerdo que estipulaba que el bufete recibiría el 4,5% de su herencia. Insistió en que esto no se aplicaba a la casa de Hampton. Por lo tanto, los honorarios aumentaron del 4% original al 4,5%. Jack no podía calcular mentalmente si esto superaba el valor de la casa, pero su intuición le decía que no. Jane lo miró con los ojos muy abiertos cuando él se lo contó durante la cena. Él se encogió de hombros y dijo que se habría sentido incómodo con completos desconocidos entrando y saliendo de la casa y haciendo comentarios negativos sobre cosas importantes para Naomi o Jane. Jane lo abrazó, profundamente conmovida, y lo besó en los labios por primera vez mientras se sentaban en el sofá.

Por supuesto, Jane venía todas las noches cuando él se bañaba. Ella lo dejaba mirarla lascivamente mientras se levantaba después de chapotear y se acercaba a la bañera. Él ya no ocultaba su pene erecto y pacientemente la dejaba mirar, ¿y qué? Ella tocó su pene con el dedo índice antes de decir que ella también lo hacía, cada vez antes de dormirse y también al ducharse por la mañana. Luego se fue a su habitación. La noche siguiente, después de orinar, fue a la bañera y se quedó allí insegura, con la mirada fija en su pene. Lo agarró con el pulgar y el índice y, increíblemente despacio, retrajo el prepucio por completo hasta que el glande quedó totalmente expuesto. Lo observó durante un buen rato antes de irse. Él se masturbó con un sonido de chapoteo en el agua y permaneció sentado en silencio después de eyacular. Él escuchó sus fuertes jadeos y suspiros y los prolongados gemidos cuando ella terminó.

A la mañana siguiente, se despertó con un golpe en la puerta y la puerta del baño abriéndose. Jane estaba allí, completamente

desnuda, y dijo que iba a ducharse; ¿quería él mirar? Dejó la puerta abierta. Él no dudó ni un instante y se puso los calzoncillos, luego entró al baño. Ella ya estaba en la bañera, con el agua saliendo a borbotones de la ducha, enjabonándose. Se maravilló ante su sensualidad y la observó mientras enjabonaba a Robert y lo frotaba con un cepillo largo. Nunca antes se había fijado en su joroba, pero ahora la miraba con atención. Ella se frotaba el jabón con creciente excitación, acariciando su cuerpo con creciente lujuria. En un momento dado, puso una pierna en el borde de la bañera y comenzó a masturbarse de pie. Después de un rato, la golpeó como un rayo; dejó de masturbarse y presionó sus dedos contra su clítoris. Lo miró con una sonrisa, y él no supo qué decir. Sin embargo, cuando ella echó un vistazo a su erección a través de sus calzoncillos y lo miró expectante, él negó con la cabeza y se fue a su habitación. Estaba confundido y agitado, pero secretamente complacido de que ella hubiera dado rienda suelta a su lado exhibicionista con tanta facilidad y hubiera tomado la iniciativa sin dudarlo.

Se miraron en silencio durante el desayuno, luego ella tuvo que ir a trabajar. Él se despidió con un beso en la mejilla. Por la noche, siguieron cenando en silencio, pero después, mientras tomaban vino, él empezó a hablar. Se sintió muy halagado (tuvo que buscar la palabra en el diccionario), y ella se rió a carcajadas; hoy en día nadie usa esa palabra. Él estaba muy orgulloso de que ella le hubiera permitido verla ducharse, e interrumpió: "¿Hubo algo más después de la ducha?". Se quedó desconcertado y en silencio. Ella se inclinó hacia adelante para que él pudiera ver sus pechos por completo y le tomó la mano. Jack se recompuso y dijo que era un gran privilegio y que estaba agradecido. ¿Le había gustado?, preguntó ella, y él respondió de inmediato y con pasión: "¡Sí, muchísimo!". "¿Y Robert?", preguntó ella con incertidumbre. Él no tuvo que pensarlo. "Sí, también lo vi, pero me da igual. Eres una chica guapa y sexy, con o sin Robert, ¡de verdad!". Suspiró profundamente y respiró hondo, luego explicó que por culpa de Robert, le era imposible tener *novio* . Él le preguntó si aún era virgen, y ella se rió: "¡Por Dios, no!". Con cierta vacilación, continuó diciendo que a los 15 años se había entregado a su amor platónico, enamorada y completamente de buena gana. El sinvergüenza se acostó con ella durante unos meses y se volvió cada vez más gruñón, y luego todo terminó. Se quedó en la cama llorando durante dos días y luego volvió al colegio. Ni siquiera lo miró y soportó los rumores maliciosos que él difundía. El jorobado no era bueno en la cama, la

postura del misionero era imposible por su joroba, y en la postura del perrito, su joroba te miraba fijamente, y así sucesivamente. Jane tragó saliva con dificultad; no había encontrado a nadie con quien acostarse hasta el final de sus estudios. “Ay, Dios mío”, dijo Jack con compasión, “¡tantos años sin sexo, eso es duro!”. Ella lo interrumpió, diciendo que había tenido relaciones sexuales todas las noches, pero muy poco, demasiado poco.

Hubo un largo silencio. Jane terminó su bebida y encendió un cigarrillo con dedos temblorosos. —Lo siento —dijo Jack, tomándole la mano. Ella sonrió tímidamente y dijo: —¡No pasa nada, Jack! He tenido *encuentros de una noche desde la escuela,* ya sabes, beber juntos, follar y adiós. —Sonrió ampliamente—. A nadie le importaba Robert ya, solo querían entrar y eyacular. Y a mí me parecía bien, el orgasmo durante el sexo es algo realmente especial. —Jack levantó la cabeza y preguntó—: ¿Orgasmo durante el sexo? —Asintió—. Sí, casi siempre. Excepto por los pocos que eyaculaban inmediatamente después de la penetración, eso siempre era muy decepcionante —dijo.

Jane terminó su copa en silencio, y luego subieron las escaleras en silencio. Una vez allí, Jack la abrazó y la besó profundamente. Fue su primer beso francés, y Jane se lo devolvió con entusiasmo y pasión. Luego fueron a sus habitaciones. Como de costumbre, ella fue al baño a orinar y luego a la bañera. Agarró su pene con dos dedos y bajó el prepucio por completo para dejar al descubierto el glande. Él tocó su vulva por primera vez, separó sus labios y examinó su prominente clítoris. Era mucho más estrecha allí abajo que Veronika, que tenía labios gruesos y carnosos. En contraste, el clítoris de Jane era unos milímetros más grande que el de Veronika y sobresalía notablemente. Jane bajó y bajó el prepucio con timidez varias veces, y luego se fue. Pero no cerró la puerta del baño. Él permaneció sentado en silencio en el agua de la bañera, escuchando y sin masturbarse. Ni siquiera tuvo que esperar mucho; ella jadeó fuerte e intensamente. Jack esperó unos segundos más, luego salió del agua en silencio y se secó superficialmente.

Una elegante lámpara en la mesita de noche iluminaba suavemente la habitación. Ella se masturbaba con los ojos cerrados y solo lo notó cuando él se paró junto a la cama y, después de su orgasmo, le preguntó en voz baja si podía unirse a ella. Se hizo a un lado y apartó las sábanas de forma seductora. Jack se acostó a su lado y

la abrazó. Ella había terminado sus preliminares; él se arrodilló entre sus piernas y se besaron durante un largo rato. No se pronunció ni una palabra; su pene esperaba en su vagina, y él la miraba en silencio. Quería dejar que ella tomara la iniciativa y esperó hasta que ella guiara su pene hacia su vagina con la mano. Su cuerpo aún vibraba por la masturbación; él podía empezar de inmediato. Su vagina se sentía cálida, apretada y placentera. La penetró lentamente pero con embestidas enérgicas, observando su reacción. Mucho antes de lo esperado, una sacudida recorrió su cuerpo, un suave gemido acompañó su orgasmo. Él no le dio tregua y continuó penetrándola, su excitación aumentando cada vez más. Jadeó en alemán: "¡Estoy eyaculando, estoy eyaculando!" y eyaculó en chorros rítmicos dentro de su vagina. En el mismo instante en que escuchó las palabras extrañas que él jadeó en su oído, el orgasmo la sacudió, provocando que él se deslizara y rociara en algún lugar. Ella se aferró a él hasta que las convulsiones cesaron. Él se deslizó hacia un lado, jadeando en busca de aire.

Jane le acarició el pecho y lo besó. "¡Fue maravilloso, tan maravilloso!", susurró, y Jack gruñó que era incesto. Ella se quedó paralizada y susurró: "Hace solo diez días éramos extraños, ahora somos medio hermanos, ¡y solo es medio incesto, maldita sea! ¡Fue maravilloso, por favor, no lo arruines!". Él la acarició con ternura y dijo: "Nunca más hablaremos de incesto". Luego le preguntó si podría estar embarazada, y ella respondió que ya tomaba la píldora por las *aventuras de una noche* , así que ¡no te preocupes, hermano Jack! Él quería desahogarse y preguntó si podía tocar a Robert. Sin decir palabra, ella se incorporó y le dio la espalda. Él palpó bien la joroba y le preguntó si le dolía. Ella rió alegremente y dijo: "Nunca durante el sexo".

Después de un rato, ella se volvió hacia él y le dijo que también quería saber algo. Él la miró expectante, y ella dudó un poco. "Enséñame cómo se masturban los hombres; nunca lo he visto antes". "De acuerdo", dijo él, y comenzó a frotar su pene flácido. Ella observaba con mucha atención, y él miraba entre sus piernas. Su pene se fue poniendo erecto gradualmente, y sintió un gran deseo. De repente, se detuvo y jadeó: "¡Vamos a follar!". Ella inmediatamente se tumbó y abrió las piernas, guiando su pene hacia su vagina con una mano y dejándolo follarla pacientemente. Gradualmente, ella también se excitó y pronto jadeaba de esfuerzo, porque estaba follando como una loca. Sus ojos se abrieron de par en par

mientras era arrastrada por su orgasmo. Él eyaculó poco después, empujando y golpeando furiosamente, y luego cayó de lado, exhausto. Cuando su respiración se calmó, él dijo que era la primera mujer que conocía que tenía un orgasmo durante el sexo. —No tengo con qué compararlo —dijo ella, y él respondió que solo se había acostado con cinco o seis mujeres, pero que ninguna había tenido orgasmos salvo con estimulación clitoriana específica. —Ah —dijo ella—, qué interesante. Se abrazaron un rato más y luego se durmieron.

Los siguientes días transcurrieron tranquilamente y sin incidentes. Jack le escribía una carta a Veronika cada dos días y la llamaba todos los viernes. Por las noches, se daba un baño rápido y seguía a Jane a su habitación para tener relaciones sexuales. Una noche, Jane quiso probarlo ella misma y lo masturbó. Era bastante hábil, pero cuando intentó ver exactamente cómo salía el semen del glande, toda la carga le salpicó la cara. Cerró los ojos por reflejo y el semen le corrió por la cara. Él le dijo que lo probara, y cuando lo hizo, al principio hizo una mueca. Después, dijo que no sabía a nada. Entonces Jack le explicó el sexo oral; algunos hombres lo preferían a la masturbación, y él era uno de ellos. “¿No quieres tener sexo conmigo cuando tengo la regla?”, preguntó ella, y él dijo que no. Admitió que el sexo durante la menstruación le resultaba desagradable, y en segundo lugar, existía la pequeña posibilidad de que la mujer contrajera una infección. No, él prefería mucho más el sexo oral durante su periodo.

En otra ocasión, intentó masturbar a Jane con el dedo. Su clítoris era muy diferente al de Verónica. El de Verónica estaba incrustado en una gruesa masa de carne y apenas asomaba. El clítoris de Jane, en cambio, sobresalía notablemente de su entorno delgado, claramente visible bajo un fino capuchón. Era solo un poco más grande que el de Verónica y muy fácil de encontrar. Jack comenzó con mucho cuidado y aumentó el ritmo al compás de sus reacciones. Lo logró a la primera, y durante su orgasmo, continuó frotando con mucha suavidad. A Jane le gustó mucho; él lo notó.

Discutían todas las noches. Jane bebía su vino blanco y apoyaba la pierna en el sofá. Por supuesto, no llevaba bragas, dejando que él viera su vulva. Mantuvo esta costumbre durante los siguientes años, jugando casualmente con sus labios y clítoris durante sus conversaciones sin perder la concentración. Al principio, solo se

estimulaba el clítoris lo suficiente para que estuviera bien excitado cuando subían a tener relaciones sexuales. Pero a veces se excitaba demasiado, y entonces se subía la minifalda y se masturbaba sentada. Ambos guardaban silencio; lo único que se oía era su suave respiración agitada y el leve sonido de su dedo deslizándose por su piel húmeda. Sonaba como agua burbujeando suavemente. Cuando llegaba al orgasmo, su mirada se volvía suplicante y afligida. Él le devolvía la mirada con una expresión de aprecio y afirmación. Su orgasmo sentada duraba solo una fracción de segundo, una fuerte exhalación y luego silencio. Cada vez, lo miraba angustiada, culpable y avergonzada, pero sus ojos azul claro brillaban con asombro. Él le sonrió con amabilidad y aprobación; disfrutaba observándola, y ella lo sabía. Ella subió ambas piernas al sofá y dobló las rodillas hacia un lado, su vulva se abrió suave y ampliamente. Procedió con deliberado control; su clítoris se movía maravillosamente y se excitó al instante. De nuevo, lució esa expresión suplicante y sufriente, implorando el clímax mientras, al mismo tiempo, sufría por ser tan egoísta en su deseo. Apretó las piernas durante el orgasmo e inmediatamente las abrió de nuevo. Una vez más, su expresión cambió, y él la miró fijamente a la vulva, que se contraía y se movía misteriosamente mientras ella se tocaba.

Continuaron hablando, y ella jugaba casualmente con su clítoris. Ambos guardaban silencio cada vez que ella se masturbaba. Una vez, mientras lo comentaban, él dijo que en las noches en que ella se masturbaba en el sofá, el sexo posterior era mucho mejor. Tenía la impresión de que mejoraba cuanto más a menudo ella había tenido orgasmos antes. Jane recordó su comentario y actuó en consecuencia. Por lo general, solo se masturbaba una vez sentada; para los orgasmos posteriores, se acostaba. Él dejaba de hablar en cuanto ella se acostaba, y ambos guardaban silencio. Ella tenía orgasmos muy rápido mientras estaba acostada; rara vez duraban más de un minuto. Abrió las piernas para que él pudiera verla claramente masturbándose y teniendo orgasmos. Cuando se sentó después, las estrellas brillaban en sus ojos.

Jane tomaba sus píldoras anticonceptivas con la precisión de un reloj suizo, afirmó enfáticamente. Él la presionó hasta que ella reveló que había quedado embarazada al final de su relación, cuando tenía 15 años. Se practicó un aborto en secreto y solo se lo contó a su madre semanas después. Fue entonces cuando empezó a tomar la píldora, que solo podía conseguir con el permiso de su madre.

La píldora era nueva en el mercado, pero ella confiaba en ella y, hasta el momento, no había tenido problemas. Sabía que había tenido relaciones sexuales varias veces durante su periodo fértil.

Naomi estaba horrorizada. Janet ya tenía relaciones sexuales a los 14 o 15 años y, según ella, las disfrutaba mucho. Por supuesto, era una suerte que tomara la píldora, porque Janet ya no estaba dispuesta a vivir castamente. Confiaba en la píldora y traía a casa a un amante una o dos veces por semana. Naomi no podía detenerla y a veces se escabullía al baño para observar a escondidas a su hija haciendo el amor y teniendo relaciones sexuales. Había llevado una vida asexual, nunca se había masturbado y nunca había tenido un orgasmo. Sus compañeras del internado siempre querían ver, tocar o excitar su gran clítoris. Ella misma no sabía qué hacer con él. Pero las chicas se acostaban junto a ella todas las noches para jugar con él. A veces se excitaba mucho cuando una chica le frotaba el clítoris vigorosamente como si fuera el pene de un hombre. Entonces sentía pequeñas sacudidas en sus genitales, haciéndola estremecerse un poco, pero eso era todo. Una chica incluso intentó introducir el clítoris de Naomi en su vagina y follarla, pero no funcionó; el clítoris solo entró un par de centímetros. El sexo no fue nada emocionante y duró demasiado. La chica presionó su vagina contra el clítoris de Naomi y la folló con creciente excitación. Dejó que el clítoris penetrara lo más profundamente posible y jadeó de placer y esfuerzo. Naomi estaba asqueada; la vagina estaba húmeda y viscosa, y la chica gorda yacía pesadamente encima de ella mientras la follaba. Naomi estaba asqueada porque la chica se estaba tocando a sí misma y jadeando en su oído que estaba a punto de correrse. Se corrió, y tiró de su vagina lo más que pudo sobre el clítoris de Naomi. Naomi sintió con su clítoris cómo la chica temblaba y se contraía, y luego terminó. Naomi evitó dejar entrar a esta chica en su cama tan a menudo como pudo, pero ella seguía volviendo para follarla. Naomi aprendió a empujar su clítoris profundamente en la vagina de la chica gorda hasta que esta llegó al orgasmo, y pronto dejó de encontrarlo tan repugnante porque experimentaba una excitación sexual muy placentera.

Tras casarse con Nick, soportó sus violaciones diarias con absoluto asco y quedó embarazada años después. Su desinterés sexual se convirtió en un rechazo absoluto; dormían en habitaciones separadas, y a ella le era indiferente que Nick tuviera relaciones sexuales con la joven e ingenua ama de llaves, Rose, día tras día. Si

por casualidad los sorprendía teniendo sexo, observaba con curiosidad pero no sentía excitación sexual. Esto solo ocurría por la noche, cuando, antes de dormirse, se acariciaba el clítoris y fantaseaba, pero dejaba de hacerlo sin llegar al orgasmo. Esto solo sucedía cuando veía a Janet y sus amantes haciendo el amor. Los hombres se frotaban el pene para lograr la erección, y Naomi ahora intentaba lo mismo con su clítoris. Recordaba el internado, donde las chicas también se frotaban el clítoris de esa manera. Su clítoris se puso rígido y largo, como su dedo meñique. Cada día intensificaba la estimulación clitoriana, masturbándose el clítoris como los hombres se masturban el pene, empujando vigorosamente la piel del clítoris hacia adelante y hacia atrás, hacia arriba y hacia abajo. Así fue como experimentó su primer orgasmo. Durante los últimos años de su vida, se masturbaba todas las noches y llegaba al clímax en silencio. Disfrutaba viendo a Janet tener sexo con su amante, pero no sentía ninguna presión para tener sexo ella misma.

Jane consiguió que Jack tuviera sexo con ella dos veces. Después de la primera vez, ella se tomó un descanso de cinco minutos, luego tomó su pene flácido en su mano y lo masturbó hasta que volvió a estar completamente erecto, para que él pudiera tener sexo con ella por segunda vez. A él le gustaba más cuando ella se sentaba con las piernas cruzadas frente a él para que pudiera ver sus genitales mientras lo masturbaba. Estaba muy orgulloso de poder eyacular dos veces en una noche, igual que con Veronika.

Jane también disfrutó de dos orgasmos esa noche. Con el tiempo, aprendió a controlar su excitación con tanta eficacia que su orgasmo llegó justo antes de que él eyaculara. El orgasmo se convirtió en una auténtica explosión cuando él la penetró con fuerza y eyaculó en medio de su orgasmo. Fue maravilloso para ambos.

Jack llevaba ocho semanas en Hampton, y la espera hasta la fecha del juicio final lo estaba agotando. Veronika también le había susurrado que se dejaba recoger todos los viernes después de sus llamadas. Conocía a los hombres, todos clientes habituales del Golden Stag, así que no eran desconocidos. Le susurró que la mayoría eran aburridos en la cama, que solo unos pocos eran buenos. Jack se sintió estúpido y dolido. También tenía novia en Londres, y tal vez algún día se acostaría con ella. Veronika solo dijo: “¡Ajá!”, y nada más. Se avergonzó de haber respondido a la honestidad de Veronika con una mentira. Después de su conversación, decidió

decirle la verdad, pero simplemente no pudo. Sin embargo, se alegró de que Veronika estuviera bien y la mantuvo al tanto de cómo iban las cosas.

Por fin había llegado la fecha del juicio; Jack y Jane habían esperado doce semanas. Fueron por separado, Jane con su propio abogado. Una hora antes de la audiencia, Jack estaba en el elegante bufete de abogados de Regent Street, como si estuviera preparado, con su traje impecable, y Jane le estaba anudando la corbata. Se veía muy maduro, llevando todos sus papeles y documentos en el elegante maletín de cuero que él y Jane habían comprado juntos. Rose había preparado una comida abundante, casi como un segundo desayuno. Pero la experimentada ama de llaves dijo: «¡Comed, niños, comed! La audiencia podría durar mucho tiempo», gruñó, metiendo dos sándwiches más en el maletín.

Pasó exactamente una hora antes de que los dos abogados elegantemente vestidos del bufete llegaran y lo acompañaran al juzgado. La vista terminó mucho más rápido que los trámites preliminares; incluso tuvo que mostrar su pasaporte para demostrar su identidad. Sin más dilación, el juez leyó monótonamente de sus notas, murmurando de forma tan indistinta que Jack tuvo que susurrarle a uno de sus abogados para que repitiera los últimos hechos. Primero, se aceptó la objeción de Janet; Naomi Crawley había actuado dentro de sus derechos al mantener y renovar la casa. El juez levantó la vista y preguntó si la parte contraria tenía alguna objeción. Jack miró fijamente a los ojos de su abogado, y este anunció que aceptaban la opinión del tribunal. Antes de la vista, Jack había dejado claro a los abogados que no compartía la postura del bufete Figgs & Co. e insistía en adoptar el punto de vista de Janet. El juez continuó, afirmando que la evidencia era solo unas 12.000 libras esterlinas inferior a los retiros de Naomi C. Por lo tanto, Janet y Jack tenían derecho a recibir cada uno 6000 libras esterlinas en concepto de indemnización. La primera parte de la audiencia se completó en menos de 20 minutos. Se hizo un receso, durante el cual Jack compró un refresco y dos cafés para sus abogados.

Janet se unió a ellos y lo llevó aparte. «Me alegra que hayan aprobado las reformas», dijo. Él también se alegró, porque para ella era muy importante que su madre no fuera retratada como una ladrona. Dijo que no entendía lo de las 6000 libras; no tenía

sentido. Ella lo miró con los ojos muy abiertos y luego se echó a reír. «Jack, va de tu bolsillo izquierdo al derecho». Él la miró con incredulidad y luego lo comprendió. Cada uno iba a recibir 6000 libras de su cuenta, que de todas formas se repartían a partes iguales. ¿Nadie se había dado cuenta?, susurró Jane; el dinero no era lo principal, solo quería saber si su madre había robado algo. El temido timbre la llamó de vuelta a la sala del tribunal.

Después de que todos volvieran a sentarse incómodamente, el juez leyó monótonamente de sus notas, propiedad por propiedad, incluyendo cada vez el número de cuenta completo de Naomi C. Los abogados tomaron notas diligentemente: propiedad, valor y fecha. Solo anotaron el número de cuenta una vez. El segundo abogado tecleó las cantidades en su voluminosa calculadora Texas Instruments, mientras Jack observaba con interés. Los números rojos en la pequeña pantalla crecían y crecían. Entonces el juez hizo una pausa y se aclaró la garganta tan dramáticamente que Jack temió por su salud. Luego, después de otra pausa teatral, leyó la suma total de sus notas. Jack se dio cuenta de que coincidía con la cifra de Texas Instruments. Se inclinó interrogante hacia el abogado mientras el juez continuaba su diatriba. Jack solo reconoció sus nombres: Janet Liliane Crawley y Jacob Nicholas Crawley. El abogado garabateó en un trozo de papel y se lo tendió: 24.8M/2.

24,8M/2.

El abogado añadió otra línea debajo y garabateó: -12.000/2. Jack casi se desmaya ante la vertiginosa suma y se echó a reír histéricamente sin emitir un sonido. El -12.000 lo había devuelto a la realidad. Miró rápidamente a Jane en la otra mitad del banco y la vio sonriendo radiante. Ella le devolvió la mirada y le lanzó un beso. Finalmente, el juez guardó silencio, un joven con toga se levantó ágilmente y gritó algo fuerte como un heraldo en un torneo de justas medieval, entonces todos se levantaron y salieron en tropel. Jack miró a sus abogados, que estaban guardando sus papeles en sus maletines y le hicieron señas con la cabeza para que se fuera. Los abogados dijeron que habían terminado y que podía marcharse. Jack no estaba seguro de si querían un whisky o si debía darles una libra como propina, pero se abstuvo de hacer ninguna tontería. En cambio, preguntó qué iba a pasar después. Uno de los abogados explicó que el tribunal enviaría las decisiones al bufete en aproximadamente una semana o diez días, y que entonces se daría

el paso final. El bufete le proporcionaría todo por escrito y, una vez finalizado el trámite, lo llamarían para concertar una cita. Jack se percató entonces de que el abogado hablaba un alemán impecable. Se estrecharon la mano y los abogados se marcharon. Esperó impacientemente hasta que Janet y su abogado terminaron su conversación con un hombre con toga.

Jane dijo que necesitaba un trago urgentemente y entrelazó su brazo con el del abogado y Jack. Bebieron un whisky, una copa grande de vino blanco y una limonada en el bar junto al juzgado. Jack escuchó atentamente en silencio mientras Jane hablaba con el abogado. Este prometió ponerse en contacto en cuanto tuviera los documentos escritos. Miraba su reloj de vez en cuando y pronto se marchó. Jack conocía bien a Jane y saludó al camarero, pidiendo otra copa de vino. "No, gracias, todavía tiene limonada". Jack dijo en voz baja que se alegraba por ella de que el honor de su madre hubiera sido restaurado. Lamentaba cómo el bufete de abogados Figgs la había atacado injustamente a ella y a su madre, pero eso fue antes de que él se involucrara. Jane lo miró a través de un velo de lágrimas y dijo que lo sabía; era un hombre amable y honesto. Luego susurró con una sonrisa: "¡Y un buen polvo!".

Terminaron sus bebidas y tomaron un taxi. Jack quería tomar el autobús como de costumbre, pero Jane insistió en el taxi; ¡podían pagarlo, caramba! Ambos se mostraban reacios a hablar directamente sobre la enorme herencia. Bromearon y se sonrieron, llamándose por sus segundos nombres, Lilly y Nick. Para su sorpresa, Rose seguía allí, esperándolos con una cena caliente. La ama de llaves estaba angustiada y preguntó cómo habían ido las cosas en el juzgado. Jane mencionó, casi con indiferencia, que el honor de la señora Crawley había sido restaurado y las acusaciones de Figgs desestimadas en el tribunal. No dijo ni una palabra sobre la herencia. Rose hizo una pequeña reverencia y dijo que nunca había creído que la ex señora hubiera malversado nada. Luego desapareció en la cocina y sirvió la cena. Se fue directamente a casa; ya era muy tarde y estaba bastante oscuro afuera.

Rose no tuvo que preguntarse si una de las camas estaba desocupada. No estaba bien, pensó, pero apartó la idea. Hermano o no, su joven ama era completamente feliz y estaba enamorada. Rose había llegado al trabajo demasiado temprano y los encontró a los dos dormidos desnudos en la cama. El chico era corpulento y

tenía un pene grande y bonito. Rose, por supuesto, había visto a Janet desnuda muchas veces antes; a menudo la había visto masturbándose en la ducha, pero eso no tenía nada de especial y no le interesaba: las chicas simplemente hacían eso. Naturalmente, siguió mirando a través de la rendija de la puerta y siguió la masturbación de Janet hasta que llegó al orgasmo, porque no podía apartar la vista; de alguna manera era excitante.

Rose se quedó allí parada durante minutos, mirando el pene erecto. Estaba excitantemente rígido y apuntaba hacia el techo; le pareció más pesado y grande que el de su marido. Jack se giró de lado mientras dormía, y su glande descansaba sobre las nalgas de Jane, donde ella había cogido las rodillas. Por un momento, Rose fantaseó con que el pene se abría paso hacia adelante, hacia el paraíso. Una fracción de segundo después, Rose vio que el pene no había penetrado en ninguna parte y que nadie estaba teniendo sexo. Pero el chico se despertó, y ahora empujó su pene bajo las nalgas de Jane y dentro de su vagina. Jane hizo algunos sonidos cuando él entró, pero siguió durmiendo. Jack la penetró muy despacio y suavemente, pero Jane despertó lentamente y rodeó sus rodillas con los brazos, ofreciéndole sus nalgas. Duró bastante tiempo, y ella tuvo un orgasmo con un suave suspiro, sus rodillas rebotando violentamente hacia adelante y hacia atrás. Jack permaneció quieto y eyaculó dentro de ella. Inmediatamente sacó su pene y lo frotó rápidamente con una mano, rociando chorros espesos sobre su nalga, y se masturbó durante un buen rato hasta que la última gota cayó sobre la nalga de Jane. Rose bajó las escaleras sigilosamente como un gato y preparó el desayuno.

Rose no podía sacarse esas imágenes de la cabeza; afloraban cada vez que su marido la follaba apresuradamente y sin imaginación por la noche. Soñaba con el pene de Jack follando a Jane muy lentamente, sacándolo para eyacular después de que Jane hubiera tenido un orgasmo, con sus piernas temblando. Veía a Jack masturbándose sobre las nalgas de Jane, eyaculando en largos y espesos chorros. Como a cámara lenta, dejaba que Jack siguiera masturbándose y eyaculando en ricos chorros. Dejaba que Jack siguiera eyaculando hasta que ella empezara a tener un orgasmo. Eso era excitante y muy excitante. Nunca había conseguido eso con su marido. Él solo quería eyacular rápido y sin complicaciones; no era diferente de Sir Nick, ¡que Dios lo tenga en su gloria! Sir Nick, sin embargo, la había follado mucho más a menudo que su mari-

do, a menudo varias veces seguidas, y luego la observaba masturbarse con avidez y lujuria, ya que ella nunca tenía un orgasmo durante el sexo. A diferencia de su marido, a quien no le interesaba ni su masturbación ni el hecho de que el señor tuviera sexo con su esposa durante el día. Ella guardó rencor por esto durante el resto de su vida. ¡Él simplemente quería tener sexo y eyacular todas las noches, y punto!

Siempre se había sentido culpable con su Señora, pero la amaba incondicionalmente. Y cada vez que la Señora las sorprendía juntas —lo que ocurría casi a diario— Rose se aseguraba de que Sir Nick nunca se percatara de su esposa. La Señora las observaba con curiosidad hasta el final de su encuentro y luego se marchaba discretamente, mucho antes de que Rose se masturbara tras eyacular. La Señora a menudo le preguntaba si realmente disfrutaba del sexo y qué obtenía de él. Rose era muy simple y de naturaleza muy básica. Describía el sexo con detalle, usando su limitado vocabulario y expresiones crudas y vulgares, ya que no conocía otras. Sí, le gustaba mucho que la follaran, y cuanto más tardaba en llegar al orgasmo, mejor era para ella. También decía que follar con Sir Nick era mucho mejor que con su inútil marido. La Señora nunca le preguntaba nada sobre la masturbación, así que Rose lo omitía. No entendía por qué la Señora detestaba tanto que la follaran y se contentaba con un poco de estimulación del clítoris antes de dormirse; una vez se lo había confesado a Rose, sonrojándose.

Años después, tras descubrir Naomi la masturbación y los orgasmos, le preguntó a Rose por primera vez si ella también lo hacía. Rose, muy orgullosa de que la Dama hablara con ella de temas que iban más allá de lo cotidiano, lo confirmó sin dudarlo. Hablaron de los detalles de cuándo y cómo lo hacían. Una cosa llevó a la otra, y la Dama dijo que le gustaría verlo. A Rose no le importó en absoluto; se levantó la falda y se masturbó. Lady Naomi la observó atentamente y comentó que lo hacía de una manera muy diferente. El tema quedó zanjado durante días, pero una semana después, Naomi quiso volver a verlo, lo cual no supuso ningún problema para Rose. Tras alcanzar el orgasmo, la Dama se inclinó y examinó sus genitales con detenimiento. «Tiene un aspecto completamente diferente al mío», le dijo la Ama a Rose, levantándose la falda con el rostro enrojecido. Le mostró sus genitales y señaló su gran clítoris. «Si lo estimulo un poco, ¡se pone aún más grande!». Vio interés y curiosidad en el rostro de Rose. Estimuló su clítoris durante

un minuto hasta que estuvo completamente firme y duro. Los ojos de Rose se abrieron de par en par, y lo único que dijo fue: "¡Oh!". "Lo hago de una manera completamente diferente a la tuya", dijo Naomi, dudando durante un buen rato. Luego lo agarró con el pulgar y el índice y se masturbó a su manera masculina. "¡Mi señora!", exclamó Rose, "¡lo estás haciendo como un hombre!". Luego preguntó si el clítoris grande podía eyacular como el de un hombre, pero Naomi negó con la cabeza. Cerró los ojos avergonzada y sintió que la excitación aumentaba con fuerza. Quería parar, pero no podía; tenía que continuar. Notó que Rose también se estaba masturbando, y eso la excitó tanto que se frotó más rápido que nunca. Contuvo la respiración involuntariamente al llegar al orgasmo. Se cubrió rápidamente y miró a Rose, a quien aún le faltaba un buen rato para llegar al clímax. Esa fue la única vez que Naomi le mostró sus genitales a Rose. Pero cada vez le exigía más a Rose que se masturbara delante de ella y la observaba con mucha atención.

Rose revivía las imágenes de Janet y su hermano teniendo relaciones sexuales cuando, tras su breve encuentro conyugal, se masturbaba y fantaseaba despierta. Su marido solía estar ya dormido para entonces, pero a ella le daba igual si la veía masturbarse o no. Él lo sabía, pero no le interesaba. Después del sexo, solo quería dormir, y había visto a Rose masturbarse tantas veces que el sueño se había vuelto más importante para él.

Jane terminó otra botella de vino blanco y fumó. Hablaron por primera vez sobre la herencia, que aún tenían que declarar a efectos fiscales. Jane dijo que llamaría al asesor fiscal a primera hora de la mañana siguiente; el mismo que tan bien había asesorado a su madre. Pero incluso calculando de forma conservadora, cada uno recibiría 10 millones, dijo Jack. Era una suma enorme que les permitiría una vida sin preocupaciones. Pero él había decidido ser médico y no iba a renunciar a su sueño tan fácilmente. Le daba igual si estudiaba en Inglaterra o en casa. Jack miró de reojo a Jane. ¿Se lo imaginaba viviendo en esa casa? Jane respondió inmediatamente que sí, pero que nunca podrían casarse. Eso la inquietaba. Sí, una vez que llegara la herencia, ya no tendría que trabajar en la BBC; tal vez podría montar un pequeño taller junto con sus estudios y empezar a diseñar moda. Sus ojos se iluminaron cuando dijo que podían terminar primero el proyecto de Naomi. La reforma. El nuevo sistema eléctrico. Todo.

Mientras Jane seguía bebiendo en silencio, Jack sacó una botella de oporto del mueble bar y murmuró que era solo para la ocasión, ya que no solía beber. Jane agitó su copa alegremente y brindaron. Jack no estaba acostumbrado al alcohol y se había servido una copa hasta el borde. Sin embargo, reflexionó en voz alta sobre cómo podría compaginar la estancia con sus estudios de medicina. Jane lo animó y le reiteró los asuntos pendientes. Hablaron una vez más sobre su estancia en la casa, y ella le aseguró que la casa les pertenecía a ambos, se quedara o no. Acordaron conservar la casa y terminar las reformas que Naomi había empezado. Jack insistió en contribuir económicamente a su estancia y venció su resistencia. Sabía que Jane lo amaba con locura y lo apoyaría, pero eso era precisamente lo que no quería. Solo se sintió satisfecho cuando ella aceptó la contribución económica. Se puso de pie, se inclinó sobre Jane y le dio un beso largo y apasionado. —Qué lástima —susurró—, qué lástima que seamos hermanos, qué lástima que no podamos casarnos, qué lástima que no podamos tener hijos. Jane le apretó la mano y lloró en silencio. Él la abrazó hasta que ella, con fuerza, le secó las lágrimas con el dorso de la mano. Luego retomaron el tema que los ocupaba.

Jane había probado el sexo oral en cuanto él lo mencionó. Su aversión a la sangre menstrual no era inusual para ella, ya que a todos los hombres con los que había tenido relaciones íntimas les disgustaba. Solo habían tenido sexo oral un par de veces, y ella había tenido que masturbarlo en su boca porque simplemente aún no estaba preparada para el sexo oral. Él le había dicho después que no pasaba nada y que no debía sentirse culpable. Pero hoy, el vino había disipado sus inhibiciones, y se arrodilló ante él, acariciando con cariño su cuerpo, sus nalgas, y diciéndole que realmente quería hacerlo. Él tomó su pene completamente en su boca, y ella lo envolvió firmemente con sus labios. Veronika nunca lo había dejado llegar tan profundo, pero Jane quería estar segura y presionó con fuerza sus nalgas para que llegara más profundo. Lo dejó penetrar por completo, respirando por la nariz y tragándose su pene a lo largo sin arcadas. Sus dedos agarraron sus nalgas y lo empujaron rítmicamente hacia adelante mientras lo follaba. Jadeaba cada vez más fuerte y se corrió. Ella tragó el semen al instante y mantuvo su pene en la boca hasta que se ablandó. Se abrazaron y se acariciaron; ella quería saber si era lo correcto, y él asintió. Lo dejó dormitar durante quince minutos antes de volver a ex-

citarlo con la mano. «Quiero hacerle una felación otra vez», dijo, y esta vez fue fácil; había aprendido cómo.

El viernes por la noche, llamó a Veronika y le contó todo, pero no mencionó ninguna cantidad. Veronika se conformó con que el tribunal probablemente necesitara otras dos semanas. Le alegraba que se llevara tan bien con Janet y comprendía perfectamente que defender el honor de su madre era primordial para Janet. Le dijo que era muy cuidadosa con quién se acostaba cada viernes por la noche. Él la tranquilizó diciéndole que no pasaba nada y que no estaba celoso; que le iba bien con su novia y que no, que aún no se habían acostado. Las mujeres inglesas eran muy tímidas con ese tipo de cosas, afirmó. Le resultaba mucho más fácil mentirle a Veronika. ¿Qué hijo no le miente a su madre cuando se trata de sexo? Ella le preguntó si volvería pronto, y él esquivó la pregunta, diciendo que quería quedarse hasta que se resolviera el asunto de la herencia. Ella refunfuñó, pero quedó satisfecha con su respuesta.

Jane lo acompañó al asesor fiscal, quien prometió encontrar una buena solución de inmediato. También le comentó que siempre le había aconsejado a Lady Naomi que no vendiera las propiedades, ya que el dinero en efectivo no generaba tantos ingresos como la revalorización, pero la señora era incorregible. Después, fueron a la compañía eléctrica con la que su madre ya se había puesto en contacto. Había que retirar y reemplazar todo el cableado eléctrico obsoleto. Iluminación nueva, enchufes, lámparas nuevas y la restauración de las preciosas lámparas de araña de cristal antiguas en los dos salones. El pequeño cobertizo del jardín tenía que electrificarse; podría montar allí un taller de moda, dijo Jack. Y el camino a la calle también necesitaba iluminación, al igual que parte del parque. Discutieron todos los detalles con el jefe de obra, quien dejó claro que sería necesaria una reforma integral del interior tras la electrificación. Volvieron a casa y hablaron de la reforma durante horas; ambos tenían muy buenas ideas y querían que la casa pareciera nueva y moderna. «Creo», dijo Jack, «que tu madre estará muy orgullosa de ti cuando nos mire desde arriba, cuando terminen las reformas». La abrazó con ternura mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Fue a buscar una botella de vino blanco y bebieron hasta que subieron las escaleras.

Él deseaba desesperadamente hacer algo bonito por ella; ella era tan vulnerable y se entregó voluntariamente a él. Ella se dejó

llevar por completo y le susurró que la tomara, ahora mismo, y cerró los ojos. Él no dudó ni un momento y se sumergió. Ella se estremeció ligeramente cuando sus labios saborearon sus labios menores. Él encontró su clítoris al instante y lo lamió. Jane nunca había sido lamida antes y se maravilló ante la caricia desconocida. Fue un orgasmo poderoso y explosivo, y ella apretó sus muslos con fuerza contra su cabeza. Él continuó sin pausa, llevándola a otro clímax. Ella abrió sus muslos de par en par y empujó su vulva hacia adelante con exigencia. Él rápidamente pasó su lengua por su clítoris hasta que ella dejó escapar un largo y prolongado grito. El tercer orgasmo fue tan intenso que ella lo empujó, retorciéndose y estremeciéndose de un lado a otro. Estaba completamente exhausta y se durmió inmediatamente. Él esperó unos momentos y se montó sobre ella. Ella estaba muy exhausta por los intensos orgasmos y luchó desesperadamente contra el sueño; Ella yacía dormida, dejándose penetrar pasivamente. Su cuerpo se había sumido en un sueño profundo y parecía no reaccionar al acto. Era la primera vez que se quedaba dormida durante el sexo. Pero su cuerpo reaccionó incluso dormida cuando él la penetró con fuerza y eyaculó. Ni siquiera se despertó cuando tuvo un leve orgasmo antes de que él eyaculara.

Fotos íntimas

von Jack Faber © 2022

Nueve meses después, la reforma de la casa estaba terminada. Jack había aprobado el examen de ingreso a la Real Academia y, en tres meses, comenzarían sus clases de medicina. La menstruación de Jane le causaba problemas y tuvo que someterse a varias pruebas. Jack la acompañó a cada cita, pero los resultados tardaban en llegar y su partida se acercaba. Fue a visitar a Veronika durante un mes para despedirse de ella y de su tierra natal. Su futuro estaba en Londres.

Veronika lo recogió en la estación de tren, aunque el tren llevaba una hora de retraso. Su corazón latía con fuerza cuando finalmente lo abrazó. ¡Su Jack había vuelto! La cena tendría que esperar; ambos anhelaban irse a la cama. Él notaba claramente las diferencias entre Veronika y Janet, tanto físicas como emocionales. Veronika era diez años mayor y había aprendido mucho sobre sexo placentero en los últimos meses. Jack se corrió dos veces y le gustó mucho la técnica de Veronika, pero ella seguía pareciendo una conquista completamente nueva. Ella, por supuesto, no tuvo un orgasmo y se masturbó con los ojos cerrados después de que él eyaculara dentro de ella. Pero a él le rugieron las tripas y cenaron. Después, volvieron a la cama y tuvieron sexo. Jack estaba exhausto y dejó que Veronika hablara. Ella habló sin parar sobre sus encuentros de una noche, describiendo los genitales de sus parejas y cómo lo hacían con gran detalle. Jack escuchó con interés y finalmente se durmió.

Después de su encuentro sexual matutino, desayunaron desnudos, y Veronika quiso saber cómo era Janet; ¿acaso él tendría una foto de ella? Jack tuvo que decidir en un instante cómo proceder. Optó por la franqueza. Sí, tenía una foto de Jane, pero le advirtió que era un desnudo explícito. Veronika lo miró con extrañeza y preguntó qué era un desnudo. Él le explicó que era una fotografía íntima, un desnudo. La sacó de un escondite en su cartera. Veronika la observó durante un largo rato. El rostro de Janet era claramente visible, al igual que su cuerpo desnudo y sus hermosos senos redondos y juveniles. Robert no estaba por ninguna parte. La parte inferior de la foto mostraba sus genitales con gran detalle:

los labios, la abertura y el clítoris. Aparentemente, Jane había separado sus genitales con las manos mientras se tomaba la foto, sin que sus manos aparecieran en el encuadre. Cada detalle estaba perfectamente enfocado; su clítoris se mantenía erecto entre sus labios separados, claramente excitado hasta el punto de estallar. Se podía ver directamente dentro de su vulva. Todo estaba nítido y bien iluminado; el fotógrafo había capturado a Janet perfectamente como una persona sexualmente excitada. Su sonrisa algo superior, sus pechos y sus genitales estaban destinados a transmitir todo lo importante sobre esta joven. Jack mencionó que un fotógrafo profesional había tomado la foto. No dijo nada sobre el hecho de que el fotógrafo había tomado más de 100 fotos, muchas de Janet teniendo sexo con él y muchas más de ella masturbándose. El fotógrafo había tomado excelentes primeros planos de Janet masturbándose a lo largo de varios días. El acuerdo era tal que solo se le permitía vender aquellas imágenes que no mostraban su rostro. Meses después, el fotógrafo le entregó un cheque por 18.000 libras como pago; había vendido las fotos por 50.000 libras. Jack había visto las fotos junto con Jane; ella le había contado cómo había sucedido esto o aquello, y le había contado todo sobre su breve y amistosa aventura con el fotógrafo.

Veronika contempló el rostro de Janet durante un largo rato y murmuró que se notaba en su cara que eran hermanas. Se quedó mirando los genitales de Janet durante un buen rato, absorbiendo la imagen con la mirada. Después de varios minutos, volvió a mirarlo. «Ustedes dos están teniendo sexo», comentó secamente. «Es una joven muy guapa», dijo Veronika, con la voz ahora ronca y un matiz de exhortación. Jack le contó con sinceridad su relación con Janet. Veronika lo animó a hablar del sexo y de todo lo demás. Jack accedió y describió cómo había empezado en el baño, él con una erección en la bañera y Janet pavoneándose desnuda. Veronika rió, pues podía imaginarlo vívidamente. Cómo la había oído masturbarse y cómo ella lo había invitado varias veces a verla ducharse y masturbarse. Él la había visto ducharse y masturbarse varias veces; solo mucho después tuvieron sexo. Veronika sonrió e imaginó cada situación.

De repente, frunció el ceño. Le preguntó directamente si los hermanastros podían acostarse juntos. Jack dijo que no, por supuesto que no. No podían casarse ni tener hijos, y explicó que Janet usaba la píldora anticonceptiva con mucha responsabilidad.

Veronika temía que todo saliera a la luz y que Janet y él pudieran ir a prisión. Jack la tranquilizó diciéndole que nadie, excepto el ama de llaves, se daría cuenta de nada; eran muy cuidadosos, y el ama de llaves era de confianza y discreta. Amaba a Janet con devoción y con todo su corazón. "Y ahora, por supuesto, tú", dijo Jack, "pero confío en ti". Odiaba el tema del incesto y se lo dijo a Veronika sin rodeos. Veronika pensó durante un buen rato y murmuró con incertidumbre: "¿Lo que estamos haciendo también es incesto?". Jack lo confirmó, aunque no estaba del todo seguro. Veronika reflexionó en silencio. No quería hablar más del tema.

Jack, que estaba tan desnudo como Veronika, la ayudó a recoger el desayuno y prepararon una comida ligera, ya que era casi mediodía. Jack la abrazó de pie y la besó. «¡Sabes cuánto te quiero, Veronika!». Ella le devolvió el beso; no hizo falta responder. Luego le explicó los detalles de la herencia. Dijo que era dueño de la mitad de la mansión y que el dinero ascendía a unos 10 millones de libras, aproximadamente 45 millones de marcos. Veronika se quedó asombrada y dijo que aún le quedaban más de 3 millones de su herencia; eso le alcanzaría hasta el final, ya que vivía con mucha austeridad y no tenía grandes gastos.

Ella sonrió con picardía y dijo en tono burlón que lo más caro de la semana era el Ciervo Dorado del viernes, pero que normalmente pagaban los amantes, dijo con una sonrisa. "Entonces me siento como una prostituta", sonrió con malicia. Él la escuchó pacientemente; se había acostado con todos los clientes habituales, todos los empleados e incluso con el amable posadero. "Pero", dijo Veronika con aire de complicidad, "¡nunca lo adivinarás!". Hizo una pausa dramática y él arqueó las cejas con expectación. El mejor sexo que había tenido había sido con la esposa del posadero, la mujercita bonita y regordeta que dirigía la cocina. Había tenido algo con una de las camareras antes, pero todo era completamente nuevo para ella, desconocido, y no estaba segura de lo que las mujeres podían hacer entre sí. La camarera tampoco tenía ni idea. ¡Pero la esposa del posadero era una verdadera artista en la cama! Nunca antes había tenido orgasmos tan hermosos, amorosos e increíblemente intensos como con la dulce esposa del posadero. Él sonrió y dijo: «Quizás eres lesbiana, solo que nunca lo supiste». Veronika estaba un poco insegura y dijo que hasta ahora había disfrutado mucho del sexo con hombres. Él la tranquilizó, diciéndole que muchas personas son bisexuales, que aman tanto a su propio

sexo como al sexo opuesto. No debía sentirse insegura, dijo, era muy común y perfectamente normal. La abrazó y le acarició las mejillas. Durante su florida descripción de actos lésbicos, masturbación e intensa estimulación del clítoris, su erección se había disparado como un cohete. Ella lo notó cuando él la abrazó y, sonriendo, lo llevó al dormitorio.

Uno de los días siguientes, mientras informaba sobre las reformas de la casa, mencionó que le había transferido a su cuenta el doble de la cantidad que Veronika le había prestado para el viaje. Ella había sido su madre, su salvadora y su inspiración; jamás lo olvidaría y la apoyaría económicamente en el futuro si fuera necesario. Conmovida, ella escuchó atentamente mientras él le relataba el progreso de sus estudios de medicina. Le aseguró que la Real Academia era considerada una de las mejores del mundo y que era el hombre más afortunado del mundo por haber sido aceptado. (Aún no sabía que la intervención de Sir Peter había sido clave para su ingreso; no se conocían). Durante su conversación, Veronika pidió ver de nuevo la foto de Janet. Jack la sacó y ella la miró fijamente durante varios minutos. Señalando la pequeña abertura, dijo: «¡Mira, se puede ver directamente dentro de su vagina!». Él asintió y Veronika comentó lo grande y firme que era su clítoris, mucho más grande que el suyo.

Él la miró de reojo y ella se sonrojó. “A veces, cuando me masturbo, miro mi clítoris en el espejo; es más grande entonces”, murmuró Veronika en voz baja, como si confesara. “Pero Jane tenía un clítoris mucho más grande que el mío”. Jack pensó en las comparaciones de penes entre chicos y se preguntó sobre la comparación del clítoris de Veronika. Tenía que sacar a Veronika de ese tema. Ahora Jack tenía la oportunidad de contarle a Veronika sobre la joroba de Janet. Veronika se cubrió la cara con las manos y gimió: “¡Pobrecita!”. Jack habló largo y tendido sobre la joroba y dijo que Janet no dejaría que eso le impidiera vivir una vida despreocupada e independiente. El problema de encontrar un amante para algo más que sexo era, en efecto, un problema. Janet no había podido resolverlo; aparte de muchas aventuras de una noche, nada había funcionado hasta ahora. No le importaba la gente que la miraba fijamente. Y no le molestaba en absoluto; Janet era culta, muy inteligente, guapa y sabía vestir a la moda, algo importante en los círculos londinenses. Y en la cama, era fantástica, una bomba, ¡una mujer explosiva! A él le encantaba su exhibicionismo y que

no tuviera miedo de tomar la iniciativa. Era una mujer muy segura de sí misma con un trabajo importante y exigente en la BBC, donde era muy valorada. Jack notó las lágrimas en los ojos de Verónica y la abrazó para consolarla. Ella susurró que Janet tenía todo lo que a ella le faltaba. Jack repitió que ella había hecho al menos tanto por él y que la quería muchísimo. Verónica bajó la mirada y vio que su pene colgaba completamente relajado. Suspiró profundamente y agarró su miembro; siempre estaba de humor para el sexo.

Jack fue tachando sus tareas una por una: ayuntamiento, registro civil, banco, viejos amigos. En los días previos a su partida, Veronika había estado dudando sobre un problema, que finalmente reveló tras varios intentos. Quería hacerse fotos desnuda y enviárselas. El asombro de Jack solo disminuyó cuando se dio cuenta de la seriedad de la situación. No tenía ni idea de cómo hacerlo, pero acompañó a Veronika a la oficina de correos y llamó a los dos fotógrafos locales. Ambos declinaron amablemente; no hacían desnudos. Discutieron el asunto y llamaron a fotógrafos de la zona. Al final, solo quedaba una opción: un anuncio en el periódico nacional. Jack ayudó a Veronika a redactar el texto, recalcando que era imprescindible usar un apartado de correos. De lo contrario, además de personas interesadas, atraería a estafadores, cazafortunas y violadores en serie. Veronika abrió los ojos de par en par; no había pensado en eso. El anuncio estaba en camino, y Jack también, de vuelta a Londres.

El reencuentro con Jane fue tumultuoso; después de su apasionado encuentro sexual, él le preguntó inmediatamente por los resultados de sus análisis. Por teléfono, ella no quiso decir más que estaba sana, prefiriendo hablar de los detalles en persona. Ahora él la miraba expectante. “¿Una buena noticia y una mala, cuál primero?”, preguntó ella en tono burlón, pero él esperó en silencio. “Se me ha cortado la regla por completo”, dijo Jane. El ginecólogo sospechaba que algo había salido mal durante el aborto. No podría tener hijos y ya no necesitaba la píldora. Jack la abrazó con ternura y le acarició el pelo. “Siempre puedes adoptar si quieres tener hijos de nuevo”, susurró, y ella asintió. Sin embargo, sintió sus lágrimas caer sobre sus hombros. Él había sido adoptado, y esa había sido su salvación. Jane se calmó poco a poco.

Naturalmente, ella quería saber cómo le había ido en su permiso para irse de casa. Jack, una vez más, optó por la franqueza. Lentamente y con titubeos, le contó todo, empezando por la adopción. Cómo había seducido a la bondadosa pero inexperta e ingenua Veronika. No se enorgullecía de haber encantado a una monja casta, pero su apremiante sexualidad era su explicación. No ocultó nada, no disimuló nada. Un gran peso se le quitó de encima una vez que le contó todo a Jane. Ella lo miró: "¿Así que hicieron el amor durante su viaje?". Él asintió. "Sí, ahora también, cuatro veces al día o más. A Veronika le encantaba el sexo y me exprimió hasta la última gota, incansablemente". Se rascó la cabeza. "Veronika quería ver una foto tuya", dijo con tristeza. Ella lo interrumpió de inmediato: *"¿La* foto?". "Sí", dijo Jack, "quería mirarla una y otra vez porque tu rostro era claramente reconocible". "Y todo lo demás también", añadió Jane, "¡todo lo demás también!". Intentó explicarle que encajaba con su relación con Veronika. Jane quiso ver la foto inmediatamente, y él se la mostró. La expresión de Jane cambió al instante, volviéndose suave y erótica. "Alan, el fotógrafo, acababa de tener relaciones sexuales conmigo y me pidió que me estimulara el clítoris intensamente cuando tomó esta foto". Jane volvió a ponerse pensativa, y preguntó si quería ver la foto una y otra vez, y Jack asintió. Luego explicó cómo él y Veronika habían escrito el anuncio; ella también estaba decidida a que le tomaran fotos desnuda. Jane sonrió con picardía. "No estoy enfadada contigo, porque entiendo la situación perfectamente, y te agradezco mucho que me lo hayas contado todo". También dijo que al principio se había puesto celosa y le había molestado su infidelidad durante el viaje. Pero ahora lo entendía todo; ya no estaba celosa, y ya no lo llamaría infidelidad. Durante los siguientes días y semanas, sacó a colación repetidamente su relación con Veronika, queriendo escuchar cada vez más detalles mientras bebía su vino por las noches. Él respondió a sus preguntas y le contó todo; se mantuvo fiel a sí mismo.

Qué sorpresa se llevó cuando de repente le llegó un paquete de Veronika. Lo abrió junto con Jane; contenía dos paquetes de café. Miró a Jane con desesperación y murmuró: «Ahora sí que se ha vuelto loca». Pero Jane tenía una sospecha. Vació la fruta del frutero y echó los granos de café. Y, para su sorpresa, había algo más en cada paquete. Abrieron los extras: dentro había una carta para Jack y muchas fotos a color. Fotos de desnudos. Jack tradujo la

carta frase por frase mientras Jane se tumbaba en la cama, mirando con curiosidad las fotos.

Veronika escribió que el anuncio había funcionado. Solo tenía que viajar a la capital cercana; el fotógrafo era muy amable y tomó unas 300 fotos esa tarde. Además del fotógrafo, un señor mayor, estaban su aprendiz y una maquilladora en el hermoso estudio fotográfico. La maquilladora estaba allí para arreglarle el pelo y maquillarla como a una actriz. El fotógrafo le dio una breve explicación de cómo debía desarrollarse la sesión. Primero, ella tuvo relaciones sexuales con el aprendiz, que era excelente en la cama, y después de que él eyaculara, ella estaba tan excitada que se masturbó muy rápido, en menos de tres segundos. No hubo ninguna incomodidad durante la sesión. El maestro la fotografió incansablemente, especialmente mientras se masturbaba. Después de un rato, él también quiso tener relaciones sexuales con Veronika; el aprendiz prácticamente se metió bajo su piel con la cámara y tomó foto tras foto. La sesión se interrumpió con frecuencia; la maquilladora le arregló el pelo y el maquillaje y la besó en la boca, luego con largos e intensos besos franceses. El maestro dio una orden, el maquillador se desnudó y se tumbó desnudo junto a Veronika. Así se crearon las fantásticas fotos lésbicas. Finalmente, el aprendiz volvió a tener relaciones sexuales con Veronika, e inmediatamente después con el maquillador, quien ya lo conocía bien y experimentó orgasmo tras orgasmo durante su encuentro. El fotógrafo le prometió entregarle dos copias de todas las fotos, incluso aquellas en las que ella no aparecía. A cambio, se le permitió vender las fotos y pagarle el 20% de las ganancias.

Jane y Jack miraron las fotos juntos en la cama, tumbados boca abajo. Veronika era casi irreconocible con la peluca rubia platino y el maquillaje profesional, pero Jane podía imaginarse fácilmente cómo era. Veronika teniendo sexo con el aprendiz, con el fotógrafo y con la maquilladora. Las fotos eran de muy alta calidad y nítidas. A Jane le gustaron especialmente las fotos con la maquilladora; había muchos primeros planos que mostraban solo la lengua, el clítoris y la vulva. Jack reconoció de inmediato qué clítoris pertenecía a Veronika y cuál a la maquilladora. El clítoris de la maquilladora era mucho más grande que el de Veronika y se parecía mucho al de Jane, coincidieron ella y Jack. Una foto les llamó la atención. Era una copia de la foto de Jane: Veronika se separaba los genitales con los dedos, de modo que sus labios, clítoris y vulva

eran claramente visibles. La cabeza de su clítoris sobresalía solo ligeramente, porque los labios de Veronika eran gruesos y carnosos. Por lo general, se mimetizaba con su entorno carnoso. También había una foto que mostraba la vagina entera y un poco de semen en su interior, directamente a través de la abertura. Era la única foto que no le gustaba a Jane; una vagina sin nada alrededor le parecía repugnante. Después pasaron muchas horas más mirando las fotos.

Semanas atrás, Jane había empezado a leerle el diario de su madre. Ella misma no lo había leído y quería descubrir el mundo de su madre junto a él. Para su sorpresa, escribía casi exclusivamente sobre sexo y sus experiencias al respecto.

Escribió con gran detalle sobre sus años en el internado y sobre las chicas de allí. Escribió páginas y páginas sobre cómo, antes de dormirse, se entregaba a fantasías sexuales, estimulando suavemente su clítoris hasta que se ponía excitantemente rígido, pero sin ir más allá. Escribió muy poco sobre su vida sexual con su padre y su mejor amigo, solo expresando su asco por ser follada a diario. Jane levantó la vista y dijo: ¡El amigo solo podía ser el tío Peter! Naomi escribió más sobre ello durante su embarazo; los dos hombres a los que amaba la follaban día y noche. Escribió cuánto anhelaba disfrutar de ser follada y lo asqueada que se sentía cuando eyaculaban dentro de ella. Pero estaba muy dispuesta y siempre les dejaba follarla cuando querían. Describió cómo su marido luego se complacía con la joven ama de llaves, Rose, día tras día. Cómo los veía a los dos follar en la cocina cada vez. Lo excitada que estaba la pequeña Rose durante el sexo, y cómo jadeaba con fuerza a medida que su excitación aumentaba y aumentaba. Cómo Rose mantuvo el contacto visual con ella mientras la follaban, y cómo su vagina se contrajo alrededor del pene de Nick en el orgasmo, y ella intercambió una mirada triunfal con Naomi, “¡Estoy teniendo un orgasmo!”. Sus ojos brillaban intensamente, reflejando las estrellas del orgasmo. Cómo le hizo la señal a su ama para que se fuera cuando terminó de eyacular. Naomi solo mencionó brevemente que había tenido una pelea terrible con Nick y que él se iba de la casa para siempre. Le había puesto un sobre gordo que contenía 10.000 libras en la mano a Rose, le agradeció el maravilloso sexo y se despidió amistosamente. Esto atormentó a Naomi durante semanas; él solo se había despedido de ella en silencio, de forma

profesional, sin una palabra de agradecimiento. Esto la hirió profundamente.

Escribió sobre lo horrorizada que estaba de que Janet ya tuviera relaciones sexuales a los 14 años. Lo terrible que fue cuando Janet regresó a casa después del aborto. Cómo, a lo largo de las semanas, se confirmó su sospecha de que Janet había abortado. Su estado de parálisis, incapaz de hablar con Janet adecuadamente sobre sexo, aunque realmente lo deseaba. Cómo apoyó a Janet para que tomara la píldora, a pesar de su completa ignorancia sobre anticoncepción. La impotencia que sentía cuando Janet frecuentemente llevaba chicos y hombres a su habitación. Su hija tenía mejor educación que ella y ganaba todas las discusiones sobre la vida sexual de Janet. Naomi comenzó a subir sigilosamente al baño y a observar cómo su hija era penetrada a través de la rendija de la puerta. La excitante sensación cuando el hombre o Janet se frotaban el pene para poder continuar teniendo relaciones sexuales. Describió cómo imitaba esos movimientos en su clítoris, noche tras noche. (Naomi siempre escribía clítoris).

Una vez, cuando vio a Janet frotando el pene del chico cada vez con más vigor hasta que eyaculó sobre sus pechos, lo imitó, frotando su clítoris con forma de pene cada vez más rápido y con más vigor, y tuvo su primer orgasmo. Eso fue subrayado cuatro veces: ¡Primer orgasmo! Jane le dijo a Jack que nunca se había dado cuenta de que su madre la observaba mientras tenía sexo. Pero Naomi subió sigilosamente las escaleras y observó el sexo con curiosidad. Anotó en su diario que hacía una marca en la página por cada orgasmo, a veces dos o tres marcas los fines de semana. Luego llegó un señor Brown del servicio en el extranjero y le dio la noticia de la muerte de su esposo un año antes. Lo único que pudo hacer fue llorar, y el joven se fue. Durante días, no hizo ninguna marca en su diario.

El señor Brown volvió y le habló largo y tendido, con voz tranquilizadora. (Solo un año después se enteró por Peter, amigo y colega de su marido, de que Nick había sido sorprendido espiando y fusilado). El señor Brown venía a diario, y ella pronto retomó las anotaciones en su diario. Los apasionados besos del señor Brown hacían que frecuentemente hiciera tres o cuatro anotaciones. La inexperta Naomi era presa fácil para el experimentado seductor. Al principio, todavía sentía cierta repulsión por tener sexo con el

señor Brown, pero él la follaba mucho más tiempo y con más sensibilidad que Nick. Su repulsión desapareció; experimentó su primer orgasmo mientras la follaban e hizo cuatro anotaciones. Ahora tenía un orgasmo cada vez que tenía sexo con el señor Brown y lo encontraba maravilloso. Nick también podría haber tenido todo eso. No, el señor Brown no quería verla masturbarse; eso no le interesaba. Ella le permitió follarla casi a diario durante casi un año y le hizo tres o cuatro anotaciones, pero un día, en lugar de él, llegó un telegrama diciendo que lo habían trasladado. Jane levantó la vista y sonrió. Regularmente, casi siempre, observaba a su madre teniendo relaciones sexuales con el mucho más joven Sr. Brown, bien escondido en el último escalón de la escalera. Nunca le había dado importancia; solo tenía cinco o seis años en ese entonces, y el sexo era terriblemente excitante y nuevo para ella. Al contrario, se sentía muy complacida, porque su madre parecía disfrutar visiblemente de la relación sexual y ya no estaba triste.

Naomi continuó escribiendo, relatando su masturbación mutua y la vergüenza que sentía al respecto. Quería marcar con un signo de más cada vez que había llevado a Rose a masturbarse. Había un signo de más a intervalos irregulares, aproximadamente una vez por semana. Naomi describió cómo había cuestionado gradualmente a Rose. Había comenzado un cuaderno aparte para registrar la historia de vida de Rose.

La familia de Rose vivía en la más absoluta pobreza, compartiendo una cocina y una habitación entre los cuatro. Por la noche, las farolas iluminaban la habitación. Desde que tenía memoria, sus padres tenían relaciones sexuales todas las noches. Ella y su hermano fingían dormir bajo las sábanas, pero acurrucados juntos, observaban el acto sexual nocturno. Frank, su hermano, seis años mayor, presionaba su erección firmemente contra su vulva mientras observaban. Sus padres siempre estaban desnudos durante el acto sexual; ella podía ver claramente a su madre introduciendo su grueso pene en su propia vulva. Después de la primera vez, hacían una pausa, luego su madre frotaba su pene con la mano y tenían relaciones sexuales por segunda vez. Su padre se dormía inmediatamente, y su madre subía las rodillas y abría las piernas. Se frotaba la vulva durante un buen rato, luego se cubría con la manta y se dormía.

Los niños tenían que guardar en secreto que su madre llevaba hombres extraños al apartamento durante el día y les permitía tener relaciones sexuales con ella a cambio de dinero. Cuando no estaban en la escuela, los niños tenían que permanecer completamente quietos en la cama. Rose había visto a muchos hombres desabrocharse la bragueta y sacar sus penes. Se les permitía tener relaciones sexuales con su madre mientras ella estaba vestida; con algunos, ella no les permitía eyacular dentro de ella y los llevaba al orgasmo con su mano. A veces también hacía esto con su padre, cuando no quería tener relaciones sexuales con él. Entonces tomaba su pene en su boca, lo frotaba con fuerza y lamía el semen como si fuera miel. Su hermano Frank siempre esperaba a que sus padres estuvieran dormidos y luego se frotaba el pene. Para cuando tenía 11 años, ya podía eyacular, y Rosa sentía un escalofrío placentero recorrerla cuando él eyaculaba sobre su vulva. Después de años, su madre había ahorrado lo suficiente para mudarse a un apartamento más grande.

Rose había perdido la virginidad a los 10 años. El nuevo apartamento de la familia tenía dos habitaciones: sus padres en una, y ella y su hermano mayor en la otra, compartiendo una cama. No había puerta entre las habitaciones, y discutían constantemente porque su padre no compraba una y se gastaba el dinero en bebida. Ella y su hermano de 16 años se escondían bajo una manta y observaban a sus padres desnudos teniendo relaciones sexuales. Todas las noches, a la misma hora, siempre exactamente igual, y luego se cubrían con la manta. Primero, su padre se dormía; su madre se removía bajo las sábanas un rato, finalmente suspiraba profundamente y también se dormía. Durante el día, su madre traía constantemente hombres a casa para tener relaciones sexuales, y los niños tenían que guardar absoluto silencio. Su madre les explicaba que su padre se gastaba la mitad del dinero en bebida y que ella tenía que asegurarse de que consiguieran algo de dinero de los otros hombres, de lo contrario morirían de hambre. Lo entendieron.

El hermano Frank hablaba cada vez más a menudo de que debían tener sexo como adultos. Rose también lo deseaba, por supuesto, y se susurraban al oído cómo sería. “La primera vez sentirás un pequeño pinchazo”, le susurró su héroe Frank, “pero solo uno pequeñito”. Se tantearon los genitales, y una noche tuvieron sexo. Sintió un pequeño escozor; así es la primera vez, le explicó su

héroe de nuevo. Pero luego tuvieron sexo, y a Rose le gustó mucho. Disfrutaba de la excitación y a veces tenía un pequeño orgasmo, aunque no siempre. Tuvieron sexo durante tres años. Solían tenerlo por la tarde. Su madre sabía perfectamente lo que estaba pasando y entró en la habitación justo cuando su hermano estaba a punto de eyacular. "No le des un hijo", maldijo, y se quedó de pie bajo la puerta hasta que su hermano terminó y esperó hasta que tuvo sexo con Rose por segunda vez. Al principio, Rose temía ser castigada, pero se acostumbró a que su madre los observara con furia durante quince minutos o más, esperando con rabia hasta que su hermano eyaculara por segunda vez. «No le des un hijo», maldecía su madre a lo largo de los años, pero permanecía inmóvil, vigilando como un halcón para asegurarse de que todo transcurriera como siempre. Rose se alegraba de que su madre estuviera allí, supervisando su encuentro sexual con Frank. Al parecer, era importante que Frank no le diera un hijo, aunque Rose no entendía qué significaba eso, pero su madre lo repetía a diario. Había heredado de su madre la costumbre de agarrar el pene de Frank e introducirlo ella misma. Después de que se saciaran, su madre se aclaraba la garganta y se iba a la cocina. A medida que Rose crecía, se acercaba cuando él estaba a punto de eyacular. Le agarraba el pene, lo sacaba y lo masturbaba vigorosamente con la mano. Tras una pausa, lo masturbaba unas cuantas veces más hasta que no quedaba más semen.

Repitió esto durante varios días hasta que su hermano la agarró de repente, la tiró sobre la cama maldiciéndola y le bajó la ropa interior. Luego la violó brutalmente, pero ella claramente lo disfrutó e incluso lo animó. Desde ese día en adelante, él violó a su madre diariamente, generalmente dos veces seguidas, y la segunda vez ella tuvo orgasmos intensos. Menos hombres venían a follarlas, pero no les faltaba sexo. Rose era una espectadora silenciosa por las tardes y solo podía follar a su hermano después de que sus padres se hubieran dormido. La manta sobre las rodillas de su madre se deslizaba constantemente hasta que ella la pateaba para liberarla, de modo que los niños pudieran verla masturbándose vigorosamente todas las noches. Por lo general, miraba a sus hijos mientras se masturbaba; al parecer, no le importaba que la vieran.

Rose imitó inmediatamente la masturbación de su madre y alcanzó el orgasmo con la misma energía. La primera vez que lo hizo, mientras su hermano la follaba brutalmente como de costum-

bre, su madre sonrió con sorprendente amabilidad y dijo: “¡Qué bien que ya puedas hacerlo!”. Su madre le explicó la higiene menstrual cuando le llegó la primera regla y que podía quedar embarazada por eyacular dentro de ella. Tuvo una conversación seria con su hijo, que ahora tenía 18 años, diciéndole que ya no tenía permitido eyacular dentro de Rose. Le prometió que le dejaría follarla de nuevo esa noche. Estaba muy ocupada: primero, dejó que su hermano borracho la follara rápidamente, luego se masturbó, y después fue a la cama de Rose y folló a su hijo. Eso pronto cambió; ahora se corría tan pronto como su padre se dormía después de su rápida eyaculación y dejaba que Frank la follara brutalmente. Solo entonces se masturbaba, poniendo un brazo alrededor de Rose mientras lo hacía. Se suponía que esto excitaría a su hijo, y lo hizo. Durante su segundo encuentro brutal, tuvo orgasmos intensos y salvajes. Ella dormía en casa de Rose hasta el amanecer para protegerla cuando su hijo tenía una erección. Él solía conformarse con que ella lo masturbara mientras él le acariciaba los genitales. A menudo intentaba masturbarla después de eyacular y aprendía rápidamente. Ella disfrutaba de que él la complaciera y jugaba con su glande con la lengua. Pero no fue más allá. Solo le enseñó a Frank cómo practicarle sexo oral después de que Rose ya no viviera en casa.

Rose terminó la escuela primaria y empezó a trabajar como empleada doméstica. Se quedó con las hermanas Conolly durante tres años, aprendiendo el oficio de ama de llaves en su hogar refinado y acogedor. Allí solo había mujeres, y Rose se vio inevitablemente obligada a masturbarse. No había un hombre en kilómetros a la redonda, salvo el viejo jardinero, que vivía en la casita del jardín. Rose pasaba su tiempo libre con él, pero aun así tardó casi seis meses en seducirlo. En realidad, era demasiado mayor para ella, tenía más de 40 años y barba. No podía dejarla embarazada, dijo; era un veterano de guerra. Le mostró la fea cicatriz donde le habían extirpado ambos testículos, dejando los restos de su escroto colgando. Disfrutaba teniendo relaciones sexuales con la jovencita, y ella finalmente aprendió de él cómo tener un orgasmo cada vez que lo hacían. Ella lo prefería a la masturbación. Después de tres años, se fue a vivir con los Crawley y se convirtió en la amante de Sir Nick.

Su padre murió durante su segundo año en el hogar de las hermanas Conolly; ella tenía 17 años. Le permitieron tomarse el día li-

bre para ir al funeral. No había nadie más; apoyaron a su madre desde ambos lados. A todos les habían dicho que había sido un accidente laboral, pero su madre dijo que se había caído muerto de su taburete en su pub local; simplemente se le había parado el corazón. Después del funeral, Frank la llevó rápidamente a la antigua habitación de los niños. Su madre se sentó impasible junto a la puerta, observándolos tener relaciones sexuales, con la mente en blanco. No hizo nada cuando Frank eyaculó dos veces una gran cantidad de semen en su vagina mientras ella tenía un orgasmo. Permanecieron en la cama hasta la noche, acariciándose. Frank dijo que sus pechos se habían vuelto muy hermosos y su figura muy femenina. Después de una hora de esta distracción, su madre se quitó el vestido de fiesta y se acostó desnuda junto a ellos. Los tres se acariciaron para intentar superar su dolor. Rose abrazó con cariño a su madre, acariciándole el rostro y luego sus pechos demacrados, mientras Frank la besaba y la penetraba. La madre sonrió al llegar al orgasmo. Frank aún no había eyaculado e inmediatamente se abalanzó sobre Rose, quien recibió toda la carga de semen. Los tres se acariciaron y se manosearon hasta que Rose tuvo que marcharse.

Semanas después, su madre le escribió diciéndole que estaba embarazada y muy feliz. Luego no supo nada de ella durante meses, hasta que Frank apareció en casa de los Conolly, completamente destrozado. Rose lo llevó a la cocina, donde él le contó su desgracia. Su madre había dado a luz prematuramente, y el niño, su hijo, había muerto unas horas después. Gritó de dolor, y Rose abrazó a su hermano lloroso y lo dejó llorar. No hubo funeral, a pesar de que el niño había recibido un bautismo de emergencia; el hospital se hizo cargo del pequeño cuerpo. Frank nunca había visto al niño y seguía desconsolado. Rose lo escuchó y lo consoló hasta que se calmó un poco. Le prometió visitarlo pronto, y cumplió su promesa. Unas dos o tres veces al año, iba a ver a su madre y a Frank. Le encantaba que Frank la penetrara con suavidad y delicadeza. Su madre prefería que la penetraran con fuerza y rapidez. A su madre le gustaba deslizar un dedo sobre el clítoris de Rose mientras la penetraban. Hizo que Rose tuviera varios orgasmos antes de que Frank eyaculara. Rose se sintió un poco insegura al tocar el clítoris de la madre con el dedo; nunca lo había hecho antes. El clítoris estaba rígido por la excitación y sobresalía con fuerza. Se sentía maravilloso. De esta manera, Rose también logró llevarla a varios orgasmos y continuó frotando, de clímax en clímax.

A partir de entonces, esto se convirtió en parte habitual del ritual. A Rose también le encantaba masturbarla cuando Frank necesitaba un descanso. Rose observaba con gran curiosidad cuando la madre tomaba el pene de Frank completamente en su boca, succionándolo apasionadamente mientras lo frotaba simultáneamente con la mano. Frank se excitaba fácilmente de esta manera. A veces era demasiado apasionada, y entonces él eyaculaba profundamente en su garganta, y ella tragaba el semen con una sonrisa de satisfacción. Rose nunca tomaba el pene de Frank completamente en su boca; con los labios fruncidos, dejaba que el glande penetrara y lo lamía con la lengua. Escupía su semen mientras él la penetraba con fuerza entre sus labios y eyaculaba en su boca. Él la sujetó con firmeza y la penetró cada vez más rápido, llegando hasta lo más profundo de su boca a pesar de que ella se resistía con la lengua. Cada vez, eyaculaba más profundamente en su boca y garganta. Ella escupía un poco, pero tenía que tragarse el resto. Él lo quería una y otra vez, y Rose cedió, dejando que el hombre obstinado eyaculara profundamente en su garganta y tragándose la mayor parte. Él no permitía nada más. Pasaban toda la tarde juntos en la cama cada vez, hasta que Rose tenía que irse.

Señor Pedro

von Jack Faber © 2022

Jack había aprobado su segundo semestre con honores. Tras el examen, el examinador refunfuñó que solo necesitaba mejorar su acento escocés. Jack sonrió, pero tras una breve evaluación del daño, dijo que debía de ser acento alemán. El examinador sonrió y le puso una mano amistosa en el hombro a Jack; bueno, al menos no era escocés; no le gustaban nada. «Robert Bruce, su superestrella», murmuró con desdén entre dientes y se marchó. De vuelta en casa, Jack lo buscó en la enciclopedia: Robert Bruce, rey de los escoceses, 1306, etc. Jack se rió entre dientes: ¡qué tonto, todavía quejándose de batallas perdidas después de 650 años! Había cosas más importantes que hacer. Quería ir en tren con Jane a Alemania, luego a Austria y de vuelta por Suiza: tres o cuatro semanas. También iban a visitar a Verónica, que estaba encantada.

Jack le puso la mano en la espalda a Jane y le dijo que ahora sabía el apellido de Robert: Robert Bruce. Le explicó los antecedentes y ambos se rieron del excéntrico profesor.

Una semana después, salieron a pasear y visitaron lugares de interés. Una noche, llegaron a casa de Veronika, donde, a pesar de la hora tardía, ella los recibió con una cálida cena. Jane no entendía alemán, pero Veronika se esforzó al máximo con el inglés; lo entendió todo e incluso pudo hacer preguntas con cuidado. Pronto se fueron a la cama. A través de la puerta entreabierta, Jane y él podían oír a Veronika masturbándose ruidosamente y con energía, como si estuvieran allí mismo con ella. Aunque estaban agotados, Jane lo atrajo hacia ella e hicieron el amor, en silencio y escuchando atentamente los sonidos de Veronika. Jane tuvo un orgasmo muy intenso, y a él le tomó un poco más de tiempo eyacular. Cuando volvieron a acostarse uno al lado del otro, Jane le susurró al oído lo excitante que era oír a Veronika masturbarse. Veronika se masturbaba con fuertes jadeos y gemidos, alcanzando orgasmo tras orgasmo. Solo se durmieron cuando Veronika terminó de masturbarse y todo quedó en silencio.

Cuando Jane se levantó por la mañana, Veronika y Jack ya estaban preparando el desayuno. Ambos estaban completamente des-

nudos. Jane inmediatamente dejó caer su bata sobre la cama y se unió a ellos, también desnuda. Le pareció lo correcto, y charlaron de esto y aquello durante el desayuno. Después, mientras lavaban los platos, Jane vio a Veronika mirando con anhelo el pene semierecto de Jack. Discretamente, lo acarició y frotó el glande con el pulgar; Jane pudo verlo con claridad. La miró suplicante a los ojos y sostuvo el pene, que poco a poco se estaba poniendo completamente erecto. Su pulgar acarició el glande. Jane abrazó a Veronika, quien se estremeció al contacto de su piel desnuda. Sus pechos desnudos, sus cuerpos desnudos, se tocaron durante un largo rato. Jane puso una mano sobre la de Veronika, que sostenía el pene. Por un instante, Jane consideró dejarlos solos e ir a dar un paseo. Pero inmediatamente cambió de opinión. Miró fijamente a los ojos de Veronika con profunda comprensión y preguntó, innecesariamente: "¿Te gusta? ¿Quieres?". Y sin esperar la respuesta de Veronika, los tomó de la mano y los llevó a la habitación de Veronika, donde estaba la cama más grande. Sin decir palabra, empujó a Jack a la cama junto a Veronika. Esperaron en silencio unos segundos, pero Veronika no pudo esperar más y atrajo a Jack entre sus piernas. Jane le dio a Veronika besos largos y apasionados y le excitó los pezones mientras Jack la penetraba. Durante tres días y tres noches, solo se levantaron de la cama para cenar en el Golden Stag. Veronika les presentó a todos a su hijo y a su hermana de Inglaterra. La dueña les preparó los mejores filetes, que compraba en la carnicería de al lado. Ella fue la única en la posada que necesitó solo unos segundos para darse cuenta de que los tres se estaban acostando entre sí. No pensó en el incesto ni por un segundo; le daba completamente igual. Más tarde, le preguntaría a Veronika con toda la delicadeza posible cómo había sucedido todo.

Jack sudaba a mares; follar con dos mujeres tan ansiosas era agotador. Necesitaba un respiro, por favor, otro respiro. Las mujeres se masturbaban mutuamente cuando estaban excitadas. Jane había tomado la iniciativa bastante pronto y estaba lamiendo el clítoris de Veronika. Jack pronto se dio cuenta de que el momento adecuado para él era follar a la mujer que la estaba lamiendo por detrás, en posición de perrito. Eso pareció funcionar bastante bien para los tres.

Veronika le preguntó a Jane si realmente tenía orgasmos durante el sexo, y Jane sonrió y respondió: "Siempre con Jack". Veronika dijo que nunca había tenido un orgasmo durante el sexo,

pero que a veces se excitaba tanto que tenía que masturbarse inmediatamente, y entonces solo le tomaba un instante alcanzar el orgasmo. Solo necesitaba acariciar su clítoris tres o cuatro veces, y el orgasmo era instantáneo.

Y solo la habían lamido tres mujeres: una camarera incompetente, en un estudio fotográfico y la dueña del Hirschen, que era la mejor en eso. Jane respondió que había visto las fotos, por supuesto, y que no, que nunca antes había tenido intimidad con una mujer. Ambas vieron que el pene de Jack estaba listo de nuevo y se sonrieron, preguntándose quién tendría su turno primero. Follaron durante tres días y tres noches, tan a menudo como él podía. Cuando él se tomaba un descanso más largo, se lamían mutuamente, porque a ambas les encantaba. A veces, Veronika sacaba sus fotos desnuda y le contaba a Jane en un inglés titubeante cómo había surgido la foto y todos los detalles que la rodeaban. Jane se reía a carcajadas, porque la forma de contar historias de Veronika era caliente y obscena. A veces, la historia de Veronika flaqueaba si no conocía una palabra obscena, y entonces tenía que describírsela a Jane usando gestos. Era increíblemente divertido y cómico. Continuaron su viaje al cuarto día.

Tras cuatro semanas, regresaron a Londres. Su casa era mucho más agradable que cualquier habitación de hotel. Jane notó de inmediato que alguien había estado revolviendo su compartimento secreto. Inmediatamente confrontó a Rose, quien admitió sin reparos haber visto las fotos de Verónica y todos los desnudos de Jane. La humilde sirvienta dijo que las fotos le habían parecido hermosas y excitantes. También había leído el diario de Lady Naomi. Había copiado casi por completo el capítulo que la Dama había escrito sobre ella. Jane la regañó severamente por indagar en sus secretos, pero le devolvió el cuaderno para que terminara de copiarlo. Eso estaría bien. Sentía compasión por Rose, cuyo marido, un bueno para nada, simplemente se había fugado y nunca había vuelto a aparecer. Rose sospechaba que había conocido a una viuda rica y que estaba tomando el sol en España: su sueño. La idea de que pudiera haberse caído de camino a casa desde el pub, ahogarse con su propio vómito y acabar en la morgue como un desconocido nunca se le pasó por la cabeza; la versión española era más romántica. Tras avisar de que dejaría su apartamento, se había mudado a la diminuta habitación de servicio que había detrás de la cocina y estaba a disposición de sus empleadores todo el día.

Tuvieron todo el verano y el otoño para holgazanear y fueron a clubes y bares casi todas las noches; la vida podía ser tan fácil. Jack recibía cartas de Veronika cada dos semanas, y una vez incluso le envió un paquete de café. Contenía las últimas 180 fotos de desnudos que el fotógrafo había enviado junto con la tarifa de 11.500 marcos. Las fotos eran en su mayoría de la maquilladora y la joven asistente. A Jane le gustaron las fotos realmente buenas y sexys de la maquilladora lesbiana. A Jack le impactó particularmente un primer plano: la aprendiz estaba abriendo la vagina de la maquilladora con una mano y eyaculando un chorro espeso dentro. El fotógrafo había capturado magistralmente la abertura dilatada, la vagina como un túnel en su totalidad, y el chorro de semen disparado del glande, pero a Jane no le gustó particularmente. De alguna manera, dijo, fotografiar dentro de una vagina le parecía bastante indecente. Veronika escribió que el fotógrafo aparentemente había cometido un error y les había dado unas 50 fotos de completas desconocidas. Jane y Jack miraron todas las fotos; Eran verdaderamente magistrales, capturando los momentos más bellos de estas mujeres. Todas eran un deleite para la vista; las mujeres retratadas eran sensuales, eróticas y llenas de pasión. Todas eran bellezas diferentes, cuyos diversos genitales el fotógrafo había capturado con maestría. Parecía tener predilección por las mujeres con clítoris claramente visibles y prominentes, y por el momento de su orgasmo, que provocaban al tocar el glande del clítoris con el dedo. Las fotos eran tan perfectas que casi se podían oír los suspiros de liberación de las mujeres. A Jane le resultaron muy excitantes. Jane y él las miraron una y otra vez; eran una fuente de placer.

Veronika había accedido a participar en películas pornográficas con el fotógrafo. Quería recibir una parte de las ventas y dos copias de todo el material sin editar, sin cortes ni censura. Dos cosas eran importantes para ella: nada de sexo anal y que no la filmaran durante sus días fértiles. El trato era perfecto; iba a la ciudad cada dos semanas durante dos días y se quedaba a dormir en el estudio, aunque apenas tenía tiempo para descansar. En esos dos días, lo único que tenía que hacer era dejarse follar o ser filmada masturbándose. Normalmente, tres cámaras filmaban simultáneamente, y el fotógrafo daba instrucciones sobre lo que ella o sus hombres debían hacer. Rápidamente se acostumbró, aunque los gritos del director interrumpían el ritmo natural. Cada día, era follada por seis u ocho hombres bien formados y luego se masturbaba hasta el orgasmo con unas pocas caricias en el clítoris. Después de los

hombres, se masturbaba dos o tres veces delante de las cámaras. Por las noches, todo el equipo de filmación iba a un restaurante, y luego, por lo general, dos o tres volvían al estudio para tener sexo con ella fuera de cámara antes de que pudiera irse a dormir. Le encantaba ser filmada, tener sexo y masturbarse juguetonamente frente a la cámara. Solía estar bastante agotada cuando llegaba a casa en autobús. Cuando recibía las copias de las películas, se las enviaba a Jack. Él había comprado un proyector de 8 mm y veía las películas con Jane. No se cansaba de verlas; Jane, en cambio, solía tener suficiente después de verlas una vez y se retiraba a su estudio para trabajar en sus artículos científicos.

A veces, Jack dejaba que la película se reprodujera fotograma a fotograma, saboreando cada momento del sexo de Veronika. Podía ver claramente que Veronika se masturbaba con moderación frente a la cámara; no se entregaba por completo, como lo hacía frente a él. Esto le producía una extraña satisfacción, que ella guardaba para sí misma y para él. Su excitación durante el acto sexual era genuina y no requería talento actoral. Igualmente genuinas y auténticas eran las tres o cuatro caricias de su dedo sobre su clítoris para provocar el orgasmo después de cada encuentro. La mayoría de los hombres eyaculaban profundamente dentro de su vagina; algunos retiraban sus penes y eyaculaban visiblemente sobre su cuerpo. Veronika escribió que el sexo con los camarógrafos por la noche era el más intenso, mucho más real y apasionado que el sexo con los hombres musculosos pagados. Cada vez con más frecuencia, Veronika filmaba escenas lésbicas; las chicas a menudo tenían apenas 16 o 17 años, estaban excitadas y muy impulsadas sexualmente. Le parecieron absolutamente repulsivas las imágenes de niñas muy jóvenes, aparentemente drogadas y obligadas a obedecer antes de ser brutalmente desfloradas ante la cámara. Le envió estas imágenes a Jack, a quien también le resultaron repugnantes, pero aun así las vio.

Cada dos semanas llegaba un paquete con café, las últimas películas y la larga carta de Veronika escrita con su mejor letra de estudiante. Sus estudios continuaban, y Jack solía guardar las películas de Veronika en el armario con cerradura, sin que nadie las viera. ¿Qué habría dicho Rose sobre títulos como “El milagro sexual de Berlín” o “La prostituta de la Reeperbahn”? Estudiaba con diligencia y se esforzaba al máximo para ser el mejor alumno de su departamento. Jane trabajaba más que nunca para su equipo edi-

torial, y su salario reflejaba cada vez más lo mucho que se valoraban sus contribuciones. Era Jane quien planeaba sus salidas nocturnas a los clubes cuando ambos se tomaban un descanso de los estudios. Así fue como Jack conoció a Sir Peter. Jane le informó a Jack poco antes: "Es el mejor amigo de nuestros padres. Lo llamé entonces para que te llevara a la Real Academia". Luego se acercaron a la mesita donde estaba sentado Sir Peter.

—Sir Peter —dijo Jane—, este es mi hermano Jack, Jacob. —Hablamos por teléfono —le recordó Jane, y continuó—. Jack, este es Sir Peter, Lord Mossley y Conde de Pembroke. Me conoce desde que nací y siempre fue un buen amigo de mis padres. Jane sonrió. —Pretende no recordar nada, pero tuvo mucha influencia en la Academia. Jack inmediatamente estrechó la mano de Sir Peter y le dio las gracias efusivamente. Una vez sentados, Sir Peter insistió en que lo llamaran simplemente Peter. Era un hombre delgado y atlético, con un rostro bronceado de rasgos marcados y unos ojos grises brillantes y alertas que le daban un aire enérgico. Tenía una cuidada melena blanca que le hacía parecer extraordinario. Al mirarlo de nuevo, Jack calculó que Sir Peter tendría unos setenta años. La familiaridad entre Jane y Peter era evidente. —Olvídate de todas esas tonterías aristocráticas —dijo—, soy un empleado trabajador de Su Majestad la Reina. Se rió cálidamente mientras miraba a Jack y añadió que trabajaba para el MI6 y ocupaba un puesto de alto rango, pero que era tan secreto que ni siquiera él conocía los detalles. Jack se quedó atónito y miró a Jane, que le decía a Peter que no debería haberle contado ese secreto a Jack, ¡Tío Peter! Sonrió con encanto. «¡Cuánto he echado de menos que me llamen tío Peter, princesa!», dijo, lanzándole un beso.

Charlaron sobre la sentencia judicial que absolvió a Naomi de todos los cargos de robo, sobre el trabajo de Jane para la BBC, su primer viaje a Europa y sobre Veronika, la madre adoptiva de Jack. ¿A qué se dedicaba?, quiso saber Peter, y Jack no dudó. Antes de la adopción, había sido monja, y ahora trabajaba en películas porno, como la principal atracción. La sonrisa de Peter era amplia y cautivadora. "Si hubiera sabido lo sincero que serías", dijo, "no habría necesitado a tres personas para investigar esto". Sonrió aún más. "Siempre intento estar bien preparado". "Principal atracción": la palabra no aparecía en el informe. "Una palabra fuerte", dijo Peter. "¿Qué opinas?", preguntó Peter. Jack respondió de inmediato que no tenía ningún problema. Su madre adoptiva había

encontrado un trabajo que se ajustaba a su marcada sexualidad. Lo hacía voluntariamente y con auténtico compromiso, y no hacía nada que no quisiera hacer. Jack miró a Peter directamente a los ojos. «La amo con todo mi corazón, como un hijo debe amar a su madre». Peter le devolvió la mirada con la misma firmeza y dijo: «¡Bienvenido a nuestra familia, Jack, hijo de Nicholas!». Jane rompió el solemne silencio y continuó su relato sobre el viaje a Europa.

Al llegar a casa, Jack le preguntó si podía explicarle con detalle el fenómeno de Sir Peter, Lord de bla bla. Jane se sirvió una copa de vino blanco y a Jack una de oporto. Encendió un cigarrillo y empezó. Peter era el mejor amigo y colega de su padre. No sabía nada de su trabajo en el MI6. Lo conocía como el tío Peter desde pequeña, y era como un tío de verdad: fiestas de cumpleaños infantiles, visitas al zoológico, acompañarla a su primer baile, regalos de cumpleaños, etc. Jack le dio tiempo, esperó pacientemente hasta que continuó, visiblemente emocionada. Cuando el señor Brown estaba fuera, venía una vez a la semana a tener sexo con Naomi. Lo sé; los observaba en secreto cada vez. Cada vez, sin excepción. Le hizo mucho bien a Naomi; experimentó respeto, éxtasis físicos y una amistad amorosa con él. Fue una mujer completamente feliz hasta el final de su vida, encontrando satisfacción sexual con él. A diferencia del señor Brown, él disfrutaba viéndola masturbarse porque ella se masturbaba de una manera completamente diferente a las demás mujeres. La visitó hasta el final, aunque ya no tenían relaciones sexuales. En sus últimas semanas, se sentaba junto a su cama todos los días, trayéndole en secreto suficiente morfina para soportar el dolor de su cáncer de útero. Lo sé porque yo era quien le ponía las inyecciones. Jane guardó silencio. Durante minutos, reinó un silencio absoluto.

En su último año, Naomi ya no podía tener relaciones sexuales. El tío Peter seguía viniendo todas las semanas y charlaba con ella. Luego subió para tener sexo conmigo. Jane miró a Jack de reojo, pero él escuchaba atentamente con las manos juntas. “Sí, tuvimos una aventura durante un año y medio”, dijo Jane, con la mirada baja. “¿Me estás juzgando?”, preguntó Jane, y él negó con la cabeza. Naomi subió sigilosamente tras él y se escondió en el baño. “Se lo dije”, dijo. Entró al baño completamente desnudo y la tomó de la mano. Colocó una silla muy cerca de la cama, la hizo sentarse y la besó apasionadamente. Luego tuvimos sexo en presencia de

Naomi, y Naomi venía cada vez que lo hacíamos. El tío Peter fue el primer y único hombre al que no le importó Robert. Aparentemente, a Peter le excitaba mi cuerpo juvenil y tenía un sexo maravilloso conmigo, aunque a menudo le resultaba difícil por su edad, y yo a menudo tenía que ayudarlo. A veces con su mano, sobre todo con una masturbación muy excitante. A veces con su boca, labios y lengua, y a veces perdía el control y eyaculaba en mi boca. Me tragaba el semen y lo volvía a excitar si quería. Fue el primer hombre al que dejé verme masturbarme. Jane hizo una pausa larga, perdida en sus recuerdos. Naomi estaba demasiado enferma para subir más tarde. También tuvimos sexo el día que murió; antes de eso, nos sentamos junto a su cama y le tomamos la mano hasta que se fue. Fue la única vez que vi lágrimas en los ojos de Peter, dijo Jane en voz baja. Después, tuvimos sexo con ternura, y él habló largo rato sobre Naomi, llorando. Peter estaba profundamente triste y abrió una de sus cajas secretas.

Así fue como supe que Peter y mi padre se habían acostado con Naomi durante cuatro años antes de que yo naciera, y que Naomi lloró la primera vez porque odiaba que se acostaran con ella en ese momento. Solo lo soportó porque Nick fue su primer amor y lo adoraba. Nick la había conquistado y, después de solo unos días, invitó a Peter a tener sexo con Naomi juntos. Naomi no quería, pero cedió ante Nick. Este trío duró más de cuatro años, y Naomi dudaba entre casarse con Nick o con Peter. Peter pronto se negó, porque alguien que trabajaba para el servicio estaba mejor sin una familia. El primer día, solo Nick tuvo sexo con Naomi, y Peter solo observó. Cuando Nick eyaculó, Peter se inclinó sobre ella, y ella comenzó a llorar; tal vez no quería que se acostaran con ella dos veces. Peter miró fijamente su vagina, estirada por el sexo, y eyaculó dentro de ella mientras se masturbaba, sin tocarla. Los dos hombres eran jóvenes y llenos de energía; tenían sexo con Naomi casi todos los días. Esperaban que si Naomi era follada con la suficiente frecuencia, aprendería a disfrutar de ser follada. Y en cierto modo, eso fue lo que pasó.

Al principio, Peter nunca eyaculó intencionalmente dentro de Naomi, porque el niño tenía que ser de Nick; ese era el acuerdo. Nick nunca se retiró y eyaculó lo más profundamente posible dentro de la vagina de Naomi. Durante los primeros días, Peter solo eyaculó en la parte exterior de su vagina después de haber terminado de follarla. Pero casi siempre, la vagina de Naomi seguía bien

abierta después del sexo, porque nunca cerraba las piernas, se agarraba enérgicamente el clítoris y ofrecía su vagina con una sonrisa obscena y frívola, lista para que él eyaculara dentro. Peter simplemente eyaculaba dentro porque se retiraba en el último momento o eyaculaba incluso antes de retirarse. Cuando estaban borrachos —como solía ocurrir— Peter, al igual que Nick, no se retiraba, eyaculando felizmente dentro de la vagina de Naomi, y Nick le daba una palmada juguetona en el trasero, diciendo: "¡Déjalo fluir, viejo campeón, solo déjalo fluir!". Después del sexo, Peter siempre estaba fascinado por su gran agujero abierto cuando se ponía de pie y eyaculaba dentro. Naomi primero miraba fijamente su rostro y luego su vagina mientras él eyaculaba. Se sentía obligada a verlo correrse dentro de ella, aunque afirmaba que era repugnante. Peter también estaba fascinado por su clítoris rígido, que, al excitarse, era del tamaño de la mitad de un dedo meñique. Después del sexo, ella lo agarraba vigorosamente con dos dedos y lo frotaba lentamente de arriba abajo hasta que se ablandaba. Lo frotaba lenta pero vigorosamente durante mucho tiempo hasta que su clítoris parecía explotar y sus piernas comenzaban a temblar. Rayos eléctricos recorrían su bajo vientre, como en el internado. Suspiraba profundamente y continuaba frotando su clítoris muy suavemente hasta que se ablandaba y su cuerpo se calmaba. Eso, pensó, era lo único bueno de ser follada, le dijo una vez a Peter. No encontraba placentero ser follada en sí, susurró, pero la excitaba sexualmente enormemente, y cuando su clítoris explotaba y las sacudidas hacían que sus piernas se contrajeran, eso sí que le resultaba muy placentero. Por eso lo permitía tan a menudo, por eso se aseguraba de que follaran tan a menudo como fuera posible. Peter se quedó agachado sobre sus talones, observándola mientras ella lentamente llevaba su clítoris al punto del clímax y cerraba los ojos con una sonrisa de satisfacción, sintiendo las hermosas sacudidas en su bajo vientre. Estaba seguro entonces de que Naomi tenía orgasmos al frotarse el clítoris, tal vez solo pequeños, aunque Naomi lo negaba cada vez. No sabía qué era un orgasmo ni cómo se masturbaba una mujer; se lo había dicho varias veces. Naomi gemía y jadeaba con esfuerzo durante el sexo, pero nunca tenía orgasmos reales, aunque los dos amigos a menudo se turnaban rápidamente. Después de cada encuentro sexual, ella agarraba vigorosamente su clítoris rígido y excitado hasta que producía pequeños destellos de luz, y luego lo calmaba con suaves caricias de dedos.

Peter le aseguró a Jane que Nick era definitivamente su padre, ya que había estado en el extranjero durante dos meses en ese período. Durante el embarazo, tuvieron relaciones sexuales con Naomi miles de veces, generalmente comenzando por la tarde y continuando hasta altas horas de la noche. Ya no tenía que preocuparse por la eyaculación y follaba a Naomi igual que Nick, con embestidas vigorosas y eyaculación al final. Naomi seguía sin disfrutar del sexo, pero se había acostumbrado, participaba de buena gana y nunca se resistía. Peter estaba seguro de que durante el embarazo, Naomi estaba casi siempre tan excitada que estaba a un milímetro de un orgasmo completo. En retrospectiva, Peter siempre lamentó haber "follado a Naomi sana" a pesar de su disgusto; los dos amigos no le estaban haciendo ningún favor a Naomi. Cuando Nick fue enviado a Alemania después de su terrible pelea, Peter continuó teniendo relaciones sexuales con Naomi, a veces a diario, hasta que él también fue llamado a filas para prepararse para la guerra. Entonces llegó el señor Brown. Jane permaneció en silencio. Jack se aclaró la garganta y dijo: «En definitiva, Naomi experimentó una sexualidad plena, fue amada por muchos y también tuvo sexo intenso con algunos. Descubrió la masturbación y los orgasmos tarde en la vida, pero lo hizo. No creo que fuera infeliz», dijo Jack. Jane asintió en silencio, de acuerdo.

Jack le preguntó si aún quería acostarse con Sir Peter, y lo hizo en un tono amistoso. Dijo que no tenía ninguna objeción y que era su decisión. Jane frunció el ceño al principio, pero enseguida se relajó. "No", respondió, "ya se lo dije. Me preguntó con incertidumbre si era por su edad, y simplemente le contesté: '¡No, en absoluto! Simplemente ya no quiero'. Lo aceptó. Siempre fue un caballero impecable". Jane lo miró fijamente a los ojos. "Nos acostamos juntos por última vez unos días antes de que llegaras. No me he acostado con nadie desde entonces, y pienso seguir así mientras sea lo correcto. ¡Te amo, solo te amo a ti! ¡Solo me acuesto contigo!".

Jack la miró con cariño, pero también con seriedad. Habían caído en una discusión que él hubiera preferido evitar. "Te engañé con Veronika sin dudarlo, y lo siento, pero a la vez no", dijo, y Jane agitó la mano en el aire. "Eso no es infidelidad". "Te amo con todo mi corazón, con cada fibra de mi ser", dijo Jack. "Me encantaría jurarte que siempre te seré fiel. Pero tengo un defecto en ese sentido, lo sé, así que no lo juraré. Si Veronika, o Dios no lo quiera, Ro-

se, estuvieran ahí desnudas y dispuestas, me las follaría a las dos sin dudarlo, ¡sin ninguna duda!". Jane frunció el ceño. "¡Rose, no, solo son sirvientas!". Pero él añadió obstinadamente: "Deja a nuestra Rose fuera, llévate a Susie, Marie o Jacqueline, ¡da igual! Probablemente estoy muy trastornado e incapaz de fidelidad física".

Discutieron durante mucho tiempo. Jane tenía ventaja; un año antes había escrito un artículo sobre la fidelidad y le había leído las dieciocho páginas en voz alta. La fidelidad era cosa de mujeres, sobre todo entre las jóvenes. Con la edad, la fidelidad disminuía y se acostaban con cualquiera con mucha más libertad. Los hombres, a diferencia de las mujeres, eran incapaces de ser fieles, especialmente en su juventud. Se lanzaban a por cualquier cosa que se les pusiera por delante. Incluso en la vejez, engañaban hasta que las articulaciones viejas, el exceso de peso y la falta de forma física acababan por debilitarlos. Jack parecía muy triste; el trabajo de Jane había captado a la perfección su sufrimiento. Jane iba directo al meollo del asunto. Lo único que importaba era si uno se había comprometido con una persona o si se enamoraba de otra cada vez; entonces, la relación se perdía. Jack dijo que la amaba con todo su corazón, con cada fibra de su ser. Le juraría fidelidad, pero sabía que no podría resistirse a ninguna pareja dispuesta. Jane lo abrazó con cariño y le dijo que lo amaba y que no quería acostarse con nadie más. Añadió que para ella era más fácil, porque así es como se sienten las mujeres naturalmente. Lo dejaría si le mentía o si perdía de vista su amor. Pero también sabía que ningún hombre podía resistir la tentación, y eso en sí mismo no sería motivo para que ella se rindiera y terminara la relación. Si sucedía, él no debía enamorarse; el aspecto puramente físico no significaba nada para ella. Ya lo había demostrado cuando estuvieron en casa de Veronika, ¿no? Mientras seguían hablando de su apasionado encuentro en casa de Veronika, sus deseos aumentaron y proyectaron una película de Veronika teniendo sexo. Jack estuvo a punto de confesarle a Jane que a menudo se escabullía a la oscura cocina por la noche para ver a Rose masturbarse. Ella dejaba la puerta de su habitación abierta por la noche y se masturbaba sin pudor y ruidosamente. Pero no dijo nada; eso lo dejaría en mal lugar.

Sucedió unas semanas después. Jane lo había besado mientras él estaba medio dormido y luego se fue a la BBC. Tuvo un sueño confuso y salvaje, se despertó con una erección matutina enorme y

se masturbó sin poder eyacular. Se levantó y fue a desayunar en bata, como de costumbre. Rose lo miró, asombrada, y se detuvo, quitándose el polvo distraídamente del mismo sitio y observando discretamente su erección, que él intentaba en vano ocultar. Miró a Rose, y fragmentos de recuerdos sobre el diario de Naomi acerca de Rose flotaron en su cerebro aturdido por las hormonas. Decidió, aún vagamente, acostarse con Rose alguna vez. Fue a su habitación, lo intentó de nuevo, y simplemente no pudo eyacular. Abrió sus libros, pero miró fijamente las líneas con lujuria, incapaz de retener una sola palabra. Llamó a Jane desde su estudio, pero ella estaba terriblemente ocupada y probablemente no llegaría a casa hasta tarde esa noche. Terminó la conversación poco después. Se preguntó por qué no podía explicarle su situación, por qué ella no se daba cuenta de lo mucho que la necesitaba. Regresó a su habitación y llamó a Rose.

Rose estaba lista para servirle, y el hecho de que solo llevara calzoncillos y una camiseta no era inusual. Por supuesto, notó la erección bajo sus calzoncillos, pero como buena sirvienta, la pasó por alto. Esperó. Él se recompuso y dijo: “¡Quítate la ropa!”. Rose se quedó paralizada; debió haber oído mal. Él la agarró por las nalgas, desabrochó algunos botones de su vestido y dijo con bastante firmeza: “¡Quítate la ropa, completamente desnuda!”. Rose dudó un momento, luego se desnudó rápidamente: vestido, sujetador y bragas. Se quedó de pie frente a él, avergonzada, pensando que tal vez necesitara su cuerpo desnudo para sus estudios; después de todo, los libros estaban abiertos sobre la mesa y no en sus compartimentos habituales.

Le ordenó que se acostara en la cama y se desnudó rápidamente. Su erección era firme. Ella comprendió al instante lo que iba a suceder, se acostó en la cama, flexionó las rodillas y separó las piernas.

¡Lista para follar! pensó en silencio y sonrió.

Jack se arrodilló frente a ella, poniéndose en cuclillas sobre sus talones. Ella tendría fácilmente 40 años, con una figura femenina, pechos planos y caídos, y un pequeño vello rubio con hebras blancas sobre su vulva. Separó sus genitales con los dedos y los examinó detenidamente. Tenía una abertura sorprendentemente grande, enmarcada por lo que parecían ser labios menores desgarra-

dos. Los labios externos eran planos y sin vello. El clítoris no era inmediatamente visible; era inusualmente pequeño y estaba bien escondido. Finalmente lo localizó al tacto y se quedó mirando fijamente durante un buen rato su gran abertura. Los genitales de Rose no estaban excitados en absoluto. Sintió el latido en su pene. Quería asegurarse de que ella estuviera de acuerdo y le preguntó suavemente si lo deseaba. Ella asintió y respondió de inmediato: "Sí, amo", dijo, explicando que siempre le había encantado que la follaran, ¡que realmente disfrutaba que la follaran! Y por supuesto, le gustaría mucho que el amo Jack la follara ahora, le dijo, mirándolo expectante.

Se inclinó hacia adelante desde una posición de cuclillas y la penetró rápidamente. Rose respiró hondo y rápido, como siempre hacía cuando un pene entraba en su vagina. No se besaron ni se abrazaron, y Rose simplemente se aferró a sus antebrazos. Tuvo que follar durante mucho tiempo, y tardó un rato en poder eyacular. Rose tuvo orgasmos a intervalos irregulares, presionando su rostro contra su pecho, su agujero aferrándose con avidez y palpitando. Después de eyacular, dejó su pene dentro de ella y continuó lentamente. Follaron durante más de tres horas sin grandes pausas, y Rose tuvo varios orgasmos intensos. Ahora eyaculaba con más facilidad; la tensión en su mente se fue disipando gradualmente. Al final, siguió follando aunque ya no tenía más semen que eyacular. La erección duró mucho tiempo. Finalmente, se detuvo; su pene se había quedado completamente flácido, y se sentó de nuevo sobre sus talones. Su agujero se había agrandado aún más por el acto sexual; podía ver justo dentro. Ella todavía estaba excitada por la última vez, él podía verlo claramente. Dijo con voz áspera que debería hacerlo ella misma, que disfrutaba viéndola. Ella asintió como una buena colegiala y susurró: "¡Sí, amo!". Abrió bien las piernas y colocó su dedo medio sobre su clítoris invisible. Se masturbaba de una manera muy diferente a Veronika y Jane. Estiró todos los dedos de su mano y los hizo vibrar de un lado a otro como un abanico, cada vez más rápido. Al llegar al orgasmo, presionó algunos dedos en su vagina y realizó movimientos de empuje vigorosos. Luego cerró las piernas y presionó sus dedos contra su clítoris. Él la miró a los ojos y preguntó: "¿Otra vez?". Ella asintió tímidamente sin dudarlo y se masturbó de nuevo con los ojos cerrados, igual que antes. Antes del orgasmo, sus piernas temblaban incontrolablemente; avivó el orgasmo una y otra vez con sus dedos, una docena de veces. Finalmente, sus piernas se contrajeron y

no realizó ningún movimiento de empuje en su vagina, sino que acarició su clítoris cada vez más lentamente. Ella abrió los ojos y él preguntó: "¿Otra vez?", pero ella negó con la cabeza y dijo: "No, amo, ya basta". Se levantaron y cada uno siguió su camino. "¡Cena a las seis!", le gritó él, y luego, con la mente despejada, se sumergió en sus libros.

Después de que Rose sacara los platos tras su cena solitaria y estuviera a punto de fregar, él asomó la cabeza por la puerta de la cocina. "¡Sube!", ordenó. Cuando ella llegó, él estaba tumbado desnudo en la cama con una erección parcial. Sin decir palabra, ella se desnudó y se tumbó a su lado en su estrecha cama de soltero. "¿Quieres que se te ponga dura, amo Jack?", preguntó, y asintió en silencio. No sabía cómo pensaba hacerlo. Se quedó aún más asombrado cuando ella se metió la erección parcial entera en la boca y, rítmicamente, le incitó a que la follara colocando las manos sobre sus nalgas. Él la folló obedientemente por la boca; ¡esto era nuevo e increíblemente placentero! A mitad de camino, ella se detuvo y le preguntó si prefería follarla o correrse en su boca, amo Jack. Él asintió, lo que ella interpretó como correrse en su boca. Continuó follándola por la boca, y su lengua lo excitó enormemente. Ella le sujetó las nalgas con firmeza con ambas manos y empujó rítmicamente su pene dentro de su boca. Cuando él se corrió, ella tomó su pene profundamente en su garganta. Él eyaculó lentamente, y ella tragó su semen con una sonrisa. Mantuvo su pene en su boca y dijo de vez en cuando que iba a ponerlo duro, ¡Amo! Dejó que la follara en la boca de nuevo, y cuando estuvo duro, cambiaron de lugar. Ella se acostó de nuevo con las rodillas flexionadas y las piernas bien abiertas, lista para ser follada. Él la folló, y la segunda vez solo eyaculó un poco; su semen estaba agotado. Él le dijo que se masturbara, y ella obedientemente se masturbó como una loca, con repetidos orgasmos cortos antes del orgasmo final y piernas temblorosas. Nunca más volvió a introducir los dedos dentro de sí misma para hacer movimientos de empuje. La forma en que lo hacía ahora era lo suyo. Cuando se vistió de nuevo, él quiso saber con qué frecuencia lo hacía. Se sorprendió un poco, pero luego dijo que cada noche, para conciliar el sueño, solía hacerlo dos veces seguidas con un largo descanso entre medias, durante el cual continuaba con sus fantasías eróticas. "¿Está bien?", preguntó con incertidumbre, y él asintió, añadiendo que podía hacerlo más a menudo, como todas las mujeres. Rose asintió: "¡Sí, amo!". Él le pidió que no le dijera nada a Lady Janet; prefería hacerlo él mismo. Ella hizo

una reverencia completamente innecesaria. “¡Buenas noches, amo Jack!”, dijo y bajó las escaleras.

Después del desayuno, entró en el estudio de Jane. “Tenemos que hablar”, se corrigió, “¡Tengo que hablar!”. Jane apartó sus papeles y juntó las manos. Él balbuceó incoherentemente, incapaz de articular una frase coherente. Jane frunció el ceño; esto era serio. Finalmente, Jack se recompuso, le contó todo, sin omitir nada ni endulzar nada. “Emergencia, no puedo eyacular, me acosté con Rose dos veces y una vez en la boca, otra vez por la noche”. Jack hizo una pausa sin aliento; Jane permaneció en silencio durante un largo rato. De alguna manera lo entendió; la emergencia debía de ser muy grave. ¿Acaso aún la amaba, ahora que no había llegado a tiempo y lo había dejado solo en su angustia? Jack no reaccionó; el problema no era Jane, sino él. La abrazó en silencio, le acarició el rostro y murmuró que lo sentía. Jane le dio varios puñetazos en el pecho mientras se desvestía. “Rose”, dijo con desaprobación, “¡¿por qué Rose, de entre todas las personas?!”. Hablaron largo rato sobre lo imprudente que era acostarse con el personal, pero así eran las cosas ahora. Él le aseguraba constantemente cuánto la amaba y que lo que había hecho con Rose había sido puramente físico. Jane se encogió de hombros; no le molestaba en absoluto, ya que él solo la amaba a ella.

Así fue como Jack se acostaba con Rose cada vez que Jane trabajaba hasta tarde. Si Jane se dio cuenta, él nunca lo supo; en cualquier caso, guardó silencio al respecto. Solo una vez, durante el desayuno, ella le comentó que tenía que trabajar hasta tarde otra vez, pero sabía que él estaba en buenas manos. Sonrió con complicidad y se llevó la taza de té a los labios.

Rose siempre lo deseaba cuando él se lo pedía después del desayuno. A Jane no le gustaba tener sexo por la mañana, ni siquiera los domingos. Pero a él siempre le había encantado eyacular a primera hora de la mañana; le hacía sentirse realmente en forma. Rose se entregaba a él de buena gana cuando él quería, todos los días. Siempre que Jane salía de casa, llamaba a Rose después del desayuno. Pronto se sintieron muy cómodos el uno con el otro, y ella siempre decía obedientemente “¡Sí, amo Jack!” cuando él le pedía que se masturbara después del sexo. Él se tumbaba con la cara frente a sus genitales, observando su vulva palpitante mientras ella se masturbaba, buscando su clítoris. Era de un rosa pálido y pe-

queño, con forma de pirámide, y se volvía rojo oscuro antes del orgasmo. Sus dedos rozaban suavemente el clítoris rígido a cada lado, prolongando su orgasmo hasta que se detenía. A veces apartaba la piel circundante para exponer aún más su clítoris.

Cuando Rose pasaba su día libre en casa de su madre, Jack la interrogaba con detalles minuciosos. Su madre tenía más de cincuenta años, rara vez tenía sexo con Frank cuando estaba allí, y Rose tenía que lamerla. ¡Lamer, lamer, lamer! Su madre tardaba mucho en llegar al orgasmo y quería que la lamieran de nuevo después. Rose se agachaba frente a ella, con la cara enterrada en sus genitales, la lengua trabajando su clítoris suave pero firmemente. Frank la follaba en esa posición y eyaculaba tan a menudo como podía. Ella siempre le decía a Jack prácticamente lo mismo; casi no había variedad ni nada nuevo. Rose preguntó si podía preguntarle algo personal.

Dijo que él estaba estudiando medicina y que tal vez sabría qué hacer. Su menstruación a veces era irregular, y cuando venía, a veces había pequeños coágulos en la taza del inodoro. Había parecido una pequeña lagartija cuando lo había visto de cerca. Jack pensó por un instante, luego trajo el libro de texto de ginecología. Encontró y le mostró la imagen. Ella asintió emocionada, solo que había sido mucho más pequeño, Maestro Jack. Él dejó la imagen del feto a un lado y reflexionó. ¿Cuántas veces había sucedido?, respondió ella, alrededor de una docena de veces, o más. Jack permaneció en silencio; no se le ocurría una manera de evitar decir la verdad. El labio inferior de Rose tembló mientras lo miraba. Se armó de valor.

Ella había estado embarazada, pero los fetos —esos eran los bultos sangrientos— se habían perdido. Esto sucede muy a menudo; alrededor del 30% de los fetos se pierden. Él tomó la mano de Rose y le explicó todo con palabras sencillas. Rose escuchó atentamente. “Por un lado, es triste, pero probablemente no tendrás hijos”, dijo Jack. “Eso es bueno, porque como ama de llaves, no puedes criar a un niño, y no has aprendido nada más”. Permanecieron en silencio durante un largo rato. Entonces Rose dijo: “¡No le des un hijo, no le des un hijo!”. Entonces se quedaron en silencio; ambos sabían lo que quería decir. Preguntó si debía hacer algo. Jack negó con la cabeza. “Seguirá sucediendo; no necesitas pensar demasiado en ello. Si Frank eyacula dentro de ella otra vez, seguirá

sucediendo, pero también hay algo bueno en eso. No tendrá ninguna consecuencia para ti". Ignoró el hecho de que lo mismo era cierto para él; Después de todo, él eyaculó dentro de Rose con la misma irreflexión que su hermano.

Tras esta conversación, todo siguió igual. Jack disfrutaba teniendo relaciones sexuales con Rose después del desayuno, pues le hacía sentirse preparado para estudiar. Saber que Rose no podía tener hijos lo liberó de inmediato, y poco a poco también a ella. El sexo matutino transcurrió sin problemas ni incidentes. Rose sabía instintivamente que el Maestro Jack amaba a su dama y solo necesitaba una liberación física. Actuó en consecuencia, esforzándose por hacerlo todo bien, con voluntad y pasión. No quería poner en peligro la experiencia placentera. Rose se ofreció para el sexo con una facilidad asombrosa, sin exigir nada y sin olvidar jamás la respetuosa distancia con el Maestro Jack. Aceptó de inmediato que el Maestro Jack colocara su cabeza frente a sus genitales y expusiera completamente su clítoris con los dedos cuando ella se masturbara. Ya no tenía que pedírselo, pues ella lo hacía automáticamente para complacerlo también a él.

Jane sabía instintivamente, por supuesto, que Jack se acostaba con Rose siempre que ella pasaba todo el día en la BBC o salía durante el día. Ya no le importaba; al contrario, Jack estaba mucho más relajado que antes. Ella llegaba a casa agotada por las noches y estaba muy contenta de no tener que forzarse a tener relaciones sexuales. Le encantaba poder desconectar del estrés en paz, fumando tranquilamente sus cigarrillos en el salón, bebiendo su vino y charlando con Jack. Sentía su cálido afecto y lo absorbía con satisfacción. Qué irrelevante era si Jack se había acostado con Rose solo una vez o una docena de veces ese día. La primera vez, se lo había contado todo con detalle; tuvo que relatar la eyaculación en la boca de Rose tres veces, y ella se reía con deleite. Cuando más tarde le preguntó si quería oír todos los detalles, ella le hizo un gesto con la mano, diciendo que no quería oír ningún detalle sobre su sexo con Rose. Ahí quedó el asunto. Bebió su vino, dio una calada a su cigarrillo y sintió su amor en cada palabra mientras él hablaba de sus estudios o le preguntaba sobre su trabajo, escuchándola atentamente. El breve encuentro sexual con Rose no le molestó en absoluto.

Jane llamó desde su estudio: “¡Te escribo!”. Cuando él llegó, ella tapó el auricular con la mano y dijo: “Es Sir Peter”. Jack contestó, sorprendido, e inmediatamente le preguntó cómo estaba. Intercambiaron saludos durante unos minutos. Sir Peter le preguntó si le gustaría ir al club de caballeros a almorzar. Jack miró su reloj y aceptó de inmediato, diciendo que estaría allí puntualmente al mediodía. Le dijo a Jane que Sir Peter quería almorzar con él en el club de caballeros. Estaba tan emocionado que se olvidó de preguntarle a Jane si debía acompañarlo, pero Jane sonrió con su sonrisa enigmática. Peter lo había dicho, dijo, ¡y para el club de caballeros se necesitaba un pene! Bajó la mano y, sonriendo, le acarició el pene. Él se apartó, sin embargo; no era momento para sexo, tenía que darse prisa. Jane le ató la corbata y dijo, sonriendo: “Serás el primer cirujano del mundo que no puede atarse la corbata”. Llamó a un taxi; el autobús tardaría demasiado.

Jack llegó con bastante antelación y esperó pacientemente, acercándose a la recepción solo tres minutos antes de las doce, donde le dijeron que Sir Peter ya lo estaba esperando. La recepcionista solo anotó su nombre cuando se dirigió a la mesa de Sir Peter. Peter se levantó para estrecharle la mano y se sentaron. Peter charló animadamente, luego apagó su grueso cigarro en el cenicero con disgusto. Aunque era un famoso cubano, simplemente no le gustaba el sabor. Los filetes se sirvieron rápidamente y disfrutaron de la deliciosa comida. Jack habló de los resultados de sus exámenes y de su progreso, pero hizo una pausa y sonrió a Sir Peter. “¡Pero eso ya lo sabes, siempre estás tan bien preparado!”. Peter sonrió amablemente y asintió, diciendo que para él era algo natural, a veces simplemente necesario, a veces simplemente bueno saberlo, especialmente al encontrarse con amigos.

No dijo ni una palabra sobre el servicio de inteligencia, solo mencionó con una sonrisa que se escribiría mucho sobre ello en los periódicos en los meses siguientes. Había sido el primero en atreverse a reclutar a personas negras para el servicio, algo completamente impensable ahora, en 1963. Tres personas negras, para ser exactos. Pero estaban entre los cinco mejores que había contratado. Eran mejores que los dos hombres blancos; ¡eran tres talentos excepcionales, diamantes! Se rebeló contra la idiotez de que solo las personas blancas eran aptas y que las personas negras eran estúpidas e ignorantes. Le daba igual si alguien era negro, verde o con manchas rosas; solo importaban el carácter y el talento, etc.

Durante la pausa que siguió, Jack dijo que nunca había visto a una persona negra en persona y que no tenía opinión al respecto. Pensó por un momento que las personas negras verdes o con manchas rosas sin duda serían de interés médico. Ambos rieron, y Peter lo miró seriamente. —Quizás en el futuro te pregunte si te gustaría trabajar para mí —dijo lentamente—, quizás quieras empezar a considerarlo. Y para que quede bien claro, ¡esto no tiene nada que ver con que te ayudara en la academia! Lo hice única y exclusivamente por Jane, a decir verdad. Jack sintió la mirada escrutadora de Peter, preguntándose cuánto sabía. Se detuvo al oír la palabra «servicio de inteligencia», con el estómago revuelto. —¿Podría tomar un oporto? —preguntó, y Peter se encogió de hombros teatralmente—. ¿Acaso parezco un camarero? Jack rió tímidamente e hizo una seña al camarero. Tras unos instantes, el oporto le calmó el estómago.

Peter le preguntó sin rodeos qué sentía por Janet. Jack dijo que amaba a Jane con todo su corazón y que hacía todo lo posible para que su vida juntos siguiera siendo hermosa, armoniosa y libre de discusiones absurdas. Ni él ni Peter mencionaron las palabras hermana o incesto mientras reiteraba cuánto amaba a Jane, amándola como a nadie antes. Peter, con la misma seriedad, dijo que la amaba como a una hija; era su princesa, y más que una princesa. “Si descubro que le estás causando dolor deliberadamente”, dijo, “¡te retorceré el cuello yo mismo!”. Jack sintió un escalofrío recorrerle la espalda, pues la sonrisa de Peter era seria, mortalmente seria. Le sostuvo la mirada con la misma seriedad y prometió hacer todo por la felicidad de Jane, incluso si le costaba la vida. Esbozó una leve sonrisa, porque “si no lo hago, me retorcerás el cuello, y eso también me costará la vida”. Dibujó un titular en el aire de forma teatral: “¡The Times informa en exclusiva: ¡Jefe de inteligencia estrangula a estudiante de medicina!”. Peter soltó una carcajada y se secó las lágrimas de risa de sus ojos.

Peter se puso serio. «Jane me contó lo interesado que estás en saber más sobre tu padre, sobre Nick, sobre Nicholas. Lamentablemente, no puedo hablar de su trabajo ni del nuestro, de lo contrario tendría que dispararte en ese mismo instante, y no llevo un revólver conmigo», dijo riendo entre dientes. «Así que, lo siento, no, no puedo ni tengo permitido darte ninguna información. Pero si tú y quizás Jane pudieran venir a esta dirección el próximo miércoles

a las 4:45 en punto, sería estupendo». Sacó una pequeña tarjeta del bolsillo y se la deslizó a Jack. «¡Entonces, miércoles, 4:45!».

Peter cambió de tema abruptamente, retomando la conversación cotidiana y charlando sobre las recientes andanzas de la princesa Margarita. Tras unos minutos, Sir Peter terminó su bebida, apagó su enésimo cigarrillo en el cenicero y se puso de pie. «Fue un placer verte en un ambiente privado», dijo. «Nos vemos pronto». Le estrechó la mano a Jack y se adelantó, con Jack siguiéndole. Le sorprendió un poco que no hubieran pagado ni la comida ni las bebidas. Más tarde supo que esto se había hecho discretamente en el club de caballeros; no era un bar.

Jack le contó a Jane su conversación con Peter, repitiendo los pasajes importantes palabra por palabra y discutiéndolo todo con ella. Ella sonrió de oreja a oreja. “Mi querido viejo amante quiere saber si tenemos sexo. ¡Se lo diré yo misma la próxima vez, con tantos detalles obscenos que se le hará agua la boca!”. Se rió a carcajadas y dijo: “¡Hombres, ay, ustedes los hombres!”. Jack se sintió muy incómodo y se lo hizo saber. Ella lo tranquilizó: “Claro, Peter lo sabe inconscientemente, pero no quiere hablar de incesto, lo entiendo. Quizás debería dejarlo en la ignorancia; necesito pensarlo”. Él dijo que probablemente era mejor no tener un debate sobre incesto con Peter. Después de todo, era un oficial del reino y no podría tomárselo a la ligera. Jane se rió de la extraña palabra “a la ligera”.

Jane se mantuvo evasiva sobre el tema de trabajar para el servicio secreto. “Es tu decisión”, dijo. “Por un lado, seguirías los pasos de nuestro padre, pero por otro, como médico, tendrías suficiente trabajo para dos. ¡El único consejo que puedo darte es que termines tus estudios y no te rindas!”. Lo abrazó. “Siempre ha sido tu sueño, ¡y no deberías desviarte de él, mi amor! Si jugar a ser médico no te atrae, siempre puedes ser camionero, jardinero o agente secreto”. Jack se rió. “De todos modos, ser enfermero sería más obvio”. Luego hablaron de lo largo y arduo que debía ser el entrenamiento para el servicio secreto, de la frecuencia con la que tendrían que viajar al extranjero después y de lo peligroso que era el trabajo. Ella guardó silencio durante un largo rato, mirando fijamente la noche a través de la ventana. “No te dejaría ir. No podría quedarme aquí sentada esperando a que volvieras sano, lisiado o nunca”. Jack esperó pacientemente hasta que Jane lo miró de nue-

vo. Yo, por mi parte, ya he decidido hoy que Sir Peter debe darme información mucho más detallada, con o sin secreto.

Jane volteó la tarjeta en su mano. Jack tuvo que repetir las palabras exactas del tío Peter. “Tiene que ver con nuestro padre, eso seguro”. Estuvieron de acuerdo en eso, y también en que estarían allí a tiempo el miércoles. Jane miró el mapa de la ciudad, buscando un pequeño callejón discreto en el distrito financiero. El mapa no indicaba si había algo oficial allí. Los días se arrastraron agonizantemente lentos hasta el miércoles. El miércoles, tomaron el autobús al centro y esperaron frente a la dirección. El Royal Scottish Bank estaba en el segundo piso; por lo demás, no había ningún letrero en el alto edificio de ladrillo. Exactamente a las 4:45 p.m., la puerta se abrió, Sir Peter extendió la mano y les hizo señas para que entraran. Lo siguieron en silencio hasta el ascensor. Insertó una llave en la cerradura y presionó “Keller” cuatro veces. Solo entonces se quitó los guantes y los saludó con un apretón de manos. “Los dejaré de nuevo pronto; todavía tengo mucho que hacer”. Vamos al antiguo archivo; Puedes consultar algunos documentos allí. Nada de cámaras, no traigas nada y simplemente toma tus propias notas. El archivista es amigo nuestro y nos concede media hora. “¿Todo despejado?”, preguntó, pasándose la mano por su melena blanca de león.

Abajo, Sir Peter abrió varias puertas con una llave que, al parecer, no llevaba en su llavero. Una tarjeta magnética estaba unida a la llave, notó Jack con sorpresa; las tarjetas magnéticas eran un invento nuevo y aún poco conocido. Peter entró en la última habitación, llena de estanterías, solo estanterías. Y justo al frente, al otro lado de la habitación, un mostrador de metal, ni una silla a la vista. Sobre el mostrador, un único sobre, no muy grueso. «Aquí están a salvo», dijo Peter, acercando un poco más el sobre polvoriento. «Sí», añadió Jack, «conté ocho hombres armados». Peter arqueó las cejas. «Buen ojo», dijo, estrechándoles la mano. Se marchó sin decir una palabra más.

Jane abrió el archivo, pero en ese momento un anciano, alto, con un cinturón grueso, con gafas y calvo, se acercó, la examinó y le tendió la mano. Al estrecharse las manos, Jane y Jack dijeron sus nombres, pero el hombre agitó la mano como si espantara moscas. “Nada de nombres”, dijo, “hay muchos nombres en los archivos”, y señaló hacia los estantes. Luego sonrió con picardía.

“Soy Henry, Henry Smith, o Henry Brown, o Henry el Borracho, elijan”. “Henry servirá”, dijo, examinándolos de nuevo. “Nada de cámaras, solo sus propias notas, si quieren. Y no roben ni una sola página; las he contado todas. Si aún quieren algo, escriban el número de archivo aquí arriba a la derecha de una hoja de papel y se lo pasaré. Pero normalmente no es posible, así que no se hagan ilusiones”. Los examinó una vez más. —¡Aquí están, los espléndidos hijos de Nicholas! —Sonrió amablemente y añadió—: Fui uno de los instructores de su padre, y también de Sir Mossley. —Jack hizo una pausa de una décima de segundo—. Ese era Peter. —Asomó la barbilla y asintió con aprobación. Henry continuó.

Los dos eran inseparables, los mejores agentes que jamás entrené. Indisciplinados, mujeriegos, borrachos, peleas de bar. Unos tipos de lo más normales. Pero un gran equipo. Peter, el cerebro y organizador, y Nicholas, el hombre de confianza. Uno de los mejores tiradores. Podía abrir cualquier cerradura en un instante, cualquier caja fuerte, y su oído solo le fallaba cuando se trataba de Big Bertha, la caja fuerte más grande de Buckingham. Cuando ambos pasaron un fin de semana acostándose con la hija de 16 años del director —¡oh, perdón, señora!—, bueno, casi los despiden después de eso. Hicieron que el tipo que los traicionó fuera colgado del mástil de la bandera durante un fin de semana. Luego todo volvió a la calma. Jack vio de reojo que Jane estaba tomando notas de los archivos y continuó conversando con Henry; trabajar en paralelo podía ser doblemente gratificante.

—¿Y qué pasó con la hija del director? —preguntó directamente, haciéndose a un lado. Henry, inconscientemente, lo imitó, inclinándose hacia adelante como Jack para susurrarle de hombre a hombre. Durante años habían circulado rumores de que los dos habían seguido acostándose con la chica sin que el director se enterara. Más tarde, ella se casó bien y con un hombre rico, Lady Bonnaire; tiene tres hijos y un lord muy anciano y acaudalado. Cuando herede su fortuna, será una de las mujeres más ricas de todo el reino. Sus amantes podrían llenar el maldito estadio de Wembley, según los rumores. —¡Oh, estoy divagando como una pescadera, maldita sea! —exclamó, y se dio la vuelta para marcharse. Pero Jack lo detuvo. —Para nada, estamos teniendo una conversación estupenda. Henry preguntó si ese acento era escocés, y Jack respondió: —No, mi lengua materna es el alemán. —Muy bien, señor —dijo Henry—. Me encantan los escoceses, excelentes

agentes y los más duros en el campo. ¿Mi padre era buen tirador? —Jack retomó la conversación. Henry asintió con entusiasmo: «¡Maldita sea, uno de los mejores! En Oriente, una vez eliminó un objetivo desde 1400 metros, ¡una hazaña que nadie pudo repetir durante muchos años!». Henry se dio la vuelta para marcharse. «Tengo que irme, y Anima me está esperando». Jack pareció sorprendido, y Henry añadió: «El genio de la botella». Hizo el gesto universalmente entendido de beber. Al marcharse, le recordó a Jack que, cuando terminaran, debían llamarlo, porque él era el único que podía dejarlos salir. «¡De acuerdo!», gritó Jack tras él.

Jack y Jane revisaron los documentos. La mayoría de las abreviaturas no les decían nada. Solo unos pocos documentos indicaban la ubicación de la operación: el mundo de habla alemana, los estados del Pacto de Varsovia. Nicholas hablaba alemán con fluidez, Mossley francés, español, algo de ruso y otras lenguas eslavas. Principalmente vaciaban cajas fuertes, cajas de seguridad bancarias y, sobre todo, cajas fuertes en embajadas. En una ocasión, en una hazaña audaz, el equipo vació dos cajas fuertes en el Kremlin y ya había abandonado Rusia cuando se descubrió su estafa.

Jane escribió mucho en el cuaderno, y Jack se dio cuenta de que casi nadie más que ella podía descifrar los garabatos. Miró el reloj de pulsera de Jane; llevaban allí más de una hora, y Henry solo se había asomado un par de veces para ver si seguían allí. Después de una hora y media, terminaron. Jane y él se miraron para ver si habían terminado. Jack llamó en voz alta a Sir Henry, golpeó varias veces el mostrador de metal y gritó. Sir Henry llegó, preguntó si habían terminado y dejó el archivo en una mesita. Luego los acompañó al ascensor. Jack se aseguró de que realmente hubiera ocho hombres armados: dos a la izquierda, dos a la derecha y cuatro en la primera habitación. Los guardias estaban leyendo, con sus subfusiles listos. Henry, que olía fuertemente a alcohol, pidió la tarjeta de dirección, la tomó, la arrugó y se la guardó en el bolsillo de su bata de laboratorio gris. El ascensor se puso en marcha con la llave, y Henry pulsó varios botones. Por si Sir Peter no lo había mencionado, Henry dijo mientras subían las escaleras: «Nunca estuviste aquí, olvidaste esta dirección, no leíste ningún archivo y nunca nos conocimos». Lo que sea que hubieran leído era alto secreto y no tenían permitido comentarlo con nadie. Henry estaba completamente serio y sobrio, a pesar de la bandera. Se quedó en el as-

censor, estrechó la mano y dijo que era un gran honor para él conocer a los hijos de los Crawley. Regresaron a casa en silencio.

Le dijeron a Rose que bajarían a cenar a las 7:30 y subieron directamente al estudio de Jane. Jack repitió palabra por palabra lo que Henry había dicho, y Jane lo anotó todo cuidadosamente. Luego regresó y reportó lo que había anotado en los documentos: fechas de nacimiento, orígenes. El abuelo era barón Crawley, al igual que el padre de Nicholas. El abuelo, ingeniero, había hecho fortuna construyendo vagones y locomotoras. El padre, también barón, continuó beneficiándose de la fábrica y la vendió al reino cuando su hijo Nicholas siguió una carrera completamente diferente. Aparentemente, al padre no le importó y le dejó a Nicholas una fortuna de aproximadamente 20 millones de libras y varias casas elegantes cuando murió en 1935. Las calificaciones escolares de Nicholas eran buenas o muy buenas, y aún figuraba como barón. Ingresó en el King's College a los 19 años y obtuvo una licenciatura en matemáticas e ingeniería a los 24; en sus certificados, figuraba nuevamente como barón Crawley. Había conocido a Mossley durante sus estudios y ambos ingresaron al MI6.

Le siguieron los formularios de evaluación de su aprendizaje de tres años; había obtenido muy buenas calificaciones. Se destacaron especialmente sus conocimientos de alemán; su madre, Therese von Wallfeldt, era alemana. Había muchas notas con reprimendas por embriaguez, fiestas inapropiadas y alboroto. También había notas por exceder el toque de queda y disparar sin autorización en el campo de tiro (esto estaba claramente marcado con !!!). Un elemento curioso era la declaración jurada del director, en la que afirmaba que la seducción, la profanación y los repetidos actos sexuales contra su hija menor de edad serían castigados con solo tres días de aislamiento y que no se emprendería ninguna acción legal. Jane hojeó los formularios y dijo algo similar a lo que Henry le había dicho. Miró a Jack. «Un tipo listo, nuestro padre, pero con tendencia a comportarse como Wolfgang Amadeus». Jack asintió, aunque no tenía ni idea de quién era o había sido ese Wolfgang de la Casa de Amadeus. Jane era mucho más culta que otras mujeres inglesas.

Después de cenar, continuaron su análisis. Jane subió una botella de vino blanco y el oporto. Había preparado dos páginas adicionales. Decidió trabajar primero en una. El MI6 estimaba la fortuna

de Nicholas en poco menos de 26 millones de libras. A esto se sumaban 2,5 millones que había ganado demostrablemente en el casino a lo largo de los años. Y otros 2,1 millones que había estafado en diversas apuestas. Esto significaba, según el expediente, que él y Mossley habían robado 8,4 millones de varias cajas fuertes; la mitad fue a parar al Tesoro Real, el resto lo compartió con Sir Peter. Había depositado unos 7 millones en una cuenta separada cuando fue trasladado a Alemania; vivió de esto hasta el final, y el resto fue para su viuda en Londres. No había ni una sola línea en el expediente sobre su captura o ejecución. Jane levantó la vista. Ni una sola línea. Nick y Naomi no vivieron con austeridad, dijo, pero nos dejaron una buena suma. Jack asintió; Jane había resumido todo en un tiempo asombrosamente corto.

—No te va a gustar la última página —dijo—. La escribí con escalofrío. En resumen, mi padre, junto con Peter, llevaban a cabo delicadas misiones de asesinato. Les seguía un equipo de limpieza que hacía desaparecer los cuerpos o se aseguraba de que pareciera un accidente o algo similar. Bajo ninguna circunstancia podía parecer un asesinato del MI6. El tío Peter era el organizador y planificador, mi padre el pistolero y el cerrajero. Trabajaban a la perfección y en silencio, nunca los pillaban en una misión y ya estaban de vuelta en el avión cuando llegaba el equipo de limpieza. Jane se estiró y bebió su copa de vino de un trago antes de continuar. — Nuestro padre mató a más de 40 personas e hirió a unas 100. Era obvio que el objetivo principal era eliminar a un objetivo. Los guardaespaldas, llamados «serv», y los guardias, llamados «sold», solo resultaban heridos si era posible. Parecía que mi padre hacía todo lo posible por evitar matar a estas personas inocentes. Peter también participaba como pistolero cuando había que eliminar a varias personas simultáneamente. Cada misión se registraba meticulosamente, anotando si el objetivo o los objetivos se habían eliminado según lo previsto y cuántos militares y soldados habían resultado heridos o muertos. Nunca se mencionaban nombres; a veces se hacía referencia a la ubicación. Solo unas pocas *operaciones se declararon fallidas* , y las razones solían ser breves y vagas. Jane respiró hondo. «He terminado», dijo, «he terminado completamente».

Bebieron vino en silencio, Jane fumando con demasiada prisa, y Jack estudió en silencio la lista de muertos y heridos. Se mencionaban varios lugares: Sofía y Belgrado, Berlín y Viena, Barcelona y

Madrid aparecían repetidamente. «El orden mundial es una porquería», dijo Jack. «¿Por qué una gran potencia como el Reino tiene que matar gente en Barcelona o Belgrado? ¿Acaso no tenemos suficiente que hacer aquí? ¿Matarlos? ¿Por qué no secuestrarlos, encarcelarlos o algo así? Matar es tan fatal; ¡ni siquiera puedes permitirte cometer errores en tu evaluación, por Dios!».

Jane se había bebido la botella entera; lo miró borracha, apenas pudiendo mantener los ojos abiertos. Jack la ayudó a levantarse y la sostuvo mientras entraban de puntillas al dormitorio. Cayó sobre la cama como un saco, pero despertó al instante, su mano rozando su erección roja como la sangre. "Ya no puedo más", balbuceó, "¡baja con Rose!". Acarició su pene rígido, borracha y cariñosa. "Baja, folla con Rose, ¡me parece bien!". "¡Perfectamente bien, sí!". Un momento después se quedó dormida, y él la sostuvo en sus brazos un instante más hasta que se durmió profundamente.

Se deslizó sigilosamente escaleras abajo hasta donde estaba Rose y la despertó. Ella inmediatamente vio su erección y rápidamente le hizo espacio. Follaron como de costumbre, aunque él aún no la había follado en su habitación. Durante el descanso, ella se recostó con la cabeza sobre su pecho y le dijo que ahora solía masturbarse cuatro veces antes de dormirse, una vez incluso cinco. Él recordó al instante su comentario de hacía unas semanas y retomó el hilo. Sí, la mayoría de las mujeres lo hacen así de a menudo, en promedio hasta seis veces, hasta que están agotadas, mintió. Algunas más de seis veces, otras menos, pero en promedio, seis veces. Recientemente había leído un reportaje en The Times sobre un ama de casa de Sheffield que podía tener más de 100 orgasmos en una hora. Rose dijo, ¡guau, debe ser una maestra, más de 100! Volvieron a follar después de que Rose le hubiera hecho una erección dura en la boca, luego él se levantó, cansado pero de alguna manera renovado, y subió las escaleras. Se acostó junto a Jane y se durmió inmediatamente. Qué asombrado se quedó cuando Jane lo despertó en medio de la noche, al amanecer, con suaves caricias y le provocó una erección completa con la boca. Tuvieron relaciones sexuales, y Jane tuvo varios orgasmos porque su erección se mantuvo firme durante mucho tiempo. Durmieron exhaustos hasta el desayuno. Como siempre, Jane nunca mencionó que lo había enviado con Rose.

Antes del desayuno, Jack paleó la nieve del camino a la carretera. Entró en calor muy rápido, aunque probablemente era la única persona en Londres paleando nieve sin camisa. Rose levantó las manos con desesperación, exclamando: "¡Oh, Jesucristo!", pero él la despidió con un gesto teatral; la tentación de lucirse un poco ante Jane y Rose era demasiado fuerte. Se secó el sudor con una toalla y bromeó sobre lo acalorado que estaba. En el desayuno, hablaron de copiar cuidadosamente los datos de las notas en un cuaderno aparte. Ella sugirió llamarlo *La vida de Nicholas J. Crawley*. Él lo pensó un momento; le gustaba más *Nicholas J. Barón Crawley*. Jane frunció el ceño, y luego lo dejaron en blanco. Subieron al estudio y comenzaron la versión final, dejando el título en blanco. Jane llamó a la oficina de Sir Peter y pidió que le devolvieran la llamada, diciendo que no era urgente.

Llamó de vuelta tarde esa mañana, y Jane le hizo un gesto a Jack para que escuchara por el teléfono de los testigos. "Tío Peter", dijo, "Jack está escuchando. Primero, queremos agradecerte la visita al museo; ¡aprendimos muchísimas cosas interesantes!". Peter se sintió aliviado por la discreción con la que lo expresó. Esperó. Ella preguntó por qué Nick ya no figuraba como barón después de sus estudios. Peter respondió de inmediato: "En primer lugar, no era costumbre usar títulos nobiliarios en su lugar de trabajo". Jane guardó silencio; había más, pero su silencio le indicó a Peter que quería saberlo todo, incluido el segundo punto. Se aclaró la garganta. "Hubo una historia tonta con la hija del jefe". "Lo sé", dijo Jane. "El empleado del museo lo mencionó, y había un documento en la vitrina". Peter pensó un momento y luego recordó. "Sí, es cierto", dijo, "y como resultado, llegó a los tribunales, y el título de barón fue revocado oficialmente unos dos años después. ¿Algo más?". Peter preguntó, y Jane respondió que le agradecería que le recomendara una buena marca o modelo de caja fuerte. Peter no supo mencionar ninguna de inmediato, pero prometió investigar. Se despidieron brevemente. Si Peter no la llamaba Princesa, probablemente no podía hablar con libertad.

Cuando llegaron a la parte sobre la "seducción, profanación y actos sexuales continuados con la hija del director" durante la copia, y copiaron el documento del director palabra por palabra, Jane añadió que esa fue la razón por la que posteriormente le quitaron su baronía en 1934. Fue Jack quien escribió este pasaje con su mejor letra y se relamió los labios. Jane accedió a regañadientes a

que él escribiera la parte con el estilo pomposo de un adolescente con acné. Pero abreviaron el nombre de Lady B. y omitieron a su familia, al anciano señor, la inmensa fortuna y los amantes que llenaban estadios; después de todo, no tenía nada que ver con su padre. Luego leyó el pasaje en voz alta, y se rieron a carcajadas. Jane exclamó: "¡En mi universidad, el profesor te habría hecho comerte ese ensayo!".

Jane y Jack estaban absortos frente al pequeño televisor en blanco y negro del estudio de Jane. El presidente estadounidense John F. Kennedy había sido asesinado. Veían las noticias con la respiración contenida, ambos con una profunda tristeza. Meses antes, Jane había presentado un programa sobre los últimos proyectos de investigación en Estados Unidos y había oído muchas cosas positivas sobre el joven presidente. Él había impulsado con energía muchos de estos proyectos a pesar de la resistencia de la vieja guardia. Jane le pidió a Peter que la llamara. Él la llamó casi de inmediato. "¿Algún problema?", preguntó con voz ronca, y Jane respondió: "No, ningún problema", y colgó. Probablemente Sir Peter estaba muy ocupado; era una tontería preguntarle sobre el asesinato ahora. Pasaron los siguientes tres días pegados al televisor, leyendo cada número de The Times, The Observer y The Guardian. Trabajar o estudiar era impensable en ese momento.

Una semana después, Sir Peter llamó y le dijo a Jane que sus modelos preferidos eran el Wertheim 820 o el 1980. Jane recordó la caja fuerte. Peter le dijo que ambos modelos podían venir con dos cerraduras diferentes y le dio la dirección de un proveedor. Luego hablaron de sus cosas cotidianas, sin mencionar el intento de asesinato. Jane comentó que a Jack le apetecía un bistec. Peter asintió de inmediato. Tras una breve pausa, probablemente mientras Peter miraba su calendario, dijo: «Pasado mañana, jueves, de vuelta en el club al mediodía». Jane asintió, diciendo que Jack estaba de viaje y que llegaría puntual. «Te mando un beso», dijo al final, «¡Pórtate bien, mi princesa!». «Te quiero mucho, tío Peter», dijo ella, y colgaron.

El teléfono vibró, Jane llamó desde el estudio: "¡Esto es para ti, Jack!". Él corrió hacia ella y la miró con curiosidad. Jane sonrió ampliamente y se encogió de hombros con aire juguetón. "Parecía alemán", susurró, pasándole el auricular. "¿Sí?", preguntó Jack en alemán, "¿Quién habla?". Era Veronika. Se saludaron afectuosa-

mente, aunque Jack temía que algo hubiera sucedido. Veronika le aseguró que era algo bueno. Por fin tenía su propio teléfono, una línea compartida. “Ya sabes”, explicó, “cuatro personas comparten una línea...”. Él la interrumpió, diciendo que sabía lo que era una línea compartida. Anotó el número en la libreta de Jane y lo repitió dos veces. Jane lo miró con curiosidad, y él negó con la cabeza, haciendo el gesto de OK con el pulgar y el índice. Veronika le contó sobre su última producción cinematográfica y Jack le advirtió que no diera el número con demasiada facilidad, ya sabes, acosadores, asesinos en serie, etc.

Él la oyó sonreír; ella ya lo había pensado, y el cartero que había instalado el teléfono también lo había dicho. Mujeres solteras, había dicho. Y luego fuiste y te acostaste con él enseguida, bromeó. Veronika contuvo la respiración; ¡ahí estaba de nuevo, la magia de Jack! Algo avergonzada, lo admitió, pero él había sido un tipo tan dulce, y ella solo llevaba su bata, sin nada debajo. Cuando llamó, yo estaba justo en medio de todo, intentó explicar. Ya veo, dijo Jack con una amplia sonrisa. Jane no entendió ni una palabra, pero reconoció esa sonrisa en particular. ¡Ajá! dijo en voz alta, sonriendo y bajando la mano hacia sus calzoncillos. Él solo le había dado el número a Jane, de forma confiable, y sintió la mano de Jane en su pene. Veronika dijo que el cartero vendría a tomar café la semana que viene, y se llamaba Toni, dijo Veronika. ¿Qué se supone que debo hacer?, se preguntó Veronika en voz alta, nunca me he enamorado ni he tenido novio, ya sabes, de esos con los que te acuestas. Jack dijo que había exactamente tres posibilidades. Primero, que resultara ser un cretino, entonces no lo vuelvas a invitar. Segundo, que solo se trate de meter su pene en su vagina —rió suavemente—, entonces no te preocupes, probablemente te hará bien hacerlo de forma natural por una vez, sin una cámara. Recuerda el calendario de fertilidad. Si se detiene, sepárense amistosamente.

Y en tercer lugar, si esto es serio, entonces dense al menos seis meses para conocerse bien. Una relación va mucho más allá de una amistad, porque si se rompe, sufrirás terriblemente. Y durante esos seis meses, también tienes que ser honesta con él sobre tu trabajo frente a las cámaras. La claridad y la honestidad son cruciales; no puedes equivocarte con eso. Y dale la oportunidad de hablar abiertamente sobre sus antecedentes y su pasado; ¿quizás incluso ha estado en prisión? Veronika permaneció en silencio; Jack

le dio tiempo para asimilarlo. Y otra cosa, dijo Jack, él gana su dinero en la oficina de correos y tú trabajas frente a la cámara. Déjalo ahí; no menciones el dinero de tu tía. Tienes que estar muy segura de su carácter y sus planes. El dinero, mucho dinero, arruina las amistades y lleva a un carácter débil a tener pensamientos estúpidos, muy estúpidos. Permanecieron en silencio. Veronika dijo que necesitaba pensar en todo esto; anotaría los puntos más importantes en viñetas justo después de su conversación. Charlaron unos minutos más y Jack comenzó a despedirse. Veronika le agradeció el consejo y prometió tener mucho cuidado. Luego colgaron.

Jane lo arrastró a la cama, junto con su erección, donde él le contó sobre su placentero encuentro sexual. No era frecuente que Jane lo arrastrara a la cama por la tarde; solía trabajar todo el día y le pedía a Rose que le llevara un almuerzo ligero a su estudio. Ahora yacían uno al lado del otro, Jane fumando, y Jack, inusualmente para ella, también. Él le habló del nuevo teléfono y de la inseguridad de Verónica con respecto a sus conocidos varones. Ella lo interrumpió: «Había una expresión de la que te reíste, "shnidelwuds" o algo así». Él explicó que eran términos coloquiales para pene y vagina, «Schniedelwutz» y «Fötzchen». «¿Qué era eso?», preguntó Jane, y él dijo que tendría que dar más detalles. Jane se encogió de hombros. «Tengo tiempo». Así que le contó sobre la época de Verónica en el convento, el padre Anselmo y Mathilda. En algunos momentos, Jane se tapó la boca con la mano para evitar reírse descortésmente. Ahora podía clasificar mejor a Schniedelwutz y Fötzchen.

Intrigada, le preguntó si Veronika realmente había aprendido a masturbarse y tener sexo a los 25 años. Él asintió; ella me había adoptado cuando tenía 24. Jane quería volver a escuchar la historia de la seducción de Veronika; Jack se la había contado años atrás. Pero él era bonachón y estaba de humor para contar historias, así que lo contó todo desde el principio, sin omitir nada ni adornar nada. Cómo, durante las dos primeras semanas, Veronika se quedaba casi desnuda en el baño todas las noches, observándolo masturbarse y eyacular, y cómo él la sedujo gradualmente. Lograr que Veronika dejara la puerta del baño y la puerta que comunicaba sus habitaciones abiertas para poder espiarla, por ejemplo, era algo que había hecho por curiosidad juvenil y de lo que no se sentía particularmente orgulloso ahora, a los 23 años. "¡Tonterías!", dijo Jane, dándole un codazo en el bíceps. "¡Observar a

otras personas desnudas o durante actos sexuales es profundamente humano! Todos aprovechan la oportunidad cuando se presenta, tanto hombres como mujeres". Ella lo besó suavemente, ¡yo también, Jack, yo también!

Regresó con Veronika. Dos preguntas la inquietaban: la primera masturbación de Veronika a los 25 años y si había sido en un convento católico; ¿lo había entendido bien? Jack respondió: «Sí y sí». Era cierto que solo le había enseñado a Veronika la masturbación clitoriana y los orgasmos cuando tenía 25 años. Una compañera de clase le había explicado y demostrado la masturbación femenina, y a cambio, él había eyaculado dentro de ella tres veces. Pero Veronika ya usaba el revolcarse como forma de masturbación desde pequeña, y las sensaciones que describía y que le hacían temblar las piernas eran sin duda orgasmos. A él solo le sorprendía que hubiera visto constantemente a Mathilde y a las otras monjas masturbándose el clítoris y que nunca las hubiera imitado. Veronika lo había explicado diciendo que durante años había creído que los pechos y el clítoris de las chicas solo se desarrollaban en la edad adulta.

Y sí, era un convento católico y un monasterio católico, separados solo por un camino y un prado. Los católicos eran los únicos que, por un lado, predicaban una sexualidad estricta, casi medieval, pero al caer la noche se entregaban a todo tipo de prácticas sexuales, como ni siquiera los paganos se atreverían. Jack despreciaba a los católicos por esto. «Haz lo que digo, no lo que hago» era un dicho común en Alemania. Jane sabía que él no era religioso y no le gustaba sacar el tema. Llegó la noche, se vistieron y bajaron a cenar. Después, se sentaron junto al sofá con vino blanco y oporto, y Jane escuchó un relato mucho más detallado de la estancia de Verónica en el convento. Jack estaba encantado de hablar de ello, ya que era evidente que preocupaba a Jane.

El jueves, Jack fue puntual al club de caballeros, donde Sir Peter lo recibió cordialmente. Pidieron whisky y oporto, y apenas se sentaron cuando les sirvieron los deliciosos filetes. El chef parecía conocer cien maneras diferentes de prepararlos; cada una era única. Durante la comida, Jack dejó que Peter llevara la conversación, pero respondió a todas sus preguntas. Peter quería saberlo todo sobre sus estudios, cómo iban sus prácticas. Estaba muy interesado en cómo iban las cosas con Jane, y Jack le contó todo con gus-

to, omitiendo solo el tema del sexo. Jack era muy consciente de que Peter lo sabía todo, o al menos lo sospechaba. Si Peter le preguntara directamente, no mentiría. Peter estaba claramente complacido, y cuando el camarero trajo la caja de puros, Peter escogió un cigarrillo fino. Jack lo rechazó cortésmente, diciendo que no fumaba. Sin embargo, tuvo que corregirse; a veces fumaba uno de los cigarrillos de Jane, rara vez más de tres o cuatro a la semana. Jack apostó mentalmente a que no se terminaría el cigarrillo. Lamentó que lo hubieran llamado, Peter, en medio del intento de asesinato; ninguno de los dos lo había pensado bien. Peter agitó el cigarrillo; eso ya lo había olvidado, a veces simplemente no tenía tiempo para hablar por teléfono.

Entonces Jack mencionó la caja fuerte. Habían optado por el modelo más grande; era ignífugo, y el Maestro había explicado que ofrecía mejor protección contra los ladrones de cajas fuertes porque requería dos llaves simultáneamente. El ladrón promedio ciertamente no podría lograrlo. Jack dijo que tenía la sensación de que el Maestro podría haber estado aludiendo a su padre, de alguna manera. La sorpresa de Peter fue genuina. Bajó la voz y confirmó que el Maestro Halloway era instructor a su servicio; efectivamente había entrenado a tu padre, pero eso era alto secreto. Negó con la cabeza asombrado. “¡Hijo mío, tienes talentos verdaderamente extraordinarios! La forma en que reconociste a los guardias del archivo fue incomparable. Otros visitantes rara vez los notaban, e incluso pudiste decir su número exacto. ¡Te felicito, hijo!” Dio una calada a su cigarrillo y lo apagó medio consumido con disgusto. “Gané”, se dijo Jack a sí mismo mientras Peter encendía un cigarrillo. Jack le sonrió a Peter. “Pareces ser fumador de cigarrillos, ¿entonces por qué el deseo de puros?” Peter no respondió. Le preguntó por qué Jack quería comer un bistec con él. Jack se inclinó hacia adelante.

Había estado pensando en ello desde su última conversación, junto con Jane. Estaba absolutamente decidido a terminar sus estudios, incluyendo sus prácticas, lo que significaba otros dos años. Después de eso, tendría que trabajar como residente durante otros dos años antes de poder obtener su licencia médica; para entonces tendría 27 años. Peter asintió repetidamente mientras explicaba, murmurando en voz baja que lo único nuevo era lo claro y serio que estaba sobre su elección de carrera; ya sabía todo lo demás. Continuó fumando apresuradamente. Jack no había terminado y

dijo que era consciente de la confidencialidad en principio, pero que necesitaba saber más antes de comprometerse: qué se esperaba de él, qué tendría que hacer, etc. Peter se recostó y encendió un cigarrillo. Ya lo esperaba, dijo; en realidad era una tarea manejable sin romper la confidencialidad. No pienses más en ello; te responderé en el momento oportuno. Peter cambió de tema.

Jane trabajaba incluso más que antes. ¿Había algún problema? Peter miró fijamente a Jack, sin ocultar su preocupación. Jack lo pensó; Peter estaba genuinamente interesado en ambos. Aun así, quería renunciar a su privacidad. Se rascó la nuca. Desde principios de año, Jane trabajaba tres días completos a la semana en la BBC. Su estudio estaba repleto de artículos académicos que leía día tras día, a menudo hasta altas horas de la noche. Sus estudios habían quedado completamente en segundo plano; no había pisado la universidad desde el comienzo del año. Peter asentía con la cabeza, como si su historia familiar se hubiera confirmado. Jack dijo que le habían ofrecido vagamente el puesto de jefa del departamento de ciencias si aprobaba el examen de periodismo. Ella lo esperaba con ilusión. El examen era en diez días, y él estaba bastante seguro de que Jane aprobaría con matrícula de honor. “Ya le he expresado mis dudas”, dijo Jack. “No hay ni una sola mujer en un puesto de liderazgo en la BBC”. Solo había visitado su oficina dos veces, pero le dio la impresión de que era un lugar exclusivamente masculino. Jane se negaba a oír hablar de explotación. Su orgullo no se lo permitía; ella no era una víctima. Es una mujer muy trabajadora con objetivos claros, su investigación es meticulosa y sus análisis e informes son de una calidad excepcional, concluyó Jack.

Peter asintió con la cabeza. “Se está matando a trabajar”, dijo. “Pero tiene más detractores y enemigos en la comunidad científica que el rey Jacobo. No la dejarán ascender; la destruirán y la aplastarán como a una cucaracha”. Jack levantó la vista, sobresaltado. “¿Cómo es eso, Sir Peter?” Peter no se inmutó ante el trato formal. “Hemos recibido un número sospechosamente alto de consultas sobre si hay algo turbio sobre Jane. La gente no sabe nada de mi relación personal con Jane, pero no solo son personajes dudosos, sino también personas muy respetables. No podemos ignorar esto”. Peter metió la mano en su chaqueta y le entregó a Jack dos fotografías. Estaban borrosas, en blanco y negro, y resultaban emba-

razosas. Jack las miró fijamente durante un buen rato. “No puedo creer lo que veo”. “¿Qué ves?”, preguntó Peter. “¡En serio!”

Jack dijo: «Es Jane, sin duda. No reconozco al tipo, ni el lugar». Hizo una pausa. «¡Es una falsificación muy burda!». Peter lo miró con curiosidad. «¡No es Jane, ni Robert!». Peter tomó la foto. «¿Qué Robert?». Jack repitió: «Esa mujer no tiene joroba», dijo en voz baja. Peter rebuscó en sus bolsillos una pequeña lupa de relojero y examinó la foto durante un buen rato. Jack no se atrevía a abordar la segunda prueba: Jane nunca había tenido relaciones sexuales con él en esa posición, nunca se había subido encima. Cuando estaba encima, siempre se acurrucaba junto a él, se movía de un lado a otro y se acostaba sobre él cuando tenía un orgasmo o él eyaculaba, pero nunca se había subido encima. Decidió arriesgarse. «Si le enseño la foto a Jane», dijo, «le preguntaré quién es el hombre y si alguna vez lo hizo en esa posición. A veces hablamos de sexo, pero ella nunca lo ha mencionado». Peter lo miró. “¿Ella no lo hace en esa posición?” Jack vio el acantilado y respondió que ella nunca lo había mencionado.

Peter se inclinó sobre la foto con la pequeña lupa y murmuró: «Mi princesa nunca me dijo nada parecido. En ninguna ocasión». Jack aguzó el oído. ¿Se refería Peter a su relación con Jane? Peter murmuró en voz baja: «Voy a ver a Jane esta tarde. Hablaré con ella sobre estas fotos. El Observer las publicará mañana, pero el Times y el Guardian aún no. ¡Son tabloides!». Mi gente no pudo detectar ninguna falsificación, lo cual no era sorprendente dada la mala calidad. «Nuestro hombre del Observer fotografió el texto original que las acompañaba: tonterías de colegial. Lo que me pareció extraño fue que mencionara a la baronesa Crawley y la sección de ciencia de la BBC. Debe ser alguien que se ha documentado. Comparar la letra con todas las máquinas de escribir llevará días». Levantó la vista. «Tenemos algo parecido. Lo recibiremos en dos semanas como máximo, pero mañana estallará la tormenta sobre mi princesa. No puedo evitarlo. No hay tiempo suficiente».

Peter echó un vistazo a su reloj de pulsera, otro cigarrillo, otro whisky. Jack se unió con un tercer oporto; normalmente no bebía más de dos. Antes de que pudiera preguntar, Peter dijo: «No, quiero hablar con Jane a solas. Le daré las fotos a Jane; quizás ustedes dos quieran hablar de ellas esta noche». Bebieron en silencio, se estrecharon la mano para despedirse y Jack tomó el autobús a ca-

sa. Como solía suceder cuando tenía prisa, no compró billete. Los ojitos de cerdo del revisor parpadearon sin expresión: 35 libras si quería la multa por correo, o 5 libras en ese momento. Le entregó el billete de 5 libras al funcionario y maldijo la corrupción en voz baja mientras el billete desaparecía en su bolsillo. Se sentó hosco y malhumorado en su sillón frente al sofá favorito de Jane y esperó.

Jane llegó relativamente tarde en taxi, gruñó un saludo ahogado y dejó caer los dos cuadros sobre la mesa de centro. "¡No tengo hambre!", le siseó a Rose, quien palideció ligeramente y desapareció en la cocina con la bandeja. Jack pudo oler el leve aroma de su aliento mientras ella sacaba una botella de vino del refrigerador. Finalmente, se sentó; él tomó un paquete de cigarrillos de arriba y se sentó también. Permanecieron en silencio un buen rato antes de que sus miradas se cruzaran. "Esa no soy yo", dijo ella, y él asintió. Podía sentir los efectos de la quinta copa de oporto; ambos habían estado bastante borrachos. "Tiene los hombros mucho más anchos que yo", añadió, "y tampoco tiene joroba". Los labios de Jane temblaron al asentir; "El tío Peter también lo notó".

—¿Conoces al hombre? —preguntó él, y ella negó con la cabeza —. Me resulta familiar —dijo—, y me estoy devanando los sesos, pero no recuerdo su nombre. Se bebió el vaso de un trago, y él supo que mentía. Estaba confundido; el oporto se le había subido a la cabeza, y Jane nunca le había mentido antes. Encendió un cigarrillo y se puso a pensar. Ella respondió que no reconocía ni la habitación ni a la pareja. Su mirada vagaba inquieta, y ahora estaba completamente seguro de que mentía. Le rellenó la copa y se sirvió otro oporto. Dejó de contar.

Se detuvo frente a la mesa de café y dijo: "Lo conoces, la conoces, conoces la habitación". Se quedó inmóvil y la miró fijamente durante un buen rato. Ella levantó su copa de vino y dijo, con dolor, que era James, que era su oficina y que no era ella quien lo montaba. A diferencia de mí, ella tiene un culo gordo, un agujero pequeño completamente diferente y su cara había sido retocada con Photoshop. James, a quien se suponía que yo iba a reemplazar como jefe el año que viene. James, que se quedaba hasta tarde todas las noches y se acostaba con cualquiera que quisiera; lo vi a menudo con mis propios ojos. La razón por la que querían deshacerse de él. Había muchas a las que el bueno de James invitaba para su placer; hacían cola porque supuestamente era muy bueno en

la cama. Muchos colegas y superiores tenían algo en contra de él porque se acostaba con sus esposas. Ella creyó reconocer su pene, pero no reconoció la *vagina* tan claramente representada; ella no tenía nada que ver con las mujeres. Y sí, se había acostado con James un par de veces hacía mucho tiempo; no fue nada especial.

—Entonces —dijo ella, con la voz quebrada por la emoción—, te veré mañana en el periódico. ¡Salud, James! Jane se bebió el vaso de un trago, y él sacó una botella del pequeño refrigerador. Luchó con el sacacorchos; Jane solía hacerlo ella misma. Le sirvió una copa —de todos modos, ya no importaba— y se sirvió un oporto. Si fuera paranoico, pensaría que alguien está intentando hacer daño no solo a ti, sino también a la sección de ciencia, a James y a la BBC. —¿Le has contado esto a Peter? —preguntó, y ella negó con la cabeza—. ¿Qué estás pensando? A pesar de sus débiles protestas, llamó a la oficina de Peter y pidió que le devolvieran la llamada. Era importante y urgente, dijo ella. —No, no hay tiempo hasta mañana. Ya eran más de las nueve; Peter seguramente aún no se había dormido. Ni dos minutos después, Peter llamó. Jack ni siquiera se molestó en saludar. —Es James, el jefe del departamento de Jane. Es su oficina. No pudo identificarla. El objetivo no era solo Jane y James, a quienes se suponía que ella reemplazaría el año siguiente, sino posiblemente la propia BBC. Peter le dio las gracias; era información valiosa. No preguntó cómo lo sabía Jack, era obvio. Peter soltó una risita sorpresiva. «¡Ya trabajas para mí, sin contrato!». Jack sonrió y dijo en tono de broma: « *¡Sí, jefe!* ». Peter quiso que se editara la noticia de inmediato, añadiendo este nuevo detalle, y colgó.

Jane lo miró con los ojos muy abiertos. Él la miró fijamente durante un buen rato, con el corazón aún latiendo con fuerza por la llamada. “Primero que nada, nunca más nos mentiremos”, dijo enfáticamente, “y segundo, Peter necesita toda la información si va a lidiar con tu lío”. No quería ser tan brusco con ella, pero ahora tenía que hablar con claridad. Jane se había encorvado y sostenía su vaso. “Tienes toda la razón”, dijo en voz baja, “yo tampoco te mentiré nunca más. ¡Y les agradezco mucho a ambos por defenderme!”. Su mirada se nubló de nuevo. “Menuda tontería”, dijo, “mañana saldrá en todos los periódicos, todo el mundo estará mirando mi culo gordo y la polla que *tengo* dentro”. Se rieron un momento.

Ella lo miró seriamente. Se acabaron las mentiras. Había empezado con James hacía más de dos años, desde que se hizo cargo del departamento. Al principio, tenían sexo muy a menudo, casi a diario. Pero disminuyó rápidamente, sospechaba ella, porque se negaba a dejar que eyaculara en su boca. Seis meses antes de que él llegara, el sexo con James había cesado. Nunca había tenido sexo con él como la mujer de la foto. Jane miró a Jack directamente a los ojos. Eso es todo, todo es verdad. Él asintió y le agradeció su honestidad. Mañana me quedaré en casa y llamaré para decir que estoy enfermo. ¡Oh, qué montón de tonterías! Bebieron y hablaron sobre las posibles consecuencias y las posibles maneras de salvar sus ambiciones. Jack se sorprendió de lo importante que habría sido ese ascenso para ella.

No estaba segura de querer seguir trabajando para la BBC después de este escándalo. Jack la interrumpió. Primero, no se toman decisiones importantes cuando se está borracha, y segundo, no se deja ganar a un oponente sin luchar. No si eres la baronesa Crawley, dijo con tono inexpresivo, y rieron, dándose palmadas en los muslos. “Me voy a la cama”, murmuró Jane, intentando levantarse. Él la tomó del brazo y se pusieron de pie tambaleándose. Ella dio un paso hacia el baño y él la acompañó a orinar. La acostó y la desnudó con cuidado. Ella balbuceó que no servía para nada, que él debería bajar con Rose si quería. “Sí, si quiere follar, ¡que sea con Rose, por favor!”, susurró, “cuando estoy tan borracha, no me gusta que me follen”. Palpó sus pantalones y encontró su erección, porque lo había excitado cuando desnudó a Jane. Ella rió entre dientes: «Tienes que bajar con Rose, ¡no puedes dormirte con una erección así!». Él se desnudó hasta quedarse en calzoncillos y se acostó junto a ella, abrazándola con cariño. Ella tocó su erección cada vez más despacio y con nerviosismo, y se durmió. Jack se acercó sigilosamente a Rose y la folló hasta pasada la medianoche, luego se acostó de nuevo con Jane.

No se despertaron hasta que Rose llamó a la puerta y gritó: “¡Desayuno!”. Los huevos y el jamón estaban casi fríos, pero Rose no quería desperdiciar tan buena comida. Jane tomó un analgésico y fumó dos cigarrillos antes de comer. Jack miró a Rose y le sonrió, luego centró su atención en el desayuno. El repartidor de periódicos llamó a la puerta y Rose trajo los tres periódicos. Tuvo que hojear el Observer durante un buen rato antes de encontrar la ominosa fotografía, bastante atrás. Junto a ella había una versión

muy abreviada del panfleto. Y entonces, ¡sorpresa! Otro artículo, prominentemente exhibido, que mencionaba al autor del panfleto por su nombre, lo interrogaba sobre sus motivos y admitía que la fotografía era falsa. Jack leyó ambos artículos en voz alta porque Jane aún estaba demasiado conmocionada. Jane conocía al villano; era el tipo de hombre que se habría preferido a sí mismo antes que a ella en el puesto más alto. Y quería vengarse de James por haberse acostado con su esposa. Jack tuvo que leer el artículo dos veces, y los ojos de Jane brillaron. —¡Ese tipo sabrá de lo que hablo! —exclamó—. ¡Le voy a decir cuatro cosas! Jack sonrió y cogió el teléfono. En el despacho de Peter, dijo que no había necesidad de molestar al señor Peter; solo quería dejar una nota. Dictó: «Gracias, señor Peter. Firmado, Jack Crawley», y lo deletreó, pero la señora sabía su nombre.

Jane llamó a la BBC, pero todos estaban en una reunión. La secretaria del departamento, sin embargo, tenía algunas cosas que contar. Ese tal fulano, ya sabes, que envió la foto falsa al periódico, fue despedido sin previo aviso antes incluso de empezar a trabajar. Y James —Jane oyó su suspiro impúdico a través del teléfono— bueno, nuestro James también ha sido transferido, creo que al departamento de deportes. Y la reunión la está celebrando el profesor Fulano; se trata de reorganizar el departamento. El profesor ahora es el jefe y ha sustituido a James. Suspiró, y Jane le preguntó si sabía quién era la mujer que aparecía siendo violada en la foto. «Bueno, sí que lo sabes», dijo la ingenua secretaria, «pero no, ¡esa era la falsa!». Jane esperó pacientemente, y la secretaria hojeó el periódico y murmuró entre dientes: «No la conozco, aunque la foto estaba perfectamente enfocada en su pequeño agujero». «Se ve todo», dijo la secretaria, «los labios, el clítoris, todo». Solo una barra negra había sido colocada a medias sobre el pene de James. —No —dijo la secretaria—, no puedo imaginar cuál es. Menos mal que no era ella, si no, su gran lunar en una nalga estaría en la foto. Además, su propio ano se ve completamente diferente, ¡y la posición! No, ella jamás se acostaría con James en esa posición. Se detuvo, sobresaltada; tal vez Jane no se dio cuenta de que había revelado el secreto. Cuando Jane colgó y le contó a Jack la conversación, dijo que la secretaria también había limpiado el pene de James.

Jack le preguntó si conocía al profesor, y Jane dijo que sí, que había estado trabajando como editor general, un editor externo,

durante mucho tiempo. Estaba completamente devastada; el profesor creía literalmente que Dios había creado el mundo en seis días. En serio. Jack le preguntó cómo se veían las cosas para su carrera ahora. Estaba desesperada, dijo; simplemente no se llevaba bien con el profesor. Era demasiado mayor para comprender la investigación científica moderna y demasiado joven para morir pronto. El puesto le daría un contrato permanente tres veces mejor pagado, hasta la jubilación, y no tendría que escribir un artículo cada mes. Un beneficio mutuo. Era lo suficientemente realista como para no esperar 20 años o más por una oportunidad. Probablemente tendría que bajar un poco el ritmo y volver a trabajar solo dos días a la semana para la BBC. Qué lástima, dijo; nos hace retroceder 100 años. Jack la abrazó y le acarició el pelo para consolarla. Trabajar menos te hará bien; tendremos más tiempo juntos, el uno para el otro. Y en verano, nos tomaremos unas merecidas vacaciones con sol, arena y mar. Has trabajado sin parar este verano, casi sin descanso. Nos vamos juntos; necesitamos tiempo para nosotros, tiempo para relajarnos. Los dos, dijo con énfasis.

Durante las siguientes semanas, redujo considerablemente su ritmo de trabajo y se dedicó a trabajar duro. Su sueldo no cambió, a pesar de que solo iba a la BBC dos días seguidos. Nada de horas extras, nada de trabajar hasta después de medianoche. Mantuvo un perfil bajo, a menudo yendo al centro después del desayuno para encontrarse con amigos. Le encantaban los debates intelectuales, especialmente sobre acontecimientos mundiales. Animaba a Jack a tener relaciones sexuales con Rose después del desayuno y lo enviaba con Rose si ella no estaba de humor. A veces lo decía en voz alta mientras desayunaba para que Rose la oyera. Jane no veía a Rose como una rival, y Jack tenía ganas de sexo con más frecuencia que ella. Jack no la molestaba en su estudio e iba al de Rose, ya fuera por dos minutos o dos horas. Un par de veces, Jane apareció inesperadamente en la puerta y los observó teniendo relaciones sexuales sin esconderse. A Jack no le molestó y continuó, aunque Rose inicialmente miró a Jane con temor. Si Rose empezaba a masturbarse, normalmente se marchaba. Lo había observado un par de veces hasta que llegó al orgasmo, y eso era suficiente para ella. En una ocasión, Jack le habló con total franqueza, y ella respondió que simplemente tenía curiosidad, nada más.

Una tarde, mientras estaban sentados cómodamente bebiendo vino y oporto, sonó el teléfono. Se miraron sorprendidos y Jack

contestó. No era Veronika, como había sospechado, sino la oficina de Peter. Le pidieron que abriera la puerta principal; Sir Peter y sus hombres ya estaban allí. Fue a la puerta y los cuatro hombres estaban girando desde la calle hacia el sendero que conducía a su casa. Saludó a Peter con un apretón de manos, quien a su vez presentó a sus hombres como Smith, Brown y el Sr. Tatterbee. "Ese es su nombre de verdad", sonrió Peter, y se acercó a saludar a Jane. "Necesito registrar su casa; ¿debería obtener una orden judicial?". Jane y Jack se miraron y le restaron importancia; no era necesario. Los tres hombres se separaron y se marcharon con sus maletas. Uno asomó la cabeza en la habitación de Rose y exclamó, sonriendo: "¡Oh! ¡Oh! ¡Disculpen!". Luego esperó a que Rose se vistiera. Peter aceptó con gusto el whisky que le ofrecieron y miró su reloj de pulsera. —Mi turno terminó hace exactamente cinco horas —dijo alegremente—. ¡No se bebe estando de servicio! Luego les explicó a Jane y Jack que habían recibido información de que la casa estaba intervenida. Tenía que investigar.

Charlaron de esto y aquello, nada en particular. Cuando llegaron los hombres, colocaron los micrófonos en la mesa de centro frente a Peter. Peter sacó su lupa de relojero del bolsillo y examinó los micrófonos con atención. Algunos eran de Alemania Oriental, otros rusos, otros nuestros. Los dos de los dos teléfonos eran ingleses. Peter negó con la cabeza; probablemente estaban intentando espiar a Jane, un micrófono en el teléfono, tres bien escondidos. "Esto va a ser complicado", dijo, y preguntó qué empresa había hecho la reforma. Jack subió y bajó la carpeta del estudio de Jane. Peter fotografió las facturas; "Tendré que examinarlas también". Terminaron en media hora. Peter les estrechó la mano y prometió mantenerlos informados al marcharse. Rose se acercó, su bata no ocultaba mucho. "Estaba mirando justo en medio de todo", dijo, con cara de disgusto. "Justo en medio de todo, yo lo estaba haciendo. Justo en medio de todo". La luz de la cocina iluminaba directamente mi cama. Él simplemente estaba allí de pie, mirándome, quién sabe cuánto tiempo. Jack le sonrió amablemente; estaba claramente avergonzado, dijo. Jane le preguntó a Rose, sonriendo, si no le excitaba ser observada. Rose arqueó la espalda y luego dijo: "Si eres tú, mi señora, o el amo Jack, entonces me complace, pero ¿un completo desconocido...?" Su voz se apagó. Por un momento, Jack sintió la tentación de acariciar suavemente los pechos desnudos de Rose, como solía hacer con Jane. En cambio, tomó su bata y la cerró. Dijo: "El pobre hombre sobrevivirá. ¡Soñará con tu her-

moso cuerpo esta noche mientras folla! Te observó porque observar a otra persona es simplemente excitante, y todos tienen curiosidad. No has hecho nada malo, porque la masturbación no es mala, ¡y no tienes nada de qué avergonzarte!" Rose asintió con incertidumbre y se fue.

Jack y Jane estuvieron sentados en el salón durante un buen rato, discutiendo el significado de todo aquello. Se preguntaban qué relación podría tener con la BBC. Jane comentó que la BBC contaba con muchos técnicos bien capacitados que seguramente conocían los micrófonos espía. Jack replicó que la mayoría de los micrófonos provenían del Bloque del Este. Pero no se les ocurría nada que tuviera que ver con el Bloque del Este. Ella no escribía artículos políticos. Claro que leía artículos de investigación de todo el mundo, incluso del Este, pero poco más. A Jack se le ocurrió una idea. Hablaba con la redacción con bastante frecuencia para pulir la redacción o algunos pasajes. ¿En qué artículos había trabajado el año pasado, en los últimos seis meses? Pensó durante un buen rato: nada político, nada militar, nada industrial. Había mucha investigación sobre economía, el espacio y todas las ciencias naturales. Había escrito un extenso artículo sobre el uso previsto de la energía nuclear; muchos de los archivos eran alto secreto, dijo pensativa. Como ocurría con cualquier tema de cierta importancia, había hablado por teléfono con muchos investigadores, y sin duda surgieron cuestiones sobre las que no tenía permitido escribir. Gozaba de buena reputación en la comunidad científica y la gente confiaba en que cumpliría su palabra.

—Así es como funciona —dijo Jack—. La BBC sería espiada de maneras completamente diferentes. Pero interceptar sus discretas llamadas telefónicas tenía sentido. Repasaron la idea. Ella recordó dos artículos más: uno sobre el desarrollo de los controles fly-by-wire para aviones a reacción y otro sobre el primer trabajo teórico sobre el estatorreactor, que revolucionaría la propulsión a reacción. La investigación había durado meses, pero estos artículos nunca se habían publicado. Estas eran las cosas que podrían haber querido espiar si realmente se trataba de su trabajo. Pero tal vez se trataba de un amante despechado o un voyeur. Jane replicó que un voyeur intervendría el dormitorio, lo cual no era el caso. Jack sonrió: —¡Entonces debe ser un amante! Jane rió con desarmante. —No hay ninguno —dijo, añadiendo con aire de suficiencia—: ¡Yo no rechazaría a nadie! Era hora de irse a la cama. Jane prometió con-

tarle al tío Peter sus pensamientos al día siguiente, ya que él ya estaba lidiando con nuestro desorden. Ella sonrió dulcemente y Jack la besó.

Cada mes, Peter enviaba a un técnico a revisar los teléfonos; más tarde, solo una vez al mes. A veces, el técnico aceptaba una taza de té, pero no podía responder a ninguna pregunta; desconocía el progreso de la investigación. No lo presionaban; simplemente seguía órdenes. La nieve ya se estaba derritiendo cuando un técnico descubrió dos micrófonos ocultos en los teléfonos, de origen alemán oriental. Otro técnico examinó las cerraduras, pero no encontró señales de entrada forzada. Jack dedujo que debía haber sido en uno de los días libres de Rose, porque la casa estuvo vacía durante horas, y ese era el único momento para entrar sin ser detectado. Jane habló con Peter al respecto y le prometió avisarle cuando Rose regresara con su familia.

El médico

von Jack Faber © 2022

Jane se sintió enormemente aliviada cuando Peter mencionó casualmente que habían atrapado a los ladrones y a toda la banda que los respaldaba. Los mercenarios de Sudáfrica y Alemania Oriental llevaban años sembrando el caos. No dijo nada sobre sus métodos de interrogatorio, ni dónde ni por cuánto tiempo serían encarcelados los mercenarios. Inmediatamente sacó a colación otro tema: le disgustaba mucho que Jane fumara. Después de todo, la marihuana era ilegal, aunque los consumidores solían librarse con una pequeña multa. Jane se sentía incómoda con el tema; ya era adicta. Pero prometió solemnemente que no traficaría. Peter recalcó varias veces que no tenía autoridad para obligarla a dejarlo. Y unos antecedentes penales por tráfico de drogas acabarían con su carrera, de una vez por todas. Posiblemente también con el futuro de Jack, pero no estaba del todo seguro. El MI6 no tenía nada que ver con las drogas en aquel entonces. Por muy indulgentes que fueran las autoridades con el consumo de drogas, eran implacables al perseguir a los traficantes. Jane lo sabía, y realmente no traficaba.

Jack fumaba ocasionalmente uno de los cigarrillos liados a mano de Jane, y definitivamente le gustaba la marihuana. Pero fumaba mucho menos a menudo que Jane; sus estudios eran exigentes y no perdonaban la debilidad. Jane había reducido drásticamente su carga de trabajo, y se sentaban en la sala todas las noches, como antes. El vino, el oporto y el sagrado humo hacían que el estrés del día se desvaneciera. El deseo sexual de Jane había disminuido significativamente debido al tabaco, mientras que Jack se acostaba con Rose casi a diario. La trataba con respeto porque ella siempre estaba ahí para él y fácilmente lo llevaba al orgasmo con un clímax dichoso y extático. Ella disfrutaba genuinamente de que la follaran, ya durara dos minutos o dos horas. A menudo le decía al Maestro Jack que lo hacía seis veces en una noche. Su menopausia había comenzado; sus períodos eran irregulares y finalmente cesaron por completo.

Jack se encontraba en su quinto y penúltimo año de formación. Solía reunirse con Sir Peter una vez al mes en el club de caballeros.

Peter hablaba con inesperada franqueza sobre la organización y el funcionamiento del servicio. Aún no decía qué esperaba de Jack. En una ocasión, Peter insinuó algo, y Jack respondió que se acostaba con Rose, la ama de llaves, casi a diario. Peter pareció satisfecho y se preguntó, medio en voz baja, si realmente tenía que ser con algún miembro del personal. Eso zanjó el tema del sexo, y Peter suspiró aliviado. Jack no se acostaba con su hermana, ni con su princesa. Jack apretaba la mandíbula en silencio cada vez que Peter se preguntaba, medio en voz baja, con quién podría estar acostándose Jane. Peter tendría que averiguarlo por sí mismo. Jack agradecía la sinceridad de Peter; obtenía una buena visión general y una profunda comprensión de la organización. Escuchaba las operaciones y preguntaba todo lo que le parecía importante, y Peter respondía a casi todas las preguntas. Cuando cambiaba de tema, solía ser porque no quería revelar el papel de la familia real y el Parlamento. "Cuando te sientes en mi sillón", era su frase habitual. Jack la había oído tantas veces que ya no significaba nada para él.

Jack ahora tenía que hacer turnos de tres días casi todos los fines de semana; disfrutaba de las admisiones iniciales y del trabajo en urgencias. Ginecología era horrible, pero necesaria. Estaba seguro de que no se convertiría en ginecólogo. Tampoco en ortopedia, otorrinolaringología ni cirugía. Cirugía era algo interesante, aunque el cirujano lo trató con mucha condescendencia y le dijo que nunca sería un buen cirujano. No estaba de acuerdo, pero el próximo semestre estaría en el departamento de pediatría, algo que realmente esperaba con ilusión. Las noches durante sus turnos de tres días eran largas y monótonas. Las cosas sucedían como tenían que suceder. Curiosamente, se acostaba con las jóvenes médicas que, como él, estaban en formación y provenían de diversas universidades del reino. Se acostó con una mujer negra y una mujer china por primera vez. Había esperado todo tipo de cosas, pero tanto la mujer negra como la asiática se acostaron igual que las chicas blancas; simplemente eran menos engreídas. El racismo generalizado las hacía más modestas y sumisas. La mujer negra tenía un cuerpo hermoso y una piel preciosa y aterciopelada, pero se dejaba follar de forma completamente pasiva y no hacía nada para contribuir al acto. Era una de las pocas que se masturbaba después de follar, pero le daba la espalda y no le dejaba mirar. Por supuesto que la miraba; se estaba masturbando justo delante del gran espejo, mirándose a sí misma. Solo la folló una vez. La joven y deli-

cada mujer china, Jin o Chin, lo cautivó, pero nunca pudo entender qué era lo que lo atraía tanto de ella. La follaba tan a menudo como podían verse, y Chin explotaba en su orgasmo como fuegos artificiales. Después ya no quería follarla, y él tenía que terminar de follarla y eyacular en su boca. Una y otra vez, conseguía eyacular justo en medio de su orgasmo. Entonces ella se volvía muy callada y retraída y susurraba que no quería quedarse embarazada bajo ningún concepto. Nunca quería hacerle una paja; cerraba los ojos durante el sexo oral y solo los volvía a abrir después de tragar su semen sin ninguna emoción visible. Durante el sexo oral, ella colocaba sus manos sobre sus nalgas y marcaba el ritmo, acariciándolas suave y eróticamente, y así, lo llevaba al orgasmo en cuestión de segundos, profundamente en su garganta. Ella era y siguió siendo la única que insistía absolutamente en el sexo oral. En algún momento, dijo que en su familia extendida, era perfectamente natural practicar sexo oral a las jóvenes. Era completamente normal.

También había enfermeras jóvenes y hermosas, pero pronto las mayores se abrieron paso hasta el frente. Sí, estaban desesperadas por acostarse con el apuesto joven. Querían hasta la última gota de semen y se la robaron hasta que apenas podía mantenerse en pie. Él le contó todo, por supuesto, a Jane, quien lo elogiaba en lugar de reprenderlo. Disfrutaba escuchando sus aventuras antes de ser follada y le acariciaba suavemente el cabello cuando él la abrazaba con cariño y la follaba un poco. Ella ya no tenía orgasmos, y él tampoco eyaculaba. Solo follaban un poco; lo que importaba era la intimidad, no el orgasmo. Él no la presionaba y solo estaba triste porque el fuego se había reducido a una simple llama. Ella se había vuelto adicta a la bebida y a fumar marihuana y ya no se masturbaba a diario. Jack sintió que Jane se hundía lentamente en un abismo de apatía. No iba a aceptarlo sin luchar.

Todavía estaba en cirugía. El cirujano jefe era un verdadero cascarrabias, pero le permitía a Jack asistir cada vez con más frecuencia, incluso en operaciones complicadas. Elogiaba efusivamente a los otros dos residentes, pero nunca les dejaba tocar nada arriesgado. Por una vez, Jack estuvo de acuerdo con el jefe: eran incompetentes. El jefe le permitió realizar una apendicectomía por primera vez por su cuenta, asistiendo a Jack y dándole instrucciones. Cuando terminaron, el jefe sonrió satisfecho y solo criticó los nudos quirúrgicos. Después de todo, no podía permitirse el lujo de

elogiar a Jack. Pero siguió confiándole a Jack operaciones desafiantes. Jack pronto desarrolló una buena intuición para la cirugía y aprendía a cada minuto; tal vez algún día se convertiría en cirujano. Recordaba cada consejo del jefe; eso solo le beneficiaría más adelante. Hizo todo lo posible por sentirse orgulloso de sus logros, al menos en este ámbito.

En esos días, se alegraba si podía pasar un rato con Rose para aliviar su tensión, y luego subir a tomar la copa de vino de los dedos sudorosos de Jane mientras dormía en su escritorio. La llevaba en brazos al dormitorio y la desvestía con cuidado. Cuando estaba medio despierta y sonriendo, la penetraba suave y delicadamente, generalmente sin eyacular. Sin embargo, la mayoría de las veces, ella no quería ser penetrada, cerraba los ojos y jugaba tímidamente con su clítoris durante unos instantes antes de quedarse dormida. Él también necesitaba dormir cada minuto; necesitaba dormir. Por la mañana, dejaba que Jane durmiera y desayunaba solo. Si aún quedaba tiempo, se relajaba con un rapidito con Rose y caminaba hacia el hospital sintiéndose renovado y rejuvenecido. El Hospital St. Anne's estaba afiliado a la Real Academia, y tanto el hospital como la academia se habían fijado en el ambicioso joven. No era raro que algún supervisor le preguntara adónde iría después de graduarse. Siempre daba la misma respuesta: completaría sus dos años de residencia en St. Anne's y luego se iría a España de vacaciones unos días. No hacía planes a más largo plazo.

Durante sus largas jornadas de tres días, se dio cuenta poco a poco de que las muchas jóvenes y guapas no le daban tanto placer como las mayores, que a menudo tenían mucha experiencia. Anhelaba a Rose; era la mejor en la cama de todas. Pero no le permitían escabullirse a casa por la noche; su sentido de la responsabilidad como médico no se lo permitía. Sí, incluso cuando tenía relaciones sexuales con las doctoras y enfermeras, permanecía medio vestido para estar listo para la acción en cualquier momento. Siempre preguntaba de antemano si podía eyacular dentro, pero la anticoncepción no era su responsabilidad. Ese era el trabajo de las chicas; era el consenso social de la época.

Cuando finalmente comenzó su rotación clínica en la sala de pediatría, le trajo muchas ventajas. Primero, para su propia sorpresa, descubrió que tenía facilidad para conectar con los niños. Segundo, la jornada laboral terminaba puntualmente, así que podía ce-

nar con Jane y luego charlar y tomar vino con ella. Tercero, solo tenía un turno de tres días al mes. Esto tenía sus ventajas y desventajas, porque las médicas y enfermeras más alegres de todo el hospital trabajaban en las salas de pediatría. La mayoría no eran bellezas, pero todas disfrutaban del sexo y tenían bastante experiencia. Ninguna era pasiva ni perezosa como las de las otras salas; además, bastaba con una pregunta amistosa sobre sexo o un guiño erótico, sin necesidad de seducción. Si alguna decía "¡No, hoy no!", era con educación y con razón. También había un ambiente muy cordial entre ellas; durante los turnos de tres días, las demás se encargaban con gusto de las tareas habituales y casi nunca las interrumpían mientras tenían relaciones sexuales. Jack se sentía completamente a gusto en esas salas, tanto durante el día atendiendo a los niños como por la noche disfrutando del sexo alegre y apasionado con las mujeres regordetas, cariñosas y tiernas. La mayoría estaban casadas, pero eso no les suponía ningún problema. «Carpe Diem», decía sobre la entrada de la estación de enfermeras: ¡aprovecha el día! Alguien había garabateado al lado con lápiz: «+ noctem». Sí, era una adición sensata, pensó Jack.

Por las tardes, se sentaba frente a Jane en su cómodo sillón y bebía una, quizás dos, copas de oporto. Solía saltarse la segunda y tomar té ligero. También le servía una taza de té a Jane, reduciendo sutilmente su consumo de vino. Jane se dejaba guiar sin que él tuviera que sermonearla. Ahora estaba más sobria por las noches, participaba muy activamente en las conversaciones y una vez dijo que le hacía bien no emborracharse todas las noches. Él asintió, y así se zanjó el tema del alcohol. Después de dos semanas, dos copas de vino blanco le bastaban, porque quería dejar de beber. La escuchaba con mucha atención cuando hablaba de los problemas interpersonales en el trabajo. Tenía un instinto infalible y una excelente empatía para las situaciones, los contextos y las personas, aunque no la conociera personalmente. Con esta habilidad, reconocía los diversos escollos y trampas y se los hacía ver a Jane. Ella solía retomar el hilo y continuar la conversación. Era lo suficientemente inteligente y astuta como para idear su propia estrategia. Simplemente escuchaba con atención y rara vez discrepaba.

Con la marihuana, las cosas se complicaron mucho. Ella admitió su adicción, pero él a menudo tenía que expresar su opinión. Una vez más, dio el ejemplo. Rara vez fumaba más de un cigarrillo de marihuana, inhalando con deleite y disfrutando de la ligereza y

la relajación. Argumentaba que prefería estar activo durante el día y no estar aturdido en el trabajo. Era su decisión. Un cigarrillo de marihuana por la noche era suficiente para relajarlo. Si fumaba más, su cuerpo ansiaría cada vez más, el efecto disminuiría debido a la habituación y ya no podría desempeñar su trabajo correctamente.

Jane no respondió de inmediato; poco a poco redujo su consumo diario de cigarrillos hasta que solo fumaba por las noches. Él pudo seducirla con más frecuencia de nuevo, y ella volvió a disfrutar del sexo. Hacían el amor con ternura, como jóvenes amantes, y algunas noches apenas podían contenerse. Su antiguo placer sexual resurgió, y también redujo el consumo de cigarrillos por las noches, tras pasarse a los cigarrillos normales durante el día, lo cual fue beneficioso para su vida sexual. Peter, que seguía cenando con ellos por separado, notó la nueva mirada despierta de Jane y su renovada energía, pero Jack no quiso ningún mérito y comentó secamente que solo su propia fuerza de voluntad podía impedir que perdiera el control.

Peter lo fulminó con la mirada. “¡Te acuestas con Jane!” Jack terminó de morder; no quería mentirle a Peter. “Sí”, respondió, sosteniendo la mirada de Peter, “desde el principio”. Peter dijo bruscamente: “¡Mentiste sobre acostarte con la ama de llaves!” Jack dijo que había sido cierto en ese momento; las cosas no iban bien con Jane entonces, y ella se había distanciado sexualmente. Peter bajó la mirada y murmuró que no quería hablar ahora de amor fraternal prohibido. Jack dijo, casi como una última palabra, que siempre había conocido a Jane como mujer, nunca solo como hermana. La amaba con todo su corazón, y ella era su esposa. Le recordó a Peter que lo había amenazado con estrangularlo si le hacía daño a Jane de alguna manera. Peter sonrió y asintió; todo estaba bien, y el asunto estaba zanjado.

Cuando él se lo contó a Jane esa noche, ella se rió y dijo: «Me interrogó delante de ti, así que vino bien preparado. ¡Típico de Peter! Pero lo hice esperar un buen rato. Y entonces se lo conté, incluyendo lo de Rose. Se le abrieron los ojos de par en par, y tardó un rato en darse cuenta de que no nos estábamos aferrando el uno al otro tontamente, que yo sabía lo de Rose y que no me importaba». Jane sirvió más té y comentó lo listo que había sido Peter, reuniéndose con ellos por separado y en momentos escalonados

para que no pudieran coordinarse. «Eso lo molestó mucho», dijo. «Quizás el tema saldría a relucir más tarde, pero ninguno de los dos quería entrar en un debate sobre incesto con Peter, porque había muchos otros factores involucrados». Más tarde, mientras yacían relajados en la cama, Jane relató la historia a Peter, Nick y Naomi, luego Peter a Naomi, y finalmente su propia historia a Peter. Jack la acarició suavemente mientras ella la contaba, y luego se durmieron abrazados.

Peter no lo desanimó de sus estudios; al contrario, animó a Jack a acelerar el ritmo. Insinuó que quería que Jack ingresara en el programa de formación especializada lo antes posible. Para sorpresa de Jack, Peter argumentó basándose en su propia edad. Ahora era el mayor de una larga lista de predecesores que se remontaba a la reina Isabel la Virgen y Lord Walsingham. No tardaría en verse obligado a jubilarse. Pero hasta entonces, quería impulsar el ascenso de Jack. «Querido Jack», dijo Peter, «mi puesto siempre estará cerrado para ti por varias razones. Por ejemplo, no eres británico y no tienes antecedentes aristocráticos, por muy bueno que eso pueda ser. Pero siempre he querido que trabajes en London Central, porque a menudo se puede lograr más en el segundo nivel que en el más alto, donde principalmente tendrías que adular a la nobleza o a la realeza». Soltó una risita para sí mismo. Lo tengo mucho más fácil que Dick, y Jack no estaba seguro de si Dick se refería a él en un sentido despectivo, como “idiota”, o si se refería al jefe de la Sección 6, Dick White. Jack siguió a Peter hasta una mesita en un rincón, que Peter usaba para conversaciones delicadas. Ya lo entendía muy bien, pero tenía dudas sobre su propia idoneidad. Sin embargo, Peter insistió. Sus estudios le habían enseñado muchas cosas que iban mucho más allá de ser médico. Y Jack tenía algo que no tenía nombre y que pocas personas poseían. Por supuesto, Peter no creía en supercherías, pero este talento en particular abarcaba algo parecido a la telepatía, cierta clarividencia y una profunda empatía por los demás. Había puesto a prueba a Jack muchas veces y siempre se asombraba de la precisión con la que el chico adivinaba, preveía o sacaba conclusiones. Una persona con tal don tenía que trabajar para el Reino, y el talento no debía desperdiciarse. Peter quedó impresionado por la reacción de Jack cuando mencionó que habían capturado a toda la banda de mercenarios sudafricanos y de Alemania Oriental. Jack pudo decirles que habían sido sometidos a consejo de guerra. Tres o cuatro de los principales culpables habían sido condenados por asesina-

tos y ahorcados. Los demás fueron a prisión durante muchos años, mientras que los de menor rango fueron liberados. Peter escuchó con atención, porque todo era cierto. Tres fueron ahorcados, el cuarto indultado en el último momento y condenado a 35 años. Jack no sabía *cómo* , pero *simplemente lo sabía* . Era así de sencillo.

Así que, en su último año de universidad, Jack comenzó un entrenamiento especializado. Ocupaba tres días a la semana: jueves, viernes y sábado. Era compatible con sus estudios, aunque a veces tenía que elegir entre estudiar y el entrenamiento especializado. La primera parte se centró en el manejo de armas y la práctica de tiro. Le resultó fácil; las armas y los sistemas de armas occidentales y orientales eran fáciles de distinguir y, en esencia, todos funcionaban de la misma manera. ¡Cargar, gatillo, bang! Estos ejercicios eran pan comido, y los realizaba bien. No era malo disparando, pero el instructor lo consideraba simplemente promedio. Era bueno, pero desde luego no un experto. Obtuvo muy buenas calificaciones con el arma especializada, el rifle de francotirador con mira telescópica. A Jack le recordaba a su padre, pero se lo guardaba para sí mismo. Los explosivos, las bombas y las minas eran más difíciles. Desactivarlos era todo un reto. El instructor detenía los ejercicios con frecuencia: ¡Boom! ¡Estás muerto! No tenía problemas para adivinar intuitivamente y reconocer su construcción y mecanismo. Sus dedos eran simplemente demasiado torpes. Sin embargo, aprobó sus exámenes finales satisfactoriamente. Se centró en convertirse en médico. Trabajó con diligencia para lograr este objetivo, y los exámenes finales estaban a su alcance.

La segunda parte se centró en la recopilación de información, la extracción de conclusiones y el análisis. Revisaron casos actuales, la Operación Mincemeat y Jedburg. Esto fue muy interesante, al igual que la Operación Gold y la espectacular fuga de George Blake. Jack se sumergió en este mundo; era como si su padre estuviera detrás de él, ofreciéndole orientación. A pesar de no haber participado nunca en una operación de espionaje, se movió con confianza y firmeza por este terreno. Tuvo que pasar las noches del viernes y el sábado en el Centro de Operaciones. La tarea allí era sencilla, pero complicada. Por cada chica del Centro de Operaciones que sedujera durante esas dos noches, recibía puntos. A la inversa, si una chica lo seducía, ella recibía los puntos. Se llevó a cabo una competición en el burdel que funcionaba en el Centro de

Operaciones durante dos noches. Jack no participó. Se dejó seducir y no obtuvo ni un solo punto. Las chicas eran encantadoras, por decirlo suavemente. Eran agentes femeninas que debían usar sus encantos para ganarse y derrotar al enemigo.

Jack se dejó seducir, pero las chicas tenían que darlo todo. Se tomó su tiempo y disfrutó de la seducción, recostándose y dejando que los otros chicos se esforzaran para conquistar a las chicas. Su reticencia y su rechazo al juego atrajeron a las chicas más bonitas y lujuriosas a llevarse al joven atractivo a la cama. Jack solía dejar que la chica lo montara hasta el amanecer. Las desafiaba; tenían que ganarse sus puntos con mucho esfuerzo físico. Tenían vulvas hermosas y fragantes, sus clítoris joyas preciosas que él y ellas disfrutaban por igual. Tenían que tensar cada músculo de sus vaginas curtidas en batalla para hacerle eyacular la última gota de semen, incluso después de la enésima vez. Los domingos, pasaba muchas horas en la cama con Jane y le contaba con todo detalle cómo se había dejado seducir. Ella reía con deleite y se alegraba de cómo él había cambiado el juego a su favor. Estaba orgullosa de él; se entregaba a las hijas más bellas de Inglaterra y las hacía sudar profusamente. Al finalizar esta fase de entrenamiento, les explicaría a los instructores por qué no había obtenido ningún punto. Harían bien en comprender el significado más profundo que esto implicaba.

Peter había resultado gravemente herido en un ataque con cuchillo y pasó dos meses en el hospital militar. Jane y Jack no sabían nada al respecto, y él solo se lo contó después. Su chófer de toda la vida había muerto, y él y su guardaespaldas habían sido dados por muertos con heridas que ponían en peligro sus vidas. Sus asesores más cercanos ya habían investigado a fondo el ataque; un miembro del MI6 se había pasado al bando contrario y lo había orquestado. Él y los dos asesinos murieron durante su arresto. Las últimas palabras del desertor fueron: “¡Que te jodan, Robert Bruce!”. Jack se estremeció como si lo hubiera golpeado un látigo y miró a Jane. Peter aguzó el oído y lo miró con curiosidad. “Fue mi examinador hace años”, dijo Jack, bajando la cabeza. Peter asintió; lo sabía. El MI6 había logrado mantener el nombre de Peter fuera de los periódicos, y solo informaron de una pelea con cuchillos entre clanes albaneses. Peter tenía que usar un bastón —uno elegante, por supuesto— y ahora llevaba una pequeña pistola en una funda. Se había vuelto aún más arrugado y serio, y hasta el momento

había resistido con éxito la jubilación. Se había reído a carcajadas al leer los informes de OpCent. Lo entendió enseguida y negó con la cabeza. «Eso es bastante arriesgado, hijo mío», le dijo a Jack, «seguro que te pondrán una mala nota». «Lo sé perfectamente, y me da igual», dijo Jack, «pero de todas formas no quiero que me usen como Romeo; ese no es mi estilo. Y ligar con chicas no era un problema».

A principios de año, Sir Peter lo llevó al funeral de Churchill en Bladon, donde conoció a algunos familiares del gran héroe. Jack fue presentado por primera vez al personal superior de las Secciones 5 y 6, y Peter dejó claro sutilmente a todos que Jack era su protegido. En el viaje de regreso a Londres, Peter le dio un informe sobre cada persona que habían conocido. Jack se esforzó mucho por memorizar rostros, nombres, cargos e instrucciones de Peter. Este lo animó a reunirse ocasionalmente con los rangos inferiores. Le mencionó dos clubes de caballeros donde lo había inscrito como miembro y donde podía agasajar a estos agentes. En las semanas siguientes, Jack obtuvo los números de teléfono directos de algunos de estos jefes de agencia subalternos de la oficina de Peter y los invitó, uno por uno, a estos clubes. Dejó la información de contacto en la oficina de Peter para que su mentor estuviera al tanto. Jack no era un subordinado, sino un jugador de equipo; Peter lo sabía.

Su timidez inicial se desvaneció al instante; escuchó atentamente al agente, dejando que su carisma brillara. Leía los periódicos y veía las noticias de la televisión a diario, así que sabía exactamente lo que informaban. A menudo podía leer entre líneas y sorprender a sus interlocutores con ideas y conjeturas. Establecía paralelismos entre noticias que sin duda no se comentarían en ningún bar. Inmediatamente después de estos almuerzos, regresaba al club sin ser visto y anotaba la conversación en forma de viñetas en su cuaderno. Usaba un código rudimentario que no suponía ningún problema para un experto, pero que resultaba incomprensible para el lector medio. Luego escribía un memorándum en viñetas y lo enviaba a un apartado de correos que conducía a la oficina de Peter. Cuando, unas semanas después, pidió hablar con el gerente del club y preguntó por el pago de su cuenta, el gerente sonrió amablemente y dijo que Lord Pembroke se reservaba ese privilegio. Peter se rió entre dientes cuando Jack se le acercó después y comentó que a veces era ventajoso halagar al conde. Desestimó las

objeciones de Jack. «Trabajas para la Corona sin contrato ni remuneración, así que estas facturas son lo mínimo que puedes hacer». Hizo hincapié en lo satisfecho que estaba de leer los memorandos de Jack. «Es un buen comienzo». Luego se dirigió al burdel y dejó que Jack le contara cómo eran las agentes. Con los ojos cerrados, escuchó cómo se comportaban las chicas durante el sexo, en qué eran especialmente buenas y qué disfrutaban ellas mismas.

Jack tenía una agenda muy apretada: estudiaba intensamente para sus exámenes finales y aprendía a recopilar y analizar información; todo le resultaba increíblemente interesante. No le importaba en absoluto que sus compañeros se quejaran de sus constantes preguntas. Intuía que eso era precisamente lo que le interesaba. Sus compañeros querían aprender a disparar, a escalar cuerdas y a combatir en entornos urbanos. Eso solo le interesaba de forma secundaria. Mientras los demás corrían al campo de tiro, él entablaba conversaciones de dos horas con el instructor sobre los porqués, los cómos y los porqués y los para qué. Perfeccionó su razonamiento, aprendió a hacer referencias laterales y a cuándo tomar un desvío para alcanzar su objetivo. Quería aprender las mejores técnicas de interrogatorio, cómo reclutar agentes enemigos, qué acontecimientos políticos eran importantes y cuáles no. Cómo reconocer la información falsa, inexacta o manipulada y cómo proceder para obtener claridad. Si sus compañeros hubieran sabido cuánto influían sus preguntas en las clases, lo habrían linchado.

A principios de marzo, Peter le ordenó que se tomara tres o cuatro días libres de inmediato, lejos de Jane, la Academia, etc. Peter lo hizo llevar a Morrison Manor House, al sur de Londres. La planta baja y los pisos superiores eran una mansión de lo más común, como miles de otras en el reino. Pero lo escoltaron hasta el ascensor y lo bajaron. Incluso el ascensorista llevaba una pistola oculta en su funda. Una vez abajo, su nombre fue incluido en una lista; negó estar armado. Luego, atravesó pasillos sinuosos hasta un vasto vestíbulo subterráneo. Jack se quedó sin palabras. Decenas de hombres y mujeres trabajaban en mesas, los telégrafos sonaban, las máquinas de escribir hacían tictac y el sonido de los teléfonos llenaba el aire con una cacofonía ensordecedora. A ambos lados del vestíbulo, hombres y mujeres trabajaban en enormes paneles, como en una casa de apuestas o una bolsa de valores.

Jack encontró a Peter en una de las secciones separadas. Peter estaba hablando por teléfono, con el micrófono encendido, cuando le hizo una seña a Jack para que se acercara y le indicó una silla. Jack se sentó y escuchó con atención. Peter hablaba francés por teléfono, italiano por el micrófono y tomaba notas en inglés. De vez en cuando, le entregaba papeles a un asistente silencioso, quien salía corriendo con ellos y regresaba rápidamente, con o sin los papeles, para colocarlos en el escritorio de Peter. Rara vez quedaba un papel frente a Peter; el asistente solía archivarlos en las largas filas de papeles sobre el escritorio. Peter terminó la llamada, silenció el micrófono, echó un vistazo a los nuevos papeles y asintió con satisfacción.

Saludó a Jack con un apretón de manos y dijo: "Operación Nefertiti. Estamos en Italia, Roma. Se trata de la seguridad del rey abdicado Farouk de Egipto. Nuestro adversario es el servicio egipcio; quieren eliminar a Farouk. Nuestros amigos, los servicios italiano y francés, son cooperativos pero no muy comprometidos. Éramos la fuerza protectora de Egipto, así que nos involucramos. Mia Girotti te guiará; solo absorbe toda la información y envíame tu opinión directamente. ¡Oh, el teléfono! ¡Cuídate, Jack!" Peter estaba hablando por teléfono en italiano cuando se dio la vuelta. Jack intentó entender el italiano de Peter, pero solo pudo distinguir fragmentos. Se trataba de un hotel y una boutique en la Via Veneto. Jack levantó la vista y una joven, a quien reconoció de inmediato, le hizo señas para que la siguiera. Lo condujo a un espacio de trabajo a la vista de Peter, sacó una segunda silla y se sentaron. Al estrecharse las manos, ella dijo su nombre, Mia Girotti, y él dijo el suyo. Añadió: «Nos conocemos del OpCent, del burdel». Ella asintió. «Te reconocí, pero no te recordaba». Sonrió. «Esto no es un burdel. Se supone que debemos proteger a Faruq y guiar a nuestra gente. Mi lugar, mis reglas». «¿Qué tan bien hablas italiano?», preguntó, y él respondió: «Niente». Nada.

Ella decidió de inmediato: Yo me encargo del teléfono, tú del mapa. Hay un mapa grande de Roma; los alfileres rojos son los nuestros, los amarillos los de nuestros comandos armados. Los verdes son los italianos, los blancos los franceses. Los negros son los egipcios y sus aliados. Cuando esté al teléfono, te dictaré las palabras clave. Escribe en mayúsculas, en inglés. Cuando señale, levanta la mano con el papel y haz que el ayudante lo recoja. Concéntrate en el mapa grande e infórmame de los cambios en este

mapa pequeño. Si te lo pido, muéstrame el cambio con la punta del lápiz. Y no estropees el mapa; apenas logré conseguir uno cuando me enteré de que iba a tener un ayudante. Hizo una mueca. ¡Oh! ¡Solo un lápiz, sin pintalabios! Mia rió brevemente y luego dijo: "¡Ve!" porque su teléfono parpadeaba. Jack miró el mapa grande y anotó con precisión cuándo se movía un alfiler. Con un movimiento de muñeca, el movimiento se repitió una vez, solo una vez. Escuchaba atentamente el rápido italiano de Mia y no se perdía ni una sola de sus breves frases y expresiones en inglés. El trabajo requería plena concentración, pero no era difícil. Los papeles que debían ser firmados por Mia G., él los firmaba como Mia + Jack. Sacaba la lengua cuando Mia hacía algún comentario. A pesar de la concentración que requería, ella se mostraba alegre y reía a menudo, incluso por teléfono.

Durante uno de los breves descansos, Mia comentó que Faruq solo tenía un vicio: comer, beber y las chicas jóvenes. Jack sonrió y se encogió de hombros; así que, un exrey con dinero de bolsillo. Ella lo miró fijamente. Con "jóvenes" se refería a las de entre 12 y 16 años; no podían ser mayores. Se puso serio. "No como manzanas verdes", dijo con una sonrisa burlona, "puedo esperar a que estén maduras, rojas y jugosas. ¡Y que tengan buenos pechos!". Miró fijamente los grandes pechos de Mia. Ella le agradeció el cumplido con una leve sonrisa, pero el teléfono parpadeaba. Tras lo que parecieron horas, sonó un pitido. Mia le susurró a Jack: "¡Alivio!" y continuó la llamada. Hubo un revuelo; el traspaso se realizó sin problemas. Jack miró a Peter, pero parecía estar hablando. Jack anotó una última nota con las palabras clave de Mia y dibujó "Mia + Jack, Cambio y fuera". Mia le dio algunos consejos al joven imberbe y señaló un número en la lista de teléfonos. Jack esperó de pie hasta que ella terminó.

Mia caminó delante por silenciosos pasillos de hormigón hasta llegar a un pequeño comedor. El silencio era doloroso después del bullicio. Era como la cafetería de la universidad, solo que la variedad era muchísimo mejor. Pasó junto a la cerveza y el vino y cogió una botella de agua; Mia tomó una jarrita de vino tinto. Llevó su bandeja, que contenía medio pollo asado con salsa y arroz, a una de las mesas más pequeñas. Mia lo siguió, tras haber elegido una ensaladera grande y un yogur. «Tenemos exactamente ocho horas libres», dijo, «para dormir, lavarnos los dientes y desayunar en exactamente»—miró su reloj de pulsera ridículamente caro—«sie-

te horas y cuarenta y cinco minutos. A la señal, tenemos que estar en la puerta del quirófano».

Comieron y charlaron. Él le contó un poco sobre su trayectoria profesional y cómo sería médico en seis meses y luego trabajaría en St. Anne's durante dos años a modo de prueba. Ella le dijo que su familia fabricaba muebles italianos cerca de Londres, dando empleo a 350 personas. Sus dos hermanos mayores habían estudiado economía y administración y pronto se harían cargo de la fábrica de su padre. Según sus padres, podría haber vivido como una princesa trotamundos, pero prefirió estudiar literatura italiana e incluso obtuvo un diploma de intérprete. Dos años atrás, había acabado en el OpCent por algún motivo absurdo y estaba recibiendo formación como agente. Él sonrió. "¿El motivo absurdo fue probablemente una detención injustificada por supuesta prostitución?", interrumpió, y ella palideció, visiblemente conmocionada. "¿Cómo...?" Mintió. "Página 78 del manual de formación. Cómo convertir a una chica en agente". Se lo había inventado, pero era el tipo de intuición que Peter le envidiaba.

Él terminó su pollo con calma, ella apartó el tazón de ensalada y bebió el vino tinto. Estaba fumando, y él pudo ver que hervía de rabia por dentro. "La acusación de prostitución era una tontería, por supuesto", dijo Mia con voz tensa. "¡Nunca tuve sexo por dinero, lo juro!" Hizo una larga pausa y añadió: "Solo cogí joyas, por supuesto que el juez no lo sabía". Pensó un momento. "OpCent era perfecto para mí, el entrenamiento es fascinante, y no tenemos sexo por dinero, solo por puntos". Ambos rieron, y los comensales a su alrededor los miraron con desaprobación. Bajó la voz. "No sé por qué no te elegí a ti", dijo pensativa. "Quería decir que debías haber notado que no me estaba lanzando a las chicas como un loco; algunos probablemente pensaron que era gay". "No lo soy, solo quería darles los puntos a las chicas". No necesitaba puntos, solo quería a las chicas. Y los conseguí siempre.

Mia sonrió mientras él hablaba. "¿Y a ti también te engañaron para que te prostituyeras?", preguntó, y Jack negó con la cabeza. "Es muy complicado", dijo, masticando su pollo. "Digamos que mi padre estaba al servicio de Lord Walsingham". Explicó: "Walsingham fundó el Servicio Secreto bajo la reina Isabel I, Isabel la Virgen. Empezó todo esto hace 450 años. No estamos aquí porque amemos al rey Farouk. Estamos aquí por el reino, por la reina. Y

porque Walsingham reconoció que tenía que haber un Servicio Secreto. Y porque la reina reconoció perfectamente que Walsingham era el hombre adecuado para ello". Jack se alegró de haber esquivado hábilmente sus preguntas sobre su prostitución. Había terminado de cenar —¿o era el almuerzo?— y llevaron los platos a la zona de servicio.

Mia siguió adelante, por los pasillos de hormigón. Llevaba allí once días, dijo, y él comentó que había tenido que irse tan rápido que no había hecho la maleta. Ella le dijo que encontraría sábanas limpias en la habitación, así como una segunda almohada y mantas. «Para nosotras, las chicas, todo eso está en el armario de la izquierda. Los cepillos de dientes están en su embalaje original; la verdad es que no estoy segura de la pasta de dientes. Encontrarás el jabón y la toalla sin tener que pedirlos. Hay un despertador junto a la cama; ¡ponlo!». Habían llegado. Señaló una puerta con una flor oscura. «Tu habitación», dijo, señalando la habitación de enfrente, con una flor blanca en la puerta, «la mía». Lo miró de reojo. «¡No necesito poner la alarma si la pones tú!». Él ya se lo esperaba; ella había estado coqueteando con él todo el tiempo. «Dame cinco minutos», dijo, «para poder lavarme la cara y el pene». Ella sonrió radiante y dijo: "Y si encuentras la ducha detrás del armario de la derecha, incluso puedes darte una ducha". ¡Definitivamente necesito una ducha ahora!

Jack se duchó en un instante. Se sentó desnudo en la sencilla litera militar, con el corazón latiéndole con fuerza por la anticipación. Ella llamó a la puerta y se deslizó dentro, cubierta solo con una toalla. Dejó caer la toalla cuando él se puso de pie. Se abrazaron y se besaron, hasta que finalmente se desplomaron sobre la cama. Miró el despertador y negó con la cabeza con desesperación: «¡Ay, vosotros, los hombres!», y lo programó. Mia era muy delgada, lo que hacía que sus pechos grandes y firmes lucieran estupendos. Se había afeitado el vello púbico oscuro a los lados; Jack había oído que a eso se le llamaba « *pista de aterrizaje»* . Su vulva parecía la de una niña pequeña, sin clítoris ni labios menores visibles.

Jack la acarició y mimó hasta que su respiración se volvió superficial. Mientras hacían el amor, ella susurró: "¡Después de 11 noches de masturbación, lo necesitaba!". Follaron durante un buen rato hasta que él sintió la necesidad de correrse. "Tengo que correrme ahora", jadeó, y ella asintió. "Sí, está bien, ¡puedes co-

rrerte!" y le tocó el clítoris. Ella se llevó al orgasmo rápida y hábilmente, dejando que él la penetrara y eyaculara dentro de ella. Se quedaron tumbados muy juntos, y él le preguntó cuántos años tenía. "26, en dos meses". No contaba a los hombres, respondió; debían de haber sido cientos, pero no le importaba. "Probablemente no iba a casarme siendo virgen", sonrió. Prefería vivir según el lema "Carpe Diem", y Jack, como un rayo, "¡et noctem!". Todavía reían en voz baja cuando llamaron a la puerta. Con rapidez, Jack echó la manta sobre Mia e inmediatamente reconoció la melena de Peter cuando se abrió la puerta. Peter se detuvo, sobresaltado. Mia se levantó de la cama, dándole a Peter tiempo suficiente para admirar su hermoso cuerpo, luego recogió la toalla y se marchó. Jack reconoció al guardaespaldas, que permanecía inmóvil de espaldas a la puerta, vigilando.

Peter agarró el taburete y se sentó. Todo estaba bien; hasta el momento, los egipcios se habían mantenido tranquilos. Pero no dejaban a Faruq en paz. Discutieron algunos detalles, y Jack expresó su sospecha de que los egipcios aún estaban en la fase de preparación y no en la de ejecución. Peter preguntó más. "Bueno", dijo Jack, "hay poco menos de 20 agujas negras. Están distribuidas de manera bastante uniforme en la periferia del centro de la ciudad. Están en grupos de dos y tres. Van a cafés, de compras, al cine. Solo un grupo estaba destinado a la ejecución; los demás están en espera en caso de emergencias y están destinados a mantenernos ocupados. Probablemente ni siquiera hemos marcado aún en el mapa las agujas negras responsables de la ejecución". Jack guardó silencio, Peter guardó silencio. "¿Cómo encontramos a los que faltan?", preguntó Peter, y Jack se encogió de hombros; no tenía ni idea. —Una cosa tiene que quedar clara —dijo Jack—, no nos daremos cuenta del ataque hasta el último momento. Algunas agujas negras irán a la estación Termini, otras al aeropuerto de Fiumicino. Durante este tiempo, ¡Bang!

Peter asintió; ya había llegado hasta ahí. Había ordenado un cordón estricto alrededor de Termini y Fiumicino. Jack asintió, pero quería saber dos cosas. ¿Cuántos estaban directamente involucrados con Faruq y cuántos con las personas que le suministraban las chicas? Entre ocho y diez alrededor de Faruq; los traficantes habían sido investigados por los italianos antes de la llegada de Faruq. ¿Se podría desplegar más gente alrededor de Faruq para vigilar de cerca a los traficantes?, preguntó Jack. No sabemos quié-

nes son los que faltan, pero si los hombres y mujeres adicionales alrededor de Faruq mantienen los ojos abiertos, los encontrarán. Tal vez. Un cuervo reconoce a otro entre muchos flamencos, palomas y gorriones. Y en cuanto a los traficantes, si yo fuera ellos, iría tras ellos. No tienen moral; solo les importa el dinero. Ni a través de la cocina, ni a través de los guardias de seguridad, ni a través del personal doméstico. Además, se deberían controlar las apariciones oficiales planeadas de Faruq. Francotirador. —Ya lo revisamos, no hay nada —dijo Peter, garabateando algo en su cuaderno —. La noche es corta —añadió mientras se levantaba—. Necesito dormir bien. Señaló con la cabeza la puerta de Mia—. Haz lo que tengas que hacer, pero hazlo pronto. Jack esperó unos minutos antes de abrir la puerta del dormitorio de Mia, completamente desnudo.

Cuando encendió la lámpara de la mesita de noche, reconoció de inmediato que no era Mia. Esta mujer era definitivamente el doble de su edad y le sonrió amablemente, como suelen sonreír las mujeres cuando un hombre desnudo con una erección parcial aparece inesperadamente en la habitación. Lentamente apartó las sábanas y se movió ligeramente. Él no pudo pronunciar palabra y se giró para irse, pero ella hizo un sonido de desdén y golpeó la sábana con la mano abierta. “¡Aquí, muchacho!” Una mujer de unos cincuenta y tantos años con un cuerpo tentador. No necesitó un segundo para pensarlo antes de meterse en la cama con ella. Sin decir palabra, se inclinó sobre su pene y, con la boca y la mano, lo puso erecto al instante. Le dio hermosos besos franceses mientras lo atraía hacia ella y entre sus piernas abiertas. Follaron en silencio, y ella se frotó el clítoris mientras lo hacía. Tuvo un orgasmo casi de inmediato y pasó al siguiente hombre. A él le tomó 20 minutos eyacular. Ella lo notó y dejó de masturbarse. Jadeó, “Estoy a punto de correr”, y ella le acarició la cabeza, “¡Corre, muchacho, corre!” Le acarició el pelo maternalmente y le susurró todo el tiempo que debía correrse, seguir corriendo y no parar. Su vagina absorbió con avidez su semen, y con una mano en su trasero, lo empujó profunda y rítmicamente dentro de ella. Un dedo presionó profundamente en su ano y lo llevó a eyacular de nuevo. Después, agarró su pene y frotó las últimas gotas en su vagina durante minutos. Jadeó de deseo y lujuria y frotó su pene vigorosamente hasta que quedó completamente flácido. Permanecieron en silencio uno al lado del otro durante unos minutos más, luego él se puso de pie. Miró su cuerpo desnudo, que era muy femenino y tentador. Ya

estaba familiarizado con su espeso vello púbico; sus pechos no eran grandes y colgaban tristemente. Abrió la boca para decir algo bonito, pero su sonrisa amigable se posó en su pene. Le devolvió la sonrisa y asintió con aprecio, luego se durmió. No habían intercambiado ni una sola palabra.

Después del desayuno, fue a la sala de operaciones y esperó la señal. Mia ya estaba sentada, hablando por teléfono. Esperó la señal, se acercó a ella, le acarició el dorso de la mano a modo de saludo y miró el mapa. Reconoció los cordones alrededor de la estación principal de trenes y la ruta al aeropuerto. La bandera blanca que marcaba la ubicación de Faruq estaba ahora rodeada por 20, 24, no, 26 alfileres rojos. Uno amarillo indicaba que un comando armado estaba cerca o en el sótano del hotel de Faruq. Los italianos y los franceses estaban reunidos, aparentemente todavía desayunando. Los ingleses estaban solos. Mia terminó la llamada y finalmente se saludaron. Mia dijo que los franceses se reunirían en el punto de encuentro designado para coordinar el programa del día con los italianos. Mientras tomaban brioches y café, dijo Jack con una sonrisa, mirando el mapa. No podía mirar a Mia a los ojos, no después de esa noche. Poco estaba pasando y el tiempo se escapaba lentamente. Sonó la señal y sintieron alivio. Fueron al comedor, comieron tranquilamente y Jack le presentó sus teorías e hipótesis a Mia. Ella era una de las mujeres más brillantes que había conocido en OpCent. Tenía casi la misma formación que Jane y comprendió sus ideas de inmediato. Continuaron su debate en voz baja en su habitación. Mia dijo que este turno de ocho horas continuaría hasta el final de la operación; necesitaban cada minuto de sueño. Se ducharon y Jack notó que unos sirvientes invisibles habían limpiado la habitación y cambiado las sábanas.

Fue maravilloso follar con Mia. De nuevo, se masturbó justo antes de que él se corriera, dejándolo penetrarla en su orgasmo y eyacular dentro de ella. Dijo que eso era lo suyo, que era lo mejor para ella. Desafortunadamente, muchos hombres se ofendían si ella quería masturbarse durante el sexo. Por lo general, los echaba de inmediato. Quería saber por qué Sir Peter había aparecido ayer; después de todo, él era el jefe de toda la operación. Él se mantuvo vago, diciendo que era uno de sus instructores y que quería escuchar su teoría, que le había explicado a Mia en el almuerzo. Cena, corrigió ella, aquí solo hay cena, sueño, desayuno y trabajo, en turnos de ocho horas. Y sexo, no lo olvidemos, añadió bromeando.

Ella asintió y le acarició el pene, pero él necesitaba tiempo para recuperarse, dijo.

Después le contó la aventura. Mia se rió a carcajadas; "¡La buena de Lilly recibió un servicio extra!" Mia no sintió celos ni por un momento y dijo que había oído ruidos de sexo en medio de la noche, pero no les había prestado mucha atención. Era excitante, pero no *tan* excitante. Lilly trabajaba en la centralita y también era especialista en escuchas telefónicas. Tenía más de cincuenta años, pero obviamente había cuidado su figura. Estaba casada con un empleado de oficina mayor y tenía tres hijos adultos. Y, preguntó Mia, ¿cómo era en la cama? Jack relató fácilmente el sexo, cómo se masturbó durante todo el acto y tuvo varios orgasmos maravillosos. Cómo lo había animado a eyacular y lo había acariciado maternal y suavemente mientras él venía. Que debía de ser una ama de casa ahorradora porque había pasado minutos ordeñando enérgicamente las últimas gotas en su vagina. En resumen, resumió, Lilly era muy buena en la cama, pero no la habían follado mucho últimamente. Intuición, dijo, solo una suposición. Volvió a follar a Mia; La chica era una excelente compañera en la cama. Dormían abrazados hasta que sonaba el despertador.

Los siguientes cinco turnos fueron exactamente iguales. Ingleses y egipcios se miraban con recelo, y no hubo cambios significativos. En la cena, Mia le dijo que quería dormir sola esa noche. La operación había alterado su método anticonceptivo y no quería correr ningún riesgo. Él asintió, y ella se inclinó para susurrarle al oído que debería ir a ver a Lilly. Él asintió y comió tranquilamente su pollo al estilo indio. La cocina era peculiar, ya que servían pollo preparado de forma diferente cada ocho horas. Probaría la carne la próxima vez, aunque sabía que los ingleses entendían tan poco de carne como los escandinavos de pizza. Fueron a sus habitaciones y se despidieron con apasionados besos franceses. Jack se dio una larga ducha y se sentó en la cama. Podría haber ido a casa de Mia, pero no tenía ni idea de si le gustaban las masturbaciones o el sexo oral. Se decidió por Lilly.

Llamó suavemente a la puerta y entró en su habitación, cerrándola. Lilly despertó y encendió la pequeña luz. Su amplia sonrisa delató su bienvenida. Se metió en la cama con ella, y el sexo fue como siempre. Fumaron, y él dijo que la conocía, a Lilly, de la centralita; se llamaba Jack y era residente en St. Anne's. La interrogó

con curiosidad, y ella confirmó que no había tenido relaciones sexuales en al menos diez o doce años, hasta ahora. Daba mucha importancia a sus votos matrimoniales, pero estaban en guerra. En la vida civil, era profesora en el King's College, donde impartía clases de cuatro idiomas. Hablaba francés, español, italiano y árabe con fluidez y atendía llamadas en Roma durante ocho horas por turno. «Estamos en guerra, Jack», dijo, «los egipcios están preparando un ataque sangriento», aunque aún no había podido obtener detalles.

Él volvió a hablar de sexo. Ella recalcó que solía cumplir sus votos matrimoniales; después de todo, se masturbaba todas las noches y, si era necesario, también complacía a su marido, porque él solo quería llegar al orgasmo manualmente. Incluso para la concepción de sus hijos, ella había introducido su pene en su vagina y lo había llevado al orgasmo manualmente. Antes de eso, había estado a menudo desplegada en el extranjero y en la guerra, donde había otros hombres. Se sonrojó con gracia cuando él le preguntó. Durante la guerra y los despliegues, seguramente hubo diez, susurró, o incluso más. Pero antes del matrimonio, solo hubo dos o tres; había empezado a tener relaciones sexuales muy joven, a los 19 años. Finalmente, él quiso saber cuál era su postura favorita. "No lo sé", dijo ella, con la cara roja como un tomate, "quizás a cuatro patas, y que él use su dedo en mi ano". Ella lo miró muy tímidamente, y él la besó apasionadamente. "Entonces lo haremos así", decidió. Ella tomó su pene en su boca y lo frotó hasta que se puso rígido.

Un poco inestable, se puso a cuatro patas y él la penetró por detrás. Su dedo índice encontró rápidamente su ano y la folló como ella había dicho. Se apoyó en su codo, dejando una mano libre. Se masturbó de principio a fin, teniendo innumerables orgasmos, gimiendo de lujuria, deseo y placer. Él la folló durante mucho tiempo y jadeó: "¡Voy a correr!". Ella se tumbó boca arriba al instante y ronroneó: "¡Corre, cariño, corre todo lo que puedas!". Guió su pene hacia su vagina y lo frotó vigorosamente. "Corre, chico, sigue corriendo", jadeó. Durante minutos frotó su pene con movimientos lentos y enérgicos para sacar hasta la última gota. Él continuó follándola en esta posición con su pene menguante y la observó atentamente mientras se masturbaba. Su clítoris era muy pequeño, como el de Veronika, y se masturbaba de la misma manera. Sintió las intensas contracciones de su vagina durante el orgasmo.

Se besaron durante un buen rato, y él respondió: “Sí, tal vez mañana también”, y luego se fue a su habitación.

Qué sorprendido se quedó al encontrar a Mia dormida en su cama. Se acostó a su lado, apoyando su pecho contra su espalda. Adormilada, ella le rogó que le contara su historia. Él le contó todo, cada detalle, y Mia, acostada de lado, se tocó entre las piernas. Se masturbó lenta y placenteramente con las piernas cerradas, escuchándolo en su estado de somnolencia. Mantuvo las piernas cerradas hasta el final, con la mano entre ellas. Cuando él terminó, ella se frotó rápidamente, moviendo las caderas, y Jack la penetró por detrás. Él no se movió, disfrutando de sus caricias y su suave orgasmo. Le besó el cuello y apagó la luz. Esto se repitió varias veces. Lilly tenía orgasmos maravillosos en la posición de perrito; se acostaba boca arriba para eyacular y lo acariciaba mientras lo hacía. “Solo eyacula, mi chico”, le susurró al oído, “¡eyacula bien adentro de mí!” Ella lo acarició mientras él eyaculaba y continuó haciéndolo después hasta que su pene quedó completamente flácido. Un poco más tarde, él le susurró todos los detalles y palabras obscenas al oído a Mia mientras ella se masturbaba hasta quedarse dormida.

Varios turnos después, era el 18 de marzo de 1965, una fecha que Jack jamás olvidaría. Apenas él y Mia relevaron a los demás, Jack agarró el brazo de Mia y señaló el tablero. ¡Los hombres a los que acababan de relevar debían de estar dormidos! Ya tenía un papel en la mano y escribió ¡AHORA! en letras grandes. Agitó el papel hasta que Peter se dio cuenta y envió a un mensajero. Mientras el mensajero seguía corriendo, Jack señaló el tablero, indicando el movimiento hacia la estación principal de trenes y el aeropuerto, y se puso de pie. Peter inmediatamente comenzó a usar dos teléfonos, llamando a varias personas, y negó con la cabeza mirando a Jack. Señaló el teléfono y llamó al número de Mia. Peter dijo que todos los puestos de avanzada no reportaban NADA. Ni un solo egipcio cerca del hotel. Jack estaba desesperado. ¡Los movimientos de las agujas negras eran tan claros que podría haber gritado! Saludó a Peter, dijo que estaba bien y colgó. El turno terminó sin cambios; cenó con Mia y corrió con ella a su habitación. Estaba muy agitado y necesitaba desahogarse de inmediato. Tuvieron sexo rápido y furioso, dos veces seguidas. Podía, quería, hacerlo una tercera vez. Mia lo miró con recelo, pero no le dijo ni una palabra al berserker.

A mitad del acto, llamaron a la puerta y Peter entró. Jack tardó unos segundos y dejó de follar. Se separaron y se cubrieron inmediatamente. Peter les hizo un gesto para que se fueran, diciéndole a Mia que se quedara. Mia se incorporó, sin preocuparse de que la manta se hubiera deslizado. Peter contempló con placer su desnudez, sus hermosos pechos y su coño mojado, y regresó. Había visto la desesperación de Jack y decidió enviar a dos agentes directamente al hotel. Ellos y dos de los sirvientes de Farouk descubrieron al rey muerto y a su hija de 14 años, también muerta. Había sido envenenado, como revelaron investigaciones posteriores, con ricina en la limonada. La chica había traído la limonada en tres botellas, que aparentemente no habían sido inspeccionadas a fondo. Presumiblemente, la chica no sabía nada del veneno; después de todo, no conocía al rey. Finalmente, Peter dijo que los medios habían sido informados de que Farouk había muerto de un derrame cerebral en Capri. Sonaba menos a una declaración sensacionalista que al hecho de que no se había podido evitar un intento de asesinato en el corazón de la capital. Peter apartó la mirada del pequeño y húmedo agujero de Mia y se fijó en los ojos de Jack. «¡Tienes que admitir que tienes un don especial!», dijo, y sin esperar respuesta, se puso de pie. Jack estaba muy molesto, y Mia no entendió lo último que dijo.

—Y ahora —dijo Peter con una sonrisa—, ¡sigan, chicos! Pero eso era impensable. Jack y Mia se vistieron y se apresuraron a entrar en la Sala de Operaciones. Los agentes estaban en pequeños grupos, discutiendo. El fuerte zumbido era completamente distinto de la cacofonía que había llenado la sala hasta ahora. Se movían de grupo en grupo, juntos o por separado, escuchando y haciendo preguntas. Todos hablaban con libertad; aquí no había secretos. Todos coincidían: los italianos la habían liado. Solo habían probado una de las botellas; el copero y catador del rey solo había probado esa limonada. A la chica solo la habían traído allí para que la violaran; nadie había sospechado nada. La habían manoseado a fondo y con lujuria varias veces, le habían inspeccionado sus orificios. La chica, drogada con pastillas, estaba indefensa a merced del bruto obeso, el pedófilo real impotente ante el veneno. Nadie lo lloraba; era un cerdo patético. Pero era su paquete, su pupilo. Aunque el fallo no fuera culpa suya, habían perdido el paquete, punto.

Algunos agentes seguían hablando por teléfono con emisoras de radio y redacciones; la historia de la tapadera circulaba, pero nun-

ca se mencionaba a la chica muerta. Dado que la causa de la muerte se mencionaba alternativamente como derrame cerebral o ataque al corazón, surgieron varias versiones. Capri era un buen lugar; el exrey adoraba Capri; Capri no tenía clínica donde pudieran haber salvado al rey. Un rey muerto no le haría daño a Capri; un intento de asesinato en el hotel más exclusivo de la ciudad sería una catástrofe. Un agente se acercó a Jack. Sir Peter lo estaría esperando en la entrada en veinte minutos y con gusto lo llevaría. Antes de que pudiera siquiera decir "¡bip!", el agente desapareció entre la multitud. Buscaba a Mia. "Tengo que ver al jefe y luego me voy a casa", dijo. "Las mejores mentiras se acercan mucho a la verdad", recordó. Mia preguntó, y él asintió: "Solo quiere verme a mí". Ella lo abrazó por una décima de segundo y susurró: "Espero que nos volvamos a ver algún día". Él le susurró: «Ojalá haya algo más que ver aparte de nosotros dos», y ella le dio un codazo amistoso. Se dieron un beso rápido y luego él se marchó.

Esperó fuera de la entrada cubierta, fumando. Le molestaba haberse convertido en un fumador empedernido en los últimos días. El taxi se detuvo y apagó el cigarrillo. El taxi de Sir Peter era un vehículo bien camuflado con algunos extras. Probablemente era el único en todo Londres, quizás incluso en todo el país, que tenía un radioteléfono. Esperó hasta que el chófer guardó el equipaje de Peter en el compartimento superior y se sentó frente a él. El viaje a casa de Jack duró más de una hora. Peter había abierto su libreta y estaba anotando, punto por punto, lo que tenía que hacer para concluir la Operación Nefertiti. Quién recibió qué informe, a quién había que informar en persona, a quién solo por teléfono. ¿Con quién tenía que compartir sus conclusiones? Evaluación del quirófano, el alojamiento, el servicio de habitaciones. El café sabía un poco salado una vez (¿agua de mar?), incluso para cosas tan pequeñas hay que tomarse su tiempo, dijo Peter.

Leyó cada punto en voz alta y lo comentó con Jack cuando fue necesario. Pero Jack entendió la mayoría de los pasos incluso sin explicación. Cuando en un momento dado comentó que era una burocracia excesiva, Peter asintió y se encogió de hombros. «Es demasiado pronto para reformas, Jack». Ante la objeción de Jack de que tal o cual persona era un completo idiota, negó con la cabeza pensativo. «¡Para nada, Jack, para nada! ¡Que te tomen por tonto es uno de los mejores disfraces!». Jack permaneció en silencio; aún le quedaba mucho por aprender. Peter cerró su cuaderno.

«Después de tu doctorado, tendrás que ayudarme con todo esto para prepararte para tu futuro».

Sin dudarlo, preguntó cómo le había ido con Lilly. Jack levantó la cabeza sorprendido, pero respondió directamente cómo había sucedido. Peter se rió: "¡Puerta equivocada, ni hablar! Las chicas cambiaron de habitación en un abrir y cerrar de ojos, simplón, una típica maniobra de Lilly, ¡la conozco bien!". Jack lo miró fijamente, y Peter dijo con un toque de vergüenza: "Nos conocimos durante la guerra...". Jack sonrió: "¡Lilly y los votos matrimoniales, qué gracioso!". Aun así, le contó a Peter lo que Lilly le había confiado. Peter asintió; la mayor parte era cierta, excepto que había tenido muchas más aventuras antes de casarse, y también durante la guerra, aunque ya estaba casada para entonces. Muchísimas más. Era una de las mujeres más codiciadas y dispuestas de Whitehall. Quizás se avergonzaba de ello y por eso embelleció la historia. Que no se había acostado con nadie en los últimos doce años era cierto; lo sé por su marido. Él lo habría reconocido inmediatamente si el marido hubiera mentido. Y dado que ocupaba un puesto delicado, cualquier aventura extramatrimonial habría sido mencionada en los informes.

Peter cambió de tema de nuevo. «Ten en cuenta, Jack, que no puedes tener a una sola chica sin que nadie se dé cuenta. Eso no debería detenerte en absoluto; tómalas a todas. Solo tienes que saber que nunca será un secreto. Si lo sabes, no cometerás ningún error. Ninguna de ellas merece que cometas un error por ella». Peter lo miró fijamente. «¿Hasta cuándo?». «Hasta que te entierren en tierra consagrada», dijo Peter sin dudarlo. «Aunque no quieras cooperar —y aún puedes decidirlo, en principio— nunca saldrás de la lista de personas menos importantes. Es absolutamente esencial que el Servicio esté al tanto de sus empleados, desde el chófer hasta los altos mandos. Así ha sido desde Walsingham, y así seguirá siendo. Es lo sensato, piensa en George Blake, porque si hubiéramos sido más vigilantes, no habríamos llegado a esto».

Llegaron a casa de Jack. El chófer apagó el motor y se bajó. Jack le preguntó si quería pasar a tomar algo, pero Peter declinó amablemente. Sacó un pequeño paquete del bolsillo. «Cumpliste años la semana pasada y no pudiste celebrarlo por culpa de Nefertiti». Jack tomó la caja y le dio las gracias. Peter le pidió que la abriera. Era un reloj de pulsera Portugieser chapado en oro. Había estado

mirando el escaparate de camino al hospital y había estado pensando en comprar ese precioso reloj suizo. Un médico necesitaba un reloj de pulsera con segundero. «La vigilancia tiene sus ventajas», murmuró Jack. Peter llamó a la ventana. «Tengo que irme». Se despidieron y Jack entró. Había estado fuera doce días, y cada día la oficina de Peter llamaba a Jane para informarle de que Sir Peter y Jack estaban bien.

A la mañana siguiente, celebró su 26 cumpleaños con Jane. Rose había comprado manjares temprano esa mañana y les sirvió un desayuno festivo y tardío. Jane le había regalado un anillo de oro, del tipo que se llevaba en el dedo meñique en aquella época. La piedra azul claro estaba adornada con un escudo de armas fantasioso, y las iniciales JC estaban grabadas en ella. “¡Jesucristo!”, exclamó Jack teatralmente, y Jane lo corrigió automáticamente: “No, Jack Crawley”. Luego se rió, engañada. Después, él colocó la caja negra, de su tío Peter, sobre la mesa. Tomó el hermoso reloj y se lo puso. Era una pieza preciosa, y le gustaba mucho. Jane tomó el reloj y lo examinó por todos lados. La parte trasera de cristal permitía ver el interior. Se fijó en el grabado.

Para Jack Crawley, de Peter Lord Mossley

Jack tenía un nudo en la garganta y se salvó gracias a la taza de café.

Había terminado sus estudios, graduándose tercero de 167 estudiantes, y su ceremonia de graduación doctoral era en diez días. No había visto a Peter desde la Operación Nefertiti y le había informado de la graduación mediante un mensaje en la oficina. Estaría encantado si Peter pudiera asistir. Le había enviado a Verónica el billete de tren y la esperaba en una semana. Era la segunda visita de Verónica a Londres; la primera vez, él y Jane se habían turnado para mostrarle las atracciones turísticas. Habían despejado su habitación y preparado su cama de soltero para ella. Sin embargo, los tres se despertaban cada mañana en la cama grande de Jane. Rose se quedó completamente desconcertada cuando Jack la presentó a su madre: ¿no era esa la mujer de las fotos desnuda? Saludó a Lady Verónica, dirigiéndose a ella ocasionalmente como Mi Señora. Verónica no estaba segura de sí misma y, a su vez, se dirigió a ella como Lady Rose y Mi Señora, muy seriamente, no sabía hacerlo mejor. Rose no se atrevió a corregir a Lady Verónica.

Jane y Jack se reían a carcajadas cuando estaban solos e imitaban las torpes reverencias de Rose. Lady Janet de los Crawlies y Sir Robert Bruce, Su Alteza el Barón Jacky del Castillo de Crawley. Se reían hasta llorar.

A petición de Jack, Jane acompañó a Veronika a una boutique de moda. El vestido de fiesta de Veronika era insoportablemente cursi y vulgar. Jane la vistió con un hermoso vestido azul oscuro, acorde a la época. Jack también se había comprado un traje sencillo y elegante, y había llevado a Rose con él. Por supuesto, ella tenía que estar presente en la ceremonia de graduación, sin objeciones, había dicho Jack. "Si tuviera un perro, también tendría que venir", dijo, lamentando inmediatamente la inapropiada comparación. Rose no se lo tomó a mal y protestó diciendo que un perro solo ensuciaría nuestra mansión Crawley. Era la primera vez que entraba en una boutique de señoras, y asomó la cabeza con descaro por la cortina. Rose se sonrojó porque él le susurraba de forma sugerente y le tocaba cosas. Tuvo que desvestirse por completo una y otra vez para probarse los nuevos sujetadores y las bragas de moda que él le había comprado. Todavía tenía una figura hermosa, excepto por sus pechos. La hizo probarse vestido tras vestido, aunque ya había encontrado el adecuado. Con gran pesar, puso fin a la farsa y suspiró; Rose era verdaderamente una mujer magnífica y una maestra en la cama.

Por supuesto, los arreglos del vestido de Verónica no estaban terminados, por supuesto que no. Jane le arrebató la pieza casi terminada a la costurera que protestaba y corrió a casa en un taxi. En un abrir y cerrar de ojos, la terminó a mano y salvó el día. Jane, Verónica y Rose lucían muy elegantes; Jane le había retocado el maquillaje a Verónica para que se viera discreta y no como la atracción principal. Fueron a la academia en dos taxis, Jane y Jack en el primero, y Lady Verónica y Lady Rose en el segundo. La ceremonia se llevó a cabo rígidamente según las viejas tradiciones, los discursos interminables y las fanfarrias tocadas por muchachos de mejillas regordetas, no de una cinta como en tiempos posteriores. Jack no había podido ver a Peter. Los nuevos doctores prestaron el Juramento Hipocrático, y muchos prestaron el Juramento Maimónides. Solo que ahora era Jack Crawley MD. Tras prestar juramento, 167 jóvenes, hombres y mujeres, se giraron para saludar a los invitados. Jack vio a Peter junto a Jane. Los invitados prorrumpieron en un fuerte y prolongado aplauso. Los jóvenes doctores desfi-

laron frente a la mesa del decano y recibieron sus certificados. Jack comprobó de inmediato que las tres copias del certificado llevaran su nombre, y luego se marchó como todos los demás.

En el vestíbulo, hubo abrazos y besos; Verónica y Rose sollozaban en sus pañuelos. Jane sonreía radiante como una moneda de oro recién pulida, y Peter solo le dio un firme apretón de manos. Llevó a Jack aparte brevemente. Cambio de planes: iban a visitar el Escudo de Armas. Los ojos de Jack se abrieron de par en par, pero Peter le aseguró que ya había cancelado su reserva de mesa; fin de la discusión. Peter quedó claramente prendado cuando Jane le presentó a la madre de Jack. Solo sus buenos modales le impidieron chasquear la lengua. El elegante vestido de la protagonista era vanguardista y revelaba todo lo que no estaba oculto debajo. No hacía falta mucha imaginación; el vestido estaba diseñado precisamente para ocultar y revelar los atributos físicos de quien lo llevaba. A Peter le costaba apartar la vista de su atractivo cuerpo. Llevaba un maquillaje sutil que acentuaba sus rasgos femeninos. Inmediatamente la tomó del brazo y blandió su elegante bastón. Para sentirse más cómodo, habló en alemán. Los demás los siguieron, y Jane intercambió una mirada significativa con Jack. Se había tomado del brazo con Jane y Rose; Rose sostenía el pergamino rojo oscuro lleno de documentos como si fueran las joyas de la corona. El restaurante El Escudo de Armas era entonces el más elegante de Londres, y a Jack le resultaba un misterio cómo Peter había conseguido reservar la pequeña y privada Habitación del Vizconde en aquel establecimiento tan caro. Sin duda, el trabajo tenía sus ventajas, pensó Jack.

Peter había pedido una buena comida. Sabiendo que ni a Jane ni a Jack les gustaba la sopa, había dos entrantes: trucha y marisco, seguidos de unos tiernos tournedos rosados a la Rossini y un sorbete de limón. El vino tinto combinaba con todo, excepto con Jane, que bebía blanco. Peter había desistido de los intentos de Veronika por hablar inglés y ya había cambiado al alemán durante el corto paseo hasta allí. Jack no sabía que Peter hablaba alemán bastante bien, pero claro, no sabía nada de él. Los cuatro lo felicitaron por su perseverancia en los estudios. Estaba muy orgulloso, pero alzó la voz diciendo que sin ellos cuatro, nunca habría logrado convertirse en médico con poco más de 26 años. Mencionó especialmente a Jane, que había sido un pilar fundamental para él, apoyándolo incondicionalmente. Y a Veronika, que lo había ayuda-

do a entrar en la escuela secundaria y lo había animado a estudiar en Londres, lo que supuso un gran sacrificio personal para ella. Rose llevaba la casa con precisión milimétrica y siempre estaba disponible para atender las necesidades de la familia. Todos, excepto Verónica, sabían lo que significaba "bienestar". Jack le acarició suavemente el brazo, pues había vuelto a llorar. "Rose, eres el alma de Crawley Manor y haces las delicias de tu amo con tu presencia. Y, Sir Peter, eres el mejor tío que tenemos los Crawley; tu apoyo nos dio a Jane y a mí el buen tío que el destino nos negó". Jack se puso de pie y alzó su copa. "¡Por todos vosotros, por todos nosotros!"

Al día siguiente, Peter se llevó a Veronika durante dos días para mostrarle el país y su gente. Jane y Jack intercambiaron miradas significativas y convencieron a Veronika de que lo acompañara. La trajeron de vuelta a casa al día siguiente, cansada pero sonriente. Se sorprendió porque Jane y Jack la interrogaron con gran detalle durante la noche. Peter se comportó como un verdadero caballero a la antigua usanza en todo momento, llevándola con delicadeza y dedicación a la cama, donde pasaron 24 horas. Peter había aprendido dos palabras nuevas, "Schniedelwutz" y "Fötzchen", ya que ella tuvo que contarle la historia de su vida, desde el convento hasta su vecino Heinz, quien tuvo relaciones sexuales con ella durante un año sin romperle el himen. Omitió la experiencia con Jack y relató con sinceridad su trabajo en la industria pornográfica. Era muy consciente de que tenía más de 35 años y que no estaría en condiciones de trabajar allí por mucho tiempo más. No necesitaba el dinero y aún tenía suficiente para jubilarse. Después de que Jane le contara todo con franqueza y honestidad, dijo: «Gracias a Dios que Peter seguía tan ágil a su edad y aún disfrutaba del sexo». Solo le dolía la fea cicatriz en la parte baja de la espalda, dijo Veronika. Jack besó a Veronika en la frente y dijo: «Gracias, fue un buen gesto para mi amiga, el mejor que he recibido». Al día siguiente, Jane llevó a Veronika a recorrer la BBC, donde se maravilló con el moderno estudio de televisión. Por la tarde, visitaron a Jack en St. Anne's, donde él les enseñó las instalaciones.

Era su última noche, Rose había preparado los filetes de forma exquisita y charlaron durante un buen rato en el acogedor salón.

Al día siguiente acompañaron a Veronika a la estación Victoria y se despidieron de ella.

Aprendizaje

von Jack Faber © 2022

Jack rechazaba con cortesía pero con firmeza a los empleados del banco cada vez que le sugerían invertir su fortuna. «Ya tengo una idea bastante clara de lo que quiero hacer con mi dinero», decía. «Todavía tengo que concretar muchos detalles, pero sin duda volveré». A partir de entonces, lo dejaron en paz; en aquellos tiempos, el cliente era el rey. Además de su trabajo en St. Anne's, pasaba cada minuto libre en su habitación de soltero. Rose le traía regularmente aperitivos y bebidas y no lo molestaba en el trabajo. Solía recordarle en voz baja que no había tenido relaciones sexuales ese día y que reprimir la eyaculación era muy perjudicial para la salud. A él no le importaba, aunque desde un punto de vista puramente médico ella estuviera diciendo tonterías, pero no tardaba en sentirse realmente relajado después. Le agradecía a Rose que pensara en él, que lo cuidara, que se asegurara de que tuviera relaciones sexuales todas las mañanas. Ella cerraba la puerta cuando Jane estaba en casa para no molestarla. Si Jane llegaba a entrar, se quedaba de pie observándolos con amabilidad. Nunca se acostaba con ellos; un trío con Rose era impensable. Tenía que mantener las distancias.

Jack se tomaba muy en serio su trabajo en St. Anne's y se dedicaba por completo a su proyecto solo en su tiempo libre. Un día, estaba listo. Durante semanas, había sacrificado sus charlas vespertinas con Jane a su proyecto. Ahora, actuando misteriosamente, dispuso vino blanco, oporto y té en la mesa de centro y esperó. Jane se sentó expectante y lo miró. Él había anotado algunos puntos clave en un papel y le había hablado de su proyecto.

Había alquilado tres apartamentos contiguos en Upper John Street, entre Regent Street y Soho. Quería abrir una consulta de medicina general sin cita previa. Sería accesible para todos, independientemente de si tenían seguro médico o no. Abierta a todos, y especialmente a aquellos que a menudo eran olvidados: familias pobres, desempleados, prostitutas y personas sin hogar, mendigos y desplazados. Por supuesto, ya existían instalaciones similares en las afueras o fuera de Londres, pero estaban lejos y en su mayoría gestionadas por organizaciones religiosas. Él quería estar en el co-

razón de la ciudad y estar ahí para todos; ni la religión ni el origen, ni el color de la piel, ni la condición social debían importar. Necesitaba empezar con dos colegas, establecer contactos profesionales con especialistas dispuestos a trabajar gratuitamente caso por caso. Necesitaba tres personas para recepción y trabajo administrativo, tres enfermeras para los tres médicos y equipo médico moderno y completo. Había hecho una lista del equipo, junto con los proveedores y los precios. Sabía que las farmacias y los medicamentos serían un problema. Pero tenía que solucionarlo de alguna manera. Jane hacía preguntas, muchas preguntas. Ajustó las cifras para incluir los gastos de personal, las reformas y el mobiliario. Para el gasto incierto en medicamentos, fijó un presupuesto de 100.000 libras anuales. Jane prometió apoyarlo, pero no quería invertir dinero todavía, quizás más adelante. Él le agradeció su sinceridad y apoyo. Para él era importante que ambos gestionaran el proyecto juntos; ella era su pilar. Y Robert, por supuesto —bromeó con un guiño—. De todas formas, no quería su dinero. Se abrazaron; el trato estaba hecho.

Se levantaron bien entrada la madrugada. Era mucho más caro de lo que había estimado. No podía ni quería regalar tanto de su herencia. Sin embargo, reescribió el concepto hasta terminarlo. Primero Peter, luego el banco. Se reunió con Peter en el club de caballeros para comer filetes y fumar cigarrillos. Peter no quería leer el concepto; quería escucharlo. Escuchó con los ojos cerrados, asintiendo para sí mismo. Al final, hizo una sola pregunta: ¿Qué pasará después de los tres años previstos? «Estaré en bancarrota y Londres tendrá una institución social menos», dijo Jack con desánimo. «Así es como procederemos», dijo Peter. «Primero, inviertes como máximo un tercio de tu fortuna, tal vez solo un cuarto. Segundo, exiges al banco al menos el doble. Y tercero, tú o Jane podéis ocuparos de los inversores, donantes, patrocinadores, etc. Un proyecto como este no se inicia así como así; se mantiene en marcha. De lo contrario, no puede funcionar». Permanecieron en silencio durante un largo rato. Entonces Peter se aclaró la garganta. «No es que no tenga ya suficientes problemas». Pero te ayudaré al principio con los ricos y los multimillonarios. Simplemente tengo que encontrar el tiempo. Les recordó a todos que los Mossley habían sido banqueros exitosos durante siglos. Él, como hijo menor, tuvo muchísima suerte y no tuvo que trabajar en el banco, dijo Peter con una sonrisa.

Antes de irse, Peter intentó hablar del tema con Veronika. Veronika era una mujer maravillosa y sensual que lo había cautivado al instante. Jack descartó la idea rápidamente. Él y Jane coincidieron en que si dos adultos debían pasar tiempo juntos, era asunto suyo. Había tenido una larga conversación con Veronika, y ella estaba muy orgullosa de acostarse con un caballero inglés tan distinguido y todo eso. Además, él y, sobre todo, Jane, estaban contentos de que aún pudiera encontrar tiempo para cosas privadas y placenteras. Peter asintió en silencio y le apretó la mano con fuerza mientras se marchaban. Jack observó a su viejo amigo durante un buen rato mientras caminaba, apoyándose en su bastón, hacia su taxi, seguido por la sombra de su guardaespaldas.

Y así sucedió. Incluso antes de que comenzara la renovación, Jane y Jack se reunían semanalmente con Peter en el Coats of Arms. Comían los deliciosos filetes, y Jane anotaba cada consejo, cada nombre, cada pequeño detalle. Se turnaban para hacer llamadas telefónicas, promocionando su proyecto. Muchas conversaciones fueron infructuosas al principio, pero la noticia pareció correrse, y finalmente, las cosas empezaron a avanzar. Jane llevaba un registro meticuloso de estas llamadas. Jack negoció con el contratista que Peter había recomendado y logró asegurar un precio máximo para las renovaciones. Si se mantenía, los costos serían un tercio menores que su presupuesto, y estarían terminadas en dos meses como máximo, o incluso antes. Peter asintió con aprobación: ¡Bien hecho, hijo! Jack se puso inmediatamente a trabajar para que los muebles y el equipo médico se entregaran a tiempo. Debido a que estaba haciendo un pedido tan grande, la instalación del equipo se ofreció gratuitamente. Este aspecto de su plan resultó ser un acierto total.

Jane se encargó de organizar a dos mujeres para trabajar en la oficina y como recepcionistas; tenía algunos conocidos en el sector de la selección de personal. Las dos mujeres más adecuadas eran mayores, pero ya habían trabajado en este campo y buscaban empleo desesperadamente. Las mujeres de unos 50 años que habían criado hijos y cuyos maridos ahora se acostaban con mujeres 30 años más jóvenes rara vez volvían a encontrar buenos trabajos. Podían recibir una remuneración satisfactoria; no era un área donde se pudieran escatimar gastos. Jack logró interesar en el proyecto a dos médicos que conocía y respetaba de su internado médico. Para ambos era importante ser sus propios jefes, así como trabajar

en una consulta privada sin ninguna inversión personal. Jack no podía ofrecerles tanto como lo que recibían actualmente, pero si su concepto revisado resultaba exitoso, podría aumentarlo. Jack había cambiado el concepto: aceptarían pacientes de pago si hubiera disponibilidad, además de sus servicios gratuitos. Los colegas se prepararon para su partida, recopilaron listas de pacientes y comenzaron a explorar qué especialistas e instituciones estarían dispuestos a participar pro bono.

Jack se topó con un muro infranqueable en su banco y en otros también. No había préstamo para un proyecto así, uno que no generaba ingresos ni ganancias. Sería tirar el dinero. Jack sufrió su primera derrota y se retorció de desesperación. Entonces llegaron las buenas noticias de Jane. Tras tres largas y cordiales llamadas telefónicas, Mossley Financing, propiedad de la familia de Peter, estaba dispuesta a aportar una generosa suma anual, siempre y cuando el proyecto siguiera siendo deficitario. Peter se negó rotundamente, insistiendo en que no tenía nada que ver con el asunto. Ni Jane ni Jack le creyeron, pero no insistieron. Jane tuvo cierto éxito y cada vez conseguía más donaciones. Pronto quedó claro que podían arreglárselas sin los préstamos bancarios. Como Peter había sugerido, Jack aportó solo una cuarta parte de su herencia y se mantuvo firme en su decisión.

Peter insistía con la misma vehemencia en trabajar tres días al mes en su oficina, junto a Jack. Era su entrenamiento. Escuchaba las llamadas telefónicas, leía los planes operativos y escribía memorandos, notas de casos y otros apuntes. Dictaba la mayor parte, que luego se transcribía, se enviaba o se archivaba en algún lugar externo. Peter siempre quería escuchar la opinión o la evaluación de Jack. Discutían cada caso, incluso si, al final, Peter a veces decidía en contra de Jack. Siempre explicaba el porqué y qué factores adicionales había considerado. Jack aprendió rápidamente y se volvió cada vez más hábil para hacer evaluaciones: cómo tratar con la realeza y los políticos, y qué evitar. Pronto conoció la organización a la perfección, memorizando rostros, responsabilidades y habilidades especiales. Había creado un sistema de archivo para ello, que guardaba bajo llave en la caja fuerte de Peter cada noche. Peter lo tenía todo en la cabeza, pero reconoció de inmediato la necesidad del sistema de archivo. No iba a vivir para siempre. Añadía información al archivo a diario, por si acaso resultaba útil más adelante. Los datos en su cabeza podían sobrevivirle.

Jack encontraba agotadora la triple carga: trabajar en St. Anne's, avanzar en el proyecto y trabajar con Peter. Jane se había hecho cargo de la gestión del proyecto y, por el momento, tenía poco apetito sexual. Rose lo esperaba cada mañana antes del desayuno para preparar rápidamente al amo Jack para el día. Él siempre se dormía con Jane en sus brazos por la noche, quien ocasionalmente se masturbaba suave y silenciosamente antes de quedarse dormida. Ella prefería esto cuando la jornada laboral era larga y simplemente no tenía ganas de sexo rápido y apresurado. La masturbación era solo una forma suave de conciliar el sueño, y a Jack le gustaba abrazarla y acariciarla mientras lo hacía. Ella aún estaba dormida cuando él se escabullía en la habitación de soltero de Rose por la mañana. Rose siempre sabía cuándo los dos tenían sexo por la noche, así que no tenía que acostarse desnuda en la cama de la habitación de soltero y excitarse antes de que lo hicieran. Rara vez se equivocaba, y cuando lo hacía, llamaba discretamente al amo Jack desde las escaleras. A ella no le gustaba tanto, porque entonces no tenía tiempo para masturbarse y excitarse antes del sexo. Rose sabía lo estresante que había sido su día y se contentaba con cinco minutos de sexo. Sabía que él no quería una paja y que solo quería sexo oral si tenían mucho tiempo. Él se había disculpado por ser tan apresurado, pero la señorita Jane nunca estaba dispuesta a tener sexo rápido por la mañana. Siempre intentaba mantenerse muy excitada con la estimulación del clítoris y provocar un orgasmo después de que él la hubiera penetrado. Le encantaba tanto como a él cuando la follaba durante el orgasmo, empujando y eyaculando dentro de ella tan pronto como el orgasmo disminuía. Entonces Rose se levantó ágilmente y preparó el desayuno que siempre hacía. Mientras servía, Rose solo llevaba su vieja bata, que revelaba más de su desnudez de lo que ocultaba. Ni ella ni Jane hicieron ningún comentario al respecto. Rose sintió que a Mi Señora le gustaba mirarla tanto como a su Amo. El coño de Rose todavía estaba caliente por el sexo, y su semen estaba resbaladizo dentro de ella. Tendría tiempo para masturbarse y ducharse después, una vez que los amos se hubieran marchado. Estaba muy orgullosa de liberar a su querido amo de su semen acumulado diariamente; encajaba perfectamente con su autoimagen y su concepción de lo que hacía a una buena sirvienta. Él comenzó a trabajar con energía visible, y Rose se masturbó intensamente antes de ducharse. Su masturbación nocturna disminuyó, ya que se masturbaba con mucha intensidad por las mañanas antes y durante el sexo.

Los preparativos del proyecto estaban en pleno apogeo. Jane se había hecho cargo de la supervisión, ya que el Hospital St. Anne's requería toda su atención. Tenía que trabajar al menos dos turnos de tres días y dedicarse por completo a las salas de pediatría. Las bellas y sensuales mujeres sin duda hacían que los turnos nocturnos fueran agradables, no cabe duda. Coordinar el trabajo con Peter se volvió difícil, pero de alguna manera siempre se solucionaba. Jane lo entendía y no se lo reprochaba, ya que solo se veían brevemente. Ya tenía muy poco tiempo para Rose; corría al hospital o a la oficina de Peter en taxi. Por la noche, abrazaba a Jane y le susurraba sobre su jornada laboral. Ella deseaba que la acariciara sensualmente cuando se masturbaba suave y tiernamente antes de quedarse dormida. Sus caricias lo intensificaban aún más.

Jack esperaba en el club de caballeros; Peter nunca llegaba tarde. El camarero trajo una nota en una bandeja de plata. "Sigo en camino, unos 30 minutos, lo siento Peter". Jack se recostó y dio una calada a su cigarrillo. Treinta minutos para él solo. Las mujeres revoloteaban en su mente como copos de nieve. Mia y el sexo con ella, que era incomparable. Mia, que había confirmado inmediatamente que Lilly quería intercambiar habitaciones con ella. Lilly, insaciablemente ansiosa por recuperar el tiempo perdido. Las jóvenes de St. Anne's, que buscaban placer con una sensualidad completa y sin complicaciones. Rose, preocupada maternalmente por su deseo reprimido y feliz de ser follada. Jane, que en ese momento solo se estaba masturbando un poco y solo quería que la acariciara eróticamente; eso era todo lo que realmente quería.

Jack tenía un sueño recurrente, confuso y místico. Estaba armando una figura femenina de metal, descomunal. Pierna por pierna, glúteo por glúteo. Los genitales y el vientre. No era una tosca muñeca de hojalata, sino una mujer erótica cuya piel brillaba como un fluido líquido y era tan flexible como la plata líquida. Una fuerza lo impulsaba en cada sueño a tocar y explorar los genitales de metal. Todo lo que una mujer podía tener estaba allí. En sueños posteriores, completó a la magnífica mujer: hombros, brazos y manos. Rizos de cabello, como plata pura, se enroscaban alrededor de su cabeza. Vio su rostro, pero no pudo recordar sus rasgos. Cada vez que la tocaba sensualmente, cada vez que su pene se deslizaba en sus genitales, un poder inmenso lo recorría. Sabía en este sueño que ese poder estaba allí para amplificar su don innombrable. Era

perfectamente natural en el sueño reconocer el poder de la Madre Universal, lo femenino primigenio. Casi podía sentir físicamente la fuerza penetrándolo, y entonces despertó. Él no creía en supercherías, pero sabía que aquello era algo casi real.

Peter llegó, saludó a Jack sin decir palabra y se bebió rápidamente su whisky. Informó que la operación en Irak, que habían planeado meticulosamente apenas diez días antes, había fracasado. El equipo no había podido traer de vuelta a Inglaterra al científico iraní, que había venido a Bagdad para una conferencia, y se temía lo peor para el desertor. El equipo había sido descubierto y capturado. Peter había negociado con Irak durante dos horas para conseguir la liberación de sus tres hombres. El vehículo del equipo de extracción se había atascado y no podían ayudar. El servicio de inteligencia iraquí había tenido que ceder ante el gobierno, que quería dar un escarmiento. Cuando la política se metía en esto, las cosas siempre se ponían feas. Jack sugirió posponer el almuerzo e ir directamente a la oficina. Llamó al hospital desde el taxi para avisar que llegaría tarde. No, no sabía cuánto. En la oficina, extendieron el informe de la Operación Barduk sobre el escritorio de Peter. Jack llamó por teléfono a un alto cargo iraquí. Pacientemente, le sonsacó información, de oficial de inteligencia a oficial de inteligencia. Descubrió que uno de los primos favoritos del general estaba encarcelado en Israel. Le susurró a Peter si tenían algún poder en Israel. Peter asintió y tomó el segundo teléfono. Saludó a Israel con frases en hebreo y cambió al inglés. Le acercó las notas de Jack y leyó en voz alta el nombre del primo y la prisión donde se encontraba. Asintió con la cabeza y miró a Jack. “¡Ve!” Jack negoció con el general iraquí. El primo podría estar en un helicóptero en 30 minutos, rumbo a la frontera sirio-iraquí. ¿Podrían sus tres agentes también volar a la frontera sirio-iraquí en ese tiempo, a la pista de aterrizaje a tres millas al este de Abu Kamal? El general prometió volver a llamar en 15 minutos.

Jack miraba su reloj portugués de oro cada pocos minutos. El movimiento suizo de precisión parecía moverse con dificultad. Jack sabía que un minuto era solo un minuto, así que dejó de tamborilear con los dedos sobre el escritorio. Peter seguía hablando con Israel. 48 más, escribió en el trozo de papel. 52, escribió Jack. El general dijo que los tres hombres iban camino al helicóptero, uno estaba herido y tendría que ir al hospital en cuanto aterrizaran. Añadió que, según el informe oficial, habían escapado y les

habían disparado mientras huían. Jack asintió. “De acuerdo, señor, llevaré al hombre al médico lo antes posible”. Preguntó por los detalles de la herida. Una bala en el hombro izquierdo, una puñalada en el muslo izquierdo. Arteria seccionada, tratada temporalmente. Esa era la herida más grave. Los otros dos estaban ilesos.

Jack comunicó la hora de llegada: 42. El general repitió que ya estaban en camino. Peter informó a Israel: un hombre gravemente herido, llévenlo al hospital de inmediato. Israel confirmó que un médico iba a bordo del helicóptero y que le informarían enseguida. Peter encendió su teléfono. “Por favor, ahora no, Ministro, estoy en medio de una operación”. “Gracias, Ministro, en una hora aproximadamente”. Miró al techo con desesperación. El perro del Ministro se había escapado. Jack sonrió, aunque estaba muy nervioso. “¡Perro escapado, llamen al MI6!”. Era divertidísimo, aunque ambos debían mantener la calma. El general iraquí dijo enfadado: “¡Todavía están repostando el helicóptero! ¿Ustedes, los británicos, también tienen que repostar cuando hay una emergencia?”. Jack negó con la cabeza; al menos un helicóptero siempre estaba completamente repostado y listo para volar. “Eso está bien”, dijo el general, “solo que a veces es más difícil para nosotros”. «Helicóptero en el aire», añadió, «quedan unos 40 minutos». Jack tomó nota, al igual que Peter: 28 minutos. Le comunicó el número 40 a Israel; querían reducir la velocidad del vuelo para no permanecer demasiado tiempo en tierra.

Peter volvió a pulsar los botones. Escuchó, luego marcó y se comunicó con el Ministerio de Asuntos Exteriores de Siria. Escuchó y luego dijo enfáticamente que no se trataba de un asunto sirio. No, el reconocimiento por radar era correcto, pero se trataba de una cooperación entre el Reino e Israel, un intercambio de prisioneros. No, debía aceptarlo; el Ministerio de Asuntos Exteriores se pondría en contacto con él directamente mañana. ¡Gracias, señor, solo llame! Terminó la llamada e inmediatamente llamó al Ministerio de Asuntos Exteriores. Después de unos minutos, se comunicó con la persona correcta y le dio un breve resumen en viñetas. Sí, la entrega se realizaría en 15 a 20 minutos. ¡Siria tenía que mantenerse absolutamente al margen y contenerse! ¡Sí, gracias! Interrumpió y preguntó a Israel; tenían ambos helicópteros en su radar, reuniéndose en 7 minutos. El general iraquí confirmó, 7.

Todo lo que podían hacer ahora era esperar, esperar, esperar. Después de casi 15 minutos, Israel informó: prisionero entregado, tres hombres a bordo, vuelo de regreso. Contacto en tierra 4 minutos con rotores en marcha. Peter llamó inmediatamente a los sirios, les informó que la operación estaba llegando a su fin y les agradeció su paciencia. El sirio titubeó y vaciló, diciendo que el propio ministro estaba en un evento y no debía ser molestado. Peter sonrió y prometió que el Ministerio de Relaciones Exteriores esperaba una llamada de Siria al día siguiente, pero que si no había ninguna llamada, ellos mismos no se pondrían en contacto con ellos. ¿Un error? ¿Señales fantasma? Por supuesto, eso es bastante común con el radar. Peter colgó con una sonrisa y llamó al Ministerio de Relaciones Exteriores. El hombre al otro lado del teléfono escuchó atentamente y prometió informarlo textualmente al ministro. Volvió a pedir el código de seguridad personal de Peter, solo para asegurarse. Peter colgó el teléfono; eso era suficiente. Jack se quedó en la línea con el general y cogió el teléfono de Peter. Le preguntó a Israel cómo iban las cosas. Sí, él era el ayudante; El jefe acababa de salir un momento. Ya sabes, los caballeros mayores a menudo tienen que irse. El israelí soltó una risita; así son las cosas a nivel internacional.

El helicóptero había aterrizado en el hospital, el herido estaba en cirugía. Eso fue todo lo que dijo; los demás también estaban siendo examinados. Permanecería en la línea durante otros 15 minutos e intentaría obtener más información del hospital militar mientras tanto. El general iraquí contestó al otro lado de la línea. Uno de los hombres del helicóptero reconoció al primo y confirmó su identidad. Le dio las gracias brevemente y dijo que volvería a llamar a Sir Peter mañana. ¡Adiós, adiós! Jack colgó y esperó al israelí. Peter encendió otro cigarrillo y le ofreció uno a Jack. Fumaron en silencio y esperaron. Entonces llamó el israelí. El hombre no estaba en estado crítico, pero sería operado. Los hombres probablemente podrían viajar en 10 días. Le pidió muy cortésmente a Sir Peter que llamara a su superior mañana y aclarara los siguientes pasos. Dijo su rango y nombre, Jack dijo el suyo y añadió: “Ayudante de Sir Peter”. Respondió al “¡Shalom!” con “¡Shalom, amigo mío!” y colgó.

Peter sacó una botella y dos copas de un armario. Un Glenturret de 120 años, dijo, solo está disponible en la Reina en estos días. Para ocasiones especiales. Chocaron las copas de cristal y bebieron

la aterciopelada exquisitez escocesa. Jack miró a Peter con curiosidad. ¿Cómo lo hicimos? Peter se tomó su tiempo y dio un largo sorbo. La Operación Barduk fracasó, el desertor se perdió, el equipo de extracción está en el vuelo de regreso. Tres hombres liberados y puestos a salvo el mismo día. No está mal el resultado. Probé con dos ayudantes antes que tú, ambos inadecuados. Me quedé con el mejor durante tres días. Peter se aclaró la garganta; no dijo nada sobre el otro. Trabajar contigo fue un placer. Te lanzaste de cabeza, directamente a la arena. Trabajas sin miedo y con gran concentración. Me gusta eso; te recomendaré al Lord Canciller en su momento. No, se rió, ¡ese no es el Primer Ministro, Dios no lo quiera! Sacudió la cabeza, riendo; todavía queda mucho camino por recorrer.

Peter sirvió más bebidas. ¿Cómo va el proyecto? Jack comentó que sus dos colegas habían estado trabajando sin descanso durante dos semanas y que era mucho menos caótico de lo que temía. Las dos recepcionistas eran un tesoro; aportaron calma y orden al lugar desde el principio. Los dos colegas habían traído consigo una cantidad sorprendentemente grande de pacientes de pago, así que probablemente necesitarían un contable. Peter le preguntó cómo se las arreglaba él. Jack respondió que tenía la agenda completa en St. Anne's y que solo podía ir a su consulta una hora o, como mucho, una hora y media. Sus colegas tendrían que hacerse cargo de la mayor parte del trabajo durante al menos otro año y medio; entonces obtendría su licencia completa y podría trabajar a tiempo completo en Upper John Street. Peter había escuchado atentamente y asintió con satisfacción. «No eres de los que toman atajos», observó. Jack arqueó las cejas. «Dos años para obtener la licencia, todo el mundo tiene que hacerlo». Peter lo miró fijamente. «¿De verdad lo crees? Eso dice mucho de tu carácter». Pero en el mundo real y cruel que hay ahí fuera, abundan las personas sin carácter, sin fe, sin decencia. Lo siento, hijo mío, pero esa es la triste verdad, la cruda realidad. Y para muchos, los atajos resultan tentadores.

—Me muero de hambre —dijo Peter, mirando su reloj—. El club de caballeros sigue abierto. Jack asintió y Peter llamó al club. Jack llamó al Hospital St. Anne's, diciendo que probablemente llegaría muy tarde, y preguntó cómo iban las cosas. —Todo bien —dijo la enfermera jefe—. El joven médico asistente se hizo cargo sin dudarlo y lo tenía todo bajo control. ¡Hasta mañana, doctor! Luego

llamó a casa. Rose contestó y él dijo que iba a cenar con Sir Peter al club de caballeros y que no volvería hasta más tarde; ella no tenía que prepararle la cena. Así que fue a cenar con Peter. Los filetes, al estilo argentino, estaban deliciosos. Charlaron un buen rato y Jack estaba bastante borracho. Dos copas del mejor whisky escocés y un sinnúmero de oportos: ¡qué delicia! Se tambaleó junto a Peter hasta su taxi y cogió otro para volver a casa. Jane ya estaba dormida, y Rose llevó a nuestro héroe ebrio a la habitación del soltero y lo desnudó. Tenía una erección parcial, a la que ella atendió de inmediato. La erección duró una buena hora, y ella se acostó con el hombre inconsciente, cuyo semen no eyaculaba sino que simplemente goteaba una y otra vez. Tuvo que acostarse con él sentada, completamente sola, y cuando supo por sus gemidos que estaba a punto de correrse, le sacó el pene y lo frotó con el puño mientras el semen seguía fluyendo. Luego volvió a introducir el pene semierecto en su vagina y se acostó con él de nuevo. Lo dio todo, porque el semen del amo Jack parecía inagotable. Solo hizo dormir a su amo cuando el semen dejó de fluir. Estaba muy satisfecha consigo misma y lo arropó maternalmente; mañana tendría una resaca terrible.

Jack poco a poco encontró un buen ritmo para administrar su tiempo. Trabajaba horas extras y turnos de noche en St. Anne's para poder tener algunos días libres. Era una presencia constante en la clínica de Upper John Street durante una hora y media o dos, atendiendo principalmente a pacientes que no pagaban. Aún no tenían nombre para la consulta y se les conocía por los nombres de sus médicos: Crawley, Finnegan y Lockhart. Los colegas dejaban los procedimientos quirúrgicos a Jack, que era el más hábil. Las operaciones más complejas debían realizarse en un hospital, lo cual era bastante caro. Finnegan y Lockhart hacían un excelente trabajo y habían interiorizado los valores sociales de Jack. Atender a los indigentes gratuitamente era bien recibido por los pacientes que sí pagaban. Era evidente que la consulta podría ser rentable en el futuro. Habían contratado a un contable experimentado que se encargaba de la facturación y mantenía las finanzas en orden. Por supuesto, había pequeños problemas que resolver a diario, pero no había problemas graves. La BBC había filmado un documental sobre ella, y después de su emisión, la sala de espera estaba abarrotada. A pesar de todos los esfuerzos, las citas se confundieron y reinó el caos durante días. Tras la avalancha de gente, la situación se calmó.

Peter lo comprendió, pero solo por un breve tiempo. Jack se quedaba dormido durante los turnos de noche y se percató de sus limitaciones. El chófer de Peter lo llevó a la oficina lo más rápido posible; Peter estaba lleno de energía y ansioso por empezar a trabajar. Planificaban operaciones, tanto grandes como pequeñas, con la misma precisión y previsión. La única diferencia radicaba en lo que estaba en juego. Utilizaban equipos experimentados y entrenados en trabajo en equipo. Peter y Jack revisaron los programas de entrenamiento de los agentes. Todos debían conocer su función y la de su compañero: organizador, experto en ganzúas, especialista en armas, conductor o transportista. Los equipos de infiltración y extracción solían estar formados por los mismos agentes y debían recibir entrenamiento para ambos tipos de operaciones. Los pistoleros y francotiradores ya casi no se utilizaban.

La mayoría de las tareas giraban en torno a la protección, el transporte seguro o la recopilación de información. Lo más emocionante era reclutar agentes, infiltrar topos o conseguir que la gente hablara. Los desertores eran muy raros, pero generalmente valiosos. Conseguir que se unieran a tu bando de forma discreta y rápida era una operación muy exigente. Estas operaciones solían ser largas, pero increíblemente desafiantes y emocionantes. Jack se volcó por completo en estas tareas y asistía a regañadientes a las reuniones, a menudo infructuosas o desalentadoras, con políticos y celebridades. Peter lo sabía, pero Jack también tenía que conocer y ser capaz de manejar este aspecto del trabajo. Lo que Jack había perfeccionado para entonces era alternar sin problemas entre sus diferentes roles. Ni el Hospital St. Anne ni su propio médico sabían de su doble vida en la oficina de Peter. Para Rose, Sir Peter seguía siendo el tío cariñoso y atento con quien había tenido relaciones sexuales frecuentes en la época de Nick. Entonces, como ahora, no tenía ni idea del trabajo de inteligencia. Jane estaba al tanto de todo, aunque Peter inicialmente no quería que lo estuviera. Jack se salía con la suya; al fin y al cabo, Jane era su esposa. Punto.

Al menos dos veces al año, Peter hacía operar a los agentes en Morrison Manor para que practicaran en la sala de operaciones. Consideraba este entrenamiento de tres días esencial; debían estar preparados para operaciones reales y de mayor envergadura. Peter sonreía con indulgencia cuando Jack enviaba a Mia y a Lilly al entrenamiento. Jack necesitaba practicar la gestión de la sala de ope-

raciones. Peter se aseguraba de que los agentes lo aceptaran como líder y de que, al final del entrenamiento, también realizara las tareas subordinadas por su cuenta. Al fin y al cabo, él supervisaba la operación y ayudaba a Jack cuando era necesario. No le ahorraba a Jack los momentos desagradables en los que tenía que rendir cuentas personalmente a políticos y aristócratas. Jack se adaptó a este papel y aún así encontraba tiempo para acostarse con Mia. A Jack ni siquiera le importaba si Peter estaba con Lilly o no. Peter le agradecía en secreto a Jack que hubiera llevado a esa zorra tan atractiva a su cama. Cuando dirigía las operaciones, llevaba una vida ascética y no perdía el tiempo en el sexo. Aunque Lilly sentía celos de Mia, les proporcionaba al jefe y a ella misma momentos muy placenteros.

Peter invitó a todos a cenar a Crawley House por primera vez. Había dispuesto que Rose recibiera los mejores ingredientes; ella debía preparar unos filetes exquisitos. Rose había puesto la mesa con esmero y preparado un delicioso entrante, plato principal y postre. Nadie sabía la ocasión. Comieron y charlaron de esto y aquello, elogiando efusivamente a Rose, quien dispuso la mesa de centro para que pudieran continuar la conversación después del postre. Peter le susurró a Rose que querían hablar sin interrupciones. Rose hizo una reverencia imposible y susurró: «¡Sí, señor!», y cerró la puerta de la cocina tras de sí.

Estaban solos y miraban expectantes a Peter, quien, en contra de su buen juicio, encendía torpemente un grueso cigarro cubano y lo fumaba con evidente incomodidad. En el año de nuestro Señor 1138, el rey Esteban nombró al primer conde de Pembroke... bueno, podemos omitir los detalles históricos si lo prefieres. Jack suspiró aliviado; ya había leído la historia del mariscal del rey Esteban varias veces, así como las de las generaciones posteriores. Peter explicó que los Mossley se habían unido a la familia Pembroke hacía más de 450 años. Inicialmente una dinastía de espadachines, pronto desarrollaron una habilidad especial para la banca. Los Pembroke estaban representados en la Cámara de los Lores por Sir Sidney Herbert, conde de Pembroke, y el conde de Montgomery; los Mossley nunca habían estado en la cámara alta. Los Mossley operaban discretamente y habían amasado una considerable fortuna a lo largo de los años. Su parte del pastel era aproximadamente un cuarto de billón, unos buenos 250 millones. Tras el último ataque, aún en la cama del hospital, cambió su testamento.

No tenía hijos; dejó una pequeña parte a los nietos de su hermano Henry, con quienes había consultado previamente. La mayor parte sería para Jane y Jack. Henry comprendió de inmediato su razonamiento y le aseguró que estaba haciendo lo correcto. Peter permaneció en silencio; todos estaban absortos en sus propios pensamientos.

La voz de Peter sonaba frágil. “No tengo hijos. Ustedes dos son mis únicos hijos, si me permiten decirlo”. Asintió y apagó rápidamente su cigarrillo cubano. Casi de inmediato, encendió otro y se sirvió un whisky de tres copas. Jane, que ya iba por su segundo cigarrillo pero aún no había probado su primera copa de vino, puso su mano sobre la de Peter. “Querido tío Peter, no queremos hablar de la muerte, ¡y mucho menos de la herencia!”. Las lágrimas corrían por sus mejillas. “¡Ojalá pudieras quedarte conmigo muchos años más!”. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Miró a Jack. Él negó con la cabeza, comprensible dado lo ocurrido tras el intento de asesinato. Probablemente aún era demasiado pronto para pensar en tu muerte, querido Peter. Le conmovió estar en su testamento, pero el dinero no le importaba realmente. Podía vivir con lo que ganaba como médico. Permanecieron en silencio; Peter los observó a través del humo del cigarrillo.

—Así que nos acercamos al punto —dijo—. El dinero, en realidad, es solo un número en un extracto bancario. Lo que haces con él, eso es lo que importa. Pero en realidad no quería hablar de dinero; tendrán que hacerlo ustedes dos cuando esté bajo tierra. Pero me refería a algo completamente distinto. Me di cuenta de ello cuando tuvieron que trasladarme tres días al hospital por una tubería rota. ¡El lío que armaron esas pobres enfermeras para que dos aristócratas compartiéramos habitación! No podían ponerme con un teniente plebeyo. Protesté: «¿Y si el plebeyo fuera razonablemente guapo y estuviera dispuesto...?». Pero no se rieron; el asunto era demasiado serio. Peter sonrió; pensó que su comentario había sido ingenioso y gracioso. Hizo una larga pausa.

Jane y Jack, ambos son plebeyos, solo que “plebeyos” entre comillas. Eso no dice absolutamente nada sobre su carácter, sus habilidades ni ninguna otra cualidad. Siempre tendrán un límite, ya sea en la BBC o en el MI6; sus carreras terminarán ahí. ¡Cada aristócrata mezquino y engreído los despreciará! Y eso, queridos míos, apesta a kilómetros. ¡Muchísimo! Peter hizo una pausa y los miró

a través del humo del cigarrillo. Jack, por supuesto, sabía a qué se refería Peter desde que se mencionó al teniente plebeyo, pero permaneció en silencio y escuchó atentamente. “Ha estado apestando a kilómetros durante meses, durante años”, dijo Peter. “Tengo que hacer algo al respecto antes de reunirme con mis antepasados. Voy a adoptarlos a ambos. Entonces formarán parte de la aristocracia, y entonces nadie los despreciará más. ¡Y además reforzará con fuerza mi voluntad!”

Peter se recostó y buscó a tientas su paquete de cigarrillos. Ya había compartido sus pensamientos; ahora era el turno de los demás. Jane se recompuso y dijo que no quería hablar de la muerte. Desde luego, no de herencias; aún era demasiado joven para eso. Punto. Sin embargo, le gustaría pensar en la adopción; sería un gran honor ser su hija. Dudaba que eso realmente la ayudara en la BBC. Para eso, se necesitaba un pene, y ella solo podía pedir uno prestado por unas pocas horas. Los tres rieron, y Peter se dio un par de palmadas en los muslos: ¡pedir uno prestado por unas pocas horas, eso era divertidísimo!

Jack compartía los sentimientos de Jane; era un honor inesperado ser su hijo. Eso era lo que más le importaba, pero admitió que las consideraciones relativas a su carrera también eran importantes. Creía que primero habría que consultar con varias personas: su madre, Verónica, el conde de Pembroke, Sir Henry Mossley y posiblemente otros Mossley. Era necesario aclarar los aspectos legales del nombre y la ciudadanía. Peter asintió. Quería que Jack se encargara de interrogar a Verónica; todo lo demás ya se había hecho o estaba en proceso. Ser nombrado Lord lo convertiría automáticamente en ciudadano británico, aunque podría conservar su ciudadanía alemana mediante un acuerdo de doble ciudadanía. Su hermano Henry estaba entusiasmado y quería conocerlo cuanto antes. Los demás Mossley no tenían objeciones. El nombre y la herencia del título nobiliario estaban claramente regulados. El conde de Pembroke, Sir Sidney Herbert, también estaba de acuerdo; solo tenían dudas sobre si el condado de Peter podría transferirse a Jack sin más trámites. Esa solía ser una prerrogativa de la Reina. Peter se recostó; ya lo había pensado todo. Jack le sonrió a Jane: “¿Deberíamos decir Papá o Papi?”. Ella le devolvió la sonrisa; prefería “Papi”, ¡suena tan romántico!

Jack volvió a ponerse serio. La adopción significaba mucho más para ellos que el dinero, que aún estaba por llegar. Sonrió para sí mismo. Veronika seguramente estaría de acuerdo, pensó, porque entonces, como madre adoptiva, ¡podría recordarle al padre adoptivo sus deberes conyugales! El sutil comentario hizo que Peter se riera a carcajadas. *"¡En el blanco!"* , chilló, *"¡En el blanco!"*. Jane, que había estado disfrutando del vino blanco, se unió a la risa y le preguntó a Jack cómo se decía "Mütterchen" (madrecita) en alemán. *"¡Mütterchen Fötzchen, Mütterchen Fötzchen!"* , repitió riendo. Peter y Jane ya estaban un poco ebrios, y Jane, riendo y sollozando, contó lo que Veronika le había dicho sobre haber tenido relaciones sexuales con el noble caballero, y Peter se rió hasta que le dolió el costado. La velada terminó alegremente; Peter llamó a su taxi especial y se marchó, despidiéndose de ambos con un abrazo.

Unos días después, Jack llamó a Verónica. Le explicó la situación y le dijo que tendría que estar en Londres para la fecha límite para firmar su consentimiento. Ella se alegró muchísimo y pidió que le avisaran con tiempo. ¡Su hijo, un lord inglés! Quería quedarse una semana o diez días y elegir el vestuario adecuado con Jane. Él reprimió una exclamación de «¡Ay, ustedes, las mujeres! ¡El vestuario!» y prometió llevarla a Londres a tiempo. Como era de esperar, Verónica no puso ninguna objeción. Jack informó a Jane y a Peter.

Jane le pidió consejo a Jack. Había oído que una casa justo enfrente, a apenas cien metros, estaba en venta. El anterior propietario había fallecido y los herederos querían venderla. Ella quería comprarla, aunque no tenía un motivo específico. Le había pedido a un conocido que trabajaba en el sector inmobiliario que hiciera una tasación confidencial. La casa era algo más pequeña que Crawley Manor, necesitaba reformas y tenía un jardín grande. Su amigo la examinó y estimó su valor en 500.000 libras como máximo. Jack contrató a un tasador profesional que elaboró un informe exhaustivo. Estimó el precio de compra en 450.000 libras, con unos costes de reforma de alrededor de 150.000 libras. Él y Jane negociaron con los herederos. Ellos tenían su propio tasador y pedían 550.000 libras. Llegaron a un acuerdo por 475.000 libras; Jane no estaba dispuesta a bajar el precio y los herederos querían vender rápidamente. Se ahorraron los honorarios de la agencia y ahí quedó el asunto. Jane inició de inmediato la renovación, con-

tratando a los mismos artesanos que ya habían reformado Upper John Street. Necesitarían un máximo de seis semanas.

Durante uno de sus momentos íntimos, Jack le contó a Jane su sueño. La mujer alta hecha de plata líquida. Su pene, suave y sin penetración, se deslizó en la cálida plata de sus genitales. Su semen, sin ser eyaculado, fluyó en el metal caliente. El poder que pasó de ella a él, fluyendo en él como su semen en ella. Cómo despertó con una erección matutina y se acercó sigilosamente a Rose para introducir su erección en su orgasmo. Después de un rato, Jane dijo que había sido un sueño muy hermoso. Lo envidiaba; le hubiera gustado ser la Mujer Plateada. Jack la abrazó y la besó con ternura.

Después del sexo, Jane se tumbó boca arriba sobre su pecho, masturbándose suave y sensualmente. Él acarició sus pechos, su vientre y sus labios vaginales. La interrumpió juguetonamente con el dedo en la punta de su clítoris; era un juego que jugaban juntos. Cuando ella llegó al orgasmo, él tomó el clítoris y lo frotó con fuerza y sin cesar. Ella se acurrucó como un embrión, su cuerpo temblando durante lo que pareció una eternidad. Suspiró profunda y agradecida y se tumbó a su lado. Rozó su pene flácido con los dedos y dijo: «Sabes, estaba pensando en Peter cuando compré la casa. Cuando sea viejo y esté jubilado, sería una buena idea que estuviera cerca de nosotros. Quizás Rose podría cuidar de su casa, aunque no sé si querría a un hombre tan mayor». «No lo sé...» «Oh, sí», interrumpió Jack, «ya tenían sexo cuando Nick todavía estaba aquí». Le contó a Jane lo poco que Rose le había dicho al respecto.

Jane escuchaba atentamente. Puede sonar descabellado, pero pensé que Veronika ya podría haber considerado vivir con nosotros en Londres. El rodaje estaba terminando, nada la retenía en Unterhaching, en Múnich, tal vez solo la casa. Peter y Veronika, ¿podría funcionar?, preguntó, y Jack asintió. Sería una buena situación para todos, para nosotros, para Peter y Veronika, incluso para Rose, que también siente debilidad por Lady Veronica. Los dos eran de la misma generación, Rose tendría con quién cotillear, y ambos ya conocían el pene de Peter. Pero una cosa a la vez, intervino Jack teatralmente, ¡no queremos matar al viejo! Pero esperemos antes de hacer planes, eso está muy lejos en el futuro. Pero discutieron la idea una y otra vez por las noches. Era una gran

idea; les mostrarían la casa a Peter y Veronika después de la reforma. Tal vez la idea no era tan absurda después de todo.

Semanas después, la reforma estaba terminada. Arriba había dos habitaciones amplias con un baño compartido en el centro, accesible desde ambos lados. En la planta baja, había un amplio salón con cocina integrada y dos habitaciones pequeñas y luminosas. Entre ellas había un baño idéntico. El sótano estaba limpio y espacioso. No había cuartos de servicio. Jack y Jane coincidieron en que todas las opciones eran posibles. Peter solo o con Veronika. Podían vivir uno al lado del otro, juntos o por separado, uno encima del otro. Jane le enseñó la casa a Peter varias veces, preguntándole aquí y allá cómo se podría distribuir. Excepto por los dos baños, la casa seguía vacía y se podía amueblar completamente de nuevo. Peter no era tonto y le preguntó directamente a Jane. Ella le respondió abiertamente y le describió las ideas que ella y Jack tenían. Peter guardó silencio; guardó silencio durante semanas y solo prometió dar a conocer su postura más adelante.

En mayo de 1966, llegó el momento. La oficina de Peter lo tenía todo meticulosamente preparado. Veronika viajaba emocionada en el tren; Jack le había enviado un billete de primera clase, como de costumbre, y tendría tiempo de sobra para renovar su armario con Jane. Jack y Rose la recogieron en la estación Victoria; Rose insistió. La abrazó como si fueran hermanas. Jane acompañó a Veronika, y a veces también a Rose, a boutiques de moda para modernizar el vestuario de Veronika. Con pesar, se deshizo de algunas prendas llamativas, pero confiaba en el buen gusto de Jane. Poco a poco aprendió a maquillarse con sutileza y elegancia. Jane le enseñó la nueva casa y las dos hablaron de ideas de decoración. Cuando Jack le preguntó si quería mudarse a Londres, al principio lo negó. Sin embargo, quería pensarlo; probablemente era una decisión importante. Después, las chicas se apresuraron a ir a la peluquería.

La oficina de Peter lo había preparado todo con precisión y meticulosidad. La familia real estaba legalmente obligada a asistir. La ceremonia se celebró en un pequeño salón de baile del Palacio de Buckingham. A un lado estaban Peter, sus futuros hijos y su familia; al otro, sus hermanos y sus familias. El conde de Pembroke y Montgomery llevaba una capa sobre los hombros de estilo antiguo, al igual que Peter. Todos esperaron hasta que llegó la dama real y

sus acompañantes. Para ser honestos, nadie la conocía. Pero estaba allí, representando a la Reina. Los funcionarios se sentaron en una mesa y presentaron los documentos para su firma. Primero, los papeles de adopción de Jane y Jack fueron firmados por Peter, Sir Mossley y el conde. Sir Mossley y el conde estrecharon ceremoniosamente la mano de Jane y Jack. Se estampó el sello real, pero los miembros de la realeza nunca firmaron.

Entonces un funcionario anunció en voz alta que al hijo de Sir Peter se le concedía el título de lord. Se firmaron más documentos y se dejaron a un lado solemnemente. Peter colocó su capa ribeteada de piel sobre los hombros de Jack, y luego la dama real se acercó y estrechó la mano de Peter, Jack y Jane. Tras una vacilación apenas perceptible, también ofreció un suave apretón de manos a Veronica y Rose. Salió apenas tres minutos después. Tuvieron que esperar, ya que el encargado de los asuntos de ciudadanía llegaba tarde. Jack y Jane conversaban animadamente, aunque con cordialidad, con Lord Mossley y el conde Montgomery. Ambos los abrazaron; habían sido recibidos en la familia. Les presentaron a todos los miembros de la familia. Era evidente que ambos jefes de familia estaban muy complacidos. Lord Mossley se dirigió a su hermano Peter. Lo felicitó con un firme apretón de manos, diciéndole que podía estar orgulloso de esos espléndidos niños. Finalmente llegó el funcionario que se había retrasado y se selló la ciudadanía. Poco a poco, partieron en una larga caravana hacia una cervecería al aire libre reservada. La celebración duró hasta la noche, con Jack y Jane yendo de mesa en mesa.

Al día siguiente, llegó el taxi de Sir Peter. Tomó las llaves de la nueva casa y a Veronika de la mano, y caminaron hasta allí en silencio. No regresaron hasta dos horas después; Veronika estaba radiante como una moneda de oro recién pulida y sostenía la mano de Peter. No dijeron nada, absolutamente nada. Estricto secreto, su toque personal. Peter asintió y dijo que volverían después de cenar, y luego se marcharon en el taxi. Jack y Jane se sentaron en el parque detrás de la casa y por fin tuvieron un rato a solas. Intentaron mirar hacia el futuro. En pleno verano, querían pasar tres o cuatro semanas de vacaciones en Portugal. Mucho después de cenar, Peter y Veronika regresaron. Estaba completamente agotada de tanto sexo, susurró en alemán a Jack mientras se abrazaban. Subió directamente a su habitación; no quería beber nada. Bebieron en silencio, y Peter le preguntó a Jane si su oferta seguía en

pie. La casa. La residencia de ancianos. Jane se llevó la mano al pecho. “¡Claro que sí, Pet... Padre!” Gruñó: “Peter o tío Peter, hablo en serio”.

Lo quería y amueblarlo exactamente como él quería. Los dos dormitorios de arriba con camas extra anchas. Abajo, dos estudios y una cómoda sala de estar. Y quería un buen sistema telefónico, un teléfono en cada habitación. Dos líneas y una línea privada; su oficina lo instalaría según sus especificaciones. Y no vendría hasta finales de año, no antes. “Dos dormitorios”, dijo Jane, alargando las palabras. Peter respondió que su hermano podría vivir con él alguna vez, o al menos quedarse a dormir. También quería saber el alquiler. Jane dijo sin dudarlo: “¡Veinte libras, señor!”. Esto dejó a Peter completamente desconcertado. “¿Por noche?”, preguntó, y Jane se rió: “¡Por hora!”. Regatearon durante varios minutos como vendedores de alfombras, y Jack sirvió cuidadosamente más whisky, vino blanco y oporto. Fue un placer escuchar su batalla simulada; fue realmente hilarante. Finalmente, Jane dijo con firmeza: “Una libra al año; esa es mi última palabra”. Peter asintió con la cabeza, “Me rindo”, y tomó su copa. “Me estoy haciendo muy viejo”, murmuró.

La vida volvió a la normalidad. El nombramiento de Jack fue recibido con cálidas felicitaciones en St. Anne’s y en Upper John Street, pero, aparte de eso, no tuvo mayor repercusión. Se volcó en su trabajo y también colaboró con Peter. Peter no dijo ni una palabra sobre su jubilación y solo le comentó a Jack, en términos generales, que la nueva casa no tenía ninguna relación con el momento de su retiro. Por mucho que Jack preguntara en el círculo de Peter, nadie conocía los detalles. Algunos domingos por la noche, Sidney o Henry aparecían para charlar con Jane y Jack. Eran muy agradables y hablaban de sus familias. Henry habló extensamente sobre el Banco Mossley, que él dirigía. Era su cuarta visita y ya tenía una idea clara de Jack. Henry estaba cada vez más involucrado con los estadounidenses, al igual que Jack, el oficial de inteligencia. Henry lo sabía porque formaba parte de la junta civil de los servicios de seguridad y tenía una considerable influencia sobre su presupuesto. Jack expuso el alcance de la reorganización de los programas de formación y esperaba que Henry pudiera abogar por ella. Henry lo entendió perfectamente, pero no podía prometer nada. Rápidamente comprendió que Jack no se veía trabajando en la banca y que deseaba seguir siendo médico con toda su alma. En realidad,

le daba mucha lástima, porque Jack era una de las mentes más brillantes de la familia. Y aún no sabía quién podría dirigir el banco tras su jubilación. Por desgracia, no era Jack. Jane escuchó a los dos hombres y tuvo la sensación de que no había lugar para una mujer. Jack sabía exactamente lo que ella pensaba. Poco a poco la incorporó a la conversación y dejó que Henry viera lo culta e inteligente que era. Cuando Henry se marchó, la tomó en brazos. No era el momento para que las mujeres ocuparan puestos de liderazgo. Le dolía profundamente, le dolía físicamente, ver cuánto sufría. «¡No me rendiré sin luchar, baronesa!», susurró. «Quien se rinda, ya ha perdido». «Oh, Jack», susurró ella, «Robert y yo no somos bienvenidos en ningún sitio». Él le secó las lágrimas de la mejilla. «No llores, infórmate sobre banca, ¡la necesitarás!».

Domingo tras domingo, Jane y Jack viajaban con el chófer de la compañía hasta Effingham, a 30 kilómetros al suroeste de Londres. La casa de Henry era una antigua finca rural muy bien cuidada, y él los había invitado a quedarse porque llevaba una escayola durante unas semanas tras una operación de tobillo. Henry y su numerosa familia los trataron como hermanos, y mientras los más pequeños correteaban por el césped, los adultos se sentaban en la terraza y degustaban los vinos de la bodega de Henry. Jack, con mucha habilidad, consiguió que Henry y Jane hablaran de finanzas. Al fin y al cabo, ella ahora formaba parte de la familia Mossley, y sería una pena que no supiera nada de banca. No lo ocultaron; al menos quería saber cómo funcionaban las cosas. Henry estaba encantado, porque sus hijos no tenían el menor interés en el negocio familiar.

Jack les permitió hablar de trabajo y conoció a los hijos adultos de Henry. Escuchaba a Jane con atención, pero con la otra, se comportaba como un médico, escuchando sus problemas sexuales. Sus nuevos primos rondaban los cuarenta y sufrían bajo las anticuadas nociones victorianas. Sentían que su sexualidad desbordaba y solo podían tener buen sexo en secreto. Una prima en particular enfrentaba dificultades. Estaba casada con un Mossley, lo amaba, tenían dos hijos maravillosos y mantenía una relación secreta con una lesbiana más joven. Él creía que la familia y los hijos pequeños eran primordiales. De todos modos, intentaría un trío. Quizás las dos aceptarían; quizás la bisexualidad fuera la solución para ellas. En realidad, no corría mucho riesgo, porque ya fuera en secreto o abiertamente, las tres tenían las mismas posibilidades.

Sin embargo, el secreto conllevaba mucho más potencial de conflicto que la franqueza, que al principio solo resultaba incómoda. Dijo que no estaba del todo satisfecho con su propio consejo, pero que iba por el buen camino.

Meses después, susurró que el trío había salido bastante bien. Convencer a la chica lesbiana había sido difícil, pero su marido se mostró entusiasmado de inmediato. Verlas hacer el amor lo excitó enormemente, y tuvo relaciones sexuales con ella, su esposa, con apasionada lujuria. La chica observaba con sentimientos encontrados; nunca antes había tenido relaciones sexuales con un hombre y no quería. La sostuvo en sus brazos mientras su marido tenía relaciones sexuales con ella. Lloró en silencio y lo permitió. Su marido tuvo relaciones sexuales con ella en cada encuentro, y ella lloraba cada vez contra el pecho de su amiga. Nunca tuvo un orgasmo durante el coito y solo lo deseaba durante el amor lésbico. Sin embargo, le permitió tener relaciones sexuales con ella dos o tres veces seguidas y sollozó cuando él eyaculó dentro de ella. Después de seis meses, todo terminó. La chica lesbiana siguió adelante, se acercó de nuevo a su marido y su vida sexual floreció de nuevo.

Uno de los contactos más interesantes de Jack en los servicios de inteligencia era Natasha, una estadounidense de ascendencia rusa. Era analista del servicio estadounidense y conocía a todos los rusos como nadie. Ambos eran muy cooperativos y se regían por el principio del intercambio de información: tú me das, yo te doy. Por supuesto, no podían encontrarse en el club de caballeros, y solían verse en cafés al aire libre, una o dos veces al mes. Natasha no estaba interesada en el sexo casual, según dijo desde el principio; era virgen a sus cuarenta y tantos años y esperaba al hombre ideal. No era particularmente hermosa; su cuerpo esbelto acentuaba las curvas de sus pechos. Desde luego, Jack no se habría fijado en ella en la calle; la habría catalogado como una “sueca fea”. La pelirroja definitivamente no era su tipo. Sin embargo, hablaba con total libertad y casi provocativamente exhibicionista sobre su sexualidad, y Jack aprendió sobre las mil formas en que las mujeres se masturban. Eran conversaciones interesantes y muy íntimas. Una vez, después de semanas separados, cuando se encontraron en un apartamento clandestino, ella le mostró sus técnicas favoritas con una sonrisa frívola. Él la observó, excitado, pero sabía que no llevaría a ninguna parte y luchó por contenerse. Su virginidad era más teórica que otra cosa; no podía detectar un himen. Disfrutaba

viéndola masturbarse y al principio no necesitaba saber con quién se acostaba. La mujer de 40 años en realidad tenía 46 y ciertamente no era virgen. Un escaso vello púbico rojizo-grisáceo adornaba su hendidura. Cuando se masturbaba, se absorbía por completo en sí misma, ajena a su entorno como en trance. Él se acostó desnudo a su lado y acarició sus genitales y su mano mientras se masturbaba. Después de su orgasmo, emergió de las profundidades y le sonrió con ojos brillantes que centelleaban con estrellas. Una vez que se conocieron mejor y estuvieron acostados juntos, él la penetró muy suavemente mientras ella estaba de lado. Él le había levantado las piernas y se había acostado sobre sus genitales. Observó cómo su dedo dibujaba suavemente un ocho sobre su clítoris y eyaculó con el corazón apesadumbrado. Ella no se percató de nada; estaba completamente absorta en la sensación. Cuando él la penetró, ella comenzó a tararear, un sonido que solo cesó cuando él eyaculó.

Ella emergió de su orgasmo y notó su erección, como tantas veces antes. “¡Oh, pobrecito!” dijo esta vez, y medio introdujo su pene en su vagina. “Puedes correrte, Jack, si quieres, ¡no me importa!” Sus movimientos de empuje lo excitaron; la penetró suavemente con la mitad de su pene dentro. Ella había levantado la cabeza y miraba, hipnotizada, su entrada. Sonrió dulcemente y acarició su pene y su clítoris con los mismos dedos. Él tenía que correrse, y jadeó que tenía que correrse ahora. Ella asintió excitada y afirmativamente. “¡Solo correte, cariño, vamos! ¡Correte dentro!” Y cuando comenzó la eyaculación, él introdujo su pene profundamente dentro de ella. Ella mantuvo su pene dentro hasta que se ablandó. A partir de entonces, la penetró, consciente o inconsciente, pero solo en la posición de lado. Evitaba la posición del misionero; era demasiado íntima para él. Deliberadamente no quería una relación sexual con ella. En realidad, era demasiado si se veían una o dos veces al mes para masturbarse y tener relaciones sexuales.

Natasha era un activo valioso, pero solo mientras no estuvieran emocionalmente distraídos. Le alegraba que se llevaran tan bien. Habían supervisado juntos varias operaciones menores en Rusia durante los primeros meses, y todo había salido a la perfección. Peter aún los había sometido a una exhaustiva investigación y les había dado el visto bueno para su liberación. Jack sonrió; confiaba más en sus propios instintos que en los investigadores. Pero la co-

laboración con los estadounidenses era muy laxa; preferían hacer las cosas por su cuenta. Cuando Natasha fue trasladada a Berlín después de un año, durmió con ella por primera y última vez en la posición del misionero. La abrazó con fuerza durante el acto sexual; esa fue su despedida.

Jane había terminado de amueblar la casa de Peter, y él se mudó a finales de octubre, después de la explosión. Ella lo ayudó a desempacar, y Rose llegó con bolsas de la compra para abastecer la cocina. La noche del segundo día, se sentó en su cómodo sofá y disfrutó de su primer whisky. El sistema telefónico funcionaba a la perfección; había aprendido a usarlo en solo unos minutos. Podía tender una línea desde la oficina hasta su casa, lo cual era muy importante para él. Todas sus pertenencias personales estaban allí; el trabajo seguía en su apartamento de la ciudad.

Cambios

von Jack Faber © 2022

El 15 de octubre, estalló la bomba. Peter tuvo que ceder su puesto a Harrington con efecto inmediato. Lord Harrington era el nuevo jefe. Peter se aseguró primero de que todo estuviera en orden y esperó a Harrington en su despacho. Harrington era un completo idiota, para decirlo sin rodeos. Sin duda, era un excelente criador de caballos; sus animales alcanzaban precios altísimos. Más allá de eso, era un completo imbécil; incluso el sofisticado sistema telefónico del despacho de Peter le resultaba un problema. Solo conocía el servicio por informes y solo lo habían nombrado allí por recomendación. Lo único bueno era que dejaba el trabajo real a otros y se dedicaba a pasar horas al teléfono con sus amigos amantes de los caballos. Todo iba bien; firmaba documentos por la mañana, luego comenzaban las reuniones para tomar té y las llamadas telefónicas. Cada vez que Peter llegaba al despacho —y Peter llegaba todos los días poco antes del mediodía— Harrington le cedía inmediatamente el despacho y hacía sus llamadas desde la sala de conferencias. Así comenzó la jubilación de Peter.

Jack se mantuvo al margen del traslado de Peter; tenía un objetivo concreto en mente. Un comentario casual de Henry le dio la idea. Gracias a su posición, tenía acceso libre al Ministerio de Guerra en Whitehall, que acababa de ser absorbido por el nuevo Ministerio de Defensa. Pasó incontables horas en los archivos, tragando polvo y estudiando minuciosamente los expedientes. No encontró ningún expediente sobre su padre, pero sí toda la información que este había podido proporcionar al Ministerio de Guerra. Había fotografiado miles de páginas de listas e informes. Su esposa trabajaba en el Ministerio de Agricultura nazi en Múnich, lo que le facilitaba el acceso a información vital. El Ministerio de Guerra podía deducir fácilmente la ubicación y los movimientos de las tropas a partir del movimiento de mercancías y los documentos de envío. Durante la guerra, esta información era invaluable. Finalmente, el mensajero que había transportado el microfilm fue capturado y torturado. Toda la cadena quedó al descubierto y todos los implicados fueron arrestados. Por fin, encontró la lista de los ejecutados. Jack le entregó sus notas a Jane y juntos completaron

la historia de la vida de su padre sin revelar los secretos del Ministerio de Guerra.

Rose, con toda naturalidad, se encargó de preparar el desayuno para Sir Peter. La idea fue suya, y se lo pidió a Lady Janet y al señor Jack, quienes, por supuesto, dieron su permiso. Solía regresar al cabo de una o dos horas, y ni Janet ni Jack le preguntaban jamás cómo le había ido con el viejo. Rose y Peter nunca lo mencionaban, y Jack estaba muy contento de que Rose mantuviera el debido respeto y distancia con Peter. A veces, mientras descansaba tras el encuentro matutino, Rose susurraba lo orgullosa que se sentía de estar al servicio del señor en ambas casas. Lo decía muy en serio, sin bromas, porque una buena criada sabía cuándo tenía que acostarse con el señor por su bienestar físico. Jack asintió, la elogió y le dio un tierno abrazo. Rose era un alma bondadosa.

Hablaba con Veronika por teléfono de vez en cuando; ella estaba bien y en proceso de retirarse del mundo del cine. La dejaron ir porque todos se alegraron de que hubiera tomado la decisión por sí misma. Esa era su noticia; le ocultó todo lo demás.

Sin decírselo a Jane ni a Jack, Peter había contratado a un hombre de confianza en Frankfurt para ayudar a Veronika con la venta de su casa. Todo transcurrió sin problemas y con discreción; el marido de Peter era banquero, pero conocía bien el mercado inmobiliario y no se dejaba engañar fácilmente. Era muy astuto y trabajaba con rapidez y eficacia. La ubicación al sur de Múnich era muy codiciada, y el terreno, de unos 2000 metros cuadrados, valía considerablemente más que la propia casa. Acompañó a Veronika a la notaría y revisó todo minuciosamente para asegurarse de que estuviera en regla. Veronika quedó atónita; el precio de compra ascendía a casi 12,4 millones de marcos. Permanecería en la casa hasta finales de diciembre. El marido de Peter también la ayudó a transferir sus bienes a su cuenta en Londres. No quería dinero; ya hablaría de eso con Peter.

Después de todo eso, no quería dejarlo irse sin una buena copa. Se había puesto un camisón transparente y lo esperaba con el mejor vino blanco que pudo encontrar. ¡Qué grande fue su decepción cuando el amable hombre confesó ser gay! Después de graduarse de la secundaria, se había acostado con algunas amigas de su madre, pero no había disfrutado hurgando en sus viejas y antiguas

vaginas. Al contrario, sus coños arrugados, estirados por tanto follar y masturbarse, le daban asco. Bebió el buen vino con Veronika de buen humor, y después de la segunda botella, ella le mostró lo que tenía para ofrecer. Pronto quedó cautivado por su dulce coñito y solo quería correrse dentro de ella. ¡Corre, corre, corre! Era el primer hombre gay al que había seducido sin piedad. ¡Y cómo lo sedujo! Solo al amanecer lo dejó ir, cuando ya no pudo producir ni una gota más. ¡Se rió y dijo que ninguna mujer lo había follado tan bien como ella! Veronika pensó que él follaba igual de bien que los demás, y con mucha más pasión. No le importaba que fuera gay. Fue una velada muy agradable y se despidieron como amigos.

Todos se quedaron atónitos cuando ella apareció de la mano de Peter en Crawley Manor en Nochebuena. Peter sonreía de oreja a oreja; ¡la sorpresa había salido a la perfección! Jack no se sorprendió en absoluto; Peter había logrado la entrada silenciosa con total naturalidad. Aún más sorprendente fue que Veronika hubiera seguido el juego con tanta facilidad. Él estaba muy agradecido de que Peter hubiera gestionado la venta de la casa con tanta brillantez y de que él no hubiera tenido que ir a Múnich durante semanas, como temía en secreto. Resultó ser una de las Navidades más maravillosas que jamás habían celebrado juntos.

Durante los días y semanas siguientes, Rose le enseñó a Veronika todo lo que había que saber sobre la gestión de una casa. Tuvo que aprender cómo funcionaban las compras allí, qué le gustaba comer más a Sir Peter y que la lavandería recogía y entregaba la ropa y las camisas de Sir Peter. Ninguna casa tenía lavadora ni plancha. Y que le llevaban al chófer un sándwich y una taza de té mientras esperaba a Sir Peter. A las 11:15 en punto, Sir Peter salía para la oficina y regresaba a casa para cenar exactamente a las 8:15 p.m. Si iba a llegar tarde, la oficina siempre llamaba. Rose no podía decirle a Veronika a qué se dedicaba Sir Peter, pero sabía que la oficina se encargaba de la importación y exportación y que él era el jefe.

Rose y Veronika acordaron dejar de lado todas esas tonterías de “dama” y “mi señora”. Rose y Veronika, eso fue fácil y sencillo. Ambas sabían que no eran damas. Rose se rió a carcajadas cuando Veronika preguntó en un inglés titubeante cómo se dormía con Sir Peter. Veronika se dio cuenta de su metedura de pata y también se rió. No, dijo, ¿qué había que tener en cuenta en el dormitorio? Ro-

se empezó con el whisky, sus cigarrillos y el cenicero; todo eso era importante para él. Cuando hablaba por teléfono, había que dejarlo solo. Medicación por la noche, medicación por la mañana. Periódicos solo en el desayuno. Siempre toallas limpias junto a la cama para limpiar su semen. No quería ensuciar las sábanas con él. Sir Peter era muy quisquilloso con la limpieza.

Rose pensó mucho y luego dijo lo que le vino a la mente. "Y el resto", dijo Rose, "lo aprenderemos en la práctica". Relató, por supuesto, cómo Sir Peter le había indicado que quería tener sexo. Ella nunca se lo sugirió; eso habría sido impropio para una criada. Él se contentaba con tener sexo dos veces por semana, y prefería estar de espaldas, no mucho más. Nunca pidió nada perverso, solo buen sexo inglés a la antigua. Si su pene aún no estaba erecto, le gustaba verla (muchísimo, de hecho) masturbarse, o ella lo excitaba con sus labios, lengua y boca. A menudo ambas cosas. No, rara vez eyaculaba en su boca. Pero a veces le sujetaba la cabeza firmemente con ambas manos y eyaculaba profundamente en su garganta. Veronika asintió; eso no era problema.

—Ya resolveremos el resto en la práctica —dijo Rose. Era la primera vez que Veronika tenía intimidad con Rose; Sir Peter era solo un observador. Veronika tomó la iniciativa y excitó a Rose con caricias y besos franceses. Le practicó sexo oral y la lamió hasta el orgasmo. Rose le devolvió el favor y llevó el clítoris de Veronika al éxtasis. Peter no pudo resistir más; se lanzó en medio del orgasmo de Veronika y la folló mientras ella estaba arrodillada. No se dio un respiro y también folló a Rose. Pronto descubrieron que Sir Peter las observaba con suma atención durante sus encuentros lésbicos y lamidas de clítoris, y tan pronto como se le ponía erecto, una de ellas podía sentarse sobre su pene mientras la otra simplemente observaba. Las dos tenían que decidir a quién le tocaba. En los primeros meses, Sir Peter quería follar todos los días, a veces con ambas. Veronika seguía controlando su anticonceptivo; aún tenía la regla. En los días en que ella era fértil, Rose tenía que intervenir. Este arreglo funcionó muy bien y fue consensuado.

La madre de Rose había fallecido. Llevaba unos meses viviendo sola con sus botellas de licor; Rose le enviaba dinero cada dos meses, pero no la había visto en años. Su hermano Frank se había enamorado de una viuda adinerada y vivía con ella en Escocia, en la isla de Skye. Se había perdido el contacto; Rose no sabía su

nombre ni dónde vivían exactamente. Jack le pidió que lo llevara al cementerio; aparte del sacerdote y los dos sepultureros, eran los únicos allí. Jack la había ayudado discretamente con el papeleo y los gastos.

Permanecieron juntos como hermanos, y Jack entrelazó su brazo con el de ella. En lugar de un elogio fúnebre, Jack le pidió al sacerdote que recitara un poema de un poeta local. Rose sollozó desconsoladamente; era la cariñosa despedida del poeta a su madre, una despedida y una declaración de amor a la vez. El sacerdote y los trabajadores se marcharon, Rose colocó flores sobre el ataúd y Jack la sostuvo. Le dio todo el tiempo que necesitó para despedirse. Finalmente, sus lágrimas se secaron y caminaron la corta distancia hasta una posada. Jack insistió en comer y beber con Rose. Fumaba y le sostenía la mano con firmeza sobre la mesa. Ella habló en voz baja sobre su madre, y él la escuchó con paciencia, aunque ya conocía todas las historias. No había hecho ningún esfuerzo por encontrar a su hermano, Frank. Ni él mismo sabía por qué. Frank había abandonado a su madre y a su hermana; esa fue su decisión. Que se pudriera en el infierno, no le importaba. Abrazó a Rose una y otra vez cada vez que la emoción la abrumaba. No le importaba no mantener la distancia; era solo ahora, solo hoy. Pero se lo debía a ella; el Maestro también tenía una obligación humana con ella, del mismo modo que ella se preocupaba por su bienestar físico y su fertilidad al acostarse con él.

Mientras regresaban a casa en taxi, él le dijo que podía tomarse unos días libres, pero ella se negó rotundamente. Aún tenía que encargarse del desayuno y la cena de sus empleadores. Él saldría con Jane por las noches, y ella no necesitaba acostarse con él antes del desayuno. Debía darse tiempo para sobrellevar el duelo; Jane y él podían esperar hasta que se recuperara. Rose le apretó la mano con gratitud y miró por la ventanilla del taxi. «¡Muchas gracias, querido amo, gracias por su compasión, significa mucho para mí!».

Durante dos semanas, no durmió ni con él ni con Peter, pero preparaba el desayuno a su hora, hacía la compra y ordenaba la casa como de costumbre. Después, se sentaba a la mesa de la cocina o en el porche trasero y le escribía a Frank una carta larguísima. Jack le preguntó si debía intentar encontrar a Frank, y ella lo miró asombrada. “¿Es eso posible?”. Jack se rió. “¡Si quiero algo,

lo consigo!". Sus investigadores tardaron dos días en localizar a Frank. Le dio la dirección a Rose, y ella le dio las gracias con una de sus terribles reverencias, radiante de alegría.

Dos semanas después del funeral, ella se hizo cargo de su bienestar; su amor era tierno y apasionado. Estaba profundamente agradecida por cómo la había tratado en el funeral y le hizo el amor más como una amante que como una sirvienta. Solo dormía con él unas pocas veces por semana, ya que él enfrentaba considerables exigencias en St. Anne's al acercarse el final de su período de prueba. Después del sexo, ella se recostaba sobre su pecho y le contaba con detalle cómo ella y Veronika habían complacido al Maestro Peter. Él había intentado varias veces, sin éxito, impedir esta indiscreción, pero ella simplemente sonreía y decía que también le había contado a Sir Peter sobre su encuentro sexual. Finalmente, él cedió y la escuchó atentamente; estas cosas eran inmensamente importantes para ella.

Jane llevaba ya un tiempo quedándose con Henry los domingos y no regresaba hasta el lunes por la noche. Tenía mil preguntas, y Henry estaba encantado. Por fin había alguien interesado en su trabajo. Le explicaba con gran precisión incluso los procesos, las conexiones y las consideraciones comerciales más complicadas. El Banco Mossley no era un banco en el sentido convencional; no tenía ni ventanilla ni clientes que pudieran entrar sin cita previa. Gestionaban las fortunas de algunos de los multimillonarios, reuniendo proyectos y financieros. Los proyectos eran de carácter político, a menudo concebidos a partir de ideas de políticos, la aristocracia y la familia real. Jane era impresionantemente inteligente y lo recordaba todo. Muy pronto, también se quedaba con él los martes y aprendía con una rapidez asombrosa. A Henry le gustaba sentarse con ella y Jack los domingos por la tarde a tomar una copa de buen vino y halagar tanto a Jane delante de Jack que ella se sonrojaba. Henry solía comentar que había esperado ese tipo de interés de sus propios hijos. Jack replicó que sus hijos simplemente tenían intereses muy diferentes y que, sin duda, eran personas exitosas en sus profesiones y proyectos. Un ejemplo era una nuera que había creado un centro de asistencia gratuita para mujeres necesitadas. Henry lo sabía, pero nunca lo había comprendido del todo. Los detalles de las dificultades que algunas mujeres atravesaban le entraban por un oído y le salían por el otro. Poco a poco, se dio cuenta de que necesitaba escuchar con más atención a sus hi-

jos y nueras. Había vida más allá del Banco Mossley. Su respeto por Jack creció; el muchacho poseía cualidades que superaban con creces sus calificaciones.

A Jack le gustaba sentarse con Jane en el porche trasero por las tardes, si el tiempo lo permitía. Después de unos diez años, ella estaba harta de la BBC. Como había predicho, el departamento de ciencia estaba retrocediendo; las historias nuevas e interesantes estaban perdiendo terreno. Sus contribuciones se distorsionaban, se recortaban o se descartaban por completo. Ahora solo iba a la oficina un día a la semana y se centraba exclusivamente en sus informes legales, sin tiempo ni ganas para los chismes de oficina ni para la interacción social. El nuevo jefe intentaba seducirla seriamente; su romance con James le daba esperanzas. Ella se rió de él con desdén y salió de su oficina sin cerrar la puerta; no podía ser más grosera.

Consideró seriamente la posibilidad de trabajar con Henry y el Banco Mossley de alguna manera. La distancia era una gran preocupación. Para empezar, la oficina de Henry estaba en un lugar y no en otro. Pero no quería bajo ningún concepto tener que ir y venir a diario; ni siquiera la idea de sacar clases de conducir y desplazarse en su propio coche le atraía. Se sentía conectada e integrada con la gente de su pueblo. ¿Con qué frecuencia pasaban sus amigos a visitarla porque tenían algo que comentar que no se podía resolver con una llamada? ¿Con qué frecuencia salía sola o con Jack, o se reunía con amigos de forma espontánea? Cuanto más lo pensaba, o lo comentaba con Jack, menos atractivo le parecía el trayecto diario. Estaba tan contenta de poder visitar a Peter y Veronica cuando le apetecía. Effingham era un pueblo pequeño y tranquilo, y encontrar una oficina o un espacio para vivir en casa de Henry no sería un problema. Pero allí no se sentía como en casa. Su hogar estaba aquí.

Jack pensó en voz alta. Dos cosas le habían llamado la atención de inmediato: el alce y el cerebro de Henry. Jane le dio un codazo en el costado. “No necesitas explicarte”, dijo. “Puedo seguir fácilmente tu línea de pensamiento”. Jack le devolvió el codazo y le rogó que le diera tiempo a su hermano menor para ordenar sus ideas. Se produjo un pequeño forcejeo que duró varios minutos, y luego continuó. “No se mete un alce entero en el horno. Se corta en trozos pequeños y luego se deja que Rose lo cocine. Divide el pro-

blema de la BBC en trozos pequeños y házselo saber a Henry. Ciertamente no le interesan los chismes de la oficina ni tus quejas, pero sí le interesan tus sentimientos y pensamientos sobre tu trabajo hasta ahora y tus aspiraciones profesionales". Jane asintió pensativa. "Solo sabe en principio que trabajo para la BBC, pero probablemente ya lo haya olvidado. Todavía necesito pensar en cómo puedo mencionarlo". Era obvio que Henry necesitaba interesarse más en ella y en sus pensamientos. Hubo una breve pausa; Tomaron una copa y fumaron.

—Y ahora, el cerebro de Henry —continuó Jack—. Llevas un año con él; es imposible que lo sepas todo. Jane hizo una mueca, pero claro, tenía razón. —Aún tengo mucho que aprender, de acuerdo. Jack dio una calada pausada a su cigarrillo liado a mano, inhaló y estiró las piernas. Deja que Henry piense por ti. Tiene cerebro, y al final, solo tus pensamientos, tus ideas, cuentan. O lo que creías que eran tus ideas. Desde luego, no está preparado para verte como su asistente. Todavía tiene mucho que enseñarte; míranos a Peter y a mí. He logrado bastante en cinco años, pero me alegra que venga a la oficina todos los días y evite que Harrington interfiera. Henry debería descubrir, poco a poco, qué pretendes en Mossley Bank. Si te quedas con él dos días es tu decisión. Hazlo o déjalo. Algún día tendrá que averiguar lo importante que eres para el banco, si es que eres importante para el banco. Al final se dará cuenta de que Mossley Bank podría algún día quedarse pequeño en su oficina de la ciudad. ¿Por qué no una sede hermosa y prestigiosa en el corazón de Londres? Podrías seguir yendo a trabajar todos los días como todo el mundo y conservar a tus amigos, tu red de contactos, tu casa. No hace falta que les diga que una idea así puede hacerse realidad en tan solo unas semanas.

Jane lo pensó bien. Él tenía razón, y ella tenía tiempo de sobra para abordarlo. Primero tenía que saber si de verdad quería trabajar en el Banco Mossley. Solo entonces importaría todo lo demás. «Todavía no sé», dijo, «cuánto deseo trabajar en el banco. Quizás sea una locura; podría dedicarme a algo completamente distinto: ser escritora de viajes, escribir una novela romántica o simplemente no hacer nada de eso».

Ambos disfrutaban de esas conversaciones, de beber juntos, de fumar y de acurrucarse. Esas veladas solían terminar con ellos subiendo a su habitación de forma civilizada y haciendo el amor apa-

sionadamente. A menudo solo podían pasar tres o cuatro noches juntos. Esto tenía sus ventajas: su sexo no se convertía en una tarea diaria y se esperaban con ansias durante días. A veces, el deseo los abrumaba tanto que solo llegaban hasta el sofá de la sala antes de quitarse la ropa. Sabían, por supuesto, que Rose asomaba la cabeza con curiosidad por la puerta de la cocina y los observaba, pero no les importaba.

A finales de año, Jane se había desvinculado por completo de la BBC y había dimitido. Como era de esperar, todos a su alrededor lo sabían y la apoyaban. Por supuesto, se lo había contado a Henry y le había explicado sus razones. Él la comprendió perfectamente; cuando algo se rompía, había que aclarar las cosas y seguir adelante. Henry entendió su decisión: cuando tu trabajo no era valorado, cuando ibas en una dirección completamente distinta a la de la empresa, había que aclarar las cosas y seguir adelante. Al cabo de unos días, Henry dejó el asunto en sus manos y le explicó a Jane por qué a veces era mejor invertir en fondos que en acciones individuales. Jane escuchó atentamente y se olvidó de sus problemas en la BBC.

Al principio, la ausencia de Harrington en la oficina no fue particularmente notoria. Se suponía que debía estar en el hospital dos días para una intervención menor. Cuando no se presentó, el hospital llamó a su oficina. La búsqueda comenzó frenéticamente. No estaba ni aquí ni allá, ni en ningún sitio. Su esposa no lo había visto en meses; se habían distanciado. Pero de repente se alarmó y contactó a la policía de la ciudad. Aunque no eran responsables, aprovecharon la oportunidad para darse aires de importancia. No fue hasta el tercer día que se llamó al MI5, responsable de asuntos internos. Peter y Jack ordenaron la máxima discreción. Harrington era su jefe, pero tenían que confiar en el MI5.

Los secuestradores los contactaron al tercer día. Una foto Polaroid demostró que Harrington había estado vivo el día anterior. Exigieron 4 millones por su liberación. En tres horas, los Harrington recibieron la autorización; tenían el dinero listo. Los secuestradores no lograron entregar el dinero en el primer intento, y el segundo fracasó porque la policía de la ciudad no podía esperar. El detenido solo sabía dónde entregar las maletas repletas, pero eso no llevó a ninguna parte. El MI5 se hizo cargo y esperaron una tercera cita.

Al cuarto día, encontraron a Harrington con la garganta cortada. Las pruebas en el vertedero eran inservibles; el lugar era frecuentado por demasiada gente. Dos semanas después, el MI5 tenía una pista prometedora. La última amante de Harrington, como casi nadie sabía, era también la amante de un peligroso criminal. El hombre fue arrestado y confesó tras horas de interrogatorio; toda la banda fue detenida. Un caso sencillo que había consumido muchísimos recursos. Poco a poco, la historia fue desapareciendo del foco mediático. El puesto de Harrington permaneció vacante durante siete meses.

Tras siete meses, el coronel Horatio Fox, Lord Fyffe, fue nombrado sucesor de Harrington. Peter, que había estado dirigiendo los departamentos de forma interina, participó en la búsqueda del sucesor y votó por Fox. No lo conocía especialmente bien, pero Fox había sido uno de los mejores en inteligencia militar durante dos décadas, y habían trabajado juntos en varios proyectos. Fox había dudado durante mucho tiempo, ya que la transición de la vida militar a la civil le parecía difícil. Solo cuando Sir Peter, a quien respetaba, accedió a servir como asesor, decidió dar el paso. Uno de sus primeros actos fue redactar un lucrativo contrato con Peter. Mandó remodelar la oficina para ambos. Fox sabía que Peter estaba formando a su hijo Jack como futuro jefe y ayudante. Fox y Jack se llevaron de maravilla desde el principio. Peter sonrió para sus adentros; ahora tenía dos ayudantes a los que formar. Pero Fox era el hombre adecuado, lo suficientemente joven con 47 años y con amplia experiencia.

Por supuesto, la inteligencia militar tenía otras tareas, pero Fox a menudo veía situaciones que podían resolver mejor trabajando juntos. El ejército estaba muy bien equipado técnicamente; contaba con el mejor equipo y no tenía obstáculos para adquirir incluso los dispositivos y métodos más novedosos, algunos de los cuales aún no estaban al alcance de otros. A cambio, Fox podía ofrecer asesoramiento sobre asuntos relacionados con autoridades o individuos extranjeros, una de las principales debilidades del ejército. Era un activo valioso para el MI6 y para la inteligencia militar en general.

Jack había obtenido su licencia médica y se marchó de St. Anne's con el corazón apesadumbrado. Prometió terminar su residencia. Pero estaba libre y trabajaba cuatro días a la semana en la

clínica de Upper John Street y tres días con Peter y Fox. Cambió eso lo antes posible. Era mejor trabajar en ambos empleos todos los días. Solía quedarse en la clínica de Upper John Street hasta primera hora de la tarde y estaba de guardia por la tarde. Esto le brindaba paz y estabilidad, y sobre todo, previsibilidad. Jack solo se tomaba los domingos libres y ya no iba a ver a Henry. Henry comprendió de inmediato que Jack necesitaba un día de descanso. Se encargó de la formación de Jane en el banco; ella llegaba el lunes por la mañana y volvía a casa el martes por la tarde. Hablaba de todas sus acciones con Jane y la dejaba hacer sugerencias. A veces tenía buenas sugerencias, a veces se equivocaba. Henry le explicaba por qué abordaba las cosas de esa manera. La debilidad de Jane era su desconocimiento de la aristocracia, y Henry no tenía ni idea de cómo remediarlo.

Jack estaba contento de que la oficina de Peter hubiera sido ampliada y renovada una vez más. Habían dispuesto sus tres escritorios en forma de estrella y podían trabajar juntos de maravilla. Fox pronto descubrió las *salas de recreo*. Esta ala de la oficina había sido un burdel antes de la guerra. Las habitaciones se dejaron intactas y olvidadas, al menos oficialmente. Sin embargo, eran utilizadas por agentes de ambos sexos; incluso Peter tuvo algunas aventuras allí después de la guerra. Jack rara vez cedía cuando una agente lo seducía para ir allí. Fox, en cambio, se convirtió rápidamente en un asiduo, ya que no había logrado coquetear con ninguna de las 30 empleadas de la oficina. Peter había impuesto una prohibición estricta inmediatamente después de asumir el cargo al final de la guerra, y quienes la violaran debían abandonar la oficina. Las *salas de recreo,* llamadas en broma Hotel Paradiso, le ahorraron a Fox mucho tiempo y dinero. Peter y Jack sonrieron cuando Fox coqueteó descaradamente con una agente por teléfono y concertaron una cita con ella allí. Sin embargo, fue muy concienzudo y regresó exactamente una hora después. Por supuesto, sabía que sus encuentros amorosos quedaban registrados meticulosamente y que, tras los espejos venecianos, se escondía una criada que evaluaba el desempeño de sus agentes. Pero podía acostarse con una mujer diferente cada día, y ellas eran muchísimo mejores en la cama que cualquier prostituta.

En agosto de 1969, Fox ya se enfrentaba a dificultades al comienzo de su mandato. La situación en Irlanda se había deteriorado y la inteligencia militar necesitaba apoyo. Peter se mantuvo al

margen y se sentía satisfecho; Fox estaba haciendo un trabajo excepcional y, junto con Jack, desempeñó la tarea de forma magnífica. Por supuesto, no pudieron evitar que estallara la violencia. Pero el hecho de que no escalara a una guerra civil en toda regla se debió a Fox y a Jack.

En 1969, dos acontecimientos en particular acapararon la atención del MI5 y el MI6: la coronación del príncipe Carlos como príncipe de Gales y la visita de Estado de la reina a Austria. El primer alunizaje tuvo mucha menos repercusión en Inglaterra que en el resto del mundo. Peter se encargó personalmente de acompañar a la reina Isabel II a Viena y Graz. Llevó a Lilly consigo y le recalcó que era como estar en guerra. Lilly asintió con entusiasmo, recordando sus votos matrimoniales y demás. Prometió acostarse a su lado en cualquier momento, como lo había hecho durante la guerra. Jack negó con la cabeza sonriendo; Peter nunca perdía una oportunidad. Pero ambos eventos transcurrieron sin contratiempos, y el mundo entero los siguió por televisión.

Lejos de las cámaras, Lilly se entregó al jefe con toda su pasión, dejando atrás sus votos matrimoniales en Londres. Peter disfrutaba plenamente de la variedad sexual y de su amorosa pasión. Ella se acostaba a su lado, radiante de alegría, cada vez que él le indicaba su intención. Follaban en todas las posiciones; a él le encantaba especialmente ser montado o eyacular profundamente en su garganta. Lilly sabía que esa era su favorita. Tomó su pene en su boca y lo frotó vigorosamente hasta que eyaculó por completo. Continuó frotando su pene mucho después de que él hubiera corrido, hasta que quedó completamente flácido, solo entonces lo sacó de su boca. Se tragó su semen, aunque nunca antes había permitido que nadie eyaculara en su boca. ¡Jamás! Disfrutó plenamente del viaje y de la variedad sexual, follando con él tan a menudo como él podía y masturbándose de principio a fin sin interrupción. ¡Oh, maldita sea! ¡Qué bien se sentía! Era consciente del honor que suponía viajar con él. Podría haber elegido entre cien agentes más jóvenes, pero la quería específicamente a ella, aunque se acercaba a los sesenta. Ella, naturalmente, cuidaba su figura y luchaba contra cada kilo de más, pero solo los dioses sabían por qué él quería acostarse con ella, precisamente con ella.

Jane había estado comentando cuidadosamente entre sus conocidos lo polvorienta, pequeña e insignificante que era la oficina del

Banco Mossley en la ciudad. Meses después, Henry se enteró; uno de sus mejores clientes le había comentado el asunto. No dudó en hablarlo con Jane. Ella se sorprendió bastante; la oficina era realmente pequeña y destartalada, y la mujer que atendía era solo una operadora telefónica. Solo volvió a mencionarlo cuando Henry lo sacó a colación una vez más. Desde luego, no le convenía al Banco Mossley establecer un servicio de cajeros, ¡ni hablar! Pero Jane tuvo una idea completamente nueva. ¿Por qué no un club exclusivo para caballeros, como los que ya existían, exclusivamente para clientes y caballeros selectos, con algunas oficinas en la parte de atrás? Estarían conectados con su oficina principal en Effingham por teléfono y fax, ¿quizás incluso con el nuevo ordenador? Henry llamó a todos los clubes de caballeros que conocía.

A Jane le encargaron recopilar los costes. Ya tenía en mente una propiedad, por supuesto: una planta entera del Victoria Palace en St. James Street, una dirección privilegiada que ya albergaba varios clubes de caballeros. El suyo tenía que ser superior a los demás. Los costes de la reforma fueron elevados, pero justificados para crear un ambiente exclusivo. Le presentó el proyecto terminado a Henry y lo acompañó al Victoria dos veces. Lo llamaría The Mossley House en lugar de The Mossley Club; sonaba más sofisticado. El Flamingo Bar también serviría, bromeó con una sonrisa, el bar de la clase trabajadora, con máquinas tragaperras y prostitutas.

—Muy bien —dijo Henry—, debe ser prestigioso, exclusivo y muy, muy elegante. Un lugar donde incluso los círculos más selectos puedan socializar. Jane sugirió que Peter podría ponerlos en contacto con su club de caballeros, y que allí podrían inspirarse. Los ingredientes más importantes eran la comida, la bebida, el tabaco y la comodidad. Así que, filetes, whisky, puros y las sillas más finas del mundo. Al fondo, elegantes oficinas donde se podía tomar el té con la Reina y donde también se podían llevar a cabo conversaciones importantes y operaciones bancarias. Henry estaba seguro de que el proyecto estaba en buenas manos con Jane. Habían pasado seis meses cuando le encargó formalmente el trabajo. Ella se volcó en él de inmediato. Tenía carta blanca; la fortuna del Banco Mossley estaba de su lado. Su futuro estaba en juego.

Ella le pidió a Enrique que considerara qué dos, o como máximo tres, buenos banqueros deberían trabajar en las oficinas. Te-

nían que ser más que simples banqueros; debían ser capaces de conversar con la propia Reina. Enrique lo lamentó mucho, porque tales banqueros aún no habían nacido. Pero aceptó la tarea, dedicándose a recorrer el distrito financiero de Londres siete días a la semana en busca de las personas adecuadas. Los encontró: dos caballeros de la vieja escuela con una reputación impecable y modales exquisitos, y los contrató. Inmediatamente comenzó su formación en Effingham. El club de Jane estaba en pleno funcionamiento después de cinco meses, una joya resplandeciente en el centro de Londres. El menú se centraba en los filetes, la selección de whiskies y otras bebidas era exquisita, y el humidor albergaba los mejores puros del mundo. Jane, Jack y Peter fueron los primeros y únicos invitados en probar el club. El Mossley House atendía tanto a damas como a caballeros, ya que muchas de las clientas del banco eran mujeres de los círculos más altos. Los 40 mejores clientes del banco fueron invitados a la inauguración oficial; fue un éxito rotundo.

Janet Crawley, condesa de Mossley, dirigía la mansión y recibía un sueldo generoso. Tenía una de las cinco oficinas para ella sola, la más hermosa de todas. Jack había hecho los arreglos para que la familia de Mia proporcionara las sillas y asientos más exquisitos del mundo. No tenía problemas para dirigir la mansión; era estricta e inflexible con el personal. A menudo celebraba reuniones con clientes junto con uno de los banqueros y aprendía muchísimo, pero era muy hábil en el trato con los clientes. Henry estaba sumamente complacido; los clientes elogiaban a Jane y a Mossley House. La idea de Jane de conectar la mansión con Effingham mediante una línea informática no solo era moderna, sino también muy eficaz. Poco a poco aprendieron a trabajar con las voluminosas pantallas Honeywell. Jane cenaba con clientes o con sus banqueros todos los días; Peter y Jack también eran invitados frecuentes. Había encontrado su vocación, su verdadera pasión. “Janet’s” se convirtió en el nombre más común para Mossley House, aunque ella misma nunca lo usó. Quedaron en reunirse en Janet’s. Gracias a su formación periodística, escribió artículos para diversas revistas de lujo y periódicos, lo que le dio visibilidad a The Mossley House en los medios. Cuando tenía tiempo libre, seguía leyendo artículos y trabajos científicos. Publicó sus resúmenes en diversos medios impresos, pero nunca más en la BBC.

A Veronika le encantaba reírse cuando Peter le contaba las andanzas de Fox o cuando relataba todos los detalles sexuales de sus viajes con Lilly. Claro, eran viajes de negocios; él seguía sin decirle cuál era su verdadero trabajo. Disfrutaba escuchándolo hablar de una manera muy picante, y eso la ponía cachonda. Cuando se excitaba, quería tener sexo o masturbarse. Su habitación en la planta baja se había convertido en un pequeño cine privado, con un excelente proyector y un armario que contenía sus películas del estudio de Múnich. Veía las viejas grabaciones una y otra vez en el amplio sofá, que era muy cómodo para masturbarse durante la película. A veces Rose se unía a ellas, y entonces se masturbaban juntas, cada una por su cuenta. Rose estaba increíblemente orgullosa de Veronika, ya que su amiga interpretaba el papel principal en esas películas. Cuando Peter veía las películas, después subían a tener sexo. A él le encantaba ver las películas, pero rara vez tenía tiempo. Cuando Peter y Jack estaban fuera, Jane a menudo se acostaba junto a Veronika; le encantaban los encuentros lésbicos con la mujer mayor. Sabía que ambas eran bisexuales, pero Veronika era la única con quien lo había manifestado. Cuando Rose se acostaba con Veronika, Jane las observaba brevemente, pero luego se marchaba, manteniendo la distancia con el personal. Jack y Peter lo sabían y disfrutaban oyéndolo.

Jane trabajaba seis días a la semana y se tomaba al menos un día libre, a veces dos o tres. La casa de los Mossley seguía funcionando incluso cuando ella no estaba. Llegaba a casa todas las noches, cenaba con Jack y, después, charlaban en el salón como de costumbre. Nunca bebía durante el día y, al igual que Jack, se permitía dos copas de vino blanco y un porro por la noche. Para entonces, ambos habían dominado el arte de mantener sus adicciones bajo control. Jane era completamente feliz y se masturbaba todas las noches antes de dormirse; le sentaba de maravilla. A Jack le complacía esto y notaba que su cuerpo se había vuelto aún más bello y femenino. “¡Jane, te quiero muchísimo!”, le susurraba a veces al oído. Dormían juntos tres o cuatro veces por semana, y ella insistía en que él fuera a casa de Rose temprano por la mañana, todos los días. Ella no podía ni quería tener sexo por la mañana y sabía perfectamente que eso le hacía bien. Jack se acostaba con Rose todas las mañanas de lunes a viernes antes de que ella preparara el desayuno e ir a casa de Peter para follar o ser follado.

Jane había aprendido a conducir y se compró un pequeño y elegante descapotable, un MG verde oscuro. A veces salía a pasear con Jack por los hermosos bosques que rodeaban Londres. También visitó a Henry varias veces en su coche deportivo cuando Jack no tenía tiempo. La consulta de Jack marchaba bien, tenía muchos pacientes y generaba un pequeño beneficio, que compartía con gusto con sus colegas. Solo cobraba un sueldo de médico y estaba satisfecho con eso. Fox se oponía a que trabajara gratis para el reino y le pagaba un sueldo considerable. Además, Fox insistía en un contrato formal. Era inflexible en estos asuntos; tenía que haber orden, decía, al menos tenían que quedar claros los aspectos básicos.

El trigésimo cumpleaños de Jane se celebró con una gran fiesta en el jardín del parque detrás de la casa; asistieron todos sus amigos. Jack le había encargado un collar de oro con dos grandes letras J de diamantes entrelazadas en un gesto de apareamiento. El motivo claramente erótico de la costosa pieza era inmediatamente reconocible, pero el talentoso orfebre había logrado que luciera elegante y sofisticado a pesar de la connotación sexual. Jack le susurró que, lamentablemente, no podían usar anillos de boda. Ella lo abrazó con fuerza, tan feliz estaba. Lo llevó puesto el resto de su vida.

Una tarde, Jack llegó a casa y encontró a Jane esperándolo en la sala. Sus ojos brillaban más que nunca. Él esperó conteniendo la respiración, y entonces ella susurró: “¡Estoy embarazada!”. Él se levantó de un salto y la abrazó con fuerza. “Estoy tan feliz”, balbuceó repetidamente, cubriendo su rostro de besos. Hablaron sobre los posibles cambios, cómo reorganizarían su habitación de soltero y se turnarían para cuidar al bebé. Él dividiría su tiempo en consecuencia, tanto en Upper John Street como en la oficina de Peter; eso era algo obvio para él. Jane también estaba segura de que tendría que reducir su jornada en Mossley House. Estuvieron de acuerdo en que no querían confiar a su hijo a una niñera. “Rose y Veronica todavía están por aquí”, dijo él, y ella se rió. “Nuestra hija se portará muy bien en la cama incluso antes de empezar el jardín de infancia”, ambos rieron a carcajadas. Estaban rebosantes de alegría y se volvieron aún más cariñosos el uno con el otro. Por el momento, guardaron este secreto.

Pero la alegría duró poco. Peter recibió una de las raras llamadas de Veronika. Peter le indicó a Jack que anotara los puntos clave, como de costumbre: Hospital St. Thomas, Ginecología, Habitación 417. Colgó sin decir palabra y llamó a la ambulancia. Luego despertó a Jack: "¡Jane está en el hospital!". Corrieron hacia allí y se enteraron de que Jane había sufrido un aborto espontáneo muy doloroso. Había estado sangrando mucho y era muy difícil detener la hemorragia. El legrado necesario no se podía realizar hasta más tarde, y Jane tendría que permanecer en el hospital otros tres o cuatro días. Jack canceló todas sus citas y se quedó con ella. Les llevó varias horas antes de que pudieran hablar del tema. Él le explicó los antecedentes médicos, diciéndole que el ginecólogo la había diagnosticado correctamente como infértil años atrás. El embarazo había sido un golpe de suerte, uno que probablemente no volvería a ocurrir. Pero estaban tan ilusionados con el bebé que estaban completamente de acuerdo. Recibirían con los brazos abiertos cualquier futuro embarazo y se alegrarían de cada hijo que tuvieran. Él se sentó junto a su cama y apoyó la cabeza en su vientre al quedarse dormido. Jane sonrió; pocas veces había experimentado su amor con tanta belleza como ahora.

Upper John Street obtuvo grandes beneficios este año. Jack volvió a rechazar su parte, y sus colegas se embolsaron una suma considerable. Para él era importante que la consulta prosperara y que los pobres recibieran una atención excelente. Siempre que podía, se tomaba las tardes libres y se reunía con Jane. Pasaban muchas horas juntos en el jardín o en el salón, sintiendo una profunda conexión incluso cuando simplemente estaban sentados uno al lado del otro leyendo.

Henry llegó al mediodía y relevó a Jane. No lo decía a menudo, pero su idea para Mossley House era una mina de oro. Tenía el poder de sacar el dinero entre filetes y whisky. Exclusivo y refinado, sí. Effingham pasó a un segundo plano. Él y los dos caballeros tenían tiempo de sobra para atender a los clientes. No había prisa; Mossley House era un lugar para reuniones de alto nivel. Estaba muy agradecido y fue generoso con la bonificación de Jane. Jane también había sugerido que empezaran a pensar en su reemplazo ahora. Llamó la atención de Henry sobre su nieto Raynor, a quien había estado observando de cerca. Se había graduado con honores y le iba bien en el Instituto de Economía de Londres. Antes de que

partiera al extranjero, Henry tenía que incorporarlo. Inmediatamente, no mañana.

Jane intuyó de inmediato que Ray era la elección correcta. Era sumiso porque quería ascender, llegar a lo más alto. Como todos los demás empleados, iba a la peluquería todas las semanas, vestía el esmoquin a medida y aprendía modales de los empleados más veteranos, la mayoría de los cuales habían trabajado como mayordomos. También aprendía, en silencio y con mucha atención, cómo los asesores del banco trataban a los clientes y dónde la teoría se diferenciaba de la práctica.

Jane lo llamó a su oficina un mes después. Le dio una retroalimentación detallada. Dijo que se estaba convirtiendo en un buen *anfitrión* , justo lo que Mossley House necesitaba. En cuanto a asuntos bancarios, todavía tenía mucho que aprender y necesitaba escuchar con atención. Ella sonrió. “Yo era igual”, dijo. “Todavía escucho al gerente del banco hoy y sé cuáles son mis límites. Es difícil, Ray, pero ahora tienes 22 años y tienes mucho tiempo para prepararte para tomar las riendas del banco algún día”. Ray asintió; sabía que ella tenía razón. “Gracias, Janet, eso me ayuda mucho. ¡Tú me ayudas mucho!” Jane guardó silencio y Ray se levantó para irse. “Una cosa más”, dijo Jane, mirándolo directamente a los ojos, “sin duda he notado que te has enamorado de mí”. Ray bajó la mirada y miró sus zapatos. “Me siento muy halagado, por supuesto, de que un hombre joven, guapo y extremadamente inteligente como tú se haya enamorado de mí”. Pero tienes que entender dos cosas: primero, soy tu jefa. Segundo, eres una Mossley, igual que yo. ¡No me gusta el incesto, absolutamente no! Ray levantó la vista, a punto de decir algo, pero se mordió el labio. Probablemente no tenía sentido recordarle que no eran parientes de sangre. Tenía el corazón roto, pero le agradeció, con la voz quebrada por las lágrimas, su sinceridad y se marchó. Había superado su dolor en diez días y se estaba acostumbrando a trabajar tan de cerca de nuevo con la mujer inalcanzable. Jane fue sabia y le dio tiempo.

Veronika tuvo una larga conversación con Peter y lo escuchó atentamente. Estaba cansada de no hacer nada, pero lo que podía hacer —dormir para películas porno— ya no le interesaba. Y Peter sabía perfectamente que la industria del porno era un negocio sucio, despreciable y peligroso con el que no quería tener nada que

ver. Así que la decisión fue fácil. Peter le preguntó qué le gustaba hacer. Ella sonrió como un gato y dijo que no era un trabajo, sino amor y placer. Él también sonrió, ¡sí, mi amor! Insistió. Ella se sonrojó y susurró que le encantaban los niños. Él ignoró la insinuación. Entonces, ¿niñera o guardería? Adivinó guardería: horario regular, niños diferentes, no solo un mocoso malcriado. Prometió investigarlo. Dos días después, Veronika comenzó su formación en un prestigioso instituto y, al cabo de un mes, empezó sus prácticas. Estaba muy contenta y le daba las gracias cada mañana, así que Peter también estaba contento.

Veronika aprendió rápido y estaba muy contenta con su elección profesional. Disfrutaba trabajando con los niños y completó su formación en un año. Su bilingüismo fue una gran ventaja, ya que le permitió trabajar tanto en jardines de infancia alemanes como austriacos. Diplomáticos, empresarios y banqueros a menudo le confiaban a sus hijos pequeños, pues los niños aprendían alemán e inglés con mucha facilidad. Veronika estaba en el lugar adecuado y en el trabajo de sus sueños. Peter estaba encantado, porque significaba que ya no tendría que volver a su humillante profesión.

El final de Sam Barker

von Jack Faber © 2022

Sam Barker colgaba boca abajo de un cable en el puente Black Friar. Su pie, atrapado en el lazo del cable, le dolía terriblemente tras la caída. Había estado sumergido hasta el pecho en el Támesis y ahora tensaba los músculos abdominales para mantener la cabeza fuera del agua negra. Los dos policías habían cruzado corriendo el puente y seguían corriendo para atraparlo. Sus linternas iluminaban cada rincón a izquierda y derecha; en aquella maldita oscuridad y la creciente niebla, simplemente no se veía nada. Absolutamente nada. Ni siquiera podían divisar a Sam, de 15 años, colgando boca abajo del puente. Todavía no estaba lo suficientemente desesperado como para pedir ayuda. Había cruzado corriendo el puente; no podían alcanzarlo. El puente estaba cerrado por obras, pero él había entrado en la zona de construcción de todos modos e intentó esconderse detrás de uno de los cobertizos de madera. No había visto el cable; cayó del puente, y el cable que se había enredado en su pie fue su salvación. Por ahora.

Sam creció solo con su madre, una prostituta histérica y chillona. Ella no le contó nada de su padre; tal vez cuando fuera mayor de edad. Desde pequeño, estaba acostumbrado a que su madre anduviera desnuda por el apartamento, a que tuviera sexo con hombres desconocidos todos los días y a que él la viera; no conocía otra cosa. Ella traía hombres a casa a diario; era su trabajo. Desde pequeño, se había acostumbrado a que ella se desnudara cada vez que un hombre la visitaba y, por lo general, se introdujera el pene en la vagina ella misma. Le permitían penetrarla hasta que ella terminaba, luego pagaba y se iba. Si se negaba a pagar, ella, ¡zas!, le golpeaba en la cabeza con un rodillo y le quitaba el dinero.

Nunca había recibido una educación sexual adecuada, solo una introducción superficial cuando tenía unos seis años. Ella tenía 36 años y era relativamente guapa, pero el alcohol ya le había marcado el rostro con profundas arrugas. Se sentó frente a su madre, desnudo, acariciando con placer su pequeña erección, y le preguntó por qué se veía tan diferente allí abajo. Señaló sus genitales con los dedos. Ella pensó un momento, luego le mostró sus genitales de cerca y le explicó sus funciones con gran detalle. Se le permitió

tocarlo todo y examinarlo minuciosamente. Suspiró y dijo que no había menstruado desde su nacimiento y, por lo tanto, no podía tener hijos. Le explicó la menstruación en términos sencillos, y él intentó comprender. Que una mujer necesitaba la menstruación y un hombre que la penetrara y eyaculara. Con la boca abierta, preguntó por qué los hombres que la penetraban a diario no eyaculaban. Le habría encantado tener un hermano. Ella le explicó de nuevo que los hombres sí eyaculaban dentro, por supuesto, pero que, por desgracia, no podía haber bebés. "¡Qué lástima!", dijo el niño pequeño, "¡sería genial tener un hermanito o hermanita con quien jugar!"

Ella lo abrazó con fuerza e intentó consolarlo. «Ya lo has visto muchas veces, pero no parecía interesarte mucho». Él sabía a qué se refería, por supuesto, y ella preguntó: «¿Te gustaría verlo de cerca?». Él asintió con entusiasmo y enseguida le permitió sentarse entre sus muslos. Esta vez, la observó con mucha atención mientras se masturbaba. Cuando terminó, lo abrazó y lo besó como no lo había hecho en mucho tiempo. Luego dijo que era algo maravilloso y que las mujeres lo preferían mucho más que la masturbación masculina.

Quedó impresionado y lo recordó muy bien. Había estado agarrando su pene erecto todo el tiempo y frotándolo; se sentía muy bien. Ella tomó su pene en su mano y con cuidado retiró el prepucio por completo. Lo frotó con los dedos húmedos para averiguar si ya podía eyacular, pero no pudo. Le preguntó si tenía cuidado cuando ella traía a un hombre a casa, y el niño asintió con entusiasmo. "Él mete su pene ahí", dijo, señalando su vagina. "Luego bombea hacia adentro y hacia afuera hasta que eyacula un bebé dentro, que desafortunadamente no puede quedarse ahí", explicó el niño listo. "Entonces el tonto recibe un rodillo en la cabeza si no paga", concluyó con aire de sabelotodo. "Pero no tengo dinero", dijo el sabelotodo, "¡ni aunque me golpees en la cabeza!". Sonrió torcidamente, y ella lo abrazó y lo besó. "No, no necesitas dinero mío, ¡lo sabes!", lo tranquilizó. —Pero yo también quiero bombear —dijo él, y ella asintió pensativa—. ¿Por qué no? Al niño pequeño se le permitió meter su pequeño pene erecto en su agujero y practicar follar como un adulto. Cuando su pene palpitaba, hacía una pausa y luego seguía practicando hasta que se le bajaba. Ella lo dejaba practicar, sonriendo, todo el tiempo que quisiera, y se reía: —¡Cuando seas mayor! ¡Entonces! Quizás.

Pero la práctica terminó de repente. Descubrió la eyaculación mientras estaba sentado entre sus piernas, masturbándose, algo que ella había permitido explícitamente. Ella se acostó frente a él, y él se sentó entre sus muslos, con la punta de su pene a solo un centímetro de su abertura. Se le permitía observar sus genitales mientras ella se masturbaba, una vez que su pene estuviera erecto. La observaba masturbarse, y cuando su pene comenzaba a palpitar, se le permitía introducirlo en su abertura; ese era el acuerdo. Hasta ahora, esto había funcionado bastante bien. Pero esta vez fue diferente. Tan pronto como sintió la pulsación y hundió su pene en su vagina, una pequeña sacudida recorrió su pene, y el semen salió disparado, tres o cuatro chorros rociando directamente dentro, y luego el resto sobre su estómago y la parte exterior de sus genitales. Ella dejó de masturbarse, se limpió con la palma de la mano y le sonrió torcidamente. “Así que”, dijo, “¡ya tienes 11 años, ya no eres un bebé!”. No, ya no era un bebé y ya no tenía permitido practicar.

Ya era todo un hombre y se escondía cuando un hombre venía y la espiaba durante el sexo o cuando se masturbaba borracha por las noches. ¡A veces era realmente excitante! Sabía que la había estado observando compulsivamente desde pequeño. Sabía cuándo la espiaba por la rendija de la puerta. Sabía cuándo se escondía en el armario. Le dejaba ver su coño mientras lo hacía, y con una sonrisa sádica. Ni siquiera ella misma sabía por qué a veces lo provocaba con malicia. Andaba desnuda por el apartamento todo el tiempo, y cada vez que él se sentaba en su cama y se masturbaba, ella se acercaba a él, maliciosa y provocativa en su desnudez. Separaba sus labios y acariciaba sus genitales lascivamente. Él simplemente debía seguir, eso le parecía bien. Sus genitales justo delante de sus ojos casi hacían que su pene explotara. Como ella lo había animado, él simplemente continuó masturbándose. Ella dejaba que su clítoris bailara justo delante de sus ojos y lo observaba masturbarse. Para que eyaculara, ella colocó su vagina sobre su pene, obligándolo a detenerse. Lo hizo sufrir, lo obligó a esperar inmóvil. Movió la pelvis, su vagina masajeando su pene. Él sintió cómo se elevaba dentro de él y empujó con fuerza hasta que eyaculó con dificultad. Ella quedó satisfecha; su perversidad había triunfado.

Cuando tuvo la edad suficiente y ya podía eyacular, ella quiso mostrarle algo una noche. Estaba bastante borracha y se acostó desnuda junto a él en la cama. Se acurrucó contra él, piel con piel,

buscando con lujuria su cercanía. Al instante olvidó lo que realmente quería mostrarle. Acarició su pene erecto con intensidad y le advirtió que los chicos nunca debían follar con sus madres, ¡jamás! Porque eso estaba estrictamente prohibido. Acarició su erección con avidez y le preguntó si recordaba los viejos tiempos. “Sí, claro, ¡entonces sí que podía follar contigo!” “Sí”, suspiró ella, “te lo permitían, ¡pero entonces no eyaculabas!” Él acarició sus labios vaginales y su vello púbico, porque a ella le gustaba mucho. “Sí, entonces era solo un bebé”, dijo, “y ahora ya soy viejo, me sale a chorros del pene, ¡y los chicos no pueden follar con sus madres!” Sintió ganas de llorar, así que se tumbó encima de ella y hundió el rostro, sollozando, entre sus grandes pechos.

Ella lo abrazó, profundamente conmovida, y sintió su pene presionando ansiosamente contra sus labios. Tomó un gran trago de su taza de café, ¡y el alcohol hizo que su coño palpitara de nuevo! Queriendo consolarlo, le dijo que no quería ser difícil, que podía tener sexo ahora, solo por esta vez, ¡pero solo como una excepción! “¡Vamos, solo un poquito!”, dijo, acostándose. Guió su pene erecto dentro de su vagina y susurró: “Solo un poquito de bombeo, ¡pero no empujes!”. Él se movió lentamente hacia adentro y hacia afuera; era esa sensación delicada y maravillosa, igual que antes. Ella mantuvo los ojos cerrados y sonrió. Él continuó durante un largo rato, lenta y deliberadamente, y ella sonrió ampliamente, porque sintió incluso antes que él que estaba a punto de eyacular. Se tocó el clítoris y provocó un orgasmo en segundos. Él se aferró a sus caderas, empujando fuerte y muy rápido, eyaculando su alma en su cuerpo orgásmico.

Apoyó la barbilla en el brazo y murmuró con buen humor: “¡No empujes tan fuerte, te lo dije!”. Su erección era dura como una roca y se masturbó un poco. “¡Otra vez, otra vez!”, susurró, y se tumbó encima de ella con vigor. “¡Qué tonto tan dulce!”, dijo ella suavemente, abriendo las piernas con gusto. La folló como antes, empujando con energía y esperando a eyacular hasta que ella se masturbara hasta el orgasmo con el dedo. Se quedó jadeando a su lado. Ella se levantó y dijo que necesitaba un trago. Después de unos minutos, él la siguió. Ella estaba sentada en la cama bebiendo, y él se acercó pavoneándose, con el pene balanceándose. Ella perdió la cuenta de cuántas veces más quería follarla y siguió bebiendo durante los descansos. Finalmente, sus fuerzas flaquearon. Ella separó las piernas y los brazos y se masturbó, teniendo orgasmos ma-

ravillosos. Él se despertó en su cama por la mañana con una erección matutina considerable. La penetró con cuidado en la vagina y ella se despertó inmediatamente. Ahora la estaba follando como es debido y eyaculó dentro de ella. “Los chicos no deben follar con sus madres”, dijo ella con voz ronca, y lo mandó a su habitación.

Ella le permitía follarla cada vez que el hombre se iba y se lavaba el coño. En cuanto él tenía una erección, ella dejaba que Sam la follara y se corriera dentro de ella. A Sam le gustaba mucho esto porque ahora se le ponía dura cada vez que la veía siendo follada por el cliente.

Después de un año, se sintió terriblemente culpable cuando una colega le confió que su hijo de 13 años deseaba desesperadamente tener relaciones sexuales con ella, y que solo lo impedía masturbándolo. ¡Pero el muy canalla eyaculaba dentro de ella cada vez! No dijo nada específico sobre cómo lograba eyacular dentro de ella durante una masturbación. Se le escapó que la había estado violando durante meses, ¡el bueno para nada! Tuvo que dejar que tuviera relaciones sexuales con ella para que no se volviera violento. No se había resistido durante mucho tiempo y le había permitido tener relaciones sexuales con ella tan a menudo como él lo necesitaba.

¡Ella estaría horrorizada de dejar que su propio hijo la follara! Bueno, como prostituta, tenías que hacer las cosas más extrañas, por supuesto, ¡pero fornicar con tu propio hijo era simplemente impensable! ¡Especialmente, ¿qué diría la gente si supieran que estaba fornicando varias veces al día?! Los clientes podrían alejarse de ella si se enteraran de su fornicación. ¡Eso sería catastrófico! Por lo tanto, estaba buscando a alguien que... La madre de Sam dijo que debería enviarle a su hijo; eso estuvo bien para ella. Efectivamente, el chico vino y se le permitió follar a la Sra. Barker. Al principio, el chico lo logró tres veces seguidas, luego solo dos, y finalmente solo una. Después de unos días, dejó de venir por completo. La Sra. Barker era demasiado mayor para él, le dijo a su madre. La conversación sobre la fornicación y lo que la gente probablemente diría realmente había afectado a la madre de Sam, y se sentía terriblemente culpable. ¿Los clientes se alejarían? ¡Sam la estaba follando varias veces al día ahora, y eso no se podía permitir! ¡No! ¡Fornicación! Se recompuso y, al cabo de unos días, le dijo que a partir de ahora tendría que masturbarse él mismo, explicán-

dole el motivo. Sin embargo, le permitió introducir su pene en su vagina y eyacular dentro de ella mientras se masturbaba.

Como siempre, se escondía debajo de la mesa cuando sus novias visitaban a su madre. Llevaban aguardiente, y no pasaba mucho tiempo antes de que todas gritaran de alegría, jugando a forcejear. Riendo estridentemente y llenas de energía, se quitaban las bragas y sonreían mientras se agarraban las entrepiernas. Las putas, por supuesto, sabían que estaba debajo de la mesa y se sentaban con las piernas bien abiertas, sonriendo; ¡era una cuestión de honor! Cinco o seis pares de piernas a su alrededor, un sexo junto al otro, y sus ojos brillando de codicia. Miraba sus piernas, su mirada recorría sus muslos internos hasta sus entrepiernas. Les separaba las rodillas y les palpaba sus joyas. Si una apartaba su mano, se acercaba sigilosamente a la siguiente. Si ella colocaba suavemente su mano sobre la suya, no tenía problema. Entonces le frotaba el clítoris, tal como había visto hacer a su madre, y lo acariciaba hasta que ella se estremecía o se retorcía y lo detenía.

Él amaba a una en particular; ella deliberadamente abría las piernas y dejaba que él le frotara el clítoris. La tía Rita, como la llamaban, le acariciaba la cabeza debajo de la mesa y le dejaba frotarle el clítoris de nuevo. Ella lo permitía con una sonrisa porque él podía hacerla llegar al orgasmo rápida y maravillosamente. Por lo general, dejaba que la frotara hasta el orgasmo dos o tres veces, reclinándose en su silla mientras lo hacía. No le importaba que las otras putas la vieran llegar al orgasmo. Al contrario, le gustaba presumir de su hermosa vagina y estaba orgullosa de correrse más rápido que las demás. Era un poco arrogante de su parte pensar que era mejor que sus compañeras. Todo lo que se podía ver de Sam era su rostro concentrado a unos centímetros de su vulva y su pequeña mano. Durante su orgasmo, Rita acariciaba y amasaba sus pechos y respiraba con dificultad. Era una puta joven, y su sexo, su pequeño agujero, se veía mucho más bonito que el viejo y grande coño de su madre, mucho mayor que ella.

Cuando sus novias venían de visita, su madre presumía a viva voz de lo bien que eyaculaba, mejor que muchos hombres. En esas tertulias, solo hablaban de sexo y bebían aguardiente. La cosa se ponía caliente hasta que su madre lo sacaba de debajo de la mesa. Se quedaba desconcertado entre las mujeres. Su madre le bajó los pantalones y dejó que las demás vieran su pene. De nuevo, la cosa

se ponía caliente y todas tocaban su pene erecto. “¡Está bien!”, gritó su madre, “¡está bien!”. Le agarró el pene, se lo frotó y le hizo eyacular en un arco alto sobre el suelo. Tenía ganas de llorar; se avergonzaba de esa humillación. Esto se repetía en cada tertulia; cada vez una puta diferente lo masturbaba, cada vez intentaban que eyaculara aún más, cada vez iba directo a su habitación después de eyacular, cada vez lloraba. ¡Quería gritarles a la cara que se había follado a su madre antes de cada sesión de masturbación, empujando y eyaculando como es debido! Pero eso estaba estrictamente prohibido y era secreto.

Rita fue la única que sintió su sufrimiento. Lo empujó de nuevo debajo de la mesa y no dejó que las prostitutas volvieran a masturbar al chico. “¡Ya lo hicieron una vez, dejen al chico en paz!”. Apoyó su cabeza entre sus muslos y le acarició suavemente el cabello. Rita era la única a quien amaba, la única a quien amaba con locura. Tenía la cara contra su muslo y miraba fijamente su entrepierna mientras le frotaba el clítoris, haciéndola estremecerse y retorcerse una y otra vez. Anhelaba abrazarla, besarla y follarla. Rita fue la única que notó su amor; lo levantó de debajo de la mesa y lo dejó pararse entre sus piernas desnudas. Sonriendo amablemente, le bajó los pantalones, le acarició el pene y se subió la falda. “¿Quieres follar?”, preguntó tentadoramente, abriendo su entrepierna con los dedos. Él era demasiado tímido para hacerlo delante de todas esas mujeres y no se movió. Las mujeres miraron en silencio su pene y la vagina desnuda de Rita. Ella lo atrajo hacia sí, lo frotó hasta que se puso duro y sonrió mientras introducía su pene en su vagina. Con una mano, le acarició la nuca y le apretó la cara entre sus pechos, mientras que con la otra le agarró las nalgas y marcó el ritmo. “¡Sí, vamos, fóllame, cariño!” Se sentía tan bien, las sensaciones dentro de la vagina de su amante eran tan abrumadoras, que se corrió en poco tiempo. Rita le acarició la cara y lo apretó con fuerza contra ella. “Estuvo bien”, mintió, “¡estuviste realmente bien!” Él estaba confundido y triste porque terminó tan rápido.

Rita lo apretó contra ella y lo acarició con mucha suavidad. “Todavía está duro”, le susurró al oído, “todavía está duro, ¡así que puedes hacerlo otra vez! ¡Quiero que me folles otra vez, cariño! ¡Vamos, correte!” Él asintió y apretó su rostro felizmente contra sus pechos. Muy despacio y con cuidado, entró y salió, mirando a las amigas de su madre. Ellas solo miraban con curiosidad o son-

reían con aire de suficiencia. Rita susurró: "¡Solo sigue!" y él siguió. Pasó muchísimo tiempo hasta que se puso erecto y, con un fuerte jadeo, eyaculó dentro de Rita. Ella le había susurrado al oído: "¡Vamos, cariño!" Él la abrazó con fuerza y eyaculó todo el tiempo que pudo. Rita lo apartó un poco y le agarró el pene. Lo frotó suavemente, pero incluso después de varios minutos, no volvió a ponerse erecto. Rita le dio un largo beso en la coronilla y lo soltó. Él se tiró sobre la cama y lloró de felicidad.

La siguiente vez que follaron, Rita le abrazó la cabeza y le susurró al oído que si no empujaba demasiado fuerte la primera vez y solo eyaculaba un poco, le quedaría algo para la próxima vez. De esa manera, podrían follar dos o tres veces más fácilmente. Él asintió y le susurró que debería ayudarlo; quería intentarlo de inmediato. Ella le sujetó las nalgas con firmeza mientras él eyaculaba, y él intentó contenerse. ¡Funcionó! Rita le susurró al oído: "¡Conténlo ahora! ¡No lo eyacules todo!" Y él asintió y le susurró un "sí" al oído. La segunda vez, Rita le sujetó el culo con firmeza de nuevo y le susurró: "¡Solo un poquito!" Él entendió, y funcionó. Le encantaba cuando se susurraban el uno al otro mientras follaban. Ese día, folló con Rita tres veces. La tercera vez, Rita susurró que iba a masturbarse, y Sam sintió su dedo rozándolo. Su respiración se aceleró contra su oído, y ella susurró que estaba a punto de llegar. Se frotó rápidamente y susurró: "¡Ya viene, ya viene!". Él escuchó su respiración agitada y sintió los espasmos orgásmicos de su vagina mientras la penetraba. "¡Ah! ¡Eso fue maravilloso!", la oyó decir suavemente, y pensó que debía penetrarla con fuerza y eyacular dentro de ella. "¿Sí?", preguntó ella seductoramente, y él asintió. "¡Sí, genial!". Él embistió con fuerza y eyaculó todo su semen en la vagina de Rita. Ella lo alabó y besó a su pequeño héroe en la boca.

Cada vez que Rita venía a tomar el té, él tenía permiso para follarla delante de todas sus amigas. No le importaba mucho; las putas fumaban y miraban en silencio mientras él follaba a Rita. Se había convertido en un hombre y ahora, a los 14 años, ya tenía una novia de verdad con la que follaba y se acostaba. Normalmente solo se corría dos veces, a veces tres. Rita no hablaba mucho; simplemente se levantaba la falda y le frotaba el pene con la mano hasta que se ponía duro, entonces él tenía permiso para follarla. Una vez. Dos veces. Tres veces. Le gustaba mucho cuando ella le susurraba al oído si debía contenerse o si debía correrse dentro de ella.

Él le susurraba al oído lo maravilloso que se sentía y cuánto la amaba. Ella lo besaba en la boca después de cada vez que follaban. Correrse dentro de ella era mucho más intenso que cuando se masturbaba.

Después de unos meses, Rita se despidió y se mudó a Liverpool. Él se puso terriblemente triste cuando Rita vino inesperadamente a visitarlos una noche y se lo contó. Bebieron mucho y se tragaron cuatro pastillas rojas que Rita había traído. Él tomó dos; sabía que le darían erecciones que durarían horas. Su madre había traído algunas, y descubrieron que dos pastillas eran suficientes para mantener sus erecciones durante varias horas. La última vez, duró más de seis horas: un juego gozoso hasta la mañana. Las dos mujeres se excitaron rápidamente; las pastillas aumentaron su sexualidad hasta el punto del agotamiento. Ninguna de las dos era lesbiana, pero se besaron con largos e intensos besos franceses. Rita se acostó desnuda junto a su madre; las pastillas le pegaron como una bomba. Las pastillas calentaron a las mujeres, y se besaron y acariciaron como si quisieran devorarse. Se excitaron los pechos y se agarraron las vulvas con lujurioso deseo. Aunque no quería beber, le permitieron acostarse con las dos mujeres y observarlas hacer el amor. Las acarició con intensidad y participó en su excitación. Al principio, ni siquiera necesitó tener una erección. Rita agarró la cabeza de la madre y la atrajo hacia sí, gimiendo y arrullando. Presionó su boca con insistencia contra su vulva. Sam vio por primera vez que las mujeres se lamían entre sí.

Fue increíblemente emocionante ver la lengua de Rita danzar sobre el clítoris de su madre. Las nalgas de Rita también danzaban, su clítoris entraba y salía rítmicamente entre sus labios, y experimentaba un pequeño orgasmo o casi orgasmo tras otro. Claramente tenía mucha práctica y sabía exactamente con qué rapidez hacer que su clítoris saliera entre sus labios para casi alcanzar el orgasmo. Dejó de lamer a su madre, se arrodilló y apretó rítmica y rápidamente sus nalgas para mantener su clítoris en movimiento. Sam se arrodilló justo detrás de ella, observando su excitante juego. Con cada rebote, su clítoris era apretado e inmediatamente salía disparado entre sus labios. Se concentró únicamente en el rebote rítmico de sus nalgas y en hacer que su clítoris entrara y saliera disparado. Temblaba por completo durante sus orgasmos y gemía fuerte de placer. Después de unos minutos, comenzó a lamer el clítoris de su madre de nuevo.

Sam sospechaba que Rita solía satisfacerse de esa manera porque nunca se masturbaba con el dedo. Le preguntó durante un descanso, y ella confirmó que lo había descubierto en su juventud y que siempre lo había hecho así desde entonces, todas las noches antes de dormirse. Casi nunca usaba el dedo; era demasiado rápido y no duraba lo suficiente. Al cabo de un rato, le dijo que él era solo la segunda persona a la que había dejado presenciar su secreto. Él permaneció en silencio; fue una experiencia maravillosa y excitante.

Cuando Rita lamió a su madre, le pellizcó el clítoris entre los labios y lo dejó entrar y salir rápidamente, casi llegando al orgasmo y gimiendo para que él finalmente la follara. El pequeño agujero de Rita era diminuto y muy estrecho; él no podía penetrarla sin su ayuda. Ella gimió que él tenía que follarla y lo ayudó con la mano para que él pudiera entrar con mucho cuidado en su pequeño agujero. Su agujero apretaba su pene con fuerza pero con una suavidad aterciopelada. Se ensanchó cuando él embistió con fuerza y jadeó, eyaculando. Pero Rita no tenía orgasmos durante el sexo, solo cuando él la masturbaba con el dedo o cuando su madre le lamía el clítoris vigorosamente. La madre lamió el clítoris de Rita y, sonriendo, frotó su semen, que fluía de la vagina de Rita, sobre su clítoris y labios con la lengua. Él colocó su cabeza directamente frente a la vulva de Rita y observó los lametones y los orgasmos con curiosidad y lujuria. ¡Su madre era increíblemente buena en eso! Seguía teniendo erecciones y follándolas a las dos, a su madre solo una vez, pero siempre a Rita, una y otra vez. Seguía follándola incluso cuando ya no podía eyacular. Sabía que sería la última vez que se le permitiría follar a Rita. Finalmente se quedó dormido, exhausto, muy tarde.

Rita le susurró a su madre que estaba embarazada de Sam. Rita había elegido al empresario de Liverpool por el embarazo. Estaba completamente segura, porque Sam era el único con quien tenía permitido tener relaciones sexuales sin preservativo. Pensaba que era demasiado joven para embarazarla. Creía firmemente que los chicos tan jóvenes aún no tenían espermatozoides adecuados, aunque ya pudieran eyacular. Por eso, sin dudarlo, le había permitido eyacular dentro de ella. Rita lloró, porque el embarazo la había tomado completamente por sorpresa. Solo tenía 19 años y se sentía demasiado joven e inexperta para la maternidad. Un aborto, por supuesto, estaba totalmente descartado para ella. Prometió enviar

fotos y escribir sobre cómo estaba el bebé. Las mujeres decidieron no contárselo a Sam. No se fue hasta el amanecer, después de que hubieran hecho el amor por última vez.

En la siguiente tertulia, se acostó en la cama y lloró por Rita. Pero una de las chicas, Evelyn, se acercó y lo excitó intensamente jugando provocativamente con su clítoris justo delante de él. Lo atrajo hacia las otras mujeres. Evelyn le bajó los pantalones y lo colocó entre sus muslos desnudos. Y así fue como, con el tiempo, se acostó con todas las prostitutas, una tras otra. Él simplemente estaba allí, pero ellas, peleándose entre sí por él, decidían quién se quedaría.

Después de follar a Evelyn, se paró frente a su madre, pero ella no creyó que se atrevería. Se atrevió, delante de todas esas chicas. Se quedaron en silencio, "¡Mira, mira!" susurraron, "¡Quiere follársela!" Las protestas de la madre no lo impresionaron, especialmente porque las mujeres aplaudieron y corearon: "¡Joder, joder, joder!". La agarró del culo y la tiró hacia adelante. Como las demás, tuvo que abrir las piernas bien alto en el aire y empujar voluntariamente su vulva hacia afuera. La folló durante mucho, mucho tiempo, frotando constantemente su clítoris con un dedo. Los espectadores sonreían torcidamente y sonreían con malicia. El rostro de la madre se contorsionó en una mueca, cerró los ojos con fuerza y tuvo un orgasmo. Sus piernas se agitaron indefensas en el aire. La agarró del culo y la embistió con todas sus fuerzas. Eyaculó justo en medio de su orgasmo menguante y esperó, con su pene erecto todavía dentro de ella. Tras unos instantes, continuó follándola, esta vez durante más tiempo. Le frotó el clítoris con fuerza con el dedo. Su segundo orgasmo fue mucho más intenso que el primero. Consiguió contener la eyaculación hasta que ella se convulsionó y tembló de placer, agitando las piernas en el aire. La madre soportó la humillación a regañadientes y miró a sus amigas, profundamente avergonzada.

Se había vengado de su eyaculación pública, exponiéndola delante de todos y revelando maliciosamente su gran secreto. Sin embargo, nadie hablaba de fornicación. Susurraban: ¿había tenido realmente un orgasmo o no? A partir de entonces, después de la primera mujer, siempre se acostaba con su madre en segundo lugar, dejándola llegar al orgasmo delante de todas sus amigas. Nada quedaba de su malicia inicial en su corazón; amaba mucho a su

madre. No obstante, seguía firme en su decisión de masturbarse y acostarse con ella «públicamente» en cada tertulia de café. Las mujeres libertinas gritaban de placer y lo incitaban con lenguaje soez.

No podía hacer nada para evitar que la humillara delante de todos. Era como una regla no escrita: tenías que aceptar todo, no existía el "no". Si su erección duraba lo suficiente, tenía que volver a tener un orgasmo, y no servía de nada que buscara ayuda de sus amigas. El segundo orgasmo era mucho más intenso que el primero. Él solía contener la eyaculación hasta que ella se estremecía y temblaba de placer, con las piernas agitándose en el aire. Solo entonces le agarraba el trasero, la penetraba y eyaculaba, ¡una y otra vez! Su madre lo odiaba en esos momentos. Aunque era prostituta, la masturbación y el orgasmo eran asuntos muy, muy privados, incluso entre prostitutas, y le daba vergüenza que la masturbaran delante de sus amigas y tener un orgasmo "en público".

Durante las semanas siguientes, las folló una tras otra, y si querían, les frotaba el clítoris y las llevaba al orgasmo. No eran tan guapas como Rita, pero eyacular dentro de sus coños experimentados era mucho más placentero que masturbarse. Las chicas follaban de forma muy distinta. Para algunas, cada follada era un trabajo; se dejaban follar con indiferencia y no fingían excitación. Pero si las demás habían decidido que iba a follar ese día, lo hacía. Para otras, era un cambio de ritmo, como un carnaval; celebraban la bebida, la excitación sexual y al chico dispuesto. Intentaban excitarse y disfrutar de ser folladas. Esto no tenía nada que ver con su trabajo; era algo privado y solo servía a su placer. Follar con estas chicas era lo más divertido para Sam. A diferencia de las demás, ellas *querían* ser folladas, participaban activamente y conseguían sus orgasmos de una forma u otra. Se frotaban el clítoris ellas mismas, y él podía concentrarse en no eyacular antes de sus orgasmos. Y se llenaron de alegría cuando, tras mucha contención, finalmente eyaculó durante su orgasmo. Entonces venía un abrazo o un beso de agradecimiento, algo que un cliente jamás recibiría.

Una mujer empezó, y luego todas lo hicieron: mientras él tenía sexo con una mujer, la vecina le agarraba el clítoris a la otra y la masturbaba mientras él era penetrado. A veces eyaculaba demasiado pronto y observaba cómo una mujer llevaba a otra al orgasmo. En cuanto él penetraba a la madre, una de las mujeres se colo-

caba a su lado, le sujetaba la pierna con fuerza y le exponía la vagina por completo. Le frotaba el clítoris expuesto hasta que la llevaba al orgasmo, ignorando las miradas avergonzadas o las protestas de la madre. Algunas incluso disfrutaban humillando a la madre y la llevaban al orgasmo de nuevo inmediatamente. La madre estaba dividida por emociones contradictorias; por un lado, disfrutaba cada momento de ser masturbada, pero por otro, se avergonzaba de ello.

Algunas estaban tan avergonzadas como su madre e intentaban ocultar sus orgasmos, mientras que otras no sentían ninguna vergüenza y claramente lo disfrutaban. Si duraba más, la zorra orgásmica le proporcionaba un clímax maravilloso. Y si quería follar con otra después de su madre, conseguía otra. Así que follaba con dos, a veces incluso tres putas en las tertulias de café. Cuando había eyaculado lo suficiente, se ajustaba los pantalones, se sentaba a la mesa y escuchaba la charla desinhibida y obscena de las prostitutas. Con cada chiste obsceno, gritaban y se reían a carcajadas, y luego brindaban por el narrador. Por desgracia, estas tertulias de café no se celebraban todos los días, solo tres o cuatro veces al mes.

La madre iba de compras todas las tardes porque no quería trabajar en la oscuridad. Después de comprar, se desvestía, se preparaba un buen tentempié y empezaba a beber. Normalmente, después de media botella, estaba completamente borracha, se tumbaba en la cama y se masturbaba durante un buen rato. Le daba igual si él se había ido a su habitación o se había quedado.

Desde que se había enamorado de Rita, su interés por la masturbación de su madre se había reavivado. La observaba y, al principio, se masturbaba de pie frente a su cama, eyaculando en un arco alto sobre su cuerpo o su vagina. Su madre ni siquiera se daba cuenta; él se acostaba a su lado y eyaculaba directamente en su vagina mientras se masturbaba. Se arrodillaba entre sus piernas y se masturbaba, introduciendo su pene en su vagina para eyacular. Ella dejaba de masturbarse cuando él le separaba los labios vaginales con los dedos para eyacular dentro de ella. Incluso cuando él no la tocaba, ella gemía y suspiraba de placer mientras él eyaculaba. O cuando él penetraba su vagina para eyacular, ella también gemía y suspiraba de placer. No pocas veces, ella agarraba su pene y lo frotaba antes de sostener la punta directamente frente a su va-

gina o dentro de ella y dejar que eyaculara. Era bastante obvio que disfrutaba plenamente de la eyaculación en su frenesí.

Mientras Rita estuvo allí, respetó la prohibición de su madre y solo eyaculó dentro de ella sin tener relaciones sexuales. Cuando Rita se fue a vivir con un hombre a Liverpool, estuvo triste durante mucho tiempo, muy triste. ¡No era suficiente! ¡Prohibido o no! Decidió que, de ahora en adelante, tendría relaciones sexuales con su madre siempre que estuviera borracha.

Ella se emborrachaba todas las noches; el alcohol la excitaba sexualmente de forma increíble, y se masturbaba toda la noche mientras seguía bebiendo. Él se acostaba a su lado, y cuando necesitaba un descanso, le tocaba los genitales con los dedos, observando su orgasmo reflejado en su rostro, sintiéndolo con los dedos. A menudo ella abría los brazos y las piernas y se quedaba inmóvil como una rana, y él podía masturbarla en esa posición, ¡y era muy bueno en ello! Ella lo abrazaba y lo besaba porque le gustaba mucho. Él no podía comprender cómo podía masturbarse durante tantas horas y tener tantos orgasmos. Por supuesto, ella hacía pausas y seguía bebiendo. Durante el orgasmo, a menudo le agarraba el pene y lo apretaba, tiraba y jalaba como si quisiera arrancárselo. Él la follaba una o dos veces cada noche y estaba seguro de que ella ni siquiera era consciente de ello.

Siempre intentaba follarla justo antes de uno de sus orgasmos, ya que encontraba la eyaculación femenina particularmente placentera en ese momento. Cuando funcionaba, ambos tenían un orgasmo al mismo tiempo. Con el rostro contorsionado, ella se acariciaba el clítoris con el dedo, y él eyaculaba con todas sus fuerzas. Si se perdía el momento, ella lo miraba con los ojos borrosos y relajaba completamente su vagina mientras él eyaculaba. Ella parecía ser consciente de esto, pero él pensaba que realmente no entendía quién la estaba follando. Lo que él no sabía era que ella sabía perfectamente quién la estaba follando. A pesar de su embriaguez, no se excitaba lo más mínimo con el acto sexual. Él tampoco hacía ningún intento por excitarla. La follaba completamente egocéntrico y eyaculaba en cuanto sucedía. A ella le daba igual si la follaba una, dos o tres veces esa noche. Se concentraba únicamente en su masturbación, dándose orgasmos hermosos y excitantes. Se masturbaba mientras la follaban, bebía y seguía masturbándose hasta quedarse dormida.

Sam consiguió un trabajo en una sastrería femenina, repartiendo la ropa en cajas. Pero lo mejor del trabajo era que podía colarse detrás de los probadores y observar a las mujeres y chicas desvestirse. El corazón le latía con fuerza en el pecho cuando se quitaban el sujetador o las bragas. Nunca lo pillaron; nadie se quejó de él. Ni siquiera los que lo hicieron. Le sorprendió la cantidad de mujeres exhibicionistas. Cuántas se desnudaban por completo sin necesidad y le lanzaban miradas lascivas mientras le mostraban todo con gestos obscenos. Se había vuelto adicto al espionaje. Cuando hacía repartos, muchas mujeres se sentían atraídas por él. Si estaban solas en la tienda, lo invitaban a entrar. Algunas solo querían masturbarse y dejar que las observara. Otras querían follar, y eso le gustaba mucho. Al fin y al cabo, no eran prostitutas, sino chicas y mujeres de la alta sociedad. Sin embargo, follaban como si lo fueran. Sam adoraba su trabajo.

Fue pura casualidad que Sam estuviera descansando en ese banco junto al Támesis. También fue una coincidencia que la niña se sentara a su lado. Sam no tenía muchas ganas de conversar, pero la niña empezó a hablar sin parar. Poco a poco, él se fue abriendo a ella, y ella se reía de sus preguntas sugerentes. Claro, era muy habladora y le contó todo sobre los juegos de médicos que jugaba con niños y niñas. Él era muy comprensivo y no paraba de hacerle preguntas; quería saberlo todo. Ella lo siguió de buena gana detrás del cobertizo; él le enseñaría cualquier cosa que quisiera saber o ver. Dio un grito de alegría cuando él le quitó la ropa interior y le acarició suavemente los genitales. Sí, claro que se tocaba ahí abajo cuando se acostaba en la cama por la noche, dijo la niña. Pero él pronto descubrió que la niña de nueve años no sabía nada de masturbación. Ella sonrió. “¿Qué quieres enseñarme?”, preguntó él. Le tocó el pequeño clítoris con mucha delicadeza. Le frotó suavemente el clítoris, y ella tuvo un orgasmo casi de inmediato. ¡Dio un grito de placer! “Eso se sintió tan bien”, susurró, y preguntó si podía hacerlo ella misma. “Sí, si nadie nos ve, así que solo cuando estés sola”. Ingenua y curiosa, dejó que la masturbara por segunda vez. Levantó la cabeza y lo observó atentamente. Esta vez se estremeció sin cesar y susurró que había sido absolutamente maravilloso. Quería irse a casa al caer la noche.

Pero se dejó convencer cuando él le preguntó si también quería ver su pene. Ella asintió con entusiasmo y observó con curiosidad cómo lo sacaba. Curiosa, lo tocó; era mucho más grande que los de

los chicos con los que había jugado antes. Acarició su pene como él le había dicho. Se puso muy grande y rígido. Ella no lo quería, pero él se inclinó sobre ella y la penetró. Su vagina era muy estrecha y pequeña. "¡Me duele!", gimió, queriendo gritar, pero él le tapó la boca. Su himen se desgarró y su pene quedó cubierto de sangre. Él rasgó su pañuelo y se limpió el pene. Cuando la penetró de nuevo, ella quiso gritar otra vez, pero él le metió el pañuelo ensangrentado en la boca y se la cerró con fuerza. Ella forcejeó como loca, pero cuanto más forcejeaba, más fuerte le apretaba la boca. No sintió el suave crujido cuando su cuello se rompió. Ella no se resistió y lo dejó terminar. Él la miró fijamente a los ojos muertos y se corrió con todas sus fuerzas. Se subió los pantalones y dijo que ya podían irse. Pero ella permaneció en silencio. Solo cuando la sacudió se dio cuenta de que estaba muerta.

Se puso de pie, completamente consternado, y vio a la joven pareja doblando la esquina en ese preciso instante. Dejó allí al niño muerto. Se escabulló y la pareja corrió a llamar a la policía. Les indicaron a los agentes adónde había ido el asesino. Los agentes corrieron en la dirección correcta y lo vieron a lo lejos. Huyó hacia la oscuridad. Y ahora colgaba cabeza abajo del puente.

Lo lamentaba muchísimo; no había querido matarla. La chica había chillado de placer y reído con excitación mientras él le masturbaba el pequeño clítoris. Se quedó boquiabierta de sorpresa mientras el orgasmo la sacudía y convulsionaba. Chilló de deleite mientras él seguía frotándole el clítoris. Imaginó el hermoso sexo de Rita frente a él y luchó desesperadamente contra el calambre en sus músculos abdominales. Se ahogaría a menos que ocurriera un milagro.

A primera hora de la mañana, descubrieron su cuerpo colgando de un cable, medio flotando en el río. Se demostró que había asesinado a Nicole, de nueve años, ya que el pañuelo encontrado en la garganta de la niña era la mitad idéntica del pañuelo hallado en el bolsillo de su pantalón. Todo Londres estaba conmocionado. Violación, asesinato y la muerte accidental del asesino y abusador de menores que huía. Periódicos, televisión, todo el revuelo. La madre de la niña sollozaba ante las cámaras, la madre del asesino sollozaba ante las cámaras. No era un crimen; era el golpe de la muerte lo que conmocionaba a todos.

Veronika fue al funeral de la niña porque fue una de las primeras niñas a las que cuidó. Su hermana pequeña estaba en su jardín de infancia, pero Nicole solía ir después de clase porque no quería volver a su horrible casa, con su horrible madre y su horrible novio, que la manoseaba obscenamente por debajo de la falda cuando su madre no estaba. Veronika la escuchó atentamente y la tranquilizó lo mejor que pudo. El horrible novio no había ido más allá de acariciarle la vagina y frotarle el clítoris torpemente mientras se masturbaba. Le dio asco cuando le separó los labios vaginales con los dedos y eyaculó dentro de ella. ¡Ya lo había hecho cien veces, el muy cabrón! Veronika intentó tranquilizar a Nicole, diciéndole que era perfectamente normal que los hombres eyacularan dentro, pero solo con mujeres adultas. También le explicó que era perfectamente normal que los hombres introdujeran sus penes en la abertura y eyacularan, pero solo con chicas adultas. Con una niña tan pequeña, estaba prohibido, y podía decírselo directamente a su novio. Sin duda, entonces se detendría.

Por desgracia, Veronika se equivocaba. El asqueroso novio se reía descaradamente y, bajo amenaza, obligó a la chica a abrirse las piernas. La miró fijamente y se masturbó, presionando su pene contra ella. Continuó eyaculando dentro de Nicole, presionando su pene directamente contra ella y eyaculando con una sonrisa. Nicole le contó repetidamente durante los meses siguientes que lo había vuelto a hacer. Veronika la abrazaba y la consolaba; no era tan malo, decía, siempre y cuando no la penetrara. La eyaculación era ciertamente repugnante, pero al parecer no se atrevía a hacerle daño a la chica. Veronika abrazaba y acariciaba a la pobre niña, dándole el amor que su madre no podía brindarle. Veronika pensaba a menudo en confrontar al asqueroso novio y contarle a la asquerosa madre lo sucedido, pero seguía posponiéndolo.

Veronika fue al funeral de Nicole e ignoró a la familia. Se mantuvo un poco apartada, sin querer estar cerca de ellos. Solo había ido por Nicole, a quien no había podido ayudar por su cobardía. Lloró por la niña agredida y supo que no podía hacer nada para evitar que algo así volviera a suceder.

Hacía muchísimo tiempo que no rezaba, pero ahora lo hacía con gran fervor. «No, Dios mío, esta vez no se trata de penes, ni de vulvas», protestó. «¡Hay penes de sobra, mi vulva tiene más que sufi-

ciente! ¡Cállate, Dios mío, escúchame de una vez! ¡Que no vuelva a ocurrir semejante desastre! ¡Jamás, jamás, jamás!»

Lloró amargamente porque el viejo solo quería ser un canalla y se rió de ella.

Una despedida

von Jack Faber © 2022

Cinco años después, en 1977, Jane se presentó ante una audiencia de unos 400 científicos en Cardiff. Un año antes, había publicado un artículo revolucionario que predecía el desarrollo y la difusión de las computadoras personales, así como su proliferación mucho más allá de las universidades. Su opinión fue objeto de un intenso debate, y muchos académicos cuestionaron su experiencia. Jane se había labrado una reputación en los últimos años principalmente gracias a su profundo trabajo en temas científicos; leía incansablemente todas las publicaciones que caían en sus manos. Tenía razones bien fundadas para prever el floreciente desarrollo de las computadoras personales en Estados Unidos y Occidente. Había aceptado la invitación de *Science Today* tras muchas dudas, pero poco a poco se estaba acostumbrando a hablar en público.

Jane se había ido retirando gradualmente del negocio, permitiendo que Ray dirigiera Mossley House. Solo iba a Mossley House dos o tres veces por semana y volvía a casa después del almuerzo. Pero no le había cedido el control por completo a Ray, ya que el personal, tanto caballeros como damas, aún la consideraban el alma del proyecto. Dirigía desde la sombra con mano de hierro y, en general, estaba satisfecha con el progreso de Ray. Él, por supuesto, era perfectamente capaz de hacerse cargo de la casa, pero cada año le pedía a Jane que continuara.

Jack y Jane pasaban mucho más tiempo juntos que nunca. Los días que Jane estaba en Mossley House, él iba a su consulta privada y atendía principalmente a personas indigentes. Sus colegas habían contratado a otra doctora, una cirujana que resultó ser una excelente sustituta durante la ausencia de Jack. Ella estaba entusiasmada con el proyecto y contaba con experiencia en el Hospital St. Helen's, donde había podido operar a precios muy favorables. En definitiva, la consulta prosperó, las ganancias aumentaron y Jack donó su parte a sus tres colegas.

Jack y Fox habían creado una nueva red. Querían dejar atrás la improvisación y establecer bases permanentes en regiones clave. Sus agentes debían consolidar una presencia sobre el terreno y

gestionar su propia red de agentes. Peter había escuchado atentamente a los dos jóvenes y había resuelto los aspectos esenciales con ellos en numerosas conversaciones. Finalmente, quedó muy satisfecho con el progreso y los envió a su misión. La mayor parte del trabajo recayó en Fox, quien se volcó por completo en ella. Fox hizo un trabajo excelente y no le importó que tanto Peter como Jack pasaran menos tiempo en la oficina. Peter quería escribir un libro sobre el servicio de inteligencia, desde Lord Walsingham hasta Churchill, y le pidió a Jane que le ayudara con este proyecto, a lo que ella accedió encantada.

Jack había descubierto su vocación por la investigación genética y dedicaba cada minuto libre a ello. Era una escena apacible cuando Peter, Jane y Jack se sentaban tranquilamente uno al lado del otro, leyendo o escribiendo. Para hacer llamadas, bajaban al salón para no molestar a los demás. Rose se movía silenciosamente por la casa y los agasajaba a los tres con comida y bebida. Desafortunadamente, un día Jack tuvo que llevarla al hospital con una neumonía grave, donde también le diagnosticaron tuberculosis leve. Permaneció hospitalizada casi tres meses, y le recomendaron que ella y Jack fueran a un balneario durante un tiempo.

Así fue como Jack le dio un fajo de billetes y la envió a un sanatorio cerca de Edimburgo, en Escocia. Debía llevarse solo un vestido y comprarse un nuevo guardarropa en Edimburgo. Él le advirtió con una sonrisa que comprara solo lo mejor y lo más fino; los escoceses debían quedar impresionados y no pensar que los habitantes de la ciudad eran tacaños. No se marchó hasta que hubo capacitado a una nueva criada para que la reemplazara. La nueva criada se llamaba May, una guapa joven de 21 años con excelentes referencias. Su madre había emigrado de Filipinas durante la guerra y le había transmitido sus rasgos asiáticos. May era muy delgada y juvenil, muy trabajadora y seguía todas las instrucciones de Rose. A diferencia de muchas otras criadas, tenía modales particularmente corteses y devotos; parecía ser algo innato en ella.

Rose y May durmieron en la cama de Rose, y Rose contempló con placer la desnudez de la joven asiática; estaba segura de que al Maestro Jack le gustaría. Las dos primeras noches, Rose intuyó que May se masturbaba en secreto antes de dormirse. La tercera noche, reunió el valor para acariciar a la linda chica y estimular su clítoris. Naturalmente, la exploró con sus labios y lengua y se sor-

prendió de que alcanzara el orgasmo en poco tiempo. May solo usó sus dedos; Rose no se atrevió a practicarle sexo oral. May susurró que se masturbaba a diario, todas las noches, desde los siete años, pero que nunca había tenido relaciones sexuales con una mujer. Había tenido varias *aventuras de una noche* desde los catorce, pero nunca nada serio.

Eso era solo parcialmente cierto. De hecho, se había entregado a su novio a los 14 años, y solo después de mucha indecisión. Las historias de terror sobre la pérdida de la virginidad la habían frenado durante mucho tiempo. Disfrutaba haciéndole una felación a su novio tan a menudo como él quería. Desafortunadamente, él no era lo suficientemente inteligente como para comprender las necesidades de las chicas. Por supuesto, ella había abordado el tema con cuidado, pero él no podía imaginar lo que significaba. Después de todo, ella no tenía un pene que pudiera eyacular. Era demasiado tímida para mostrarle que se masturbaba. Permanecía en silencio y no sentía presión; disfrutaba de su propio placer. Todas las noches, soñaba con sexo mientras se masturbaba y decidió a los 14 años entregarle su virginidad a su novio.

La primera vez fue incómoda y aleccionadora para ambos. Pero con el tiempo, su vida sexual mejoró, durante un año, hasta que terminaron los estudios. Perdieron el contacto; ella empezó a trabajar como empleada doméstica y él no quería una relación en la que tuviera que esperar una o dos semanas para tener sexo. Pasó casi un año antes de que ella tuviera otro novio. Él esperó hasta que ella tuviera tiempo para él y para el sexo, pero la relación a distancia no duró ni un año. Después de él, tuvo otra relación a distancia durante tres años hasta que lo comprendió. Ella era solo un número más en su llavero, y rompió con él furiosa. Y ahora estaba allí, sin mucha experiencia en relaciones, pero con algo de experiencia en el sexo.

Cuando Rose sugirió con cautela que el Amo también esperaba favores sexuales, May asintió y dijo que le había gustado mucho el Amo Jack desde el principio y que con gusto le daría todo. Absolutamente todo. May interrogó a Rose sobre todos los detalles sexualmente relevantes, si él quería algo perverso o a qué debía prestar especial atención. Rose le contó todo: que el Amo no usaba condones, que le gustaba ver a la chica masturbarse y que eso lo excitaba. Que le gustaba el sexo oral como alternativa durante la

menstruación. May dijo que nunca lo había hecho antes y le pidió a Rose que le explicara el sexo oral. Le costaba imaginar tragar semen, y Rose rió amablemente y dijo que era muy fácil y que el semen no era absolutamente peligroso. Sabía bien, y uno se acostumbraba rápidamente al sabor ligeramente agrio y salado. May la miró con incertidumbre y dijo que lo intentaría. Rose se lo contó a Jack, quien se sorprendió bastante y dijo con cautela que ya verían.

Jack, por supuesto, habló con Jane al respecto. Ella le acarició el cabello y murmuró: «Mientras tu corazón me pertenezca». Él la abrazó y la besó con ternura. «Mientras mi corazón siga latiendo», susurró, «¡solo te pertenezco a ti!». Sin embargo, esperó casi una semana antes de que una mañana se escabullera escaleras abajo hasta la habitación de Rose, donde se encontraba May.

Llamó muy suavemente y asomó la cabeza por la puerta. May se despertó al instante, sonrió seductoramente y apartó las sábanas. Observó su pene balanceándose mientras él se acercaba y se acostaba a su lado. Apartó las sábanas y las dejó caer al suelo. Se miraron. La encontró hermosa y se sorprendió un poco porque su zona púbica estaba completamente depilada. Solo podía ver su hendidura; ni sus labios menores ni su clítoris eran visibles. Tenía pechos muy pequeños y puntiagudos, y sus pezones eran tan oscuros como sus labios. ¿Quería hacerlo?, susurró, ¿y estaba usando anticonceptivos? Sí, amo, susurró ella, sonrojándose, ¡quiero mucho hacerlo, y estoy tomando la píldora! Se besaron durante un largo rato, y él la excitó con apasionados besos franceses.

Se puso en cuclillas sobre sus talones, separó sus rodillas y examinó sus genitales, separando sus labios con los dedos. Tenía un clítoris pequeño y sus labios eran de color marrón oscuro, su vulva tan pequeña como la de una niña. Ella asintió tímidamente cuando él le susurró si alguna vez había tenido sexo. Cerró los ojos brevemente, se sonrojó y susurró de vuelta: “Sí, desde que tenía 14 años, ¡y bastante!”. No podía o no quería decir con qué frecuencia. Solo había tenido sexo lésbico una vez, en las dos semanas que había pasado con Rose, nunca antes. No, respondió, solo había masturbado a Rose; no se había atrevido a practicarle sexo oral. Sí, Rose probablemente le había practicado sexo oral cien veces, y era muy agradable; Rose parecía ser muy buena en eso. Jack sonrió y pensó: “Rose sin duda era buena en eso”. May dijo que solo conocía la

posición del misionero y un poco del estilo perrito. Pero quería hacer cualquier cosa que él le pidiera. Cualquier cosa. Se sonrojó; durante su menstruación, le practicaría sexo oral, le había dicho Rose. Pero primero tendría que aprender eso. Permaneció en silencio, y él le acarició suavemente el clítoris.

Su vagina era tan estrecha como la de una niña pequeña. Ella sonrió y lo ayudó con ambas manos, penetrándola lenta y cuidadosamente, jadeando por aire. Para su sorpresa, pronto comenzó a jadear y tuvo un orgasmo poco después. Ella lo miró tímidamente y le sonrió con una sonrisa insondable. Él continuó follándola suavemente, ella se unió, sonriendo y muy activa, y tuvo otro orgasmo poderoso mientras él embestía y eyaculaba. Se tumbaron en silencio uno al lado del otro y fumaron. Después de su segundo cigarrillo, él sugirió que ella podría hacerle una felación. Ella asintió e hizo lo que él le explicó. Volvieron a follar, y ella jadeó durante un buen rato, luego fue sacudida por un orgasmo muy intenso, y el pene de Jack se deslizó fuera. Él esperó un rato hasta que su orgasmo disminuyó antes de penetrarla de nuevo y follarla rápidamente. Pero ella ya estaba demasiado cansada para tener un orgasmo, y él no eyaculó muy profusamente.

Fumaron, él la besó y le dijo que se había sentido maravilloso y que ella obviamente también lo había disfrutado. Sí, dijo ella, tres veces fue maravilloso y suficiente para ella, y quería que la despertaran así de eróticamente mañana también. Su amplia sonrisa lo decía todo, y él asintió. Ella preguntó ansiosamente cómo debía comportarse con la señora. Él respondió que la señora lo sabía y no le importaba, pero que uno no hablaba abiertamente de ello. “Es un secreto entre tú y yo, ¿de acuerdo?” Ella asintió, y él añadió: “Pero por favor, mantén la distancia. Tú eres una criada, ella es Lady Janet, y yo soy el amo Jack”. Ella asintió. Pronto se enteró de que eran hermanos y se sorprendió mucho de que estuvieran teniendo relaciones sexuales. Jack le explicó pacientemente que esto también era un secreto, uno que no se podía comentar con nadie. Ella asintió pensativa y prometió ignorarlo. Confesó que los había visto tener relaciones sexuales en secreto en la sala de estar y que a menudo pensaba en ello mientras se masturbaba por la noche. Jack la acarició suavemente y dijo que eso estaba bien para él.

Él sonrió al decir que era un secreto, porque guardar un secreto a Peter era simplemente imposible. Ella se sonrojó de repente. Ro-

se le había dicho que al Amo le gustaba verla masturbarse y le preguntó si le gustaría volver por la noche, ya que ella lo hacía todas las noches, y si le gustaría observarla. Él sonrió; no tenía tiempo por las noches, pero con gusto la observaría alguna vez. Asombrada, ella respondió: "No, solo lo hago una vez; con eso me basta para dormirme". Siempre lo hacía muy despacio e intensamente, y después del orgasmo, se quedaba dormida de inmediato. Él pensó que ella estaba completamente absorta en su papel y que Rose tenía toda la razón: May no era una cualquiera, sino sumisa, dispuesta e insaciable sexualmente.

Le preguntó qué pastilla tomaba, explicándole que era médico y que se la conseguiría cada mes. «No sé si Rose te lo ha dicho, pero tienes que cambiar estas sábanas al menos una vez por semana». Ella sonrió y le dijo que Rose se lo había comentado, y que lo haría dos veces por semana. Él miró su reloj. «Bueno, basta de charla. ¡Bajaremos a desayunar en 40 minutos!».

Jack, por supuesto, le contó a Jane cómo iban las cosas con May. Ella se alegró de que hubiera encontrado un reemplazo para Rose; era mucho más equilibrado y gentil con ella. Sabía cuánto y qué quería saber Jane y se lo contó en cuanto llegó el momento oportuno. Por lo general, ella solo quería sexo suave y sensual por la noche y se masturbaba después antes de dormirse. Se acurrucaba en la comodidad de sus brazos sobre su pecho y le encantaba que la acariciara con ternura y erotismo mientras se masturbaba. Ella le hizo sentir que apoyaba su decisión de acostarse con May. Naturalmente, ella quería saber mil cosas sobre la dulce mujer asiática, y él se lo describió todo con detalles gráficos.

Poco a poco, Jack May la convenció de masturbarse por las mañanas antes del sexo, algo que ella disfrutaba. Al principio, era un poco tímida, ya que nadie la había visto masturbarse antes. Pero abrió las piernas y primero estimuló sus labios vaginales. Luego cerró los ojos y se acarició el clítoris, primero suavemente, luego rápida y vigorosamente. Él la observaba; ella rápidamente alcanzó un estado justo antes del orgasmo y lo prolongó durante minutos hasta que finalmente explotó. A él le gustaba más cuando, justo antes de correrse, ella lo instaba: "¡Ahora! ¡Sí, ven y fóllame!" y lo ayudaba a entrar en su pequeño y apretado agujero. Arqueó la espalda e inclinó la cabeza para mirar su vulva mientras insertaba su pene con mucho cuidado y lentamente. Luego se recostó, se frotó

el clítoris durante minutos con los ojos cerrados, y él esperó hasta que ella llegó al clímax. Ella susurró suavemente: "¡Fóllame ahora, fóllame fuerte!". Él la folló tan rápido como pudo hasta que ella jadeó: "¡Sí! ¡Ahora! ¡Fóllame muy rápido!". y luego su orden entrecortada, "¡Síííí! ¡Ahora! ¡Corre ahora! ¡Sí!" y él eyaculó en su explosión. Le gustaba bastante cuando ella daba sus órdenes; hacía que follar fuera una experiencia compartida. También le gustaba que fuera muy rápido y que aún tuviera unos minutos para fumar un cigarrillo o dos con ella y acariciar su cuerpo con placer. Su cuerpo juvenil era tan delicado, suave como el terciopelo y erótico que podría haberla acariciado durante horas. Ella aprendió a hacerle una felación muy rápido, pero al principio escupía su semen. De repente, sucedió muy rápido que él podía eyacular profundamente en su garganta y ella se tragaba su semen. Parecía inevitable que May se enamorara de su Amo y se entregara aún más devota y apasionadamente. Jack mantuvo la distancia formal y emocional y no se enamoró de su criada.

Jane se había colado en la habitación de May varias veces y los había observado en secreto. Al principio, le impresionó el hermoso cuerpo juvenil y su forma controlada y decidida de masturbarse. La chica se excitó rápidamente y susurró: "¡Vamos, vamos!". Jack la observó y se frotó el pene hasta que se puso duro. May se inclinó sobre su vagina y lo ayudó a penetrarla, y continuaron juntos. Jack se puso rígido y comenzó a eyacular, y May siguió y siguió mientras él lo hacía. Su dedo recorría su clítoris, y se acercaba al orgasmo. El pene de Jack estaba profundamente dentro de su vagina, y ella emitía suaves gemidos. Dos minutos después, su orgasmo explotó: "¡Sí!". Jack la abrazó con una mano y la penetró con todas sus fuerzas durante su orgasmo. May apretó su rostro contra su pecho, y su abdomen inferior se convulsionó violentamente. Aflojó las piernas, que había envuelto firmemente alrededor de sus nalgas. Los dos se separaron, y May dijo en voz alta: "¡Gracias, Maestro Jack, gracias!". y lo besó en la boca. Él le acarició el cuerpo con mucha delicadeza, y Jane se apartó.

Ella encontró su sexo muy placentero y se lo dijo a Jack cuando se presentó la oportunidad. Estaba bastante segura de que May no la desplazaría y de que Jack mantenía una buena distancia emocional. Tenía que admitir que May era una chica muy cachonda e inocente con la que podía tener sexo muy excitante y apasionado. En el desayuno, Jane sonrió sutilmente, pues vio que May no lle-

vaba bragas debajo de la falda. Descubrió que May no tenía suficiente ropa interior y le compró una docena de pares de bragas, sujetadores y dos hermosos vestidos para ir de compras. Todo era de alta calidad. May estaba muy contenta con los regalos y, sin dudarlo, se desnudó para probarse la ropa. Jane contempló con aprobación su hermoso cuerpo y le hizo un cumplido a May. May se giró con confianza y mostró con orgullo su figura, dejando que Jane tocara y mirara sus genitales. Solo le sorprendió que la señora hubiera adivinado su talla correctamente. Jane dijo con una sonrisa que antes estaba muy interesada en la moda, y lo primero que se aprende es a juzgar las tallas con precisión. Quería llevarla al pueblo en cuanto tuviera oportunidad para comprar más ropa y zapatos. Jane se había ganado el corazón de May.

Rose llamaba cada dos o tres semanas y le contaba a Jack sobre su estancia. Había visto a su hermano Frank dos veces, pero habían perdido el contacto. Estaba contenta de que se hubiera casado con su rica viuda y de que le fuera bien. Rose le confesó a Jack que era bastante promiscua en el sanatorio. No tenía reparos en acostarse con cualquiera. Jack dijo que era algo bueno y que ni él ni Jane tenían objeciones. Le dijo que cuidara su salud y que lavara bien los penes antes. Ambos rieron a carcajadas, y Jack la tranquilizó diciéndole que no pasaba nada. Rose suspiró aliviada, genuinamente aliviada de no haber pedido permiso antes. Jack se rió de ella, diciendo: “¡No eres una esclava, tú decides con quién te acuestas!”. Sin embargo, Rose le contaba sus aventuras sexuales cada vez. Normalmente intentaba que dos hombres fueran a su habitación; eso le prometía más sexo y, de vez en cuando, un orgasmo con el segundo hombre. Por lo general, dejaba que uno o ambos la masturbaran al final, pero muy pocos la llevaban al orgasmo. Jack escuchaba atentamente, aunque no parecía muy interesado. Ella le preguntó si era normal que una mujer cercana a los 50 se masturbara a diario. Él se rió y dijo que también había mujeres de 95 años que aún necesitaban hacerlo todos los días. Ella se sintió aliviada y respondió a su pregunta diciendo que normalmente solo lo hacía una vez antes de dormirse, pero con más frecuencia los fines de semana, ya que los hombres estaban con sus esposas.

Él solo empezó a sospechar cuando ella no paraba de hablar de Edward. Se había enamorado, y Jack enseguida empezó a interrogarla. Edward era viudo, de unos cincuenta y tantos años, apenas

diez años mayor que ella, y había amasado su fortuna con tres fábricas de pescado. Por motivos de salud, quería ceder sus fábricas a sus hijos y jubilarse. Le había propuesto matrimonio a Rose, pero ella no podía aceptar de inmediato; seguía casada. Rose le preguntó a Jack si podía ayudarla a divorciarse. Por supuesto que él quería, y ella le dijo en qué juzgado de Edimburgo había presentado la solicitud de divorcio. Finalmente, Rose y Edward tuvieron que esperar un año. Jack y Jane hablaron con Rose y le dieron su bendición. Rose estaba increíblemente feliz porque no solo había encontrado en Edward un buen amigo y compañero, sino que también podía vislumbrar un futuro despreocupado y económicamente seguro junto a él. A ambos les encantaría visitarla en Londres cuando Jane los invitara.

Fox acompañó a la Reina a principios de año en su gira de tres meses por las islas del Pacífico Sur, Nueva Zelanda y Australia. Había llevado consigo a cinco de sus agentes más bellas, quienes reforzaron discretamente el dispositivo de seguridad. Aunque las intenciones de Fox apuntaban a encuentros placenteros con sus agentes, se mantuvo vigilante y comprometido con la seguridad de la Reina. Con cincuenta y tantos años, era su segunda primavera. Sus chicas eran jóvenes, bellas y le profesaban una devoción apasionada. A pesar de todo el trabajo y la vigilancia constante, también fue una especie de vacaciones bajo el sol del sur para los seis. Regresó bronceado y de buen humor. El siguiente viaje a la sombra de la Reina, a Irlanda del Norte, ya estaba planeado, y necesitaba llevar consigo a diez hombres duros. Irlanda del Norte no era precisamente un paraíso.

Veronika llevaba siete años en su trabajo y recientemente había asumido la dirección de la guardería alemana y austriaca. Hacía un buen trabajo; ocho empleados y casi cien niños suponían mucho trabajo. Ella y Peter solían tener tiempo para estar juntos solo los fines de semana, y eso era suficiente. Peter tenía más de ochenta años y su libido había disminuido. Pero disfrutaba mucho cuando ella se acurrucaba junto a él y se masturbaba. Ella necesitaba eso todas las noches. Desde el principio le había prometido a Peter que no dejaría que otros hombres se acostaran con ella, y cumplió su palabra.

De vez en cuando, se enamoraba de alguna de las muchas madres solteras. Disfrutaba de estas aventuras lésbicas, embriagada

de placer. Amaba a Peter con toda su alma y hablaba abiertamente de ellas. Siempre que podía, llevaba a sus amantes a la cama de Peter, pues él seguía observando sus encuentros lésbicos con gran pasión. Pero también le encantaba introducir su erección en la vagina de la joven y esperar a que Veronika la llevara al orgasmo mediante la masturbación, para luego eyacular dentro de ella. Estaba agradecido, pues el placer de Veronika era también el suyo.

Una mañana, Peter se desplomó en la oficina. El asistente, con gran rapidez mental, llamó a una ambulancia, a Fox y a Jack. Jack se apresuró al Hospital Militar de Endell Street en taxi e informó de la situación a Fox, que se encontraba en Francia. También habló con Jane y le dio un informe claro y objetivo. Peter tenía un gran tumor en el pulmón, cerca del pericardio. El tumor ya había hecho metástasis. La cirugía para el hombre de 83 años era imposible. Jack se sentó junto a la cama de Peter y esperó un momento de tranquilidad. Luego habló con Peter, sin omitir ningún detalle. Fue una hora difícil para ambos. Peter comprendió que el final era inevitable. Los médicos solo podían aliviar su dolor. “¿Cuánto tiempo más?”, preguntó Peter, y Jack respondió: “De dos a tres meses”. Permanecieron en silencio durante un largo rato. Peter levantó la cabeza. “Tengo algo importante que atender”, susurró casi inaudiblemente. Jack lo miró con curiosidad y dijo que aún no había incluido a Verónica en su testamento. Jack sonrió; Él conocía el saldo bancario de Veronika, igual que Peter. Al principio, dijo que aún tenía mucho dinero en su cuenta, pero Peter frunció el ceño. “¿Qué tipo de herencia tienes en mente?”, preguntó Jack, y Peter respondió: “Tal vez diez millones, ¿qué te parece?”. Y Jack dijo sin dudarlo: “¡Lo recibirá! ¡Te lo prometo!”. Tomó la mano de Peter y la apretó. “¡Te lo prometo!”.

Los tres estaban sentados junto a la cama de Peter —Veronika, Jane y Jack— cuando Fox llegó de visita. «Nada de asuntos delante de las damas», dijo Jack al saludar a Fox. Sin embargo, no había mucho de qué hablar. Fox le agradeció a Peter su trabajo y su entrenamiento. Peter le pidió que le pagara a Veronika una pensión de viudedad, aunque no estaban casados formalmente. Fox prometió hacer lo posible. Se despidió del viejo guerrero y amigo. Después de que se fue, Peter preguntó cuánto tiempo más tendría que quedarse en el hospital. Jack dijo: «El tiempo que quieras. Pero puedes quedarte en casa si lo prefieres. Puedo ponerte las inyecciones, y Veronika te cuidará igual de bien que las chicas de

aquí». Peter asintió; prefería quedarse en casa y morir. Jane y Veronika se abrazaron, llorando. «¡Como desees, Peter!», dijo Jane. Al día siguiente, Peter regresó a casa.

Aguantó otras seis semanas. Veronika, Jane y Jack se habían tomado un tiempo libre del trabajo y pasaban cada minuto con Peter. Le leían el periódico, escuchaban su música favorita con él, o Jane le ayudaba a revisar su manuscrito. Prometió publicar el libro póstumamente, pasara lo que pasara. May, que normalmente no iba a casa de Peter porque inicialmente había huido de los avances sexuales de Peter y Veronika, preparó el desayuno para todos, cocinó y limpió. Estaba tan abatida como los demás porque mi señor se estaba muriendo. Tanto Lady Janet como el señor Jack le habían pedido que lo hiciera.

Ella ayudó a Veronika a lavar a Peter tres veces por semana. Veronika astutamente siempre la dejaba lavar su pene flácido. Ella lo disfrutaba; se ponía rígido más rápido de lo que ella podía lavarlo, y continuaba a pesar de la erección. Veronika se comunicaba sin palabras con Peter, dejaba caer su vestido y se sentaba desnuda sobre su pene. May permanecía en silencio junto a la cama y observaba cómo Veronika cabalgaba a su señor y luego se masturbaba con su pene blando dentro de su vagina. Ella y su señor observaban sin aliento. Era, tenía que admitir, muy excitante y excitante. Terminaron de lavar a Peter. La siguiente vez, Veronika se acostó desnuda junto a Peter y le hizo una paja. May permanecía en silencio a su lado, manteniendo contacto visual con Veronika mientras se masturbaba. Lavó en silencio el pene empapado de semen sin inmutarse. La siguiente vez, mientras lavaba su pene, Veronika le dijo que continuara. May miró con incertidumbre a Veronika, quien asintió afirmativamente y comenzó a masturbarse en el aire. May asintió y comenzó. Pero Mylord susurró que quería acariciar sus pechos. Tras una mirada de reojo a Veronika, ella se quitó la blusa y el sujetador. Mylord acarició sus pechos firmes y del tamaño de una manzana, y May frotó su pene. Mylord dijo: “¡Por favor, fóllame, por favor!”. May miró a Veronika con duda, pero ella solo asintió. “¡Sí, hazlo!”, dijo Veronika enfáticamente, “¡Por favor, hazlo!”. May ya estaba tan excitada que no podía apartarse.

Se quitó la falda y las bragas y se subió desnuda sobre mi señor. Veronika se quedó a su lado, agarró su erección, y May abrió su

abertura con los dedos. Luego Veronika lo guió lentamente hacia adentro. Veronika vio lo pequeña y estrecha que era la abertura de May y sujetó el pene de Peter con firmeza mientras May se bajaba lentamente sobre él. Los dedos de Veronika rozaron el pequeño clítoris de May, pero May negó con la cabeza. ¡No, mejor no! May folló a Peter lenta pero vigorosamente y sintió que su pene se ponía rígido. Tuvo que empujar tres veces más y luego tuvo su orgasmo. Tembló por completo y solo se calmó después de un rato. Retiró con cuidado su pene flácido de su vagina y se bajó. Peter solo había eyaculado unas gotas.

Veronika la abrazó con cariño después de que Peter se durmiera al instante y le diera las gracias. No, no había sentido celos ni envidia ni por un instante. Su marido estaba encantado con su cuerpo joven y hermoso, y ella quería darle todo, absolutamente todo, en sus últimos días. May se sentía profundamente avergonzada de haber traicionado a su amo. Se lo confesaría más tarde. Y así fue como May se acostaba con Peter día por medio y luego le besaba la mejilla arrugada.

Las siguientes veces, Veronika insistió en masturbar el clítoris de May durante el sexo, y la resistencia inicial de May se convirtió instantáneamente en placer. Se dejó masturbar de buena gana dos veces, apretando, frotando y amasando sus pechos mientras lo hacía. Peter sonrió y susurró lo maravilloso que era para él verla llegar al orgasmo. May permaneció sentada, exigente, hasta que Veronika la masturbó por tercera vez. May excitó sus pechos y pezones, casi perdiéndose en el placer. Su tercer orgasmo fue muy intenso; tembló por completo y tocó repetidamente su clítoris para prolongar el orgasmo durante minutos. Bajó la cabeza y se bajó con cuidado. Ya no dudaba en follar con su señor cada vez que tenía una erección. Su semen se había secado hacía tiempo, pero durante un tiempo, experimentó erecciones placenteras.

Un día, ya no pudo más. Lo lavaron con cuidado, pero ya no podía tener una erección. Escuchaba atentamente que le leyeran, pero su estado se deterioraba visiblemente. Jack le administró tanta morfina que quedó completamente sin dolor y bromeó diciendo que se convertiría en un drogadicto. Jack, Jane y Verónica estuvieron con él las veinticuatro horas del día. Extendió la mano hacia ellos y les tomó las manos. Cerró los ojos y susurró suavemente: «¡Naomi!», y luego se durmió. Nunca despertó.

Más de 450 personas asistieron a su funeral en Westminster, como si hubiera sido miembro del Parlamento. La Reina envió al joven Lord Mountbatten, quien leyó el mensaje de despedida de la Reina y pronunció un emotivo elogio fúnebre. Verónica se situó en primera fila, entre Jack y Jane, y escuchó por primera vez que Peter había servido a la Reina y al Reino durante unos 60 años y había dirigido el MI6. Se sintió abrumada por la gran cantidad de personalidades y dignatarios de alto rango que habían acudido. Entró al Parlamento por primera vez, donde se había preparado un bufé.

Toda la familia Mossley se había reunido, e incluso Sir Henry, de 86 años, había llegado en su silla de ruedas. Estaba muy triste; él y Peter compartían un estrecho vínculo fraternal. La familia Mossley se sentía profundamente apenada e increíblemente orgullosa de que Peter hubiera recibido tanto reconocimiento y respeto.

Esa noche, los cuatro se sentaron en la sala: Veronika, Jane, Jack y May, quien también había asistido al funeral. Brindaron por la salud de Peter y conversaron en voz baja. Cada uno tenía su propia historia con Peter; algunas cosas se podían contar, otras no. Jack le habló en voz baja a Veronika y le confirmó que Peter era el jefe del servicio secreto, que el negocio de importación y exportación era solo una tapadera. Veronika tenía mil preguntas, que Jack respondió lo mejor que pudo. Veronika hizo una pausa. “¿Pero trabajaste con él tan a menudo?”. Él la miró seriamente y guardó silencio. Los ojos de Veronika se abrieron de par en par y lo miró fijamente durante varios segundos.

Dijo que Peter le había dejado diez millones de libras, que recibiría después de que se leyera el testamento. Y, por supuesto, se quedaría en su casa; eso se había acordado con Peter. Desafortunadamente, la pensión de viudedad que Peter Fox había solicitado no se había concedido; simplemente no era posible. Veronika se encogió de hombros; tenía un buen sueldo de los jardines de infancia y un buen colchón financiero en su cuenta. Simplemente se sentiría muy sola ahora que Peter se había ido. Jack y Jane le aseguraron que era bienvenida en cualquier momento y que al menos cenarían con ellos por el momento. Jack le preguntó si quería dormir sola allí o si prefería quedarse con ellos. Veronika lo pensó un momento y preguntó si podía quedarse con ellos un tiempo. Jane y

Jack intercambiaron una mirada; estaba bien. Durmieron abrazados en la gran cama de Jane, pero ninguno de los dos tenía ganas de tener relaciones sexuales. El dolor aún era demasiado intenso.

En la tercera mañana, Jack se coló en la habitación de May. Los varios días de abstinencia exigían sexo rápido y una eyaculación veloz. Fumaron, acostados plácidamente uno al lado del otro, y May comenzó a confesar. “Mi Señor Peter y Veronika”. Jack puso un dedo sobre sus labios, silenciándola. “Gracias, May”, dijo. “Lo que hiciste por Peter, lo hiciste por él y por nosotros. ¡Te lo agradezco de todo corazón!”. La besó tiernamente en la boca. May tenía lágrimas en los ojos y sollozó que estaba muy triste porque había traicionado a su Amo Jack. Él la abrazó con fuerza y dijo: “¡Eso no fue una traición, fue un acto de amor!”. Poco a poco, ella se calmó y le contó en voz muy baja, todo, desde el principio. También confesó que había dejado que la Señora Veronika la masturbara, porque era increíblemente buena en ello. Que prácticamente había exigido que la masturbara la Señora para tener un orgasmo verdaderamente poderoso al final. Su Señor lo había disfrutado mucho y siempre había querido verlo. No, respondió ella, no había tocado a la Señora ni se había masturbado. Pero dos semanas antes de su muerte, Mi Señor no había podido tener una erección, así que dejaron de hacerlo. Jack y ella retomaron donde lo habían dejado.

La vida volvió a la normalidad, todos retomaron sus actividades. Veronika volvió a dormir en su propia casa y se volcó en el trabajo. Por supuesto, continuó con sus relaciones lésbicas, pero también hubo hombres en su vida. Se mantuvo fiel a Peter y nunca le fue infiel. Aunque se acercaba a los 50, cuidaba su figura y lucía como una mujer de 35 años en plena forma. Sus pechos seguían siendo de tamaño mediano, aunque no tan firmes como antes, pero lo aceptó y no dejó que amigos bienintencionados la convencieran de nada. Un hombre que hiciera comentarios estúpidos no se acostaría con ella. Se depiló el vello púbico al *ras* porque era la moda.

Los primeros hombres a los que dejó entrar en su vida fueron, por supuesto, padres de niños de preescolar. La revolución del 68 había arrastrado no solo a las mujeres, sino también a los hombres. Le encantaba acostarse con hombres y dejarlos entrar en su coño bien cuidado y de dulce aroma. Al igual que con las mujeres, no necesitaba días de preliminares con los hombres. Si tenía un

buen presentimiento, se lanzaba. Tenía un hombre o una mujer para hacer el amor casi todas las noches. Después de Peter, no necesitó otra relación. Al principio, era una sensación extraña acostarse con un hombre cuya esposa ya había estado en su cama. Era lo más reservada posible, pero si le preguntaban directamente, decía la verdad. No era raro que un hombre se enterara de las tendencias lésbicas de su esposa de esta manera.

A Jane le gustaba acostarse junto a ella, y ambas daban rienda suelta a sus deseos lésbicos. Jack no interfería; él tenía a May, y Jane tenía a Veronika para tener variedad sexual. Tenían una relación estable y se amaban profundamente; no participaban en la práctica tan común de tener relaciones sexuales con otras personas. Él y Jane dormían en casa todos los días y tenían relaciones sexuales a intervalos irregulares, pero con frecuencia. No había presión sexual, y por las noches, Jane se acurrucaba en el pecho de Jack y se masturbaba suave y tranquilamente hasta quedarse dormida en sus brazos.

Tras la lectura del testamento, Jack y Jane recibieron cada uno 100 millones de libras, y de inmediato le dieron 10 millones a Veronika. Veronika quedó atónita y le preguntó a Jack qué debía hacer con un total de 13 millones de libras. Primero, él le advirtió, como ya lo había hecho años atrás, que no hablara con nadie sobre el dinero. Solo atraería malas compañías. No tenía experiencia en inversiones y le aconsejó que se sentara todos los días durante dos meses y elaborara una lista. Daba igual si se trataba de un viaje alrededor del mundo, un crucero u otra casa. Necesitaba tener claro lo que quería. Después, él estaría encantado de revisar la lista con ella y darle su opinión. Él y Jane también querían consultar con expertos y amigos; ellos también querían elaborar una lista similar.

Jane llevaba tiempo dándole vueltas y lo comentó con Jack. Quería construir una entrada para coches y una cochera para dos coches en la otra esquina de la casa. También debería haber un camino cubierto que conectara con la casa. La cochera debía integrarse a la perfección con el estilo de la casa y, por ejemplo, tener las mismas decoraciones de hierro fundido que el cobertizo del jardín. Jack chasqueó la lengua; era un buen plan. Estuvo de acuerdo enseguida, y Jane podía empezar de inmediato. Dijo, medio en broma, que entonces necesitarían dos coches. Solo los tontos con-

ducían al centro; él era el doble de rápido en autobús para ir al consultorio de su médico y a casa de Fox. Aunque a Fox le alegraba que lo recogiera y lo dejara en un coche sin distintivos. En ese momento no necesitaba un coche.

El niño sordomudo

von Jack Faber © 2022

Qué asombrado se quedó cuando, una mañana, apartó la manta de May y encontró a dos chicas desnudas allí tumbadas. May se despertó de inmediato y despertó a la otra chica, que se parecía a ella como a una hermana. May se disculpó por haber actuado por su cuenta. Pero su prima Lin había aparecido en mitad de la noche, huyendo del novio de su madre. Él había intentado violarla. Hizo más preguntas. Era una prima lejana, de unos 17 años, sorda y muda. Asistía a una escuela especial y estaba en su penúltimo año. Contempló con placer la desnudez de la joven y reflexionó. Su erección había desaparecido, y eso le molestó. Dijo con cierta dureza que la madre probablemente estaba desesperada por saber dónde estaba su hija; ¡May tenía que llamar a la madre de Lin esa misma mañana!

Preguntó en voz baja si ya no podían follar por culpa de Lin. May se rió, "¡No, tonto!" y lo corrigió, "¡Maestro!". Ya habían hablado de eso, y Lin había sugerido salir afuera durante el sexo. "Pero puede quedarse si quiere", dijo May con su sonrisa inescrutable, mientras seguía frotando su pene. Se comunicaron con señales manuales, y Lin se acostó dándoles la espalda. May lo acarició y lo atrajo hacia sí. Sus besos franceses y la masturbación lo hicieron endurecerse de nuevo. Miró a Lin, que se había girado y miraba por encima del hombro. A May no le importó y lo ayudó a entrar en ella con ambas manos. Esperó sus órdenes, y siguiendo un impulso repentino, puso su mano sobre las bien redondeadas nalgas de Lin. Lin puso una mano sobre la suya y lo miró con curiosidad. Se giró hacia ellos y tomó suavemente su mano, dejándola deslizarse hasta su vulva, y lo miró a los ojos. Él la penetró muy lentamente, y Lin le sostuvo la mano, que descansaba con calma y delicadeza sobre su vulva, deslizándose al ritmo de sus embestidas. Sintió sus labios y clítoris calientes con la palma y los dedos. ¡Un volcán a punto de entrar en erupción! Ella solo soltó su mano cuando May lo llamó. May estaba cerca del clímax y lo llamó; él la penetró con fuerza y se contuvo hasta que ella llegó al orgasmo. Solo cuando ella volvió a llamarlo, él embistió con fuerza y eyaculó durante su orgasmo.

Yacía exhausto junto a May, quien se comunicaba con Lin mediante el lenguaje de señas. Al cabo de un rato, preguntó qué decían, y May respondió que Lin quería saber si el sexo dolía y si realmente había tenido un orgasmo al final. Las chicas charlaron un rato, y él preguntó si podía ver los genitales de Lin. Lin lo miró con los ojos muy abiertos y sorprendida, y pensó un momento; tras dudar un instante, asintió.

Ella abrió las piernas voluntariamente y lo miró a los ojos. Tenía rasgos bastante chinos y le recordó a Chin durante sus estudios. Inmediatamente sintió la inexplicable atracción sexual que ella había sentido por él, tal como Chin la había sentido antes. El padre de Lin era, en efecto, chino, como supo más tarde. Sus rasgos, y especialmente sus ojos, eran inconfundiblemente chinos. Su cuerpo, como el de Chin, era muy femenino y tenía caderas estrechas. El cuerpo de May, en cambio, parecía juvenil y menos femenino. Lin era más alta y delicada que May, pero sus pechos eran considerablemente más grandes. Tenía un pequeño vello púbico negro azabache sobre la vulva, y él separó suavemente sus labios con los dedos. Sus genitales no eran tan oscuros como los de May, sino de un rosa pálido, y su clítoris era pequeño pero muy prominente. Era *virgen,* como él determinó de inmediato.

En su práctica, ya había examinado los genitales de cientos de niñas que habían sido violadas o abusadas de alguna otra manera. Sabía cómo era una virgen y cómo era un clítoris prominente. Examinar a las niñas nunca le producía excitación sexual; ¡al fin y al cabo, eran niñas! Sin embargo, algunas niñas le mostraron sin pudor cómo su abusador las había masturbado y se masturbaron frente a él sin ninguna inhibición, para demostrar el abuso. La enfermera se quedó a su lado, prácticamente como testigo de la niña haciéndolo sin que nadie se lo pidiera. Los suaves orgasmos de las niñas eran momentos en los que tenía que contenerse. Por supuesto, notó las miradas calculadoras de algunas de ellas mientras le mostraban exhibicionistamente cómo se masturbaban, casi en cada cita. Nunca animó a la niña a hacerlo. Examinó a las niñas desnudas con esmero y envió a su enfermera afuera, lo que tranquilizó a las niñas. Se sentó en su taburete justo frente a la niña y la observó de cerca. Algunas charlaban, otras permanecían en silencio. Algunas aún eran muy torpes, pero la mayoría eran expertas en masturbarse. Todas experimentaban orgasmos silenciosos, pues era a lo que estaban acostumbradas. Si la enfermera entraba de-

masiado pronto, él podía simular un examen de sus genitales. No era apropiado para un médico, pero como hombre, sentía curiosidad. La mayoría de las chicas ya habían perdido la virginidad y tenían considerable experiencia en la masturbación. Las interrogó a todas minuciosamente sobre el abuso y su sexualidad. Solo en muy pocos casos presentó un informe oficial; en todos los casos, informó a la madre con gran detalle y le proporcionó información de contacto de organizaciones de apoyo.

Pasó la mano plana por la vulva de Lin y le apretó las rodillas para indicarle que había terminado. May tuvo que traducir. Preguntó sobre todo, las chicas se rieron y Lin repitió las señales con las manos, bastante asombrada e incrédula. Sí, se había masturbado antes de dormirse desde muy pequeña. Le gustaba hacerles felaciones y masturbaciones a sus amigas; a todas les gustaba, ¿no? Lo había hecho con al menos una docena. No, sus amigas solo tenían permitido tocarle los pechos, no la vulva.

Dijo que lo comentaría con Lady Janet durante el desayuno. Lin podía quedarse, y ella y May debían arreglar las cosas con la madre de Lin cuanto antes. Vio que el vestido de Lin estaba roto y le ordenó a May que la acompañara a la tienda a comprar ropa interior y un vestido nuevo. Ella tenía que ayudar a May y hacer las tareas domésticas. Finalmente, quería saber exactamente qué había pasado con la violación. Al parecer, Lin había estado leyendo los labios y respondió con una voz extrañamente ronca.

Tuvo que contar la historia desde el principio y la relató casi toda a lo largo de varios días. El novio de su madre era el primer hombre en mucho tiempo que vivía con ellas. Durante más de diez años, su madre solo había tenido *aventuras de una noche;* desaparecía con ellos en el dormitorio y los hombres se marchaban a la mañana siguiente. Este novio, sin embargo, se había instalado. Era vago y estaba desempleado, y le traía a su madre un fajo de billetes muy grueso de forma irregular. Era mucho, muchísimo más de lo que costaba su estancia, pero su madre se guardaba el dinero sin pestañear. Lin la interrogó, pero ella respondió que le estaba ahorrando el dinero para el burdel. Nadie supo jamás cómo lo había conseguido, pero desde luego no fue con un trabajo honrado. A él no le importaba en absoluto la gran suma de dinero; no era exigente y solo necesitaba un hogar y una mujer con la que acostarse. La había elegido porque estaba muy cachonda. El hecho de que tu-

viera un culo grande y gordo no le molestaba en lo más mínimo. Porque, como la mayoría de las mujeres con un buen trasero, quería follar y masturbarse a cualquier hora del día o de la noche. Y también porque tenía una hija de la edad adecuada. Guapa y *follable*. Sabía que algún día cambiaría a la madre por la hija; siempre había sido así. Nunca había terminado bien, porque madre e hija desaparecían sin dejar rastro, pero nunca sospecharon de él. Por lo demás, veía la tele constantemente y bebía cerveza, pero nunca se emborrachaba.

Tenía hábitos sexuales peculiares; por ejemplo, siempre dejaba la puerta del dormitorio abierta de par en par cuando tenía relaciones sexuales con su madre. Con una amplia sonrisa, observó que Lin podía mirar desde el sofá de la sala, a oscuras, y desnudarse a la luz que entraba del dormitorio. Ataba las manos de su madre a los postes de la cama y, por lo general, también sus piernas hasta las manos, de modo que sus genitales quedaban expuestos ante él como una fruta madura. Se tomaba su tiempo y le golpeaba suavemente las nalgas y la vulva con el látigo.

Lin solía observar a su madre tener relaciones sexuales. No era muy común que su madre trajera a un hombre a casa, solo una o dos veces al mes. Algunos venían solo una vez, la mayoría con más frecuencia. Lin siempre espiaba a su madre y la observaba tener sexo. Por lo general, eran jóvenes compañeros del hospital donde trabajaba como limpiadora. Era sexualmente muy excitante observarlos en secreto. Lin no sabía si a los hombres les gustaban los pechos planos de su madre o su gran trasero. Su madre solía excitarlos con una masturbación manual. Como los dos hombres comenzaban a tener sexo casi de inmediato, Lin sospechaba que simplemente ya estaban cachondos. Los penes se deslizaban entre sus gruesos labios y penetraban su vagina. Cuando eyaculaban, ella, excitada, les clavaba los dedos en las nalgas y los animaba a continuar. Rara vez tenía un orgasmo durante el sexo. Por lo general, dejaba que los jóvenes tuvieran sexo con ella dos veces y se masturbaba inmediatamente después de cada eyaculación. La mayoría de los hombres se quedaban allí como mudos; solo unos pocos la observaban masturbarse. Era exactamente como las chicas del colegio susurraban sobre el sexo.

Casi todas las noches, veía a su madre masturbándose, sentada en la oscuridad del sofá de la sala, observándola. Su madre siem-

pre dejaba la puerta del dormitorio entreabierta y se masturbaba a la misma hora todas las noches. Se acostaba desnuda en la cama, acariciándose los pechos planos mientras leía. Leía unas páginas de una novela barata, dejaba el libro a un lado y abría las piernas. Se acariciaba la vulva, separando sus gruesos y carnosos labios con los dedos y frotándolos hasta que su clítoris se excitaba y se ponía erecto. Lo frotaba muy rápido y rara vez se masturbaba durante más de uno o dos minutos. Su pesado bajo vientre se agitaba, aunque solo tenía un leve orgasmo. Leía unas páginas más y se masturbaba de nuevo. La segunda vez duró un poco más, y este orgasmo fue mucho, mucho más fuerte. Se retorcía temblando en la cama hasta que terminaba. Luego apagaba la luz y se dormía. Lin siempre intentaba tener un orgasmo al mismo tiempo que su madre.

Lin conocía la masturbación desde pequeña; de niña, siempre estaba presente cuando su madre se masturbaba. En aquel entonces, su madre era muy joven y se masturbaba con frecuencia, varias veces al día y varias veces por la noche. Lin aprendió desde temprana edad a fingir que no la veía, aunque ambas estuvieran sentadas o acostadas en la única cama. A veces, Lin sospechaba que a su madre no le importaba que la viera. Al fin y al cabo, estaba sentada justo enfrente de ella en la cama, mientras su madre se acariciaba y se masturbaba con los ojos cerrados.

La madre recibía visitas frecuentes de hombres, quienes mantenían relaciones sexuales desvergonzadas delante de la niña, que jugaba con sus muñecas en un rincón. La madre estaba tan dominada por su lujuria que creía sinceramente que la niña no se daba cuenta. Lin se sentaba en el suelo y fingía jugar con sus muñecas. En realidad, sus ojos estaban a la altura de la cama, y miraba fijamente las nalgas regordetas y las vulvas húmedas de los hombres. La madre les frotaba el pene hasta que se les ponía erecto, a menudo en la boca. Con frecuencia, el hombre eyaculaba en su boca, y la madre lo escupía y lo regañaba. A pesar de esto, continuaba haciéndolo porque los hombres lo deseaban.

Lin examinó los penes de cerca antes de que desaparecieran en la vagina de su madre. La mayoría de ellos penetraron lenta y cautelosamente al principio porque su madre gemía y se quejaba de lujuria y deseo. Lin observó el acto sexual con gran atención, como una científica, contando en silencio cuántas veces el pene fue em-

pujado en la vagina carnosa antes de la eyaculación. Siempre vio exactamente cuándo los hombres eyaculaban dentro de ella. Su madre estaba muy excitada por el acto sexual y se masturbaba después de cada eyaculación; solo le tomaba segundos alcanzar el orgasmo. Era muy excitante ver a su madre follar y luego masturbarse, pero la niña no lo demostró. Cuando el acto sexual terminó y su madre levantó la vista, la niña estaba jugando con ella de espaldas y no había notado nada. No fue hasta que tuvo nueve años que Lin consiguió su propia habitación en el nuevo apartamento y se volvió algo menos consciente de la vida amorosa de su madre. A menudo había hecho pajas y felaciones a sus amigos de la escuela; Todas las chicas hacían eso cuando tenían 10 u 11 años. A los chicos les encantaban sus masturbaciones porque los hacía eyacular muy lejos. También les encantaban sus felaciones, aunque rara vez se tragaba el semen. Una vez fue elegida *Boca del Mes* , el máximo galardón para sus felaciones.

Ahora miraba fijamente hacia el dormitorio. Los azotes parecían excitar a su madre, al igual que el sexo. Él a menudo le ataba las piernas de manera que casi tocaban sus manos atadas. En esa posición, el enorme trasero de su madre quedaba expuesto de forma desagradable. Lin podía distinguir claramente cuándo su madre estaba a punto de tener un orgasmo por las convulsiones de sus grandes nalgas. Dejó deliberadamente que Lin lo viera eyacular, sacando el pene por completo para eyacular dentro de su gran agujero. Le sonrió directamente a la cara a Lin, se masturbó con la mano y roció sus últimos chorros en su dirección.

Lin siempre se desnudaba por completo, y la luz del dormitorio la iluminaba mientras se frotaba el clítoris y se masturbaba. El hecho de que él follara a su madre la excitaba enormemente. Miraba fijamente, como hipnotizada, la vagina que su grueso pene había estirado. A menudo sentía como si su pene la penetrara una y otra vez. Lin frecuentemente tenía un orgasmo en el mismo momento en que él eyaculaba, porque la eyaculación la excitaba sexualmente con intensidad. Cuando él eyaculaba en su dirección, ella, descaradamente, levantaba y abría sus piernas desnudas. Mantenía una distancia prudencial con su mirada fija en su vagina en pleno orgasmo y su clítoris erecto entre sus dedos.

A menudo, ella aún no había terminado, así que estiraba las piernas en el aire y se frotaba el clítoris con placer hasta el orgas-

mo. Él había dejado de follar y se giró hacia Lin, que se estaba masturbando bajo la luz brillante. Se masturbó y eyaculó en gruesos chorros en su dirección. Esto enloqueció a Lin, y ella se frotó al instante hasta el orgasmo. Después, se sonrieron como niños que acababan de hacer alguna travesura. Estas eran las únicas veces que ella le permitía verla masturbarse. ¡Que la viera tener un orgasmo! ¡Que la viera frotarse el clítoris hasta el orgasmo! Ella sentía una absurda sensación de superioridad, una distancia inalcanzable de él. Él dejó de mirarla fijamente y se limpió con placer las últimas gotas de semen del glande cuando su palpitante orgasmo hubo disminuido. Hizo una pausa, bebió su cerveza y de vez en cuando acariciaba la vulva de la madre crucificada, que lo esperaba con las piernas abiertas. Lin miraba, hipnotizada, el gran agujero que su pene había dejado en su vulva y no podía apartar la mirada.

Tomó de nuevo el látigo y azotó el gordo culo y la vagina de su madre, alternando golpes fuertes y suaves. Introdujo un dedo en su ano y la penetró hasta que se retorció de placer. Le metió el pene en la vagina y la folló de nuevo, pero normalmente no podía eyacular una segunda vez. En cuanto se detuvo, su madre liberó un brazo y se masturbó rápidamente. Después de no más de un minuto, tuvo un orgasmo, mucho más fuerte que cuando la follaban.

Lin le preguntó a su madre, pero ella dijo que ella misma lo quería así, aunque le daba muchísima vergüenza que él hubiera dejado la puerta del dormitorio abierta. La atadura y el látigo para perros fueron idea suya, pero ambos la excitaban enormemente. Y él nunca hacía nudos en los extremos; ella misma los sujetaba y podía liberarse en cualquier momento; ese era su acuerdo. Dijo que él tenía un pene bastante grande y grueso y que era muy bueno en la cama, mejor que nadie. Lin había visto los penes de sus parejas anteriores y tuvo que asentir en silencio. Lin preguntó con dudas por qué ella rara vez tenía orgasmos durante el sexo, pero su madre se encogió de hombros. Su madre se sintió muy aliviada cuando Lin mintió y dijo que no miraba cuando se masturbaba después del sexo. “¡Eres una buena chica!”, dijo en voz baja. “Siempre veía a Lin masturbándose mientras la follaban”, dijo, “no quería apartar la mirada; tenía que verlo”. Dijo que lo volvía loco cuando eyaculaba en su dirección y cuando ella se exponía mientras se masturbaba y tenía orgasmos. ¡Solo ten cuidado, chica!

Cuando su madre estaba de guardia nocturna, él se sentaba junto a Lin en el sofá de la sala para ver la televisión. Descaradamente se bajó los pantalones y se masturbó. Lin no reaccionó y simplemente lo observó de reojo hasta que eyaculó en su pañuelo. Esto continuó durante muchas semanas. Un día, le exigió que se desnudara. Ella solo reaccionó cuando él fue a buscar el látigo al dormitorio. Se desnudó el torso y se quitó el sujetador. Sus sentimientos al respecto eran muy ambivalentes porque definitivamente tenía pechos más bonitos que su madre. Estaba un poco orgullosa de que él la mirara fijamente mientras se masturbaba; más tarde, él le acarició los pechos y, cuando eyaculó, le pellizcó los pezones con excitación. Eso fue suficiente para él por un tiempo. Más tarde, se puso de pie antes de eyacular y eyaculó sobre sus pechos, presionando su pene contra uno de ellos y eyaculando sobre el pezón.

Incluso eso solo bastó por un rato; él presionó su pene contra sus labios. Ella le hizo una felación y lo dejó eyacular en su boca. Ella lo había hecho muchas veces antes, y durante meses había ido bastante bien. A menudo, la madre llegaba temprano a casa y se quedaba paralizada. ¡Su hija, desnuda hasta el ombligo, le permitía acariciar sus pechos desnudos y frotar su pene en su boca! No se movió y esperó hasta que Lin hubiera tragado o escupido su semen. Ella entró en el dormitorio, y los dos cerraron la puerta. Probablemente discutieron, pero cuando él abrió la puerta del dormitorio de par en par poco después, la madre estaba de nuevo atada como si estuviera crucificada, y follaron como de costumbre, como si nada hubiera pasado.

Él exigía cada vez más que Lin se desnudara por completo y le mostrara sus genitales mientras estaba sentada con las piernas cruzadas durante una felación. Esto transcurrió sin problemas durante un tiempo; Lin se mostraba indiferente y no se movía cuando él le tocaba la vulva. A menudo, su madre llegaba temprano a casa, pero él no se inmutaba y simplemente continuaba. Ella veía a su hija sentada completamente desnuda frente al monstruo, frotándole el pene en la boca mientras él le acariciaba la vulva. Lin continuaba con la felación imperturbable, dejando que él eyaculara en su boca con asco, y luego escupía su semen. Después de que él eyaculara, la madre bajaba la cabeza y se dirigía al dormitorio, donde luego la ataban y la violaban.

Pronto perdió todo rastro de vergüenza. Había obligado a Lin a arrodillarse desnuda junto a su madre y a observar cómo tenían relaciones sexuales de cerca. La agarró del pelo y le acercó la cabeza a centímetros de la vulva de su madre. Tuvo que inclinarse hacia adelante y mirar dentro de la abertura y los labios vaginales de su madre, que estaban hinchados por la excitación. A solo centímetros de su rostro estaba su pene, que introdujo lentamente entre sus labios. La agarró del pelo para que pudiera ver de cerca cómo introducía su grueso pene en su vagina y luego la penetraba rítmicamente. No oyó los gemidos de placer de su madre, pero vio cómo su clítoris se endurecía gradualmente y se movía al ritmo.

Como el sexo siempre duraba mucho y la excitaba sexualmente, Lin se masturbaba en secreto, sin que él pudiera verla. Su madre, por supuesto, siempre la veía y sonreía. Lin se arrodillaba sobre su madre, inclinándose sobre ella, y giraba su vulva hacia ella mientras se masturbaba. Presionaba sus labios contra sus labios mayores y se masturbaba con evidente placer. Su lengua tocaba su clítoris sin lamerlo. Cuando estaba muy cerca del orgasmo, se mordía ligeramente los labios mayores o el clítoris al llegar al clímax. O mordisqueaba su pene con los dientes, y cuando él lo sacaba, mordía la punta con mucha suavidad y gran placer. Durante el orgasmo, presionaba sus labios firmemente contra la vulva de su madre o su pene palpitante. Pronto se dio cuenta de que la chica se estaba masturbando, pero no podía verlo; solo veía su espalda y sus nalgas. Colocó una mano en la nalga de Lin y un dedo en su vulva, sintiendo cómo se masturbaba. A Lin no le importaba que él le hubiera puesto un dedo en la vulva y que, descaradamente, siguiera masturbándose de rodillas. Simplemente, nunca le permitía verla masturbarse, aunque él se lo suplicara. Su dedo no le molestaba en absoluto; al contrario, la excitaba aún más.

Tras acostarse con su madre, la dejó atada, incluso antes de eyacular, y le pidió a Lin que le practicara una felación. Normalmente, la madre liberaba una mano y se masturbaba rápidamente mientras Lin le frotaba el pene en la boca. Lin, por supuesto, notó la vergüenza en los ojos de su madre y le aseguró que no los había estado observando.

Lin dudó al principio, porque durante el sexo él le puso la mano exigentemente sobre la vulva de su madre. Ella no hizo nada al principio, y él se molestó mucho. Pasó bastante tiempo antes de

que se atreviera a tocar los genitales húmedos de su madre con la mano. Era la primera vez, y se estremeció al tocar sus labios y su clítoris excitado. Los ojos de su madre brillaban febrilmente, y sus labios formaron palabras. “¡Sí, por favor, por favor, hazlo conmigo!”, la instó él, y así ella frotó suavemente sus labios y acarició ligeramente su clítoris. Cuando los ojos de su madre suplicaron, se masturbó el clítoris hasta el orgasmo, tal como la había visto hacer muchas veces. Miró con desprecio a su querido amigo, que luchaba dentro de la vagina de su madre.

Dejó de follar antes de eyacular, y Lin miró fijamente el gran agujero que su pene dejó en la vagina de su madre. Miró fijamente durante unos instantes su vagina abierta y tomó su pene en su boca. Lin saboreó el aroma de su vulva en su pene húmedo y sintió asco. Miró con tristeza a su madre desnuda y tuvo que frotar su pene en su boca durante un buen rato hasta que finalmente eyaculó. Lin no se excitó en absoluto en esos momentos, solo sintió una profunda tristeza, porque estaba humillando conscientemente a su madre. Durante esos meses, Lin colocó su rostro directamente frente a su vulva y la masturbó mientras follaban, tan a menudo como pudo, porque los orgasmos que su madre no podía provocar lo humillaban y herían visiblemente su ego.

Tiempo después, cuando su madre estaba de turno de noche, él tomó la mano de Lin y la colocó con insistencia sobre su vulva. Ella negó con la cabeza. ¡No, no se masturbaría delante de él!, dijo desafiante, volviendo a negar con la cabeza. Pero él siguió insistiendo. Ella tuvo que resistirse y ya no se desnudó por completo. Solo le practicó una felación con los pechos al descubierto y solo le permitió eyacular sobre ellos, no en su boca.

Pero esta vez la agarró, le arrancó el vestido y las bragas, y la obligó a tumbarse desnuda en el sofá. Era mucho más fuerte que ella; la estranguló con una mano y le separó las piernas con la otra. Imágenes fugaces cruzaron por su mente, y supo al instante lo que iba a pasar. La penetraría brutalmente y le abriría un agujero enorme y espantoso en su pequeña abertura con su pene. Vio ante sí el gran agujero que siempre dejaba en la vagina de su madre después de follarla. Desesperada, le agarró el pene; no se lo pondría fácil, aunque la estuviera estrangulando. Lo empujó con todas sus fuerzas porque no quería que la besara.

Le tomó varios minutos forzar su pene en la abertura vaginal de ella porque ella lo agarró con fuerza y tiró violentamente. Sintió la asfixia y ni por un segundo pensó en masturbarlo, pero el efecto fue el mismo. Tiró de su pene, arriba y abajo, arriba y abajo, sintiendo cómo se ponía rígido, y tiró aún más fuerte. La cabeza estaba atascada en su abertura vaginal; ella masturbó su pene firmemente arriba y abajo, y él eyaculó inmediatamente sin penetración. Su glande estaba atrapado en la estrecha abertura vaginal frente a su himen y eyaculó a través de la abertura. Sintió su semen salir a chorros calientes en su vagina. Él estaba completamente angustiado y la soltó del cuello. Ella lo arrojó a un lado, agarró sus bragas, sujetador y vestido, y salió corriendo. Se vistió en el pasillo y corrió hacia May. Jack asintió y dijo que ella tuvo mucha suerte; ¡Dios sabe, podría haberla matado en su furia! Lin se estremeció y carraspeó que esto era lo que había temido.

Jane palideció cuando él le contó todo en el desayuno. Le ordenó a May que trajera a Lin y la interrogó minuciosamente. Lin leía los labios a la perfección y respondió a todas sus preguntas. La madre de Lin y la de May eran casi sordas y mudas, y sus hijas habían asistido juntas a una escuela especial durante dos años, así que May conocía el lenguaje de señas. Jane insistió en que May llamara a la madre de Lin de inmediato. May dejó un mensaje en su grabadora diciendo que Lin estaba con ella y que se encontraba bien. May le explicó a Jane que la madre podía escuchar la grabación; como muchas personas sordas, conservaba algo de audición residual. Apenas un minuto después, sonó el teléfono. Jane asintió y May contestó. Escuchó a la madre de Lin un rato y saludó a Lin con la mano. Lin se comunicaba con su madre mediante una mezcla de palabras, chasquidos y golpecitos con las uñas. Después de cinco minutos, colgó. Jack vio lágrimas en sus ojos cuando dijo que la madre no le creía y que tenía que volver a casa inmediatamente. Se dio la vuelta y corrió a la habitación de May. Ninguno de ellos sospechaba que Lin se quedaría allí durante casi un año entero.

Jack se acostumbró rápidamente a que Lin los viera follar y a May masturbarse. Por supuesto, notó que se estaba excitando, pero durante los primeros días, ella no movió un dedo cuando él le puso la mano en la vulva. Después de unos días, ella comenzó a acariciarse un poco, y al día siguiente se masturbó mientras Jack y May follaban. Se giró tímidamente y miró por encima del hombro

para observarlos. Tardó mucho más que May y se pellizcó el antebrazo y la mano entre las piernas mientras tenía un orgasmo. No estaba callada mientras se masturbaba; jadeaba y respiraba con fuerza, dejando escapar "¡ooh!" y "¡aaah!". May ya le había dicho que al Amo le gustaba mirar. Superó su timidez y sonrió cuando él quiso mirar. En los días siguientes, él se sentó entre sus piernas y la observó masturbarse. Ella lo miró a los ojos con una sonrisa y se frotó el clítoris con gran devoción. Sonrió tímidamente y con orgullo cuando su orgasmo disminuyó.

Aproximadamente una semana después, aparecieron tres filipinos. Jack acababa de terminar de desayunar y abrió la puerta él mismo. De un vistazo, se dio cuenta de que al menos dos de ellos estaban armados con cuchillos. Habían venido a llevarse a Lin, dijo el del medio. "¡Un momento, por favor!", dijo Jack con calma y se dirigió a la gran cómoda. Sacó la pistola de Peter del cajón y comprobó que estuviera cargada. Regresó a la puerta principal, con la mano que sostenía la pistola apuntando al suelo. Los hombres se quedaron mirando la pistola. "¡Lin no se va a ir a ninguna parte!", dijo con firmeza y esperó. Los hombres permanecieron allí, inseguros, esperando. "Bueno, si eso es todo", dijo Jack y cerró la puerta. Los hombres se marcharon, visiblemente inquietos. Le dijo a Lin que llamara a su madre; no lo tolerarían bajo ninguna circunstancia. De nuevo, minutos de clics y golpeteos con las uñas, y luego Lin colgó. Había amenazado a su madre con la deportación; eso era lo que más temía, carraspeó, y corrió llorando a la habitación de May. Jack pulsó el botón de rellamada y habló por la cinta. Lin hablaba en serio, y si volvían a aparecer hombres armados, la subirían directamente a un carguero rumbo a Manila. Debería tener presente que su novio había intentado violarla. Podía ir a hablar con Lin cuando quisiera. No se supo nada de ella durante meses.

Unas cuantas sesiones matutinas después, entró en la habitación de May y se sorprendió al ver que las chicas habían cambiado de sitio. Miró a May con curiosidad, pero ella solo se encogió de hombros con una sonrisa. Lin le tendió las manos, su gesto y su mirada invitaban a entrar. Él se sentó frente a ella y quiso saber qué significaba aquello. Intentó susurrar: «Me defendiste, Maestro Jack, y no conozco a nadie a quien prefiera entregarle mi virginidad. ¡Lo deseo, de verdad que sí!». «No», respondió ella, «aún no

tomo anticonceptivos, no me ha bajado la regla». Miró con anhelo la erección matutina. «¡Estoy lista, Maestro Jack, por favor!».

Se inclinó sobre ella y la besó en la boca. Ella besaba de maravilla, y ambos se excitaron mucho. “Tienes que meterme la polla tú misma”, le susurró a los ojos, y ella lo guió con una sonrisa. Aunque su agujero era tan pequeño como el de May, guió fácilmente su polla hasta que tocó la base. Lo abrazó y le dio un beso francés interminable, su cuerpo ardiendo de deseo. Con una embestida decisiva, rompió su himen y se hundió profundamente dentro. Ella no mostró si le dolía. Sonrió feliz y le dio otro beso francés, y luego continuaron follando. Ella los había visto a él y a May muchas veces antes y sabía exactamente cómo unirse. No pasó mucho tiempo antes de que él se levantara, embistiendo una y otra vez, su semen brotando a chorros en su vagina. Se quedó encima de ella un momento y luego se acostó junto a May. Ella lo abrazó y lo besó. “Era el mayor deseo de Lin”, susurró, “¡y por eso te doy las gracias, Maestro Jack!”. Él abrazó a Lin y dijo: “¡Fue un regalo muy bonito!”. Lin sonrió feliz y le devolvió el beso. “Siempre atesoraré este recuerdo. ¡Gracias, Maestro Jack, gracias!”. Esa mañana, las dos chicas se masturbaron una al lado de la otra, dejando que Jack las observara.

Jane rió a carcajadas mientras él se lo contaba. “¡Te han metido en un buen lío, cariño! ¡Tendrás que elegir o sufrir las consecuencias!” Pero ella lo abrazó y lo besó con cariño. “Manejaste la desfloración de la dulce Lin con mucho cuidado”. No todos los hombres son tan considerados, y ella le contó su propia experiencia, que no fue nada agradable, aunque la deseaba. Jack sonrió y la besó suavemente. “Tomaré tu sugerencia y elegiré”. Hizo una pausa para crear expectación. Primero una, luego la otra. Rieron a carcajadas, y ella escuchó con atención todos los detalles de la historia de la dulce Lin.

Se levantaba media hora antes por la mañana para tener tiempo suficiente para ambas chicas. Las follaba una tras otra, dejándolas masturbarse mientras las follaba. Normalmente dejaba que las chicas decidieran quién iba primero. May solo compartía a su amante porque obviamente lo disfrutaba. Estaba listo de nuevo después de dos cigarrillos; Lin solía prepararlo con una mamada, en la que era realmente excelente. May le explicó que tenía que darle una señal durante el sexo cuando estuviera cerca del clímax

para que él pudiera alcanzar el suyo y eyacular. Disfrutaba de sus compañeras de juego con placer porque follaban de forma similar, pero diferente.

Ambas se sobresaltaron cuando él insinuó un encuentro lésbico. May dijo que, por supuesto, lo harían si él quería. Él lo desestimó. No jugaban a juegos lésbicos por las noches; se masturbaban tranquilamente una al lado de la otra todas las noches antes de dormirse. No, cada una por su cuenta. Solo si Lin tardaba mucho, May intervenía y le frotaba los labios, la vulva y el clítoris. A Lin le gustaba mucho cuando ambas le frotaban el clítoris intensamente. La mayoría de las veces, Lin dejaba que May la masturbara hasta el clímax. Jack pensaba que Lin tenía más tendencias lésbicas que May. Cuando May tenía la regla, él solo tenía sexo con Lin, rara vez dos veces. Después de un tiempo, estaba satisfecho y decía que solo quería tener sexo una vez más por la mañana. Podían decidir por sí mismas a qué hora. Las chicas asintieron, pero May estuvo deprimida durante días después.

Lin regresó a la escuela de inmediato; Jane le había conseguido los libros de texto y siguió todos los consejos para evitar ser secuestrada. Estudió con diligencia y disfrutaba ayudando a May con las tareas domésticas. Su madre a veces la esperaba afuera de la escuela, pero sus conversaciones no llevaban a ninguna parte. Hacia el final del año escolar, su madre le dijo que había echado al novio de Lin y que, por favor, ¡volviera a casa! El novio había confesado haber intentado violarla estando borracho. ¡Por favor, vuelve a casa! Lin pidió tiempo para pensarlo.

Lin tardó unos días en hablar del tema. Se había acostado con Jack, y ambos habían visto a May masturbarse. Lin apoyó la cabeza en el hombro de Jack y esperó a que May terminara. Solo entonces se sentó frente a Jack para poder leerle los labios y contarle lo que había sucedido. May suspiró aliviada. Jack, por supuesto, lo notó y le preguntó a Lin si quería irse a casa. Lin negó con la cabeza. Le costó bastante admitir que no quería renunciar al maravilloso sexo con el Amo y May. Estaba muy disgustada, y Jack la abrazó mientras lloraba. “¿Puedo quedarme hasta el final del curso?”, preguntó, después de secarse las lágrimas. May asintió. “Solo faltan seis semanas”, susurró. Jack quería hablarlo con Lady Janet, pero para él, estaba bien.

Jane estaba muy contenta con eso. Lin llamó a su madre y le dijo que necesitaba urgentemente una cama de verdad en lugar de su cuna. Podría dejar que las chicas se quedaran a dormir en su casa en el futuro. Sí, por supuesto, también para tener sexo, ¡no solo tenía sexo con hombres, sino también con chicas! Jane, Jack y May sonrieron cuando lo dijo en voz alta. "¡Sí!" gritó Lin por teléfono, "¡Dije sexo con chicas! ¡Y con chicos!" Después de la llamada, Jane le preguntó por qué le había mentido a su madre. Lin la miró fijamente a los ojos y bajó la mirada. Sí se quedó a dormir en casa de May, y también tuvieron sexo. Sexo entre chicas. May se sonrojó y asintió, "¡Sí, mi señora!" Jack le preguntó después a May si era cierto, y May lo admitió: últimamente, había estado masturbando a Lin con la mano, y Lin le había estado lamiendo el clítoris hasta un orgasmo maravilloso. ¡No, nunca había lamido a Lin!

May era generosa y dejaba que Lin durmiera con Jack todos los días. Lin había cambiado mucho; ahora era una excelente amante y hacía que todo fuera lo más placentero posible para Jack. Era apasionada y muy activa. Cuando él llegaba al clímax, ella le acariciaba las nalgas y lo apretaba contra ella para que eyaculara profundamente dentro de ella. Jack no soportaba ver a May masturbándose triste y sola, así que le pedía a Lin que le hiciera una felación para poder acostarse con May también. A veces, deliberadamente, se acostaba primero con May; no quería que ella se sintiera como un estorbo. Los días pasaron volando, y un día llegó el momento.

Lin preguntó si podía visitarlos alguna vez por la mañana y sonrió cuando Jack le dijo que tendría que levantarse muy temprano. De hecho, venía una vez al mes y se acostaba con Jack y May. A él le gustaba ver a las chicas hacer el amor. Lin le enseñó a May cómo practicar sexo oral, porque al principio tenía dificultades. Cuando fumaban después del sexo, Lin hablaba de los chicos y chicas que había seducido para que se acostaran con ella y de su vagina. Ya era mayor de 18 años y le había llegado la menstruación. Jack le recetó la píldora y May le explicó exactamente lo que tenía que hacer. Lin casi arruina su último año de escuela por su obsesión con el sexo. Pero lo logró.

La madre de Lin le dijo que no sabía que las chicas tuvieran relaciones sexuales entre ellas. Le sorprendió mucho que Lin lo hiciera. Ella misma nunca se había acurrucado con una amiga, ni se

había masturbado con una. Solo había presenciado sexo una vez, hacía muchos años. Le contó a Lin toda la historia.

Ella y su amiga, el marido de su amiga, ya estaban bastante borrachos, y los dos estaban teniendo sexo sin inhibiciones. Ella estaba muy excitada y dejó que el hombre la penetrara hasta el orgasmo. Más precisamente, se había desnudado como los otros dos y había presionado su vulva contra sus cuerpos mientras tenían sexo. Su amiga le frotó el clítoris, estaba casi abrumada por el placer, y su amiga se detuvo bruscamente cuando su marido sacó su pene de ella y se tumbó encima de ella. La penetró completamente y la folló como una loca. Ella gritó de placer y luego pacientemente lo dejó continuar embistiéndola como una oveja, y él se puso erecto. Ella sintió exactamente cómo él eyaculó dentro de ella en fuertes chorros. La noche continuó de manera bulliciosa; su amiga se masturbó varias veces delante de ella y su marido sin ninguna inhibición. Su amiga la masturbó varias veces más, y sus orgasmos fueron fáciles y rápidos.

A pesar del alcohol, estaba demasiado cohibida para masturbarse delante de ellas. Buscó tímidamente el clítoris de su amiga y lo encontró fácilmente. Era una sensación extraña tocar el clítoris de otra mujer. Exploró los genitales de la otra mujer con curiosidad hasta que esta la animó a actuar. La masturbó varias veces, llevándola al borde del orgasmo. Pero entonces, para el final, su amiga se tocó el clítoris y se masturbó con mucha fuerza, mucho más que ella. «No tienes suficiente fuerza», se rió la amiga, y la masturbó varias veces hasta el orgasmo, pero ella seguía sin atreverse a masturbarse.

La novia vio que él estaba completamente listo de nuevo y lo instó a follar a la madre como es debido. Ella ya estaba muy excitada por haber sido masturbada por la novia, así que le permitió follarla de nuevo. Él era realmente bueno en ello, y ella gritó durante su orgasmo. De nuevo, ella se comportó pasivamente como una oveja después mientras él continuaba follándola durante mucho tiempo. Él eyaculó, pero no con tanta fuerza como la primera vez. Se encontraron una docena de veces más para tener sexo; el hombre solo quería eyacular dentro de su vagina, lo cual había sido acordado con su esposa. Por lo general, la follaba dos veces en una noche, una vez incluso tres veces. La novia la masturbó varias veces, y ella también masturbó a la novia, ahora con algo más de vi-

gor. Pero al final, la novia siempre se masturbaba hasta el orgasmo.

Eso era todo lo emocionante que la madre había experimentado. Bajó la cabeza y suspiró; no había visto nada más relacionado con la sexualidad.

Lin sugirió casualmente que podía observar desde la sala oscura cuando tuviera visitas. A partir de entonces, dejó la puerta abierta y la luz encendida. La madre solía observar cuando tenía una hija con ella. Las chicas se abrazaban y se besaban, se lamían el clítoris o se masturbaban mutuamente. La madre observaba y se acercaba sigilosamente a la puerta para estar aún más cerca. Observaba con curiosidad cuando traía a un chico a casa, tenía relaciones sexuales con él y lo excitaba de nuevo. Pero observar a las chicas teniendo sexo entre ellas era mucho más excitante y estimulante.

Lin se alegraba de que su relación con su madre hubiera evolucionado tan bien y de no tener que ocultar su vida sexual. Sin embargo, nunca le contó nada a su madre sobre Jack ni May.

Lin le aseguró que tomaba la píldora y que era 100% efectiva. La madre suspiró; nunca había usado anticonceptivos y había permitido que cientos de hombres eyacularan dentro de ella desde el nacimiento de Lin. Por eso se había quedado embarazada a los 16 años, fruto de una aventura con un hombre chino adinerado que le había dado el pequeño apartamento y una cuenta bancaria considerable para Lin. Él tenía relaciones sexuales con ella a diario. Murió en un accidente cuando Lin tenía 10 meses. Habían visitado su tumba algunas veces, pero finalmente se habían dado por vencidos.

Tal como había anunciado, las visitas de Lin a Jack y May se hicieron menos frecuentes y cesaron por completo hacia el final del año escolar.

Interludio español

von Jack Faber © 2022

Jane había aceptado desde el principio que Jack podía tener sexo con May o Lin por las mañanas. Él era mucho más equilibrado durante el día y por las noches, y muy sensible en lo que respecta al sexo o las caricias durante su masturbación nocturna. Ella tenía suficiente variedad sexual, ya que iba a casa de Veronika una o dos veces por semana. Sin embargo, se marchaba inmediatamente si Veronika tenía visitas masculinas. Veronika discutía repetidamente con ella sobre aprovechar la oportunidad y tener sexo con los hombres. Jack también pensaba que ella simplemente debía escuchar su instinto o la sensación en su vagina. Él no se sentiría traicionado; la amaría tan profundamente como siempre. Ella conocía su actitud hacia el sexo, así que debía sentirse libre de explorarlo. Siempre le había sido fiel, y eso era muy honorable. Pero no debía aferrarse a cosas que había prometido décadas atrás. Jack sonrió y dijo que percibía su ambivalencia y la animó a dejar que otros tuvieran sexo con ella si eso era lo que quería.

Jane resistió sus impulsos contradictorios, pero permitió que Veronika la sedujera para hacer el amor frente al visitante. Le resultó difícil, porque no podía abrirse a las caricias y al acto sexual de Veronika con la naturalidad habitual. Si un hombre quería tener sexo, tenía que ser con Veronika. Disfrutaba viendo sexo; Veronika era simplemente divina en la cama y realmente ponía cachondos a los hombres. Jane jugaba con sus labios y clítoris y le gustaba masturbarse mientras miraba. Era una emoción extra dejar que el desconocido la viera masturbarse. Pronto estuvo de humor para tener sexo lésbico completo con Veronika en presencia del hombre. Apartó los penes que la presionaban y dejó que Veronika se encargara de ellos. Eso funcionó bastante bien por un tiempo. Una cosa llevó a la otra. Estaba lamiendo a Veronika cuando el hombre se acercó a sus nalgas. Él fue persistente, e inmediatamente dejó de lamer cuando la penetró por detrás. No fue desagradable; Ella ya estaba excitada por los lametones y hundió su rostro en la vagina de Veronika. Él la folló bastante bien y se corrió antes de que ella llegara al orgasmo. Ella se dejó caer sobre Veronika y susurró que debería hacer lo mismo. Se tumbó y se cubrió la cara con el brazo mientras Veronika la llevaba al orgasmo. Él quiso

penetrarla de nuevo inmediatamente después de su orgasmo, pero ella negó con la cabeza y se puso a cuatro patas. Él la folló en la posición de perrito también por segunda vez.

Esta se convirtió en la nueva rutina. Redescubrió el placer de hacer el amor con Veronika y dejaba que cualquier hombre la follara en la posición de perrito. Se inclinaba sobre Veronika y se ponía a cuatro patas. Se acariciaban e intercambiaban besos largos y apasionados, con el rostro de Jane apoyado en los generosos pechos de Veronika, o enterraba su rostro en la vulva de Veronika mientras el hombre la follaba por detrás. Mordía suavemente los labios o la vulva de Veronika cuando se excitaba ante la perspectiva de eyacular. Esto reducía el acto sexual a lo puramente íntimo y no era tan íntimo como el sexo cara a cara. Reservaba eso solo para Jack. Por supuesto, le dijo a Jack con total franqueza y honestidad que dejaba que Veronika la follara. Al principio de la conversación aún estaba insegura, pero poco a poco se relajó y pronto se reía con Jack sobre algunos de los tipos raros que la follaban. La variedad sexual le sentó bien y pronto pudo disfrutarla al máximo. Los penes eran todos diferentes, y los hombres follaban de maneras muy distintas. Pero ella solo le permitía follarla a cuatro patas; prefería tumbarse sobre el hermoso cuerpo de Veronika, besarse o acariciarle los pechos mientras él la follaba por detrás.

Veronika, por supuesto, también llevaba a casa mujeres con las que hacía el amor durante toda la noche. Jane se unía con gusto por la mañana, ya que siempre encontraba a las mujeres excitantes y estimulantes. A veces, Veronika aún dormía, y Jane se desvestía y se acostaba junto a la mujer. La acariciaba suavemente hasta que despertaba. La chica, aún adormilada, correspondía a las caricias de la joven desconocida que había estado desnuda a su lado. Jane excitaba a las mujeres, en su mayoría jóvenes, en un instante. Estaban como entumecidas o en trance y dejaban que Jane hiciera lo que quisiera. Para cuando alcanzaban el orgasmo, ella estaba completamente despierta, y hacían el amor en silencio, sin interrumpir el sueño de Veronika. A menudo, no sabía el nombre de la mujer con la que estaba teniendo relaciones lésbicas, y susurraban muy suavemente.

El *Sunday Gazette* no era un periódico de calidad, más bien un panfleto. Sin embargo, su artículo, fruto de una investigación chapucera, fue reimpreso en medios de comunicación más prestigio-

sos. Se suponía que el artículo trataba sobre Mossley House, pero, en una nota al margen, se mencionaba a la gerente, quien, al parecer, mantenía una relación incestuosa con su hermano, un médico del centro de la ciudad. Al día siguiente, la BBC también desenterró la vieja historia de la comprometedora fotografía de James. La foto de una fotografía en un periódico antiguo era simplemente de mala calidad, y ni siquiera le habían añadido una barra negra. Jack y Jane intentaron mantenerse al margen, pero fue imposible. Volaron discretamente a Torremolinos, España, donde ya habían veraneado tres veces. Jack compró el hotel en la playa y dejó que todo siguiera como antes. Ocuparon todo el ático del sexto piso. Vivieron allí durante los seis meses de verano como los demás huéspedes del hotel; los medios no los encontraron, y pronto Londres olvidó toda la historia.

Fueron tiempos maravillosos. Jane alquiló un descapotable y exploró la hermosa campiña con Jack. Nadaron en el mar, tomaron el sol en la playa y aprendieron a navegar. Aprendieron español y Jane trabajó en sus artículos científicos, como si estuviera en casa. Fueron tiempos despreocupados y se mantuvieron en contacto con Veronika y May. Semana tras semana, posponían su partida y solo podían irse cuando el mal tiempo arreciaba.

Mientras los gobernantes estaban en España, May y Veronika se quedaron solas en sus respectivas casas grandes. May mantenía su casa ordenada durante el día y por la tarde iba a la de Veronika para ordenarla. Veronika la invitó a dormir en su gran cama. Veronika le enseñó todo sobre el amor lésbico, todas las posturas placenteras y todas las maneras de llevar a una chica al orgasmo.

Cuando Veronika llevaba a un hombre a casa, dormía sola en la cama de Peter. Solo después de un tiempo se quedaba con Veronika y dejaba que el hombre tuviera relaciones sexuales con ella después de hacer el amor con Veronika. A veces, Veronika encontraba a dos hombres, y tenían sexo apasionado e intenso uno al lado del otro. May pronto disfrutó de la variedad de hombres; antes, solo se había acostado con unos pocos. Cocinaba los platos más exquisitos todos los días, y el vino en la cena la ponía de humor para el sexo.

Varias veces, Veronika trajo a una chica o mujer, lo cual May también disfrutó mucho. Le encantaban los encuentros lésbicos casi tanto como el sexo con hombres. Cuando estaba a solas con

Veronika, se quedaban tumbadas en silencio una al lado de la otra después de hacer el amor, fumando y hablando de todo. Veronika le contó su historia sexual, y May también la suya. Hasta entonces no sabía que era la madre adoptiva del Maestro Jack y que había aprendido a masturbarse y a tener sexo con él. Hablaron del incesto, que había expulsado a la clase dominante y que, desde su perspectiva, no tenía sentido. El incesto de Veronika con Jack solo era incesto en el sentido legal. Se habían conocido por casualidad, y simplemente había sucedido así. Paso a paso. Jane y Jack solo se habían conocido y enamorado siendo adultos. El hecho de que fueran hermanos no influyó en nada. ¡Fue así de simple!

Jack y Jane no llegaron a casa en taxi hasta bien entrada la noche. La casa estaba a oscuras, pero la luz de Veronika seguía encendida. Fueron a verla y encontraron a Veronika y May haciendo el amor en la gran cama de Veronika. Se miraron con complicidad y se acostaron junto a ellas. No se habían visto en seis meses, y un reencuentro en la cama era maravilloso. Jack se abalanzó sobre May como un náufrago, y follaron con tanta intensidad que perdieron la noción del tiempo. May tuvo orgasmo tras orgasmo de puro placer, y Jack la embistió como un toro salvaje. Ella se aferró a él mientras él llegaba al clímax y le mordió los labios. Veronika y Jane observaban su frenética orgía, sin aliento.

Jack se sentó junto a May y la abrazó. Observaron a Veronika y Jane haciendo el amor. A Jack le bastó con extender la mano para acariciar el cuerpo ardiente de Jane. Las dos hicieron el amor apasionadamente y se besaron para saciar su sed. Llegaron al clímax simultáneamente, y Jane, acostada encima de Veronika, penetró los genitales de Veronika con los suyos como si estuviera teniendo sexo con un hombre. A Jane le encantaba esta posición durante el orgasmo, penetrando a Veronika como un hombre. May acarició los pechos y los pezones de Veronika, justo como a ella le gustaba.

Fumaron y se contaron sus experiencias de los últimos meses. Veronika acarició el pene de Jack, que rápidamente se puso erecto. Y así sucedió que Jack folló a Veronika por primera vez en un año. Veronika se masturbó como siempre lo hacía cuando Jack la follaba. Le llevó mucho tiempo, y experimentó una eyaculación completa y satisfactoria. May abrazó a Jane con fuerza, casi consumida por la envidia. Pero sabía que sería la favorita de Jack, igual que antes. Acarició el delicado cuerpo de Jane, pues las dos nunca ha-

bían estado desnudas juntas. Jane se mostró algo cohibida al principio, pues siempre se había mantenido alejada de sus criadas. Claro que había visto a May y Jack follar, pero nunca se había atrevido a salir de su caparazón. Pero la joven May sabía exactamente cómo seducir a una mujer, y pronto el cuerpo de Jane ardía. Jane suspiró en señal de rendición mientras bajaba la guardia y se entregaba a las manos, los labios y la lengua de May.

Jack había apoyado la cabeza en el regazo desnudo de Verónica y observaba cómo Jane y May continuaban después de cada orgasmo.

May gimió de lujuria y deseo al llegar al clímax, y Jane se colocó entre sus muslos abiertos, penetrándola como un hombre durante sus orgasmos. Estos orgasmos duraban minutos; ella explotaba una y otra vez.